Giovanni Guareschi

El año de don Camilo

Nuevas historias
del famoso clérigo pueblerino
y su no menos popular contrincante ideológico,
el alcalde comunista, don Peppone.



Casi cuarenta años después de la publicación del primer «Don Camilo», y en un clima político y sociocultural profundamente distinto, siguen manteniendo los personajes de Guareschi toda la profunda carga humana que los hizo tan populares en todo el mundo. Lo que viene a demostrar que en ellos hay algo más que su oportuna y ocasional representatividad de un determinado momento histórico y de un lugar sumamente especial de Italia. «El año de don Camilo» —que incluye cuarenta episodios elegidos de entre los innumerables centenares publicados por Guareschi en revistas y que hasta ahora no habían aparecido en ningún volumen— es una nueva prueba de la extraordinaria vitalidad del autor, de su «eterna» actualidad. Volvemos a encontrarnos en estas páginas a los personajes de siempre: al sanguíneo don Camilo, al impetuoso Peppone, al «Brusco», al «Flaco»… Es como si volviéramos a encontrarnos con viejos amigos que tienen muchas cosas nuevas que contarnos: historias conmovedoras, divertidas, apasionantes. Historias de amores y traiciones, arrepentimientos y celos, cacerías y épicas partidas de cartas en compañía de una buena botella de vino.

Giovanni Guareschi

El año de don Camilo

Nuevas historias del famoso clérigo pueblerino y su no menos popular contrincante ideológico, el alcalde comunista, don Peppone

Don Camilo - 8

ePub r1.0
Titivillus 23.02.2020

Título original: *L'anno di Don Camillo*
Giovanni Guareschi, 1986
Traducción: Mina Pedrós
Ilustraciones: Giovanni Guareschi
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

NOTA DEL EDITOR

En Roncole Verdi, en la casa en que Giovannino Guareschi pasó sus últimos años y que aún conserva intactas las huellas de su presencia, un amplio y luminoso desván cobija el cuantioso material literario por él creado durante su intensa vida de escritor.

Todo aquel que, cruzado el umbral de aquella casa, se aventure a subir la rampa de las escaleras que llevan al desván, quedará cautivado por una atmósfera indescriptible en la que se entremezclan, casi hasta confundirse extrañamente, un increíble sentido de modestia y una intangible sensación de ilimitada grandeza.

La última etapa acaba con el encanto.

Colocadas en perfecto orden sobre dos grandes mesas en el centro del desván y en las innumerables estanterías que circundan completamente la estancia, catalogadas con gran cuidado, se encuentran los centenares o millares de páginas en las que durante tantos años Guareschi volcó toda la pasión que sentía por escribir y por su gente, por su mundo. Un mundo que le gustaba definir «pequeño» (¿se deberá quizá a ello ese sentido suyo de modestia?), que se ha impuesto por la verdad eterna que encierran sus escritos y que sólo los grandes escritores consiguen transmitir a todo el amplio mundo, desde América al Japón, franqueando fronteras ideológicas y barreras aduaneras.

Ha sido gracias al esfuerzo que sus hijos han desplegado con amor que hoy podemos contar con la existencia del que merece ser calificado con todos los honores como «archivo Guareschi». Por la ingente cantidad de material (enteras colecciones por años de revistas, blocs de notas, páginas de periódicos, hojas mecanografiadas y manuscritos), su ordenación cronológica y sistemática ha requerido años de trabajo. Y ahora que el trabajo ha llegado casi a su fin, el editor ha tenido la gran suerte de haber sido invitado a acceder al archivo.

Así nació la idea del presente libro.

De la fructífera producción de Guareschi, gran parte ha aparecido en periódicos y revistas. Poca, en cambio, ha salido publicada en volúmenes. Al hojear los muchos y deliciosos episodios en que se debatía la eterna y fraternal lucha entre don Camilo y Peppone, se consideró que había material de sobra como para componer un libro que celebrara y reflejara debidamente la vida de la Tierra Baja, así como sus personajes, tan queridos por el público, y a su creador.

De ahí el título, de carácter conmemorativo: El año de don Camilo.

Aunque también tiene otra razón de ser porque, al seleccionar los cuentos que agrupados pudieran crear una única historia, se vio que al narrar la historia de un año, con el transcurso de sus estaciones, era como mejor podía honrarse la memoria del autor y hacer justicia a lo que probablemente le hubiera gustado a él. Al igual que el primer Don Camilo, *de 1948, este libro relata las peripecias de una parte de la llanura del Po, de diciembre a diciembre.*

Al ofrecérselo al público, el editor siente la profunda convicción de tributar un homenaje a su autor, a sus hijos y a los millones de lectores fieles seguidores de Guareschi.

Milán, abril de 1986.

INVIERNO



EL REGALO FRUSTRADO



Estaban echándose encima las fiestas de Navidad y, como cada año, la mujer de Tarocci se fue a echar una mano a un hermano suyo que tenía un obrador de pastelería en la ciudad. Pero antes de marchar le dijo a su marido:

—Acuérdate de lo de mañana por la noche.

—¿De lo de mañana por la noche? —inquirió Tarocci—. ¿Qué pasa mañana por la noche?

—¡Es Santa Lucía! —exclamó la mujer—. Te lo habré repetido al menos cincuenta veces entre ayer y hoy y ni te acuerdas.

—Claro que me acuerdo, y hasta demasiado. Pero no son más que tonterías que habría que suprimir. No hay que enredar a los chicos y permitir que se armen líos.

—Gigino no tiene más que seis años y de momento hay que dejarle en paz. Cada cosa a su debido tiempo. ¡No me des este disgusto porque no te lo perdonaría nunca!

Tarocci se encogió de hombros:

—Está bien. Vete tranquila. Ya me encargaré de todo.

La mujer se marchó tranquilizada, pero a la mañana siguiente Tarocci ya se había olvidado de todo.

Claro que si durante el día hubiera tenido ocasión de pasar delante de los tenderetes de baratijas y de los puestos de juguetes, se habría acordado. Pero aquél había sido un viernes de lo más laborioso para el estado mayor de Peppone porque había llegado un pez gordo de la federación y Tarocci tuvo que quedarse hasta la noche en la Casa del Pueblo, lugar donde se tratan asuntos que no tienen nada que ver con los santos en general ni con santa Lucía en especial.

Tarocci no estaba preocupado por Gigino: la vieja Rosa, que iba a hacerle las faenas domésticas cuando se quedaba solo, se encargaría de todo como de costumbre.

Al salir de la Casa del Pueblo, Tarocci se fue con Peppone y el resto de la pandilla a tomar algo a la hostería del Molinetto y se quedó charlando y discutiendo hasta medianoche.

Cuando llegó a casa estaba cansadísimo y en cuanto se metió en la cama se quedó dormido.

Al día siguiente se despertó a las ocho de la mañana, se vistió a toda prisa y se marchó volando porque era sábado, y mala cosa es que un tratante de piensos y forrajes no esté temprano en la plaza los días de mercado. Apenas tuvo tiempo de ver de refilón a Gigino que estaba preparándose para ir a la escuela, ayudado por la vieja, y gritarle:

—¡Pórtate bien!

No pudo darse cuenta que Gigino no estaba igual que siempre.

Gigino se había despertado muy pronto aquella mañana: a las cinco ya había saltado de la cama y se había ido a abrir la ventana de la cocina que daba al huerto para recoger los zapatos que la noche anterior había dejado en el alféizar después de haberlos limpiado bien. Pero los zapatos estaban vacíos, y la bolsita con las cortezas de pan y el salvado, que Gigino se había encargado de poner al lado de los zapatos para el burrito de santa Lucía, seguía allí intacta. Lo que significaba que santa Lucía se había olvidado de Gigino.

La vieja Rosa, que ya chocheaba por la edad y que hacía tiempo que había perdido la noción del calendario, no había hablado de santa Lucía con Gigino, y Gigino se había guardado para sus adentros su gran disgusto.

Al llegar delante de la escuela se encontró a todos los niños muy excitados. Cada uno contaba lo que le había traído santa Lucía y enseñaban

los caramelos, los bombones y los dulces que habían sacado, como anticipo, de los zapatitos colmados de regalos.

Gigino aguantó todo lo que pudo, pero en la clase se derrumbó y empezó a sollozar.

La maestra se acercó al pobrecillo y le preguntó qué le pasaba: Gigino se limitó a menear la cabeza para hacer ver que no le había pasado nada, pero alguien contó en voz alta el misterio:

—Llora porque santa Lucía no le ha traído nada.

Gigino era el niño más pacífico y diligente de toda la escuela. Era un niño que parecía salido del silabario y bastaba con que la maestra le mirara para que se quedara tan quieto como una figurita de yeso. Hasta contenía la respiración cuando la maestra le miraba: y ahora, al verle sollozar porque santa Lucía no le había traído nada, a la maestra también le entraron ganas de llorar.

Sin saber qué decir para consolarle, le dejó en paz y al acabar la clase le hizo quedarse sentado en el banco hasta que hubieron salido todos los demás. Entonces le llamó y le dio una bolsa de bombones.

Gigino dijo que no con la cabeza.

—¿Por qué? —le preguntó con ternura la maestra.

—Quiero los míos —respondió en voz baja.

Ante un niño de seis años o poco más que no se plantea una cuestión de bombones sino de principio, no hay gran cosa que discutir. La maestra, que era una chica joven, tímidamente volvió a guardar la bolsita en el cajón de su mesa.

Al salir, Gigino vio que los niños aún estaban allí cerca parados: por eso tomó el camino de los campos y se encaminó lentamente. Hacía frío y la tierra estaba endurecida por el hielo: Gigino siguió un buen trecho, pero luego, al llegar a una choza de hojas de maíz, se sentó a meditar sobre la paja húmeda.

Tarocci, después del mercado, volvió a su casa sobre la una y media de la tarde.

La vieja Rosa le dijo que el niño aún no había regresado de la escuela, mientras que todos los demás ya habían llegado. Eso no era normal.

Tarocci se montó en la bicicleta y se fue corriendo hasta la escuela, pero ya estaba cerrada. Llamó y se asomó la conserje.

—¿Sabe algo de mi Gigino?

—Ha salido con los demás —explicó la mujer—. Pero ha torcido por el camino de carros que hay antes del puente y ha tomado el atajo de los campos.

Tarocci dejó la bicicleta a la conserje y se encaminó por el atajo, aunque no encontró a Gigino. Llegó hasta su casa para ver si mientras tanto había vuelto, pero Gigino seguía sin aparecer.

Volvió a recorrer todo el camino que había seguido, llamando a gritos al niño, sin que nadie le respondiera. Por fin, cuando Dios quiso, se encontró a Gigino dormido sobre la paja húmeda, dentro del chamizo.

Tarocci estaba furioso, levantó al niño, que aún seguía dormido, y lo despertó de un par de bofetadas.

Después, como el niño se quedaba allí temblando de frío y de miedo, lo agarró por una oreja y se lo llevó a rastras.

Al cabo de unos veinte pasos, Tarocci dejó de maltratarlo y le dejó en paz hasta llegar a casa.

—¡Dos horas me has hecho buscarte! —le regañó ásperamente cuando estuvieron en casa—. ¿Por qué en lugar de venir directamente a casa te has ido a perder en medio de los campos? ¿Por qué no has vuelto con los demás?

—Todos los demás tenían sus cosas y yo no —susurró el niño.

—¿Qué cosas?

—Lo de santa Lucía —aclaró el niño.

Tarocci acusó un golpe: ¡santa Lucía! El encargo de su mujer… Mas en lugar de apaciguarse al pensar en ello, se llenó de rabia.

—¡Pero qué santa Lucía! —vociferó—. No son más que tonterías. Santa Lucía no existe.

—Sí que existe —replicó Gigino—. Todos los otros niños han encontrado regalos en los zapatos.

—¡No es verdad! —gritó Tarocci.

—Sí que es verdad —afirmó Gigino—. Yo he visto todo lo que les ha traído.

A un niño de seis años no hay nada que pueda sacarle de esa férrea construcción lógica.

—¡La culpa la tiene la imbécil de tu madre! —comentó apretando los dientes Tarocci—. De todos modos que sea la primera y la última vez que en lugar de venir directamente a casa te quedas por ahí danzando.

Gigino suspiró:

—Yo siempre me he portado bien: ¿por qué santa Lucía no me ha traído nada? A todos les ha traído un regalo. A todos menos a mí. ¿Qué mal he

hecho?

Tarocci se encogió de hombros:

—Vete tú a saber. ¡Habría que ver cómo te has portado en la escuela!

—La señorita, al enterarse que santa Lucía no me había traído nada, ha querido darme bombones. Eso quiere decir que me he portado bien.

—¡Si la maestra quería darte bombones tenías que haberlos cogido! —afirmó Tarocci.

—No: yo quiero lo mío —explicó el niño—. Lo de dentro del zapato.

Tarocci dejó de comer:

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué más da dentro o fuera del zapato?

—No. Yo siempre me he portado bien y santa Lucía tiene que dejarme el regalo en el zapato.

Tarocci se lo pensó un poco y en seguida se dio cuenta que la táctica a emplear con un niño de seis años tenía que ser distinta.

—Tienes razón —contestó con calma—. En realidad lo que pasa es que tú siempre te has portado bien y, sin embargo, santa Lucía no te ha traído nada, ni un caramelo. Esto significa que santa Lucía está contra ti, sólo contra ti.

El niño lo miró desconcertado:

—¿Contra mí? ¿Y por qué?

—Se ve que no le debes caer bien. O a lo mejor es verdad lo que dice todo el mundo: que santa Lucía no existe.

—¿Y los niños que han tenido sus regalos?

—Piensan que ha sido santa Lucía y, en cambio, vete a saber quién ha sido. Y además tú no tienes que fijarte en los demás, tienes que fijarte en ti mismo. ¿Has sido bueno?

—Sí.

—¿Le has rezado a santa Lucía para que te trajera el regalo?

—Sí, todas las noches.

—¿Te ha traído el regalo santa Lucía?

—No.

—No hay más que añadir, pequeño: los hechos hablan por sí solos. Santa Lucía no existe para ti.

Gigino no encontró en su cabecita nada que objetar. Le sabía mal que santa Lucía no existiera para él, pero no se le ocurría cómo poder arreglar ese desastre.

—¿Pues entonces a quién hay que rezar para recibir el regalo? —preguntó con voz llena de ansiedad.

Habíase acordado Tarocci de una historia que había leído o que había oído por ahí, y se las arregló para embaucar al niño.

—Yo creo que habría que rezar a Stalin —contestó.

—¿A Stalin? —se informó el niño—. ¿Es un santo?

—Es alguien que hace cosas extraordinarias —aclaró Tarocci—. Esta noche tienes que rezar y pedirle a Stalin que te traiga el regalo porque has sido un buen niño. Si Stalin te trae el regalo significará que existe para ti, y si santa Lucía no te ha traído nada, eso quiere decir que no existe para ti.

El niño se tranquilizó.

—¿Hay que poner una bolsita con salvado para el borriquito al lado de los zapatos?

—No —respondió irreflexivamente Tarocci—. Stalin viene de un sitio en donde a los borriquitos se les da de comer bien y no hay necesidad de mantenerlos con limosnas.

Se dio cuenta demasiado tarde de haber dicho una tontería; sin embargo, Gigino no notó el involuntario desviacionismo paterno.

—¿Cómo se le reza a Stalin? —preguntó Gigino—. ¿Hay que arrodillarse y hacer la señal de la cruz?

—No hace falta —explicó sintiéndose incómodo—. Basta con que digas tres veces: «Stalin, me he portado bien, tráeme el regalo». Y Stalin te lo traerá.

—Cuando se reza a Dios o a los santos hay que persignarse y hay que arrodillarse —objetó el niño.

—Tú mismo —zanjó Tarocci—. Lo más importante es que no se lo cuentes a nadie.

—También pondré el salvado —dijo Gigino—. A lo mejor el borriquillo tiene hambre aunque haya comido en su casa.

Tarocci dejó al niño y se fue a lo suyo. Al anochecer, minutos antes de que cerraran las tiendas, compró un tren de juguete de esos a los que se les da cuerda, una bolsa de caramelos, una de chocolatines y una cajita de lápices de colores. Se lo metió todo en los bolsillos de la chaqueta y, en lugar de volver a casa, se paró a cenar en el Molinetto.

Después de haber comido, se puso a jugar con Peppone y los otros socios hasta que se hicieron las doce de la noche.

Salió con Peppone.

—Jefe, estoy reventado —le explicó—. Me he tenido que quedar fuera hasta tan tarde para estar seguro de encontrar dormido al niño.

Y por el camino se lo contó todo a Peppone, incluido el truco del que se había valido para democratizar a santa Lucía.

—Jefe —terminó—, ¿no ha sido una buena idea?

—Y tanto —murmuró Peppone.

—Hay que actuar sin sentimentalismos —prosiguió Tarocci—. A las mujeres se les puede dejar hacer hasta un cierto punto. Pero luego hay que intervenir con decisión. Empecemos a sacar los cerebros de las tinieblas. Empecemos a hacer que los santos desalojen el alma de nuestros niños, reemplacémoslos por algo más real. Empecemos a demostrar la falsedad de las leyendas. ¿No crees?

Peppone hizo gravemente una señal con el cabezón.

—Correcto como concepto. Aunque tú, al hacer lo que has pensado hacer esta noche, al tiempo que destruyes la leyenda de santa Lucía, vas y creas otra. Según mi opinión, creo que hubieras debido explicarle al niño que, en lugar de rezar a santos que no existen, basta con escribir a Stalin, que sí existe, y Stalin envía por correo el regalo. O sea, pasar todo el asunto del plano sobrenatural al plano de la realidad.

—Es verdad —replicó Tarocci—, pero hay que hacer las cosas gradualmente. El niño no sabe escribir cartas, no consigue renunciar a la atracción de la fábula. Contentémonos por tanto con el primer paso: santa Lucía desaloja el zapato y lo ocupa Stalin. Y así el niño aprende que con rezar a santa Lucía no se gana nada, mientras que rogándole a Stalin se consigue algo. ¿No tengo razón?

—Tienes razón —reconoció francamente Peppone.

Mientras tanto habían llegado a casa de Tarocci.

—Quédate aquí un momento vigilando —dijo Tarocci en voz baja— mientras entro en el huerto y lo pongo todo en los zapatos que están en el alféizar de la ventana.

Peppone hizo de centinela hasta que Tarocci volvió.

—¿Ya está?

—Todo resuelto. Se acabó con santa Lucía.

Peppone se marchó y Tarocci entró sigilosamente. El niño estaba durmiendo en su cuartito y tenía una dulce sonrisa en los labios.

Tarocci se desnudó rápidamente y se metió en la cama en seguida porque había trabajado bastante aquel día.

Pero no conciliaba el sueño.

«Siempre pasa igual cuando uno está demasiado cansado», pensó. Después pensó en lo de la jugarreta a santa Lucía: desde el punto de vista

propagandístico era un golpe magnífico. Iba a crearle algún problema con su mujer. Aunque, con las mujeres, a veces hay que cambiar de táctica y hacerse el fuerte. Al fin y al cabo él no obraba más que por el bien de su hijo. A los hijos no hay que llenarles la cabeza con tonterías. De todos modos el asunto ya había quedado solventado y no había que darle más vueltas.

Se revolvió en la cama. Había propinado dos bofetadas dignas de un hombre a un niño de seis años. Y además por poco le arranca la oreja. Aunque la culpa era de la imbécil de su mujer que era la que lo había armado todo. De ahora en adelante al niño lo educaría él: él solo.

Le entraron ganas de levantarse para ir a ver al niño.

«Tengo que ver si le he hecho daño. Tendré que ir en seguida porque seguro que se despertará pronto, impaciente como está con lo del zapato».

Pero no acababa de decidirse a abandonar la cama. En parte por el frío y en parte porque le daba miedo la oscuridad.

Era ridículo, pero aquella noche la oscuridad le imponía.

A lo mejor había comido demasiado en el Molinetto.

De repente se incorporó para bajar de la cama: las piernas se resistían a moverse y le costaba una enormidad andar. Era como si tuviera los huesos de plomo. Atravesó lentamente la habitación, llegó al pasillo, abrió la puerta del cuarto del niño: pero la cama estaba vacía y la ventana abierta de par en par.

Tarocci se subió con dificultad al alféizar y saltó al huerto. Atravesó el seto y se arrastró jadeando por los campos. Llegó hasta el chamizo y se encontró allí a Gigino dormido sobre la paja húmeda.

Lo levantó y empezó a pegarle bofetones. Y siguió pegándole hasta que le dolieron las manos. Quería dejar de pegarle, pero no podía…

Se encontró en su cama con el brazo derecho mal doblado debajo del cuerpo y con la frente perlada de sudor.

Sonaron unas campanadas. Las contó: ¡cuatro!

Salió de la cama desesperadamente: tenía que llegar al alféizar de la cocina antes de que Gigino se despertara. Había que sacar el tren y todo lo demás que había metido en los zapatitos. Le costó orientarse; cuando lo consiguió, ya era demasiado tarde porque se encontró en el pasillo a Gigino que venía de la cocina.

Tarocci estaba desesperado, pero en seguida se sintió aliviado:

—¡Stalin tampoco me ha traído nada! —exclamó Gigino poniéndose a llorar—. ¡Nada; ni un caramelo!

Tarocci lo cogió en brazos y lo metió en la cama grande.

—Ahora duerme y por la mañana verás como todo se soluciona.

Era un sombrío domingo de diciembre, con una niebla gris. Tarocci se levantó a eso de las siete y se encontró a Gigino ya vestido.

Tarocci no le hizo caso hasta después de haberse arreglado. Entonces se ocupó del niño.

—¿Y bien? ¿No has encontrado nada en los zapatos? —se informó.

—Nada —contestó con los ojos llenos de lágrimas el niño.

—Eso quiere decir que con rezar a Stalin no se saca nada —explicó Tarocci.

—¡Pero tampoco rezando a santa Lucía! —se dolió Gigino—. ¿Qué hay que hacer, pues?

Tarocci le puso el abriguito, la bufanda y le colocó el gorro en la cabeza. Se enfundó después su tabardo y salió.

—¡Ven, que vamos a arreglarlo! —dijo cogiendo al niño de la mano.

El pueblo aún estaba desierto y silencioso, sumergido en aquella mustia niebla.

De repente Tarocci se paró:

—Gigino, yo te espero aquí: ve a la iglesia y dile al Niño Jesús: «Santa Lucía se ha olvidado de mí a pesar de que siempre me he portado bien. Puedo demostrarlo».

—¿También tengo que hablar de ese otro?… ¿Cómo se llama?… —No, menciona sólo a santa Lucía. Todo se va a solucionar. En estos casos es el mismo Jesús el que trae los regalos en Navidad.

El niño echó a correr y Tarocci se quedó esperándole apoyado contra una columna del pórtico.

Al cabo de unos diez minutos Gigino surgió de la niebla.

—¿Lo has hecho como te expliqué? —se informó Tarocci.

—Sí, papá.

—¿Qué te ha contestado?

—Que él se encargará.

—Bien —masculló tranquilo Tarocci cogiendo al niño de la mano y llevándoselo a remolque hacia casa.

Todo le parecía la mar de natural y ni se le pasó por la imaginación pensar en lo curioso —por no decir extraño— que era que el Niño Jesús le hubiera contestado a Gigino: «Ya me encargaré yo».

Ni tampoco se preguntó por qué, a pesar de haber llenado él mismo, con sus propias manos, los zapatos de Gigino con los regalos de Stalin, se había encontrado luego Gigino con los zapatos completamente vacíos.

Ni se cuestionó siquiera dónde había ido a parar el tren de juguete y todo lo demás. A Tarocci lo único que le importaba era que Gigino se había encontrado los zapatos vacíos y que Navidad estaba a dos pasos. El Niño Jesús lo iba a solucionar todo: Tarocci estaba completamente seguro.

A decir verdad nada hubo de milagroso en la desaparición de los regalos de Stalin: porque Peppone, después de haberlos sacado de los zapatos de Gigino, había ido a tirarlos al río gruñendo:

—No le estoy haciendo ningún buen servicio a Stalin.

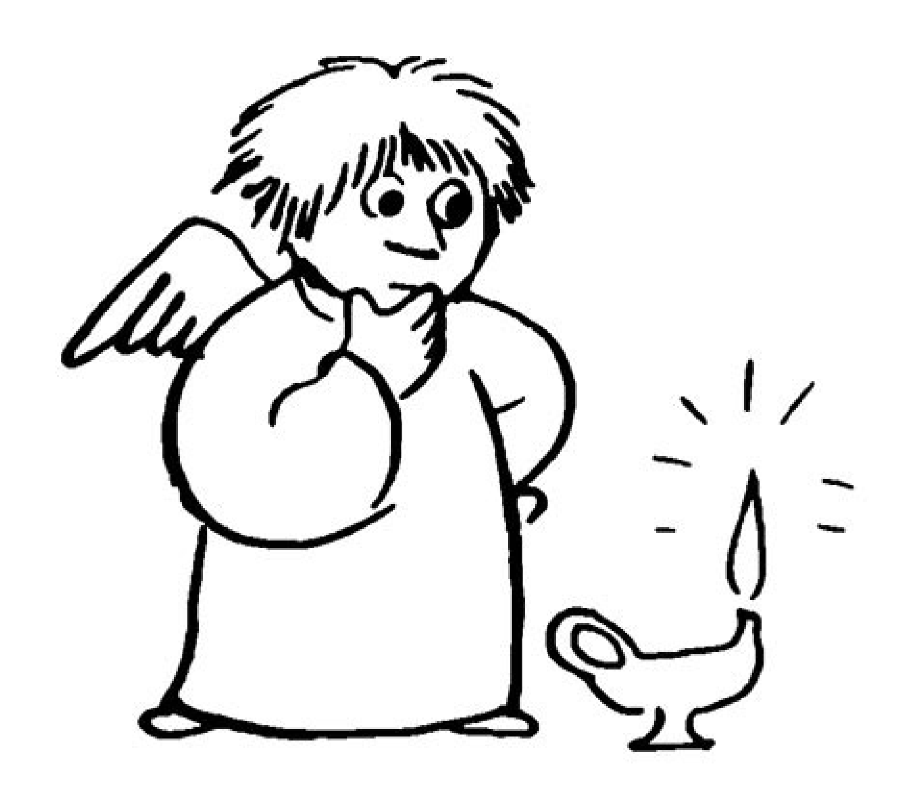
Mas después que las aguas del gran río se hubieron engullido toda la mercancía, se consoló diciendo para sus adentros: «Dios te está viendo, Stalin no».

Se dio cuenta demasiado tarde de haber caído como un pez en las redes de la propaganda clérico-americana.

Y lo sintió.

Aunque no excesivamente.

LA LUZ QUE NO SE APAGA



A Peppone no le había gustado nada leer en su periódico la carta en la que un famoso diputado explicaba que, al no poder compaginar sus deberes como católico con los de comunista militante, se veía obligado a darse de baja del Partido.

A Peppone ni le había agradado la carta ni, menos aún, el comunicado de la secretaría del Partido que seguía a la publicación de la carta.

Lo encontraba demasiado vago y general, y eso le preocupó.

Aunque era una preocupación más bien injustificada porque a su debido tiempo iba a salir a relucir algo de lo más específico.

Y resulta que salió algunos días antes de Navidad.

La dimisión no había sido aceptada y el famoso diputado había sido expulsado del Partido «por indignidad y traición».

—Esto zanja la cuestión —observó *el Largo* tras haber leído el comunicado—. O con nosotros o contra nosotros.

Peppone seguía sin estar del todo convencido:

—¡Seguimos siempre generalizando! —exclamó—. En cambio aquí se hubieran tenido que concretar las pautas a seguir en lo tocante a las relaciones entre Iglesia y Partido.

El Largo meneó la cabeza:

—Jefe, está de lo más claro. Así como el Partido nunca ha dicho: «Aquel que profese la doctrina católica no puede ser de los nuestros», la Iglesia dice: «Aquel que siga la doctrina marxista no puede ser de los nuestros y será excomulgado». El Partido te deja la libertad de ser católico. La Iglesia te prohíbe ser comunista. Es la Iglesia la que comete una total injusticia. Y lo que corrobora que la Iglesia va contra la ley te lo demuestra el hecho de que la Justicia condena a los curas que dicen en la iglesia: «Los que votan a los comunistas quedan excomulgados». Por eso no hay ninguna duda: el compañero que cede ante las amenazas de los curas y se da de baja del Partido está contra la legalidad y se convierte en traidor de la causa de la legalidad y se demuestra indigno de pertenecer al Partido, que tiene por misión, precisamente, la defensa de la legalidad. Por lo tanto, la directriz que surge automáticamente del comunicado de hoy no puede ser más que ésta: intensificar la vigilancia e incrementar los esfuerzos que ya estamos realizando para apartar a los compañeros de la maléfica influencia de los curas.

Peppone meneó la cabeza:

—Seguimos siempre con generalidades: la cuestión específica es saber qué vamos a tener que hacer para cumplir con la directriz, aquí, en nuestro pueblo. ¿Acaso podemos eliminar al cura?

—No sería ninguna mala idea —afirmó sombrío *el Largo*, que era todo un «duro»—. De todos modos nada resolveríamos con ello porque, eliminado el cura, inmediatamente mandarían a otro peor que éste.

—Es difícil que haya un cura peor que don Camilo —rezongó Peppone.

—Es de lo más natural —aclaró *el Largo*—. Todos los curas son el uno peor que el otro.

Discutieron a fondo sobre la línea de conducta que se había de seguir; al final, *el Largo*, que acababa de terminar el curso de preparación política en la ciudad, dijo:

—Empecemos inmediatamente a trabajar comenzando por desmantelar la fortaleza sentimental de los curas.

A continuación explicó su concepto:

—La fortaleza sentimental de los curas es la Navidad. Cuando llega Navidad todos están dispuestos a conceder algo a los curas. No hace falta ir a

la iglesia: el simple hecho de comer mejor de lo habitual es una concesión que se hace a los curas, que se han inventado la Navidad. En Navidad hasta los más fuertes y más duros caen en la trampa del sentimentalismo: el niño recita el verso y pone su cartita debajo del plato, el pesebre, las felicitaciones, la nieve, los angelitos, el órgano de la iglesia en la noche, los recuerdos de la infancia, vamos, todo un montaje que consigue hacemos olvidar la realidad en favor del cuento. ¡Hay que reaccionar y pasar al contraataque!

Peppone abrió los brazos:

—Está bien, pero no podemos obligar a la gente a cambiar todas sus costumbres.

—Sin embargo se puede empezar el trabajo evitando caer nosotros mismos en la trampa. Para desintoxicar a las masas, primero hemos de desintoxicamos nosotros. Yo ya he empezado.

Peppone, *el Pardo, el Brusco, el Flaco* y los demás del estado mayor miraron preocupados al *Largo*.

El Largo era el guardián de la Casa del Pueblo: vivía con su mujer y con su hijo en tres pequeñas habitaciones del primer piso y su vida privada era por fuerza de lo más transparente para los asiduos de la Casa del Pueblo.

—Todos los que lo deseen podrán comprobar que en mi casa a partir de este año se ha eliminado la Navidad —explicó *el Largo*—. Todo tendrá que funcionar como a diario. Si queréis, también en vuestras casas puede pasar lo mismo.

El Pardo suspiró:

—Será difícil hacérselo entender a las mujeres.

—No —replicó *el Largo*, que evidentemente se había preparado sobre el tema—. Lo difícil es convencerse uno mismo. Una vez que uno esté convencido, fácil resultará convencer a los demás. Naturalmente, para estar uno convencido han de tenerse las ideas claras.

Peppone intervino:

—Las ideas ya las tenemos claras —exclamó— y se las haremos entrar también a los demás. *El Largo* tiene razón: que todos comiencen desde este mismo momento el trabajo de persuasión con los demás compañeros. Trabajad con tacto sin forzar las cosas. Sobre todo si se trata de compañeros que tienen viejos en casa. Al democratizar la Navidad sacudiremos un rudo golpe a la fortaleza sentimental de los curas.

Peppone se había entusiasmado y la idea del *Largo* cada vez le gustaba más. Al volver a casa, rápidamente se lanzó al desmantelamiento de la fortaleza sentimental de su mujer:

—A partir de este año, Navidad ha dejado de existir —le dijo Peppone a su mujer, que le preguntó si se había emborrachado con vino o con licor.

Pero al demostrarle Peppone que tenía el cerebro más bien lleno de vapores mucho más tóxicos, la mujer abrió los brazos:

—Está bien, nada de Navidad. ¿Y en Pascua?

—Cada fruta tiene su estación —respondió Peppone—. Empecemos por borrar la Navidad del calendario.

Peppone se lanzó como un condenado a su empresa de «desnavidalización» y llevó a cabo verdaderamente un buen trabajo. Su mujer intentó un par de veces mitigar su decisión, pero al ver que sólo servía para agravar la situación, capituló.

Así que, en Nochebuena, cuando Peppone llegó a casa se encontró con que todo seguía con la escuálida normalidad de todos los días.

La mesa con el consabido mantel manchado, el consabido potaje con tocino y el consabido olor de tortilla de cebolla.

Hasta el horario se había adelantado:

—A las ocho todos a la cama —advirtió con voz dura Peppone—. Y a dormir sin armar jaleo.

Se dirigió al chiquillo más pequeño, el de siete años:

—¡Sobre todo tú!

Se comió en silencio el potaje; al acabar, al ir a levantar el plato hondo advirtió que debajo del mismo se ocultaba la traición.

Sintió sobre él la mirada que le dirigía con ojos desorbitados el niño más pequeño y apretó los dientes. Volvió a bajar el plato que apenas había levantado.

Bebió un vaso de vino y, echando la servilleta encima de la mesa, se levantó.

—¿No comes la tortilla? —le preguntó extrañada la mujer.

—¡No! —respondió sombrío Peppone—. No tengo hambre. Y, además, tengo que hacer.

Salió rápidamente y enfundado en su tabardo caminó a grandes zancadas por las desiertas calles.

En las demás casas la gente se disponía a sentarse a la mesa: Peppone pensó con orgullo en la frugal mesa de la que acababa de levantarse.

La cita en la Casa del Pueblo estaba convocada a las ocho: Peppone llegó un cuarto de hora antes; al encontrarlo todo a oscuras en la planta baja, subió

al primer piso, donde vivía *el Largo*.

Se encontró al *Largo*, a su mujer y al chiquillo aún en la mesa: una mesa triste, de diario.

—¿Va todo bien? —se informó *el Largo* sirviéndole un vaso de vino a Peppone.

—Perfecto —contestó Peppone—. Mi mujer ha funcionado debidamente aunque ha habido un caso de desviacionismo.

Peppone se echó a reír y luego, hablándole al oído, le dijo al *Largo* en voz bajita:

—El pequeñito había conseguido meterme la carta debajo del plato.

—¿Cómo te las has apañado? —inquirió *el Largo*.

—Me he dado cuenta cuando estaba a punto de retirar el plato hondo vacío. Entonces me he levantado y me he ido. Me he perdido la tortilla.

El Largo se rió.

—Yo sólo tengo un crío y mi mujer ha podido vigilarlo fácilmente. Y además le había explicado bien la realidad de las cosas. Es un chiquillo que entiende.

Seguro que mientras deberían de haber llegado los demás; Peppone y *el Largo* bajaron.

—No me esperes porque subiré tarde —dijo *el Largo* a su mujer.

—Nos vamos a ir en seguida a la cama —contestó la mujer—. El niño también tiene sueño.

Se encontraron en la planta baja con *el Flaco* y *el Pardo*.

—Creo que podríamos empezar ya la ronda —explicó Peppone—. Echaremos un vistazo de inspección a todas las casas de los que se han comprometido a actuar según lo establecido. Vamos a ver si alguien ha dejado de cumplir.

El Brusco vivía en una casita aislada, fuera del pueblo; cuando Peppone, *el Largo* y los otros dos llegaron, lo encontraron todo a oscuras.

El Brusco les fue a abrir medio vestido:

—Me he peleado con las mujeres —confesó muy triste—. Al final nos hemos ido todos a la cama sin cenar. Me sabe mal por mi mujer, que no se encuentra demasiado bien.

El Largo intervino:

—Las cosas se hacen o no se hacen. Si se hacen, luego no hay que sentirlo.

—No es que lo sienta —añadió *el Brusco*—. Pero si mi mujer tiene fiebre, yo no puedo alegrarme. De todos modos, lo importante es que las cosas se

han hecho según lo establecido.

La inspección prosiguió. Peppone, *el Largo, el Pardo* y *el Flaco* tuvieron que ir a llamar a otras diez puertas porque el primer experimento de desintoxicación sentimental se había limitado sólo al círculo de los más fieles: en todas partes se encontraron con las casas sin luz o con gente que estaba hojeando el periódico sentada ante los restos de una cena de lo más triste.

La última casa visitada había sido la del *Halcón*, que estaba al final del pueblo, más allá del dique de contención, hacia el río: cuando la campana tocó para llamar a los feligreses a la misa del Gallo, Peppone y los demás estaban caminando lentamente por el camino del dique.

—Podemos sentirnos verdaderamente satisfechos del resultado —afirmó *el Largo*—. Y es muy importante que haya tenido éxito el experimento porque la idea ha pasado ya al campo de la realización práctica. Si se quiere derribar una pared lo más importante es derribar el primer ladrillo.

Habían llegado a la esclusa vieja y se sentaron en el pretil del puente.

—Es algo extraordinario —dijo Peppone—. Ha bastado el simple hecho de considerar esta noche como una noche cualquiera para hacerme a la idea que no ha existido nunca Navidad.

—Esto demuestra que si uno no consigue liberarse de los sentimentalismos, nunca podrá comprender cuáles son las cosas verdaderas y cuáles las falsas.

El Flaco encendió un pitillo.

—Es la mar de raro —observó—. Uno espera la Navidad como si se tratara de algo extraordinario y de repente va y se da cuenta que Navidad no es más que un día exactamente igual que los otros. Quedas decepcionado.

—El año que viene no sentirás ninguna desilusión —afirmó *el Largo*— porque ahora ya te has dado cuenta de lo que es y no la esperarás como la esperabas este año. Lo fundamental, en estas ilusiones sentimentales, es romper la cadena.

Volvieron a encaminarse lentamente hacia el pueblo; era ya casi medianoche y la plaza estaba desierta porque los que querían asistir a la misa ya habían entrado en la iglesia.

Al acercarse a la Casa del Pueblo, Peppone exclamó:

—¿Qué pasa allí arriba?

Todos alzaron la mirada y vieron que uno de los ventanucos de la buhardilla estaba iluminado. Luego la luz se apagó para volverse a encender al cabo de poco rato. Y lo mismo se repitió varias veces.

El Largo se preocupó:

—La llave de la buhardilla está escondida en un sitio que sólo yo sé. Y además nadie de casa ha subido nunca allí arriba.

Dejaron al *Pardo* de guardia en la planta baja y subieron de puntillas. La puerta estaba entornada y, de vez en cuando, la rendija se iluminaba débilmente.

Evidentemente había alguien y vete a saber lo que andaba buscando.

Peppone, *el Largo* y *el Flaco* se quedaron al acecho conteniendo la respiración; luego, cuando en el cercano campanario empezaron a sonar los primeros toques de medianoche, se introdujeron por la puerta de la buhardilla y se pegaron contra la pared.

A la duodécima campanada, la luz se encendió y no volvió a apagarse.

Una lucecita, una bombillita a pilas que iluminaba el interior de una minúscula chozita colocada sobre una caja.

Y de pie delante de la caja estaba el chiquillo del *Largo*.

Se quedó mirando durante unos diez minutos y allí hubiera seguido si *el Pardo* no hubiera hecho algo de ruido en la planta baja donde se había quedado de guardia. Entonces el chiquillo se fue corriendo, pasando por delante —aunque sin verlos— de Peppone y de los otros dos, escondidos en la sombra al lado de la puerta.

Desaparecido el crío, los tres hombres salieron de la sombra y se pararon ante la cabañita colocada encima de la caja.

—Imagínate si se llega a enterar don Camilo —refunfuñó Peppone—. El pesebre clandestino, los cristianos que vuelven al período de las catacumbas… Menudo jolgorio se armaría.

El Largo estaba taciturno.

—Desde pequeño le han llenado la cabeza con estos cuentos —murmuró—. Resulta imposible cambiar toda una mentalidad de la noche a la mañana… Aunque quisiera saber quién le ha facilitado todo esto.

Peppone se inclinó para mirar el pequeño pesebre.

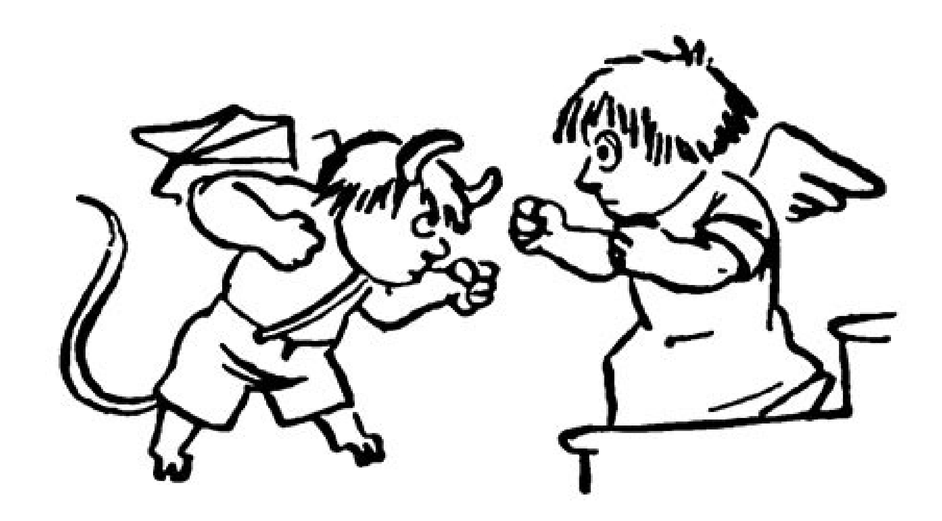
—Nadie —aclaró—. Son figuritas de tierra sin cocer, pintadas. Las ha hecho él. Y son muy bonitas. No tiene nada de tonto el chiquillo.

El Largo volvió a mirar en silencio las figuritas del diminuto pesebre, y después, de un manotazo, las tiró y fueron a estrellarse contra la pared.

Pero la lucecita siguió encendida en la cabañita desierta y arrasada.

La gente salía de la iglesia y llenaba de alegres voces la plaza: Peppone se recuperó del asombro en que le había sumido el gesto del *Largo* y alcanzó presuroso la puerta, seguido por *el Flaco*, mientras *el Largo* se quedaba allí mirando con ojos atónitos aquella luz que no se apagaba.

EN NAVIDAD…



Peppone, al salir de la Casa del Pueblo sin prestar atención al *Pardo*, que le aguardaba en el portal, se dirigió apresuradamente a su casa desviándose de la plaza para no encontrarse con la gente que salía de la misa del Gallo.

El Flaco le siguió disciplinadamente, sin obtener por ello ninguna satisfacción, porque una vez llegado a destino Peppone le dio con la puerta en las narices y le dejó allí plantado sin decirle ni adiós.

Peppone estaba agotado de cansancio y, desvistiéndose rápidamente, se metió entre las sábanas.

—¿Eres tú? —le preguntó la mujer.

—¡Claro! —rezongó Peppone—, ¿quién quieres que sea?

—Nunca se sabe —replicó la mujer—. Ahora, con los nuevos principios que te has sacado de la manga, no sería nada extraño que hicieras que me encontrara en la cama con algún funcionario de tu Partido en tu lugar.

—¡No digas tonterías! —exclamó Peppone. No estoy para bromas.

—¡Pues imagínate las ganas que tendré yo de bromear con la hermosa Nochebuena que nos has hecho pasar!

Peppone dio vueltas en la cama.

—¡Ni la cartita de tu hijo has querido mirar! —se quejó la mujer—. Y cuando el pobrecito estaba allí subido encima de la silla para recitarte la

poesía, te has largado. ¿Qué tienen que ver tus hijos con la política?

Peppone volvió a revolverse:

—¡Déjame dormir! —gritó con rabia.

La mujer se calló, pero a Peppone le costó muchísimo conciliar el sueño. Y cuando por fin consiguió dormirse no puede decirse que se quedara tranquilo, porque inmediatamente empezaron a desfilarle por la cabeza los sueños más estrambóticos: pesadillas de gente que tiene una mala digestión. De gente que nota como si tuviera un gato vivo dentro del estómago.

Cuando se despertó aún había oscuridad; salió de la cama y se vistió sin encender la luz. Mientras se vestía seguía pensando en el manotazo que *el Largo* le había propinado al pesebre del niño y en la lucecita que seguía encendida.

Le parecía como si todo formara parte de lo que acababa de soñar, aunque aquello no había sido ningún sueño.

Bajó a la cocina para calentarse un poco de leche y se encontró con la mesa aún puesta, tal como la había dejado al salir por la noche.

Seguía aún en su sitio el plato hondo sucio del potaje: lo levantó para ver si estaba debajo la carta del pequeño. Pero no había nada.

Miró el mantel sucio, los restos de la tortilla.

Se acordó de la mesa de los otros años en Nochebuena.

Recordó otras Navidades: las Navidades cuando él era pequeño. Y acudieron a su recuerdo su madre y su padre.

De repente se acordó de la Navidad de 1944: aquella que había pasado en la montaña, en una cueva de animales, corriendo el peligro de morir por una ráfaga de ametralladora de un momento a otro; había sido una Navidad tremenda. Aunque menos angustiosa que ésta porque la había pasado pensando en las dulces y serenas Navidades de tiempos de paz y aquel pensamiento le había reconfortado.

Ahora no corría ningún peligro, todo funcionaba tranquilamente, su mujer y sus hijos estaban ahí, seguros, a pocos metros de él y con sólo acercarse a la puerta de su habitación podía oírlos respirar: mas su corazón seguía helado porque pensaba que aquella mesa, a la hora de comer, iba a seguir siendo la misma triste mesa de la noche anterior.

«La Navidad no es más que eso —concluyó para sus adentros—. Una cuestión de manteles, de copas, de capones, de turrón y de *agnolotti*»**[1]**.

Pero luego volvió a pensar en el chiquillo del *Largo* que se había hecho el pesebre clandestino en la buhardilla de la Casa del Pueblo, y la conclusión

dejó de convencerle. Porque tampoco la poesía y la carta del pequeño eran cosas comestibles.

Empezaba a alborear. Peppone, poniéndose el tabardo, salió de su casa y se dirigió hacia la Casa del Pueblo. *El Largo* ya estaba levantado y barría la sala de sesiones; fue a abrir a Peppone, que se extrañó:

—¿Trabajando a estas horas?

—Son las siete —aclaró *el Largo*—. Los días laborables se empieza a las ocho, pero como hoy es un día más que laborable hay que empezar antes.

Peppone se fue a sentar a la mesa de su despacho: tenía que revisar todo el correo del día anterior e inmediatamente se puso a trabajar. Se trataba tan sólo de unas diez cartas sin nada especial y en pocos minutos Peppone se puso al corriente de todo.

—¿Nada importante, jefe? —preguntó *el Largo* asomándose.

—Nada —respondió Peppone—. Despáchalas tú mismo.

El Largo recogió las cartas y se fue, pero al cabo de poco rato volvió a presentarse, muy excitado, con una hojita entre las manos.

—Jefe —dijo *el Largo*—, ésta es muy importante. Debe de haberte pasado inadvertida.

Peppone, tras tomar la carta que *el Largo* le tendía, le dio una ojeada y se la devolvió.

—Ya la había visto —explicó—. No tiene nada de extraordinario.

—Pero habla de inscripción y tendrías que contestar en seguida. Es asunto tuyo personal.

—Luego —refunfuñó Peppone—. Hoy es Navidad.

El Largo le miró mal y a Peppone no le gustó esa mirada.

Se levantó y plantándose delante del *Largo* exclamó:

—Hoy es Navidad: ¿has entendido?

El Largo meneó la cabeza y luego contestó:

—No, no lo he entendido.

—Ahora te lo explico —dijo Peppone con los dientes apretados y estampándole en mitad de la cara una soberbia bofetada.

El Largo no supo captar por qué concepto y, como el endemoniado era aún más alto que Peppone, intentó devolverle la torta recibida.

Peppone, entonces, se le echó encima como si fuera una división acorazada y, después de hacerle rodar, le molió a patadas el trasero.

Cuando acabó el trabajo, agarró al *Largo* por la pechera y le preguntó:

—¿Has entendido lo que he dicho?

—Lo he entendido —gruñó sombrío *el Largo*—. Hoy es Navidad.

—Y ahora sube a la buhardilla y arregla todo aquello antes de que nadie lo vea. ¿No has pensado que si se supiera lo que ha pasado esta noche ahí arriba se especularía tremendamente contra nosotros?

—Ya lo he pensado —contestó *el Largo*—. Y ya lo he arreglado todo.

Precedido por *el Largo*, Peppone subió al desván para comprobarlo: efectivamente, parecía como si el pesebre no hubiera sido tocado. Peppone se quedó mirándolo durante unos minutos y luego masculló:

—En el fondo ¿qué tiene de malo que a algunos les guste creer que, hará cosa de unos dos mil años, nació en algún establo el hijo de un carpintero, que después predicó la igualdad entre los hombres, que defendió a los miserables de los poderosos y que luego fue crucificado por los enemigos de la justicia y de la libertad?

El Largo meneó el cabezón.

—No tiene nada de malo: pero la gente cree que ese hijo de carpintero es Dios. ¡Eso es lo malo!

—¿Malo? —exclamó Peppone—. Al revés, magnífico. Porque el hecho que Dios haya elegido como padre un carpintero y no un burgués significa que Dios es demócrata.

El Largo suspiró:

—Lástima que anden los curas por medio. Podríamos convertirlo en algo nuestro.

—¡Ésa es la cuestión! —afirmó Peppone—. Hay que actuar siempre con mucha calma y sin confundir las cosas. Dios es una cosa y los curas son otra. El peligro no reside en la existencia de Dios, sino en la existencia de los curas. Y por tanto no hay que eliminar a Dios, sino a los curas. Pasa lo mismo que con la riqueza y con los ricos: no hay que eliminar la riqueza, hay que eliminar a los ricos y repartir la riqueza entre los pobres.

El Largo, que acababa de terminar el curso de preparación política, volvió a menear la cabeza:

—Sí, pero la cuestión básica es otra: Dios no existe, se lo han inventado los curas. Sólo existen las cosas que podemos ver y tocar. Las cosas que tienen una consistencia material. Todo lo demás son fantasías.

Peppone no se mostró demasiado preocupado por lo que le acababa de comunicar *el Largo* y respondió:

—Si uno nace ciego, ¿cómo puede creer que existan el color verde o el color rojo, puesto que no los puede ver ni tocar? Imagínate que todos empezaran a nacer ciegos: al cabo de cien años nadie podría creer en la existencia de los colores porque ya nadie podría verlos. Pero los colores

seguirían existiendo igualmente en la realidad material. ¿No puede ser que Dios exista realmente y que nosotros seamos, respecto a él, como el ciego de nacimiento que, basándose en su razonamiento, no puede admitir que existan los colores?

El Largo se quedó muy perplejo.

—De todos modos —cortó por lo sano Peppone— la cuestión no reviste ninguna urgencia especial y puede posponerse la solución del problema.

Peppone se marchó hacia su casa y hete aquí que a la vuelta del Borghetto tropezó con don Camilo.

—¿Desea algo su eminencia gris? —se informó sombrío Peppone.

—Sólo quería felicitarle las Navidades, buen fin de año y buen Año Nuevo —respondió amablemente don Camilo.

—¿A mí? —dijo Peppone carcajeándose—. ¿A un excomulgado? ¡Menuda coherencia!

Don Camilo extendió los brazos:

—Es la misma coherencia del médico que, al reconocer a una persona que padece una enfermedad contagiosa, le impide entrar en contacto con gente sana, pero trata al enfermo. Hay que odiar el mal, pero amar al enfermo.

Peppone se mofó:

—¡Fantástico! ¡Nos degollaría a todos y habla de amor!

—Seríamos unos médicos muy desgraciados, estúpidos y locos si para destruir la enfermedad pretendiéramos eliminar a los infelices que tienen el alma contagiada por la enfermedad. Nosotros los cuidamos amorosamente para que sanen.

—Entendido: ¡quisiera aplicamos la cura de la que hablaba el otro día en la plaza! —replicó Peppone.

—No me refería a ti ni a la gente como tú —explicó tranquilo don Camilo —. En el tifus exantemático, por citar algo, los elementos que hay que considerar para detectar la enfermedad son tres: el tifus exantemático, es decir el mal en sí, el vehículo del tifus, es decir el piojo, y al infeliz que padece el tifus. Para vencer el mal hay que curar al enfermo y eliminar el piojo. Sería estúpido quien pretendiera curar al piojo, o estaría loco quien quisiera transformar el piojo en algo que no fuera vehículo de tifus exantemático. Peppone, tú no eres el piojo, tú eres el enfermo.

—Yo estoy muy bien y el enfermo es usted, padre —contestó Peppone—. Enfermo de la cabeza.

—Mis deseos de felicidad salen del corazón, no de la cabeza —aclaró don Camilo—. Puedes aceptarlos con toda tranquilidad.

Peppone meneó la cabeza.

—Corazón, cerebro, bazo o hígado, da igual. Sería como decir: «Acepta con toda tranquilidad esta bala de fusil del 91: no te la manda el gatillo, es un amable obsequio del punto de mira».

Don Camilo extendió los brazos.

—Que Dios tenga piedad de ti.

—Quizá: pero de usted seguro que no tendrá piedad el día de la revancha y no va a evitar que balancee colgado por el pescuezo, de la cuerda de aquel mástil. ¿Lo ve?

Claro que don Camilo veía aquel mástil de bandera plantado en la barandilla del balcón de la Casa del Pueblo. Hasta lo veía demasiado porque la Casa del Pueblo se hallaba en la parte derecha de la plaza, y mirando por la ventana, desde su cuarto de estar, don Camilo no dejaba nunca de ver aquella condenada asta que se recortaba en el cielo libre y que llevaba provocadoramente, en lugar de la lanza, el brillante emblema de la hoz y el martillo. Aquella asta, y sobre todo su coronación, le echaba a perder todo el panorama.

—¿No pesaré demasiado para aquel palo? —preguntó don Camilo—. ¿No sería preferible que te prestaran una horca tus amigos de Praga? ¿O son cosas que os reserváis para vosotros los compañeros?

Peppone no contestó: le dio la espalda y se marchó.

Al llegar a casa llamó a la mujer para que saliera.

—Volveré sobre la una —dijo—. Procura arreglártelas para prepararlo todo como si fuera un día de Navidad normal.

—Ya lo he hecho —rezongó la mujer—. Estabas fresco si pretendías que esperara la contraorden. Puedes volver a las doce en punto.

Al entrar poco después de las doce en la espaciosa cocina, Peppone se encontró con el ambiente navideño de antaño, y le pareció haber tenido una pesadilla.

Encontró la carta del pequeño debajo del plato, y le pareció de un interés excepcional. Después se dispuso a escuchar lo más atentamente posible la poesía: mas la poesía no daba señales de vida.

Peppone pensó que llegaría al final de la comida y se puso a comer tranquilamente.

Pero tampoco después de la comida demostró el pequeño la más mínima intención de subirse de pie encima de la silla para declamar los versos.

Peppone hizo un signo interrogativo a su mujer y ésta le contestó encogiéndose de hombros.

Se levantó entonces la mujer y se fue a cuchichear con el pequeñín.

—No hay nada que hacer —comunicó a Peppone—. No la quiere recitar.

Pero Peppone ya tenía a mano el golpe secreto; se sacó del bolsillo una bolsa de bombones y anunció en voz alta:

—Y ahora si alguien me recita un buen verso le daré todo esto.

El pequeño miró a hurtadillas la bolsita, preocupado, y meneó la cabeza.

La mujer de Peppone se fue a cuchichear de nuevo con el pequeñín y luego dijo al marido:

—No lo quiere recitar.

Entonces Peppone perdió la paciencia:

—¡Si no quieres recitar el verso es porque no lo sabes! —le dijo al chiquillo.

—Sí que lo sé —contestó el niño—. Pero ya no se puede recitar.

—¿Por qué? —gritó Peppone.

—Porque ya no sirve —explicó el crío—, ahora el Niño Jesús ya ha nacido y la poesía habla del Niño que tiene que nacer esta noche.

Peppone hizo que su mujer le trajera el cuaderno con el verso; en efecto, el versito se expresaba en futuro: a medianoche la gruta de Belén se iluminará y el milagro se repetirá, y el Niño Jesús nacerá y llegarán los pastorcillos y todo lo demás.

—Una poesía no es un anuncio del diario —explicó Peppone—. Aunque la recites hoy tiene el mismo valor.

—No es verdad —insistió el pequeño—. Si el Niño Jesús nació ayer por la noche no se puede decir que nacerá esta noche.

La madre intentó insistir, pero el pequeño no aflojó:

—Es tan testarudo como tú —exclamó la mujer, al final, dirigiéndose a Peppone.

Por la tarde Peppone se llevó de paseo al pequeñito; cuando estuvieron lejos del pueblo, hizo el último intento:

—Ahora que estamos solos ¿me recitas la poesía?

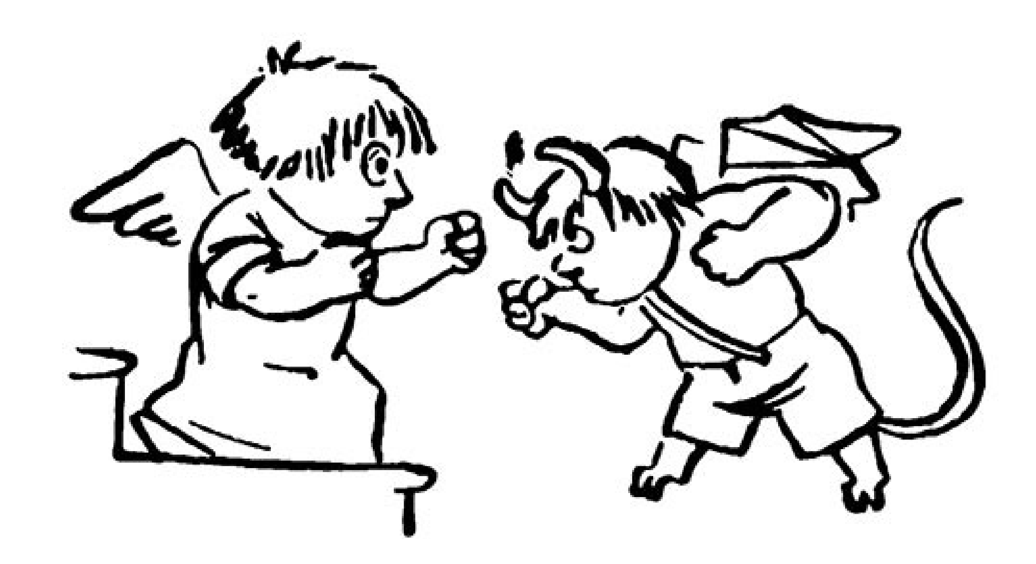
—No —contestó el niño.

—¡Aquí no te oye nadie!

—Pero lo sabe el Niño Jesús —murmuró el pequeño.

Ésta era la más hermosa poesía que hubiera podido recitar el pequeño, y Peppone lo comprendió.

… EN NOCHEVIEJA



Transcurrieron los días que tenían que pasar y llegó la noche de San Silvestre, la Nochevieja. También en el pueblo, más o menos como en todas partes, había la costumbre de rematar el año.

Al sonar las doce de la noche, la gente disparaba sus escopetas contra el cielo y durante algunos minutos aquello parecía el fin del mundo.

A don Camilo todo aquello nunca le había gustado por mil razones y jamás había gastado ni un cartucho en disparar a las nubes: aunque en aquella ocasión, también le entraron a él unas ganas locas de matar al año y por eso, momentos antes de medianoche, abrió la ventana del cuarto de estar y esperó que el reloj del campanario diera la señal.

La luz del cuarto estaba apagada, pero el fuego resplandecía en la chimenea. *Ful*, que tenía buena vista, en cuanto divisó la escopeta en manos de don Camilo empezó a excitarse.

—Estate tranquilo —le explicó en voz baja don Camilo—, esto no va contigo. Ésta no es una escopeta de caza, es la vieja que guardo como recuerdo en el desván. Es para matar al año y la escopeta de siempre de doble cañón no sirve.

La plaza estaba desierta y la farola que había delante de la Casa del Pueblo iluminaba nítidamente el asta de la bandera:

«¡Hasta de noche se ve! —refunfuñó don Camilo—. ¡Parece como si fuera a propósito, para darme rabia!».

Sonó la primera de las doce campanadas e inmediatamente comenzó el tiroteo.

Don Camilo se apoyó en el alféizar de la ventana y, a su vez, disparó un tiro. Sólo uno porque se trataba de algo simbólico y lo que importa en las cosas simbólicas es el gesto en sí.

Hacía frío: don Camilo volvió a cerrar con cuidado la ventana y, tras apoyar la escopeta junto al arcón, encendió la luz y se sentó ante el fuego.

Fue entonces cuando se dio cuenta que *Ful* no estaba y lo llamó: pero el perro, excitado evidentemente por todo aquel estruendo de los escopetazos, había ido hasta la puerta y había salido.

Don Camilo no se preocupó: tal como había salido volvería a entrar. Y efectivamente, al poco rato se oyó crujir la puerta, aunque no era *Ful*.

Era Peppone, en cambio, que amablemente se justificó:

—Perdone, padre, pero es que he encontrado la puerta abierta y he entrado a visitarle.

—Gracias, hijo mío: alegra ver que alguien se acuerda de uno. Peppone se sentó junto a don Camilo.

—Padre, hay que reconocer que a veces en la realidad pasan cosas que la fantasía no podría concebir.

—¿Ha pasado algo malo? —se preocupó don Camilo.

—Nada malo: una curiosa jugada fruto de la casualidad. Imagínese que durante el tiroteo alguien ha disparado un tiro al aire y la bala en lugar de ir a parar vete a saber dónde, ha ido a pegar al asta de nuestra bandera partiéndola en lo alto, justo en el punto en que el emblema de latón se incrusta en la madera. ¿No es casualidad?

Don Camilo abrió los brazos:

—Y tanto —asintió.

—Aunque eso no es todo —prosiguió Peppone—. Porque el emblema, al caer, casi le da en la cabeza al *Largo*, que estaba entrando. Y *el Largo*, creyendo que alguien le había tirado algo a la cabeza a propósito, ha entrado corriendo todo alarmado a decirlo; entonces hemos salido, pero no hemos encontrado nada en el suelo. Aunque al mirar hacia arriba nos hemos dado cuenta que faltaba el emblema que corona el mástil y luego, al examinar el asta, nos hemos percatado de que un tiro la había partido justo debajo del remate con el emblema. ¿No es raro? ¿Quién puede haber recogido el emblema y habérselo llevado si la plaza estaba desierta?

Don Camilo se encogió de hombros:

—Con todo respeto, no entiendo a quién pueden gustarle ese tipo de fruslerías.

Hacía ya algunos minutos que *Ful* había regresado y se había colocado entre don Camilo y Peppone, quieto y esperando, inmóvil como una estatua.

Entre los dientes sostenía el emblema de latón con la hoz y el martillo. Se cansó y dejó caer la pieza al suelo.

Don Camilo recogió el emblema, lo miró y le dio vueltas estudiándolo por todas partes; luego meneó la cabeza:

—Chapita de latón; de lejos parecía más consistente: si te interesa ya puedes llevártelo a casa.

Peppone miró el brillante emblema que don Camilo le ofrecía y luego volvió a mirar las llamas de la chimenea.

Don Camilo echó el emblema entre las brasas ardientes y Peppone apretó los dientes aunque sin hacer ademán de moverse.

El emblema se puso rápidamente al rojo vivo y el estaño de las soldaduras se derritió, las tiras de chapa se retorcieron como culebrillas.

—Si el infierno no fuera una invención de nosotros los curas… —susurró don Camilo.

—El infierno no es ninguna invención de los curas —masculló Peppone —. Son los curas los que son una invención del infierno.

Don Camilo atizó el fuego y Peppone se acercó a la ventana. A través de los cristales se veía, iluminado por la farola, el mástil decapitado.

—¿Cuántos tiros? —preguntó Peppone sin girarse.

—Uno —contestó don Camilo, sin levantar la cabeza.

—¿Americana con mira telescópica?

—Noventa y uno normal.

Peppone volvió a sentarse delante del fuego.

—La noventa y uno no deja de ser una buena arma —refunfuñó mirando a las llamas.

—Todas las armas son malas —musitó don Camilo.

Peppone se levantó y se encaminó hacia la puerta.

—Feliz año nuevo —masculló Peppone al salir.

—Lo mismo digo —respondió don Camilo.

—No se lo digo a usted —dijo rudamente Peppone—. Se lo he dicho a *Ful*.

Fulmine[2], llamado *Ful*, al darse cuenta que se le sacaba a relucir se quedó acurrucado ante el fuego, pero movió la cola para demostrar que

agradecía la atención.

NIEVE



Cayó un metro de nieve. Hacía treinta años que por aquellos lugares no se veía algo semejante.

La nieve dejó que todos se fueran a dormir, y a las once de la noche comenzó a caer tan copiosamente que a la mañana siguiente el primero que se dispuso a salir de casa se encontró con una nevada que le llegaba hasta media pierna.

Y seguía nevando.

A mediodía aún seguía nevando y parecía como si no fuera a parar. Entonces, como el tráfico del pueblo corría el riesgo de quedar completamente bloqueado, el alcalde dio orden de que a pesar de todo salieran igualmente las quitanieves para despejar las calles principales y las carreteras de acceso al pueblo.

Pero fue un desastre porque sólo los tractores pesados equipados con cadenas o los de oruga consiguieron hacer algo, con el bonito resultado de que cuando pasaron a limpiar la carretera general y las comarcales —una vez despejado el pueblo— se encontraron con setenta centímetros de nieve que quitar y más de un tractor pesado tuvo que renunciar a la empresa.

Nevó durante todo el santo día, sin cesar ni un minuto, y al levantarse al atardecer un viento que acuchillaba, comenzó a acumularse la nieve de forma alarmante en los puntos más expuestos. En los tejados de las casas, en los aleros de las vertientes resguardados del viento la nieve formó murallas de hasta más de dos metros de altura.

A última hora, al ver que la nevada, en lugar de amainar, aumentaba en intensidad, Peppone, tras reunir el Consejo municipal, planteó la situación y propuso la movilización de todos los brazos disponibles.

—Todos los equipos de paleadores van a tener que trabajar toda la noche para sacar del pueblo la nieve que ha caído y que se ha amontonado contra las paredes que flanquean las calles. Porque si no la sacamos, mañana por la mañana no van a poder pasar las máquinas quitanieves.

Todos estuvieron de acuerdo, hasta los consejeros de la oposición, y se dictó la movilización general.

Al *Brusco* se le puso al mando de las operaciones:

—Muy bien, jefe, he comprendido. Encontraremos brazos, palas, zapas y carretillas. En cuanto hayamos abierto y ensanchado las calles, transportaremos la nieve con los camiones. ¿Pero a dónde?

Peppone lo miró asombrado:

—¡A donde quieras! Lo que me interesa es que la saques de las calles. Lárgate y no hagas preguntas necias.

Seguía nevando, mas a pesar de ello, el trabajo de limpieza y de evacuación prosiguió hasta medianoche sin ninguna pega especial. Sin embargo, a medianoche, *el Brusco* hizo parar las operaciones y se fue corriendo a golpear con un palo las persianas de la habitación de Peppone.

—Jefe —dijo *el Brusco* cuando Peppone entreabrió los batientes—, tenemos problemas. Baja a abrirme.

Peppone blasfemó:

—¿Vas a dejar de tener problemas si bajo a abrirte?

—Los seguiremos teniendo: pero podemos hablar y buscar una solución.

Peppone bajó y dejó entrar al *Brusco*.

—Jefe —explicó *el Brusco*—, no sabemos dónde seguir echando la nieve.

—¿Con todo el campo que hay en los alrededores del pueblo y no sabéis dónde seguir echando la nieve? —vociferó Peppone.

—El campo sólo sirve si se puede llegar hasta él. Si los camiones no pueden pasar por las carreteras, ¿cómo quieres que consigan pasar por los caminos de carro?

—Peppone pegó un puñetazo en la mesa de la cocina:

—¿Acaso no se puede transitar por la carretera que conduce al puente del río Stivone? ¿No he ordenado que se mantuviera despejada a toda costa? ¿Es que hay algún maldito traidor que en lugar de cumplir con su deber nos está saboteando?

—No, jefe, la carretera está transitable: *el Flaco* la está manteniendo tan limpia como si fuera para un baile.

—Pues entonces haz que circulen los camiones por la carretera y que echen la nieve por el puente del Stivone.

El Brusco abrió los brazos:

—Eso es exactamente lo que hemos estado haciendo hasta ahora. Pero ya no se puede seguir. El Stivone está casi seco y si lo bloqueamos completamente con nieve mojada y apilada, que se va a convertir en un bloque de hielo, corremos el riesgo de que se desborde el cauce el día que, de repente, le dé por hacer el loco y arrastre un diluvio de agua. Como mínimo hay el peligro de que se derrumben los pilares del puente.

El Brusco estaba cargado de razón y Peppone tuvo que reconocerlo.

Descartada la idea de echar la nieve al canal grande, no quedaba más que una solución:

—*Brusco* —dijo Peppone—, si no puedes transportar la nieve fuera del pueblo, encuentra un lugar donde ponerla en el pueblo.

—¿En el pueblo? —asombrose *el Brusco*—. En el pueblo, aparte de la plaza no hay ningún otro lugar donde pueda amontonarse la nieve. Sacar la nieve de las calles para apilarla en la plaza no me parece ninguna idea brillante.

—*Brusco*, que quede esto bien claro: la plaza tiene su función concreta y necesaria y no tiene que quedar interceptada. La plaza tiene que quedar completamente limpia. Y, al decir completamente limpia, me refiero a la plaza propiamente dicha. Es decir a la plaza que sirve indistintamente a todos los ciudadanos y en la que, por ejemplo, cualquier partido político puede, por así decirlo, celebrar una asamblea sin que nadie le moleste. ¿Me explico?

El Brusco volvió a abrir los brazos:

—Jefe, ¿te puedo decir que no te entiendo?

—¡No! ¡Te ordeno que me entiendas!

El Brusco no supo qué más objetar y se marchó.

Volvieron a reemprenderse los trabajos de limpieza de la nieve, que cada vez seguía cayendo más copiosamente.

Y, respetando la plaza propiamente dicha, se encontró el lugar donde acumular toda aquella nieve sin sacarla del pueblo.

A las seis de la mañana siguiente, la nieve aún no había cesado de caer y don Camilo, al abrir la puerta de la rectoría para ir a la iglesia a decir la

primera misa, se encontró ante una especie de infierno blanco.

—¡Jesús! —profirió—, ¡pero si esto es el diluvio universal de nieve!

La verdad es que era como para asustarse porque, a simple vista, le pareció a don Camilo que la nieve había alcanzado los cinco metros de altura. Y no andaba equivocado. En lo que sí se equivocaba era en pensar que todo el pueblo estaba sepultado bajo una capa de nieve de cinco metros de altura.

Porque la nieve alcanzaba cinco metros sólo en la plaza delante de la iglesia. En el resto de la plaza y en las calles de la población había apenas unos diez centímetros.

Los facinerosos que durante la noche habían amontonado la nieve en el amplio espacio de la plaza adyacente a la iglesia habían dejado junto a la acera de la rectoría apenas paso suficiente para los que quisieran ir a la iglesia. Don Camilo, una vez que se hizo cargo de la situación real, se fue a la iglesia para celebrar la primera misa, aunque, antes de empezar, se excusó ante el Cristo del altar mayor:

—Jesús, perdonadme si cometo alguna equivocación: estoy echo un lío. Quizá es por culpa de la nieve. Demasiada nieve para mi temperamento.

—Don Camilo —respondió el Cristo—, lo que Dios manda a los hombres nunca es ni mucho ni poco. Dios manda a los hombres sólo lo que es justo que Él les mande.

—No me he explicado bien, Señor —replicó don Camilo—. No me refiero a la nieve que Dios ha mandado a estas tierras, sino a la que algún hereje ha amontonado esta noche en la plaza, delante de la iglesia. Es un asunto que afecta a la administración municipal, no a la administración divina.

—Cada cosa en su momento, don Camilo —le amonestó el Cristo—. Aquí sólo debes pensar en lo que afecta a la administración divina. Aquí estás ante tu Dios, no ante tu alcalde.

Al acabar la misa, don Camilo esperó frenético a que dieran las nueve.

A las nueve salió de la rectoría y se dirigió decidido al Ayuntamiento.

El alcalde aún no había llegado y por eso, cuando unos diez minutos más tarde apareció Peppone, no pudo entrar porque don Camilo le cortó el paso bajo el pórtico.

—¡Reclamo una inmediata inspección ocular por parte de todo el Consejo municipal! —exclamó apremiante don Camilo.

Peppone le miró con un aire muy interesado y luego respondió:

—Presente una petición en regla concretando los motivos que le inducen a considerar necesaria una inspección ocular de todo el Consejo municipal.

Indique con exactitud también el lugar de esa inspección ocular.

—Si tengo que presentar una demanda, no lo haré en el Ayuntamiento, iré al comandante de puesto de los carabineros —replicó con dureza don Camilo —. Si no quiere mayores problemas, reúna al Consejo y venga a verme a la rectoría. Le doy media hora de tiempo.

Don Camilo volvió corriendo a casa y, al cabo de media hora, se presentaron Peppone, *el Brusco, el Pardo* y *el Flaco*.

—El resto del Consejo no he podido reunirlo porque está bloqueado por la nieve —aclaró con evidente sarcasmo Peppone—. ¿Le basta con éste o prefiere esperar el deshielo?

Don Camilo estaba en la puerta de la rectoría. Señaló la montaña de nieve que, a un metro de distancia de la puerta, alzaba su empinada ladera hacia el cielo:

—Señor alcalde, señores concejales —dijo don Camilo—, ¿quieren explicarme qué es esto?

Los cuatro desvergonzados se giraron y miraron la pared de nieve. *El Flaco* intentó rascar la superficie helada con la punta del índice de la mano derecha.

—Me parece que es nieve —aclaró a sus compañeros, que asintieron con las cabezotas.

—¿Y podría saber cómo ha llegado toda esta nieve hasta aquí? —pretendió informarse don Camilo cordialmente.

Peppone empezaba a estar harto del juego y contestó, brusco, sin rodeos:

—Ha llegado hasta aquí porque alguien la ha traído. Y se ha traído aquí porque no podía llevarse fuera del pueblo. Se trata de un caso de fuerza mayor y se ha hecho por el bien de la población, protegiendo sus intereses.

—Entiendo —replicó don Camilo—. Pero hay que tener en cuenta que parte de la población, entre sus intereses, también tiene el de venir a la iglesia.

—¿Y quién se lo impide? —se carcajeó Peppone—. ¿Acaso no se ha dejado un pasillo para los feligreses?

—¡Ah! —respondió don Camilo—. ¿Será quizá el pasillo para los feligreses esta rendija que hay aquí entre la pared y el hielo?

Peppone rebufó:

—¡Para los cuatro gatos que van a la iglesia hasta resulta demasiado grande!

—Si razonamos así —observó don Camilo—, podríamos objetar que se podría haber acumulado el montón de nieve delante de la Casa del Pueblo porque los gatos que van allí no llegan ni a cuatro, no son más que tres.

—¡La Casa del Pueblo no tiene nada que ver con esto! —exclamó molesto Peppone—. Se ha puesto el montón aquí porque el resto de la plaza está al servicio de toda la población. El Ayuntamiento sólo ha hecho lo que tenía que hacer. Por lo demás, ¡que se las apañen los propietarios colindantes afectados!

Don Camilo pegó un hondo suspiro, tras lo cual concretó:

—Señor alcalde, aquí sólo hay dos propietarios colindantes afectados: por el lado de la rectoría, yo, y por el lado de la iglesia, Nuestro Señor.

—Son asuntos que no nos interesan —contestó Peppone—. Pónganse de acuerdo entre ustedes, y si les molesta la nieve, sáquenla.

Don Camilo, al oír aquella irreverencia, palideció, pero sin perder el control añadió:

—Muy bien, señor alcalde: hablaré con el otro Propietario colindante. Pero si su Partido le ha permitido conservar algo de seso y de conciencia, reconsidere esta infamia que ha proferido. Y piense que muy difícilmente va a poder interponer una montaña de nieve como ésta entre su sucia alma y las llamas del infierno. Aunque con esa sucia alma de usted también estarán esas otras sucias almas de los compinches que le acompañan.

En aquel momento estaba aproximándose una viejecita que caminaba con mucha precaución entre la pared de la rectoría y el paredón de nieve helada.

—Eso se lo cuentas a ésa —exclamó riéndose Peppone—. A lo mejor la impresionas.

Después de haber pasado la vieja, que continuó su dificultosa marcha hacia la iglesia, Peppone y sus socios saludaron con el sombrero a don Camilo y se dirigieron en fila india hacia la plaza.

Don Camilo se quedó mirando unos instantes. Luego, cuando se disponía a volver a entrar en la rectoría, se levantó un gran revuelo en la plaza.

La nieve, arrastrada por el viento, se había ido acumulando en las vertientes de los tejados del lado menos azotado por el viento de las casas que rodeaban la plaza. Y bajo el peso se había hundido uno de los tejados. Muy extraño, porque se trataba de la construcción más reciente. Un sólido edificio construido con criterios modernos y muy bien cuidado en todos sus detalles porque se trataba de la Casa del Pueblo.

El desperfecto no era nimio porque se había aplastado la viga del armazón de la cubierta que sostenía el caballete del tejado, y vigas, tejas y nieve se habían desplomado de golpe en el desván, hundiéndolo.

Debajo estaba la vivienda del guardián de la Casa del Pueblo, *el Largo*, que vivía en tres cuartitos del primer piso con su mujer y el niño.

Cuando llegó don Camilo, jadeando por la carrera, ante la casa del siniestro, ya habían sacado al *Largo*, a su mujer y a su hijito, milagrosamente incólumes, de debajo de aquella especie de derribo y de alud.

Y los «técnicos» habían sabido ya localizar la causa del hundimiento: los dos cabrios de la armadura del tejado no estaban unidos por una jácena, sino por una sólida barra de hierro colocada con todas las de la ley.

Y había sido precisamente aquel sólido barrote de hierro el que se había roto.

Don Camilo preguntó los pormenores:

—¿Qué longitud tenía la viga de la cubierta?

—Doce metros.

—¿Y qué sección tenía la barra de hierro?

—Cinco centímetros.

—¿Cinco centímetros, y se ha roto? Ni aun viéndolo me lo puedo creer.

Don Camilo meneó enérgicamente la cabeza y prosiguió:

—No puede ser. Aunque tuviera veinte metros de largo, una barra de hierro de cinco centímetros de sección no puede de ningún modo romperse. Ni aunque fuera sólo de tres centímetros.

—¡Todo es posible cuando el Señor arremete contra la pobre gente para aniquilarla! —dijo una voz llena de ira. Se trataba, naturalmente, de Peppone.

—Se equivoca, señor alcalde —puntualizó con voz pausada don Camilo —. Nuestro Señor no arremete nunca contra la pobre gente. Ha caído la misma nieve sobre mil casas de pobres gentes y el único tejado que se ha hundido ha sido precisamente éste. Que es el más nuevo, el más sólido y el menos pobre.

—¡Ah! —se carcajeó *el Flaco*—. Hemos comprendido: el señor cura quiere decir que el Señor, al hundir este techo, ha querido demostrar que si alguien se mete contra el Vaticano…

—No —le interrumpió don Camilo—. No ha sido Nuestro Señor quien ha hundido este tejado. Ni ha pretendido demostrar nada. Lo que ha hundido el tejado ha sido la nieve. Sólo la nieve, que, con su peso, ha roto la jácena de la cubierta del tejado.

—Y entonces, señor cura —gritó Peppone—, si el peso de la nieve ha roto la barra de hierro, ¿cómo es que usted, hace poco, ha sentenciado que es imposible que se rompa una barra de cinco centímetros de diámetro?

Don Camilo sonrió tranquilo:

—No cambio de idea: es imposible que el peso de la nieve rompa un barrote de hierro de cinco centímetros de diámetro. Si el barrote se ha roto significa que ya estaba roto.

—¡Sabotaje, entonces! —vociferó Peppone—. ¡Sabotaje!

—No, señor alcalde.

—¡Venganza del Señor, entonces! —añadió apresuradamente Peppone.

—No, señor alcalde. Nuestro Señor no tiene que cumplir ninguna venganza. Nuestro Señor es un Juez perfecto, no un vengador. A Nuestro Señor, establecidas las leyes de la estática y de la cohesión, no le han interesado nunca los armazones de las cubiertas de los tejados, ni las vigas, ni nada por el estilo. Los armazones, las vigas, son de estricta competencia de los ingenieros, de los carpinteros y de los herreros.

—¡Y de las maldiciones que los infames nos echan por el hecho de que, al no saber dónde meter la nieve, la hayamos amontonado delante de su casa! —gritó Peppone.

—Es inútil que intentes mezclar este hecho con la política y con lo sobrenatural, Peppone —le amonestó amablemente don Camilo—. Dios no es ningún infame. Tampoco el párroco es ningún infame. El hierro se ha roto porque tenía un defecto. Eso es todo. No tiene nada que ver la nieve amontonada delante del recinto de la iglesia. Lo que sí tiene que ver, en cambio, es la nieve que había en el tejado de vuestra casa. No quiero explotar la desgracia para hacer ninguna clase de propaganda: ni yo ni, con mayor razón el otro Propietario colindante, necesitamos este tipo de medios.

Don Camilo se marchó, mas, apenas hubo dado diez pasos, se paró y se giró:

—A propósito, señor alcalde —dijo en voz alta—, en cuanto a la nieve quisiera ofrecerle una sugerencia, con su permiso.

Peppone se separó del grupo y se acercó circunspecto a don Camilo.

—El barrote de hierro —le dijo en voz baja don Camilo— tenía un defecto: la soldadura efectuada por un herrero presuntuoso y pazguato para unir un trozo de barra de ocho metros con otro de cuatro metros para formar una viga de doce metros. Un herrero imbécil que no sabe ni fundir ni forjar el hierro porque es herrero y no mecánico. Un herrero zafio que ha tenido la suerte de no topar con un cura infame, sino con un cura lleno de caridad cristiana. Y por eso no ha quedado delante de la gente tan mal como en realidad se merecía.

—Yo… —intentó protestar Peppone. Pero don Camilo le interrumpió:

—¡Tú como herrero eres una mula y no sabes ni fundir el hierro! ¿Qué te dije hace dos años cuando estabas enganchando los dos trozos de aquella jácena de la cubierta?

Peppone tragó saliva:

—Acepto el chantaje: mañana empezaré a hacer sacar la nieve de delante de la iglesia.

—No —respondió don Camilo—. Tienes que dejarla allí frente a la iglesia hasta que se derrita. O la dejas tal cual o lo cuento todo a los cuatro vientos. ¡Adiós, mecánico!

Don Camilo pronunció me-cá-ni-co, deletreándolo y sonriendo. Después encendió su medio toscano y, fumando, se embarcó hacia la rendija de aquel Mont Blanc.

LA PARTIDA



Apareció *el Flaco*, que hacía de cartero adjunto para la entrega de las cartas urgentes y telegramas, y una vez llegado hasta el banco en que estaba sentado don Camilo al sol leyendo el periódico, frenó a lo Mao Tse-tung.

En realidad el sistema de parar la bicicleta saltando por detrás del sillín y levantando al mismo tiempo el manillar haciendo encabritar el velocípedo como si fuera un caballo, venía llamándose en el pueblo hasta hacía unos pocos años «frenazo a lo tejano»: aunque después, por evidentes razones políticas, el Occidente burgués y conservador había tenido que ceder ante el Oriente proletario y revolucionario.

Don Camilo levantó la mirada y miró con desconfianza aquel ciclón recién llegado.

—¿Vive aquí un tal Jesucristo? —preguntó *el Flaco* sacándose una carta de la bolsa que llevaba colgada en bandolera.

—Aquí vive uno que es muy capaz de emprenderla contigo a patadas —contestó simplemente don Camilo.

—Tiene usted que respetar a los funcionarios públicos en el ejercicio de sus funciones —replicó *el Flaco*—. Las señas que constan en esta carta urgente son «Jesucristo. Casa parroquial»: si no se encuentra el destinatario, yo escribo en el sobre «Desconocido en la casa parroquial», y adiós muy buenas.

Don Camilo agarró la carta: efectivamente, las señas eran las que había dicho *el Flaco*.

—Entonces ¿qué, la recoge o no la recoge, señor cura?

—La recojo: me servirá para presentar un escrito contra Correos por prestarse a secundar iniciativas sacrílegas de imbéciles.

—Correos cumple con su deber: la casa parroquial existe y con eso basta. Correos no tiene por qué saber quién hay o quién deja de haber en la casa parroquial. Cada uno puede tener en su casa a quien quiera. El nombre no importa: puede incluso tratarse de un pseudónimo.

Don Camilo se agachó con indiferencia, mas *el Flaco* no le dejó ni tiempo de llegar con la mano al zapato porque inmediatamente se puso fuera de tiro.

La pluma sacrílega que había escrito la dirección había añadido también, subrayándolo: «*Personal*»; así que don Camilo se fue a dar rienda suelta a su indignación a los pies del Cristo crucificado.

—Jesús —exclamó—, ¿por qué no me decís el nombre del desgraciado que ha tenido tal osadía? ¿Por qué no me dais la posibilidad de ir a agarrarlo por el pescuezo y hacer que se trague esta carta?

—Don Camilo —respondió sonriendo el Cristo—, hay que respetar el secreto epistolar. No podemos infringir los principios constitucionales.

—Jesús —dijo impetuosamente don Camilo—, ¿tendremos que permitirles a esos desgraciados que blasfemen por escrito, además de hacerlo de palabra?

—¿Cómo sabes que se trata de la carta de un blasfemo? ¿No podría ser una carta de un simplón? ¿De un pobre loco? Lee la carta antes de condenar a su autor.

Don Camilo se abrió de brazos y rompió el sobre sacando una hojita escrita en letra de imprenta que leyó rápidamente.

—¿Y bien, don Camilo? ¿Has encontrado todos los horrores que te esperabas?

—No, Señor: se trata de un pobre loco, digno sólo de piedad.

Don Camilo se metió la hojita y el sobre en el bolsillo y se dispuso a salir, pero el Cristo le paró:

—¿Y qué quiere de mí ese pobre loco?

—Nada, en realidad. Son frases deshilvanadas, sin ilación, sin una lógica.

—Entiendo, don Camilo: pero no hay que ser tan superficial cuando se trata de la expresión de una mente perturbada. Existe también una lógica de lo ilógico y, si se consigue descubrirla, puede sernos de utilidad para calibrar la entidad de la perturbación.

—Es una perturbación genérica —se apresuró a responder don Camilo—. No se consigue entender para nada lo que quiere decir.

—Lee, don Camilo.

Don Camilo se encogió de hombros y, sacándose la hojita del bolsillo, leyó en voz alta:

—*Jesús, os ruego que iluminéis la mente de cierto párroco para hacerle entender que está exagerando en sus actividades políticas y que, de seguir así, seguramente va a tropezar su espalda con algún palo de acacia, porque si se hace de cura por vocación está bien, pero si se hace por provocación, entonces las cosas cambian. Firmado: Un amigo de la democracia*.

—¿A qué sacerdote se referirá? —preguntó el Cristo al final de la lectura.

—Ni idea —contestó don Camilo.

—¿Conoces algún sacerdote que se sobrepase como activista político?

—Jesús, yo viajo muy poco. Todos los párrocos de los alrededores son gente tranquila, equilibrada…

—¿Y tú, don Camilo?

—Jesús, se hace referencia a los párrocos de los alrededores: yo soy el párroco del pueblo. Si la carta me hubiera querido aludir hubiera dicho «el párroco», no «cierto párroco». Como justamente me habéis hecho notar, en las ilógicas expresiones de un loco existe una lógica de lo ilógico y precisamente yo estoy intentando razonar según esa lógica especial.

—¡Don Camilo! —suspiró el Cristo—. ¿Por qué intentas ocultar la verdad a tu Dios? ¿Por qué no dices que ese párroco eres tú?

—Jesús, ¿hacéis caso de las acusaciones de un anónimo?

—No, don Camilo: me fijo más bien en tus acusaciones.

Don Camilo meneó la cabeza:

—Jesús, se aproximan las elecciones, la batalla política es importante y yo tengo que solidarizarme con el párroco del pueblo. No puedo ponerme en contra suyo y convertirme en su acusador. Puedo convencerle para que actúe más prudentemente.

—¿Para que no tropiece con las varas de acacia?

—No, Señor: no pienso en la salvación de mi espalda, sino en la salvación de mi alma.

Don Camilo se fue a meditar a la rectoría y hete aquí que al día siguiente entró *el Flaco* en el despacho de Peppone y le dejó una carta sobre el escritorio.

—Jefe, ¿qué hacemos con esta porquería urgente?

Peppone no se inmutó: tomó nota que en el sobre figuraban las señas *Señor Stalin. Casa del Pueblo*, luego lo abrió y sacando una hojita escrita en letra de imprenta, leyó: *Señor Stalin: Le ruego se sirva comunicar a su subordinado que se califica de «amigo de la democracia» que su interesante carta será reproducida fotográficamente por la prensa local reaccionaria. Muy agradecido. Firmado: «Cierto párroco»*.

Peppone se puso rojo de rabia, pero *el Flaco* le dijo sesudamente:

—Jefe, más te conviene encajarlo y olvidarlo. Se ha cubierto las espaldas.

—¡A cubierto de los palos de acacia! —gritó pegando un puñetazo en la mesa—. ¡Aunque puedo despistar las huellas sacudiéndole con un palo de morera, de chopo o de olmo!

—Y tanto, jefe: tienes mil posibilidades de sacudirle sin comprometerte con el indicio de la acacia. ¡La botánica está al lado del pueblo!

Fue grande el revuelo que suscitó la publicación de la carta y no hubo nadie que no acusara a los rojos de la hazaña epistolar. Entonces Peppone, para parar el golpe, decidió adoptar una política de distensión e hizo organizar el Primer Gran Torneo de Escoba de la Paz.

Por aquellos pueblos, donde en invierno la pesada y densa niebla aísla a la gente del resto del mundo, la escoba, más que un juego, es una necesidad, y un torneo de escoba, a pesar de estar organizado bajo la sombra de las alas de la paloma de Stalin, no podía por menos de tener un gran éxito. Se eligió como lugar de los encuentros la hostería del Molinetto y el asunto empezó a funcionar a todo gas.

Al atardecer, la hostería del Molinetto se llenaba a rebosar de gente de todo tipo de ideas y condición y los encuentros iban volviéndose cada vez más apasionantes porque los menos diestros iban siendo progresivamente eliminados para dejar paso a los campeones. Y rápidamente se llegó a la velada decisiva y al encuentro entre los dos finalistas.

Don Camilo informó al Cristo sobre la situación.

—Esta noche se sabrá quién es el mejor jugador de escoba del pueblo —explicó don Camilo—. Toda la gente está en ascuas porque también con esto

ha pasado como con todo lo demás en este pueblo. El juego de la escoba ha acabado mezclándose con la política y no me extrañaría que volara alguna que otra bofetada.

—¿Cómo es eso, don Camilo?

—Jesús, la política tiene el condenado poder de ir cambiando poco el carácter de todos los acontecimientos y por eso, al cabo de algunas semanas, un torneo de escoba se ha convertido en un duelo entre el campeón del pueblo y el campeón reaccionario. Los dos últimos jugadores que han quedado son el terrateniente Filotti y Peppone: si gana Filotti triunfará la reacción, si gana Peppone triunfará el proletariado.

—Es una tontería —contestó el Cristo—. ¿Qué intereses se mueven en ese juego?

—Intereses de prestigio. Estupideces, de buen seguro, pero que en política tienen su valor. De todos modos nuestra derrota está clara.

Don Camilo consideró que tenía que aclarar su pensamiento:

—Al decir nuestra, me refiero a la derrota ante los adversarios rojos. Por otra parte es natural que acabara así. Peppone no ha tenido que luchar con el más fuerte. Filotti es un óptimo jugador, pero ni mucho menos el mejor de la parte contraria. Además, Peppone es un sinvergüenza y no hay que descartar que hasta llegue a hacer trampas con las cartas.

Don Camilo se encogió de hombros:

—Hablar de «justicia» en un asunto frívolo y despreciable como puede ser la bagatela de los naipes casi podría sonar a blasfemia. Aunque si fuera lícito hablar de ello, podría observarse que no es justo que se lleve la victoria quien no se la merece.

El Cristo intervino:

—No te angusties, don Camilo: tú mismo has reconocido honestamente que no se trata más que de frivolidades sin ninguna importancia. Y tanto más porque esos juegos de taberna no son nada edificantes, aunque se juegue a ellos por simple distracción. El jugar a las cartas es un vicio, como es vicio todo aquello que funciona sólo como pasatiempo.

Don Camilo se inclinó:

—Indudablemente —afirmó—. Aunque si estuviera bien establecer una graduación entre esas prácticas viciosas, creo que la escoba es el juego menos vicioso de todos, porque lo que prevalece en él es el razonamiento. Se trata de una gimnasia mental nada despreciable que practican incluso personas trabajadoras y temerosas de Dios.

Don Camilo explicó las diferencias básicas existentes entre el juego de la escoba y los demás juegos. Citó ejemplos prácticos, ilustró la recóndita belleza de algunas jugadas serenamente meditadas, propias del jugador entendido. Le echó mucho calor a su perorata, tanto que el Cristo no pudo dejar de sonreír:

—Don Camilo, hablas como un gran aficionado.

—No, como un simple buen conocedor del juego —puntualizó don Camilo—. Un jugador muy modesto que sin embargo podría poner en un brete, no a uno, sino a tres Peppones… Por otra parte, no puede ni pensarse en que un sacerdote se mezcle con jugadores de cartas en una hostería, a pesar de estar impulsado por el noble deseo de impedir que un sin-Dios se pavonee de una inmerecida victoria.

—Claro —aprobó el Cristo—. Los pies de un sacerdote no tienen que traspasar nunca el umbral de una taberna cuando se trata de inmiscuirse en miserables asuntos de juego. El sacerdote está al servicio del Rey de los cielos, no al servicio del rey de picas o de tréboles.

Ya era muy tarde y don Camilo se marchó para irse a la cama. Mientras, en la hostería del Molinetto, llena a rebosar, se estaba terminando la última escaramuza.

Peppone estaba en plena forma y parecía como si en lugar de cerebro tuviera una máquina de calcular.

La jugada final le reportó un aplauso colosal: Filotti echó las cartas encima de la mesa y pidió un vaso de vino blanco.

—Brindemos por ello —murmuró—. No puedo hacer más.

Peppone era el ganador: los rojos parecían haberse vuelto locos de alegría y empezaron a gritar que querían un discurso. Y, en medio del silencio general, Peppone tomó la palabra:

—¡Compañeros! ¡En todas las batallas, tanto en las del trabajo como en las de después del trabajo, la victoria final no puede ser más que para el pueblo trabajador! Este triunfal torneo combatido bajo la égida…

En la égida frenó porque alguien estaba golpeando en los batientes de la ventana que daba a la carretera.

El Flaco abrió prudentemente la falleba y apareció detrás de la reja la cara de don Camilo.

El silencio se hizo casi dramático.

—¿Qué quiere? —preguntó amenazador Peppone.

—Jugar —contestó don Camilo.

—¿Jugar? ¿Con quién?

—Con quien no tenga miedo de jugar conmigo.

Peppone lo miró con lástima.

—No tengo miedo de nadie. De todos modos el torneo ha terminado. Si quería jugar tenía que haberse inscrito.

—Me he inscrito —aclaró don Camilo—. Mirad la lista y veréis que se ha inscrito uno con el pseudónimo de *el Calmo*.

—No tiene nada que ver —replicó Peppone—. Aquí puede venir cualquiera diciendo que es *el Calmo*.

—No, porque *el Calmo* es el anagrama de Camilo. Y yo soy Camilo.

—No hay anagrama que valga: aquí no cuenta el latín, aquí lo que cuenta es ser el mejor.

Don Camilo explicó lo que significaba anagrama, y Peppone, tras estudiar las letras, verificó que *el Calmo* y Camilo eran lo mismo.

—Si el señor alcalde tiene miedo de quedar mal me voy —advirtió don Camilo.

—¡Entre! —gritó Peppone.

—No puedo —replicó don Camilo—. Yo me quedaré aquí y jugaré desde aquí. El alféizar nos servirá de mesa.

Peppone se acercó a la ventana:

—Quizá será mejor: así se sentirá más seguro.

Don Camilo agarró con las manos dos barrotes de la reja y los dobló hacia afuera.

—Así es más cómodo —argüyó—. De todos modos, si te molesta el aire puedes volver a cerrar.

—Me molesta —afirmó sombrío Peppone, y agarrando los dos barrotes, los enderezó.

La gente nunca había visto un espectáculo tan formidable y contenía la respiración como cuando los acróbatas de circo realizan las más difíciles actuaciones al son del tambor.

Peppone cogió una baraja de naipes y la puso encima del alféizar.

—¿Le va bien ésta? —preguntó Peppone a don Camilo.

—Nueva y sin abrir o nada —dijo don Camilo—. Fiarse está bien, pero no fiarse es mejor.

El Flaco trajo una baraja de cartas sin estrenar, todavía envueltas en el papel de celofán.

Peppone la estudió detenidamente y luego la tendió a don Camilo:

—Para mí están bien, diga usted.

Don Camilo tomó con dos dedos la baraja, le dio la vuelta y la devolvió a Peppone.

—Para mí también. Ábrela, baraja tú y no hagas ningún juego de manos.

Peppone apretó los dientes. Rompió el envoltorio, barajó las cartas, las dejó sobre el alféizar.

—El torneo ha terminado y lo he ganado yo —dijo Peppone—. La copa va al Partido y nadie se la quitará. Pero para darle interés a la partida y para darle un significado moral yo me juego mi escopeta. ¿Y usted?

Se oyeron murmullos: la escopeta de dos cañones de Peppone era la mejor de la región y era lo que más quería Peppone, por encima de todo. Antes hubiera dado una pierna que renunciar a su escopeta de caza. Todos esperaron que don Camilo respondiera a su altura. Pero don Camilo no les decepcionó:

—Pues yo me juego a *Ful* —anunció.

Ful era el perro más extraordinario del mundo y don Camilo le quería como a la niña de sus ojos.

Comenzó la partida que fue algo ciclópeo: si los héroes de Homero hubieran jugado a la escoba se hubieran comportado como don Camilo y Peppone. Lucharon denodadamente hasta el final: pero, al final, ganó don Camilo. Nadie tuvo el valor de aplaudir, ni tan sólo de abrir la boca.

Don Camilo se llevó la mano al sombrero.

—Gracias por la diversión, y buenas noches. Las deudas de juego se pagan en un plazo de veinticuatro horas —dijo al marcharse.

Don Camilo no entró en la iglesia y se metió rápidamente en la rectoría: mas la voz del Cristo le alcanzó.

—¿A estas horas, don Camilo?

—He ido a echar una ojeada a la final del torneo. Pero no he puesto ni un pie en la hostería: me he quedado en la ventana. Tal como había previsto, el torneo lo ha ganado Peppone.

—¿Ha pasado algo especial?

—No, nada: el juego, a fin de cuentas, ha ido como tenía que ir y todos han reconocido que era justo que ganara el más fuerte.

—Don Camilo, me interesa este juego de la escoba —dijo el Cristo—. Por lo que me parece haber entendido por ti, creo que para jugar a la escoba hace falta una baraja de cartas nuevas, precintada, en su envoltorio original.

—Es más prudente, especialmente cuando se sabe que se juega con gente muy habilidosa con las manos y que al pertenecer a una panda que está de acuerdo con el hostelero, intenta poner en la mesa cartas marcadas.

—Claro. Entonces se coge una baraja nueva de naipes: el primer jugador la mira y la pasa al segundo, quien, con una hábil maniobra, se la mete en el bolsillo sacando otra baraja idéntica y nueva de cartas, pero que previamente ha sido marcada con minúsculas mellas echas con la uña y después vuelta a envolver en su envoltorio original. ¿Se hace así?

—No —contestó don Camilo.

—¿Y entonces qué tienes en el bolsillo?

Don Camilo se sacó del bolsillo una baraja nueva de cartas y la puso encima de la mesa.

—No puedo entender cómo ha ido a parar aquí —musitó.

—Ha ido a parar ahí porque la has puesto cuando Peppone te la ha dado y tú le has devuelto la otra que llevabas en el bolsillo.

—Seguramente debo de haberme confundido —susurró don Camilo.

—Sí, has confundido lo lícito con lo ilícito y has querido hacer aún más inmoral una bagatela que ya es inmoral de por sí. Has perdido, don Camilo.

Don Camilo se sacó de la faltriquera el pañuelo para secarse el sudor de la frente, y en aquel momento entró Peppone.

Se sacó de debajo del tabardo su famosa escopeta y se la alargó.

—Las deudas de juego se pagan inmediatamente —dijo—. Pero si no es un barrabás tiene que darme la revancha.

Miró la baraja de cartas de encima de la mesa:

—Están a pedir de boca: son nuevas, por desprecintar, y no habrá trampas. Ábralas y barájelas.

Se sentaron a la mesa. Don Camilo sacó el envoltorio de celofán y barajó.

Comenzó la partida y fue tan homérica como la de poco antes. Pero esta vez la victoria se la llevó Peppone.

—¿Hacemos la buena? —preguntó Peppone.

Don Camilo no contestó porque estaba jugueteando con las cartas.

—¡Ah! —dijo de repente—, ¿tú el siete de oros lo marcas así? Peppone encajó magníficamente. Se sacó del bolsillo una baraja, hizo pasar las cartas hasta que le salió el siete de oros.

—¡Ya! ¿En cambio, usted lo marca con estas dos rayitas?

Don Camilo recogió la baraja de Peppone y la tiró a las brasas de la chimenea. Peppone hizo lo mismo con la baraja de don Camilo. Las llamas se avivaron.

—Estamos empatados —dijo Peppone levantándose.

—No —respondió con tristeza don Camilo—. He perdido yo.

Y había tanto dolor en su voz que Peppone se preocupó:

—Padre, no hagamos tragedias. Ya se sabe: ante el siete de oros no se razona. Y por eso se marca por detrás. Esto significa que algunas veces yo le prestaré mi escopeta y otras usted me prestará su perro.

Peppone se marchó y don Camilo se quedó solo, mirando cómo los naipes se consumían en el fuego.

—Don Camilo, te había dicho que estás al servicio del Rey de los cielos, no al servicio del rey de picas o del de tréboles —le amonestó la voz del Cristo.

—Jesús —se excusó humildemente don Camilo—, se jugaba con la baraja de bastos, oros, copas y espadas…

—¡Qué vergüenza, don Camilo!

Don Camilo abrió los brazos y alzando la mirada hacia el cielo, exclamó:

—Jesús, me doy cuenta de mi culpa, pero ya habéis oído lo que ha dicho ése también: ¡ante el siete de oros no se razona!…

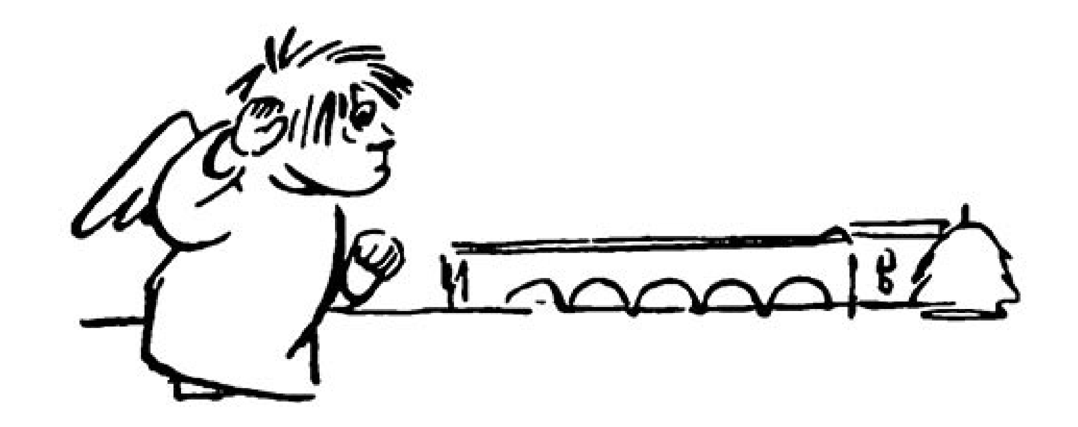
El Cristo suspiró:

—¿Quién te salvará de los tizones del infierno, don Camilo?

Don Camilo no respondió porque tenía que ser solidario con el párroco del pueblo, y el Cristo lo sabía y dejó que don Camilo buscara con calma la respuesta entre las brasas de la chimenea.

Que la buscara y que la encontrara.

ES NECESARIO PELEARSE



De todos los rojos de Peppone, Biasca era el más tremendo en lo referente a la religión y los curas.

Tan tremendo que cuando comenzó la historia de la distensión, Peppone tuvo que llamarle al orden:

—Es inútil —le dijo— que vengas aquí a la cooperativa a dar el espectáculo. Si tienes la luna atravesada vete a desahogarte a otra parte.

—¿Dónde? —preguntó Biasca—. ¿En el círculo de las Acli[3] o en el café de los terratenientes?

—No es necesario blasfemar en público —replicó Peppone—. Blasfema en tu casa todo lo que quieras.

—¡En mi casa! —gritó Biasca—. ¡Con aquella desgraciada! ¿Cómo?

—Como has hecho siempre. Desde que te conozco, siempre te he oído blasfemar y pelearte con tu mujer: ya debes de estar acostumbrado.

El Flaco, que estaba poniendo en orden unas fichas, se carcajeó:

—El año pasado, cuando fui a su casa con la trilladora, llegó Lolini para controlar los sacos y, en cuanto le vio, soltó una tan gorda que el viejo hizo marcha atrás, se montó volando en la bicicleta y se puso a pedalear como si fuera Bartali.

—Eran otros tiempos —rezongó Biasca—. Ahora ya no puedo: está enferma y en cuanto me oye levantar la voz le sube la fiebre. Lo explota, aquella desgraciada, y cuando ya no puedo más, me largo de casa para venir a desahogarme aquí, en la cooperativa. Ya no sé: con los amos no hay que

meterse por lo de la legalidad, con los clérigos no hay que meterse por lo de la democracia, con Dios no hay que meterse por lo de la distensión: ¿para qué ha servido arriesgar el pellejo en la montaña y luego matarse haciendo propaganda, organizando huelgas, vendiendo periódicos, recolectando dinero, si luego incluso el Partido te niega el consuelo de soltar una blasfemia?

Biasca estaba profundamente deprimido y a Peppone le dio pena:

—El Partido no te prohíbe que blasfemes —puntualizó—. Se trata sólo de madurez política: hay que tener la sensibilidad de entender que, en un momento como éste, no hay que soltar esas blasfemias que hacen saltar los cristales de las ventanas en tres kilómetros a la redonda. La cooperativa es un local público al que acuden todos los que quieren; además, está justo en la plaza: ¡si no quieres seguirles el juego a los adversarios, blasfema en voz baja!

—¡Yo sólo tengo un adversario! —afirmó sombrío Biasca—. Es el de allá arriba, y para que oiga hay que gritar.

Biasca no se dejó ver más por el pueblo: Celestina iba empeorando de día en día y no se la podía dejar ni un solo minuto.

Biasca era un hombretón de unos cuarenta y cinco años, sano y fuerte como un roble, la finca que trabajaba como aparcero era pequeña y, con los campos nevados, sólo tenía que cuidarse de los pocos animales del establo: si en un momento determinado llegó a hacerse ayudar, no fue por lo poco que dormía ni por comer de cualquier manera, sino porque, al no poderse desahogar, se sentía tan hinchado y pesado que le costaba moverse.

Hacía veintitrés años, al conocer a Celestina en un baile, Biasca había determinado plenamente convencido: «Ése es exactamente el tipo de mujer que no me conviene».

Él, rústico y macizo, ella, graciosa y esbelta. Él, impulsivo y violento, ella, tranquila y moderada. Él, comecuras, ella religiosa.

No se contentó, naturalmente, con la primera impresión, sino que estudió a la muchacha con mucha atención y, al cabo de tres años, estableció: «No me había equivocado: es justamente todo lo contrario al tipo de mujer que me conviene».

Como era un hombre práctico, se lo dijo sin ambages, ella le contestó en el mismo tono, y por eso tuvieron su primera pelea justo al empezar el viaje de novios.

Ahora, después de haberse peleado durante veinte años, sin ni un solo día de tregua, la situación era ésta: Biasca permanecía sentado, hinchado y a

punto de explotar, junto al lecho en que yacía inmóvil Celestina, más pálida que las sábanas.

«Anda, diviértete —pensó Biasca—. Que en cuanto te cures ajustaremos cuentas».

Ella abrió los ojos y le miró:

—Quiero al cura —murmuró.

La habría triturado, pero consiguió controlarse. Bajó, le dijo apresuradamente al fámulo que fuera a llamar al párroco, y luego, sin hacer caso de la nieve ni del aire frío del atardecer, corrió a través de los campos hasta el dique del Stivone y allí se desahogó, y su voz hizo que las ramitas heladas de los álamos se estremecieran.

Volvió a casa una hora después: don Camilo ya había tenido tiempo de ir y volver y Celestina, al ver a Biasca, tuvo la desfachatez de entreabrir los párpados y sonreír.

Murió al alba y tuvo el funeral que había deseado, con cura, bendición y todo lo demás: pero Biasca no se movió de casa. Se quedó encerrado en el granero y, por la lumbrera, siguió el transporte: vio cómo el exiguo cortejo se alejaba por el camino del Martinetto y cómo desaparecía después de la curva. Luego vio cómo volvía a aparecer en la carretera del dique y el cura y la cruz parecían como pintados con tinta china sobre el cielo grisáceo. Luego oyó que las campanas tocaban a muerte y se retiró:

«¡Es el último feo que me haces!», gritó con rabia.

Pero no fue el último.

Sucedió una semana más tarde. Al anochecer, cuando Biasca estaba cerrando la puerta del establo, entró en la era un ciclista: era don Camilo.

Biasca se volvió de golpe:

—¿No estaba bien el dinero que le he mandado? —preguntó, agresivo.

—No: sobraban quinientas liras. Te las he traído.

—¡Quédese con ellas!

—En mi establecimiento no se aceptan propinas —replicó don Camilo—. Si me alumbras arreglaremos las cuentas.

Biasca se dirigió sin contestar hacia la puerta de la casa y don Camilo le siguió. En la chimenea de la cocina ardía un buen fuego y don Camilo, tras sacarse el tabardo y el sombrero, se sentó a calentarse.

—¿Para sacar quinientas liras —bramó Biasca— es necesario todo este teatro?

—Tengo las manos frías —aclaró don Camilo con calma—. Y, además, tenemos que hablar.

—¡Usted y yo no tenemos nada que decimos! —exclamó el hombretón.

Don Camilo encendió su medio toscano, echó un par de bocanadas, y luego meneó tristemente la cabeza:

—Pobre Celestina —dijo—. ¡Qué vida tiene que haber pasado con un zulú como tú!

—¡Métase en sus asuntos y cuidado con lo que dice! —gritó airado Biasca —. ¡Mis relaciones con mi mujer son cosa mía!

—Todo el mundo lo sabe —respondió don Camilo—. Todos te han oído gritar cuando la maltratabas. Pobre Celestina, tan dulce, tan buena, tan humilde, tan sumisa: sin quejarse nunca, sin protestar nunca, sin levantar nunca la voz…

Biasca se puso en pie de un salto:

—¡Claro! —gritó desgañitándose—. ¡Como me oían gritar a mí, el zulú, el animal era yo! La gente no oía lo que ella decía. ¡Era astuta: había aprendido de los curas a hablar en voz baja y a poner cara de santita! Yo soy el sinvergüenza: yo que me he matado siempre para dárselo todo, para hacer todo lo que ella quería.

Biasca estaba enfurecido: subió corriendo los peldaños de madera que conducían desde la cocina al primer piso y al poco rato apareció con un montón de ropa que echó encima de la mesa:

—Tenga —dijo enseñando a don Camilo calzoncillos, camisas y camisetas—: ¡Mire a ver si consigue encontrar un solo botón bien cosido y que no esté a punto de caerse! Mil veces se lo he dicho. Un millón de veces: para nada. Y si un pobre hombre como yo, que se le caen los calzoncillos hasta abajo de todo de los pantalones, se pone a gritar, es una bestia, un salvaje, un desalmado. Y estos pantalones, los únicos buenos que tengo, ¿están presentables con todas estas manchas? ¿Y mi vino? ¿Por qué el vino que a mí me gusta tiene siempre que estar mezclado con el malo? ¿Por qué un hombre que trabaja como una mula no tiene derecho, por la noche, a restablecer sus fuerzas con un vaso de vino sin adulterar?

Don Camilo se abrió de brazos:

—¿Cómo podía cuidarse de todo, pobrecilla, con la enfermedad que tenía?

—¿Y por qué quería hacerlo todo ella? —replicó Biasca—. ¿Cuántas veces le he dicho que se hiciera ayudar? ¿Acaso le negaba yo el dinero? ¡Si desde hace quince años no he visto ni una lira! ¡La enfermedad, la

enfermedad! ¿Qué más he podido hacer? La he mandado a los especialistas, le he comprado todos los medicamentos del mundo, todo eso ha costado un potosí.

Se acercó al aparador, abrió un cajón y sacó un cuadernito de tapas gastadas:

—Lo llevaba ella porque a mí no me importaba y no lo he mirado hasta ayer. Aquí está, mes por mes, lo que me he gastado en quince años en especialidades extranjeras: veinticinco mil liras de promedio al mes. Mire, ella misma ha escrito incluso el total: cuatro millones trescientas ochenta mil liras. A mí no me sabe mal, ni quiero echar nada en cara: ¡sólo digo que antes de decretar que un hombre es una bestia hay que conocer los hechos! ¡Y ahora, después de haberme hecho enloquecer durante toda la vida, resulta que me hace pasar por un sinvergüenza que la torturaba! ¡Si tuviera la seguridad de encontrarla para poderle decir todo lo que llevo en el buche, querría morirme ahora mismo!

Don Camilo meneó la cabeza:

—Con los principios que tienes, no vas a volverla a ver jamás —explicó —. Porque ella ahora está allá arriba, mientras que tú cuando te mueras irás a parar allá abajo.

Biasca se befó:

—¡Señor cura, se equivoca conmigo! No soy ningún niño de esos a los que enseña el catecismo. ¿Sabe lo que hay en el más allá?…

Se sopló en la palma de la mano abierta:

—¡Cero, nada, cero, cero!

—¿Y si en cambio hubiera algo? —insinuó don Camilo—. ¿Y si aquello en que creen y han creído millones y miles de millones de personas fuera cierto?

Biasca hizo como si no se hubiera enterado. Se fue a sacar del aparador una botella de vino y llenó dos vasos.

Se sentó a la mesa y bebió un trago.

—Mire —gritó envenado—. ¡Pruébelo y dígame luego si no es una marranada estropear así un vino bueno! Pruébelo.

Don Camilo probó el vino. Biasca tenía razón.

—Hay cosas que las mujeres no entienden —aclaró—. En cambio entienden otras más importantes.

Se sacó del bolsillo un sobre amarillo lacrado y se lo tendió a Biasca.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre poniéndose en guardia.

—Conoces la letra y, si consigues leerlo, verás que pone: *A don Camilo para que lo entregue a mi marido Adelmo Biasca*.

Mientras Biasca abría con un cuchillito lentamente el sobre, don Camilo intentó centrar la situación:

«Señor —dijo—, ese sobre me lo confió Celestina poco antes de morir. Estaba completamente lúcida de mente. “Padre, tiene que entregarle esto a mi marido, si ve que cambia de talante y se pone en regla con Dios”, me explicó. Yo, entonces, le pregunté: “Y si no cambia”. Y ella me contestó sin dudarlo: “¡Cambiará!”… Señor, me lo dijo tan segura que no he dudado en entregarle esta noche el sobre a Biasca… ¿Ha sido una imprudencia por mi parte?».

«Don Camilo —respondió el Cristo—, muchos confunden la imprudencia con la fe…».

Biasca, tras abrir el sobre, había sacado algunas cartillas que ahora estaba hojeando.

—Señor cura —balbució al final empujando las cartillas hacia don Camilo —. Son libretas de ahorro a plazo fijo y a mi nombre… ¡Yo no he ingresado nunca dinero en el banco!

—Celestina lo ha hecho por ti, por lo que se ve.

—¿Y de dónde ha sacado el dinero? —preguntó Biasca.

—Ella me encargó que te explicara que, hace quince años, cuando se le declaró la enfermedad, los especialistas le explicaron que no tenía ninguna posibilidad de curarse. Tú le dabas, cada mes, el dinero para las medicinas suizas y ella lo ingresaba en el banco, desde el primero hasta el último céntimo, como puedes comprobar en el cuaderno. Con los intereses compuestos, tienes lo suficiente para poderte comprar la finca. Lolini, con tal de librarse de un colono como tú, está dispuesto a vender por menos del valor. Celestina considera…

—¡Celestina! —voceó Biasca pegando un puñetazo en la mesa—. ¡Yo me mato para poderle dar el dinero para curarse y ella en vez de curarse ingresa el dinero en el banco! ¡Así era Celestina!… Me importa un bledo la finca de Lolini. ¿Qué voy a hacer de la finca de Lolini ahora que ella ha muerto y que estoy más solo que un perro?… ¿Por qué no se ha medicado?

Don Camilo abrió los brazos:

—Le habían asegurado que estaba irremediablemente condenada… Además, yo sólo puedo decirte lo que me ha dicho. Celestina quiere que tú compres la finca.

—¡No! —gritó Biasca—. ¡Quince años de sacrificios desperdiciados!

—Desperdiciados no.

—¿Para qué han servido, pues?

—Para mantener viva en ti la esperanza que Celestina se iba a curar —dijo don Camilo.

—¡Tonterías! —bramó el Biasca—. ¡Sus tonterías de siempre! Sus novelerías. ¿Qué hago con la esperanza ahora que se ha ido y me ha dejado plantado aquí como un imbécil?

Biasca se secó el sudor de la frente.

—No hay que gritar —rezongó recuperando el dominio de los nervios—. La gente dice que el bellaco soy yo. La gente sólo oye mis voces, porque mientras yo grito, ella se calla.

Pero no era verdad: Celestina no se callaba sino que hablaba en voz baja, y si don Camilo no la oyó, debió de oírla Biasca. En realidad, Biasca se quedó callado cabizbajo un ratito, luego reaccionó de golpe y se puso a gritar como si le hubieran mordido.

—¡Sí, sí! ¡La finca, Lolini, las misas, el funeral con el cura, el paraíso, el infierno, el purgatorio, el limbo de los santos padres, Nuestro Señor, el juicio universal! ¡Sí, sí! ¡Todo lo que quieras con tal que te calles de una vez!…

Agarró el vaso y apuró el vino de un trago. Después torció la boca y rugió, pegando un fuerte puñetazo en la mesa:

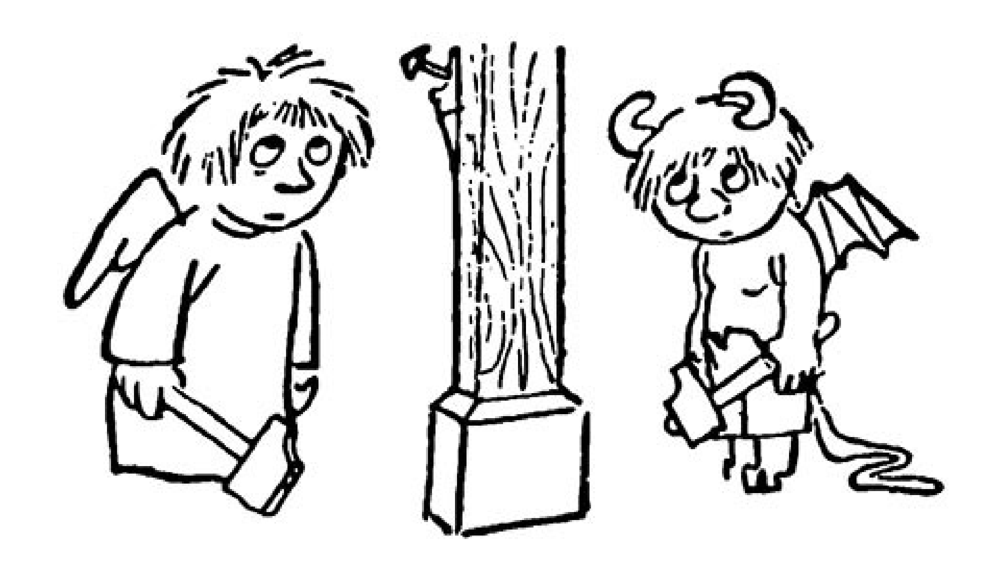
—¡Más de mil veces, más de un millón de veces se lo he dicho! ¡Pero ella, duro! ¡Dale que te pego!

Don Camilo se levantó, dejó ante Biasca un billete de quinientas liras, volvió a ponerse el tabardo y el sombrero y salió sin hacer ruido.

Biasca, rígido y con los puños apretados, permanecía inmóvil: probablemente estaba escuchando lo que le iba diciendo Celestina, y don Camilo no quería estar allí cuando llegara la réplica.

Ahora que Biasca y Celestina habían conseguido encontrarse, que se las apañaran por su cuenta. Entre marido y mujer no hay que intervenir.

MARTILLOS



El ambiente andaba caldeándose cada vez más porque se habían terminado las vacaciones políticas y los rojos habían vuelto a empezar con su polémica agresiva, aunque don Camilo se mantenía de lo más tranquilo y pacífico.

Pero el día que leyó en el tablero de la Casa del Pueblo el comentario que Peppone había hecho sobre el último discurso del Papa, don Camilo perdió la calma y, desde el púlpito, dijo libremente todo lo que pensaba de Peppone y de toda la banda de desenfrenados.

La verdad es que no debería pensar nada bueno de ellos porque Peppone, en cuanto le refirieron el sermón de don Camilo, salió corriendo de la Casa del Pueblo y se puso en marcha hacia la rectoría con la firme y resoluta intención de «acabar de una vez por todas con aquel maldito cura».

Pero en la rectoría no encontró a ningún cura con quien acabar por la sencilla razón que don Camilo estaba en la iglesia, en el mismo púlpito desde el que hacía poco había despotricado contra los descreídos; armado con un grueso martillo y un escoplo, estaba haciendo un agujero en la columna de piedra en que se apoyaba el púlpito.

Durante su vehemente sermón, don Camilo había gesticulado bastante y había advertido más de una vez unos inquietantes crujidos en la vieja madera: por eso ahora se afanaba en socavar la base para introducir un sólido soporte de hierro que, empotrado en la columna y después atornillado al parapeto del púlpito, evitara el peligro de que éste se cayera.

Peppone golpeó furiosamente la puerta de la rectoría; al no obtener respuesta, estaba ya a punto de volver a la base, cuando el martilleo proveniente de la iglesia le hizo cambiar de parecer.

La puerta de la iglesia estaba cerrada, y cerrada estaba la puertecita del campanario. Pero la ventanita de la capillita de san Antonio Abad estaba abierta: Peppone se percató de ello al dar la vuelta alrededor de la iglesia, y amontonando unos cuantos ladrillos y piedras, se puso a curiosear por el ventanuco.

El púlpito quedaba al otro lado de la nave central, justo enfrente de la capillita de san Antonio; Peppone vio en seguida quién era el martillador nocturno y se puso aún más rabioso de ira que antes.

—Señor cura, ¿está derribando la iglesia?

Don Camilo se volvió de golpe y, gracias a la luz del cirio que ardía ante la imagen de san Antonio Abad, reconoció a Peppone.

—Yo no: es otro el que intenta derribar la iglesia —contestó don Camilo —. Pero no tiene nada que hacer. Es de sólida construcción.

—No se fíe demasiado —amonestó Peppone—. Por muy sólida que sea, nunca podrá cubrir las espaldas de los infames que se esconden para insultar a los hombres de bien.

—Justo —replicó don Camilo—. Nada podrá salvar al infame que insulte al hombre de bien, pero aquí dentro no hay ningún infame.

—¡Está usted! —gritó Peppone—. ¡Y vale por cien infames!

Don Camilo apretó los dientes y se contuvo. Pero el otro ya estaba lanzado y arremetió.

—¡Usted, cura falso y cobarde! —voceó Peppone.

Entonces don Camilo perdió el control y, al encontrarse entre las manos el martillo, lo lanzó contra la ventanita.

Había apuntado terriblemente bien, mas quiso Dios que un golpe de viento hiciera oscilar una lámpara que se interfirió en la trayectoria del proyectil. El martillo hizo añicos la lámpara y, al desviarse, fue a apagar su furia homicida contra la pared de la capillita de san Antonio, a veinte centímetros del canto derecho de la ventanita.

Peppone desapareció y don Camilo se quedó inmóvil en el púlpito, con los dientes apretados y con los nervios tensos.

Luego reaccionó y bajó para irse a confiar al Cristo del altar mayor.

—¡Jesús! —dijo jadeando—. ¿Habéis visto? Me ha provocado, me ha insultado. No ha sido culpa mía.

El Cristo no respondió.

—Jesús —volvió a decir don Camilo—, él me ha injuriado aquí, en la iglesia…

El Cristo seguía mudo.

Don Camilo se levantó y se puso a caminar, excitado, arriba y abajo. De vez en cuando se volvía asustado porque sentía dos ojos fijos sobre él. Se fue a controlar el portal de la iglesia y la puertecita del campanario: las dos tenían echado el cerrojo. Miró en todas partes, dentro de los confesonarios, detrás de las columnas.

No encontró nada ni a nadie: aunque don Camilo tenía la seguridad de que había alguien en la iglesia que estaba espiándole.

Se secó el sudor que le inundaba la cara.

—Jesús —jadeó—, ayudadme… Me está mirando alguien… Hay alguien aquí, no lo veo pero está porque siento sus ojos…

Se volvió de repente porque le pareció sentir en la nuca el aliento del desconocido. No encontró más que el aire desierto de la iglesia en penumbra, aunque no por ello se tranquilizó.

Abrió la verjita y pasó al otro lado de la barandilla refugiándose en los peldaños del altar.

—Jesús —gritó con voz angustiada—. ¡Protegedme!… ¡Tengo miedo!

Con la espalda adosada al altar, miró lentamente a su alrededor y, de repente, se sobresaltó:

—¡Los ojos!

Los ojos del desconocido estaban allí, en la sombra de la capillita de san Antonio Abad. Estaban allí y le estaban mirando.

No había visto nunca unos ojos así.

Se le heló la sangre, aunque inmediatamente le empezó a circular de nuevo, tumultuosa, hirviendo por las venas: don Camilo apretó los puños y comenzó a caminar lento e implacable hacia aquellos ojos.

Cuando estuvo delante de la capillita de san Antonio Abad, echó las manos hacia adelante, dispuesto a agarrar al desconocido que estaba escondido en la sombra.

Dio un paso, dos pasos, tres pasos: y cuando le pareció que el desconocido estaba allí, a pocos centímetros, se lanzó.

Pero sus uñas rascaron la pared.

Y los ojos seguían mirándole.

Don Camilo cogió el cirio encendido de encima del altar y lo acercó a los ojos alucinantes.

En el fondo no había nada de misterioso: el martillo lanzado por don Camilo, y desviado por la lámpara que había oscilado por la divina providencia, había asestado un fuerte golpe a la pared y una buena capa de revoque había saltado.

Y había aparecido un trozo del fresco que en tiempos remotos había decorado la capillita y que había sido tapado con otro revoque cuando vete a saber qué párroco se le había ocurrido abrir una ventanita en la pared de la capillita.

Don Camilo arrancó con la uña más trozos de cal, ampliando aquel hueco abierto por el martillo, y apareció la cara oscura, de mueca burlona, de un demonio.

¿Una ingenua representación del infierno? ¿Una ingenua reproducción de la tentación?

Don Camilo no estaba en condiciones de intentar hacer ninguna investigación: lo único que le interesaba eran aquellos diabólicos ojos que seguían acechándole.

Al mover el pie, notó algo y agachándose descubrió en el suelo entre los cascotes de yeso, justo debajo de la efigie del demonio, el maldito martillo.

El reloj del campanario dio las diez de la noche.

«¡Es tarde!», se dijo don Camilo.

Luego pensó:

«Nunca es demasiado pronto para humillarse», y salió de la iglesia.

Caminó rápidamente en la noche: ya todas las ventanas de las casas estaban apagadas. Pero la del taller de Peppone seguía iluminada.

Don Camilo se acercó y se aferró con las manos a la reja. También los batientes estaban abiertos y se oía jadear a Peppone, que estaba doblando a martillazos una barra al rojo vivo.

—Lo siento —dijo don Camilo.

Peppone se sobresaltó, pero inmediatamente se recobró y siguió batiendo su barra sin levantar la cabeza.

—Me has cogido desprevenido —prosiguió don Camilo—. Estaba nervioso… Antes de darme cuenta ya había salido disparado el martillo.

Peppone soltó una carcajada en son de befa:

—Tiene usted una inteligencia de efecto retardado, señor cura. Se da cuenta de sus canalladas sólo después de haberlas dicho o de haberlas cometido.

—Ya es algo reconocer que uno se ha equivocado —afirmó precavido don Camilo—. Es la prueba de que uno es fundamentalmente honrado. El que no lo es, es el que no reconoce nunca sus errores.

Peppone estaba furibundo y pegaba con rabia martillazos en la inocente barra de hierro, que ya se había puesto de color ceniciento.

—¿Volvemos a empezar? —bramó.

—No —contestó don Camilo—. Estoy aquí para zanjarlo. Y tanto es así que te pido perdón por el gesto incalificable que he cometido contra ti.

—¡Sus excusas hipócritas de cura falso y tunante me las paso por aquí! —gritó Peppone poniendo la mano donde la espalda pierde su casto nombre.

—Claro —replicó don Camilo—. Ahí es donde los desgraciados como tú se meten las cosas más sagradas.

Peppone no lo aguantó y el martillo salió disparado.

Disparado con diabólica precisión hacia la cara de don Camilo, más la divina providencia hizo que la trayectoria del proyectil pasara justo en medio de uno de los estrechos barrotes de la reja.

El barrote se curvó por el tremendo golpe y el martillo cayó en el suelo del taller.

Don Camilo miró impresionado el barrote deformado, y en cuanto pudo hacer entrar la marcha, partió a toda velocidad.

Llegó con el carburador ahogado:

—Jesús —dijo arrodillándose ante el Cristo crucificado—. Estamos empatados: un martillo cada uno.

—Una estupidez más otra estupidez son dos estupideces —respondió el Cristo.

Pero aquella sencilla suma resultaba una operación demasiado difícil para don Camilo, que estaba ardiendo.

—Jesús —musitó—, ha sido un susto demasiado grande para un pobre cura solo.

Aquélla fue la peor noche que don Camilo haya podido llegar a pasar: una continua pesadilla a base de martillos que salían disparados silbando y de martillos que volvían silbando. Del agujero en el revoque de la capillita había

salido el diablo de los ojos tremendos y, detrás suyo, seguían saliendo diablos y más diablos. Y en el mango de cada martillo que iba o volvía silbando por los aires montaba a horcajadas un demonio. Don Camilo siguió esquivando martillos hasta que pudo, pero quedó tan agotado que los martillos que venían acababan todos en su cabeza: ¡toe! ¡toe! ¡toe!…

Sólo a eso de las seis de la madrugada cesó en la cabeza de don Camilo el vaivén de los martillos volantes. Paró porque don Camilo se despertó.

Le retumbaba tanto la cabeza por los tremendos golpes recibidos, que ni se daba cuenta de lo que hacía. No recuperó el autocontrol hasta que se encontró ante el altar, para la misa matutina.

Celebró la misa más heroica de su vida y el buen Dios debió de tenérselo en consideración porque al final le dio fuerzas para seguir manteniéndose en pie.

Cuando don Camilo se quedó solo, tras sacarse los ornamentos, se fue a inspeccionar la capillita de san Antonio Abad: los malditos ojos seguían allí en la pared y el maldito martillo seguía allí entre los restos de cal, debajo de la pared.

—¡El delincuente vuelve al lugar del delito! —dijo alguien.

Don Camilo se volvió y se encontró con la mirada de Peppone.

—¿Volvemos a empezar? —preguntó con voz cansada don Camilo.

Peppone hizo un signo negativo y se dejó caer en un banco.

Parecía un guiñapo: tenía ojeras, los cabellos pegados a la frente y jadeaba.

—No puedo más —dijo—. Encárguese usted.

Don Camilo se dio cuenta que Peppone, con un esfuerzo enorme, estaba dándole algo envuelto en un periódico. Al coger el objeto le pareció que pesaba una tonelada.

Quitó el papel. Era un marco de hierro forjado, con volutas y hojas que enmarcaba, en lugar de un cuadro, una placa de cobre en cuyo centro estaba enganchado, con dos alambres dorados, un gran martillo.

Un cartelito de cobre llevaba una inscripción grabada a buril:

A san Antonio Abad por la gracia concedida al hacerme fallar la puntería.

—Es aquel martillo —explicó Peppone.

Don Camilo miró el martillo.

—El marco está hecho con el hierro de la reja —volvió a explicar Peppone.

Don Camilo miró las volutas de hierro forjado.

—Lo he trabajado con el famoso martillo —terminó Peppone. Pareció como si Peppone no tuviera nada más que comunicar.

En cambio se había olvidado de algo. Se acordó y hurgó en el bolsillo acabando por sacar un gran clavo forjado que tendió a don Camilo.

Don Camilo entró en la capillita de san Antonio, recogió el maldito martillo que yacía en el suelo entre los cascotes de cal, y, tras dejar el cuadro blindado del exvoto a los pies del pequeño altar, se puso a hincar el clavo en la pared.

No tenía fuerzas suficientes para elegir con criterio artístico el lugar más apropiado. Hundió el clavo sin fijarse dónde. Y le estuvo dando martillazos un buen rato.

Después cogió el cuadro y lo colgó. Pero como el alambre de latón dorado que sujetaba el martillo a la placa de cobre lo permitía, don Camilo encajó junto al martillo de Peppone el suyo.

Peppone consideró largo tiempo el asunto; luego, al comprender el significado, meneó la cabeza y con voz indignada aunque cansada dijo:

—Explotador del trabajo del proletariado…

Don Camilo, igual de cansado, replicó:

—¡También yo he puesto mi parte de trabajo!

—¡Si supiera lo que me ha costado trabajar con fiebre toda la noche! —exclamó Peppone.

—¡Si supieras cuántos martillazos me he pegado ahora en los dedos al clavar ese clavo! —afirmó don Camilo.

Y le enseñó la mano izquierda, que más que una mano parecía un campo de batalla con los sangrientos restos de una carnicería.

—¡Me alegro mucho! —dijo complacido Peppone lánguidamente.

—¡Yo también! —dijo con voz ausente don Camilo.

Después miró el cuadro blindado con el exvoto y se sorprendió al no volver a ver los ojos del demonio.

Y eso porque don Camilo, sin querer, había puesto el clavo justo cuatro dedos por encima de la frente de aquel Satanás que había salido de los abismos del tiempo y que había resurgido por un condenado martillazo.

—Jesús —dijo don Camilo al día siguiente, una vez recuperadas las fuerzas y la esperanza—, os doy las gracias por haberme ayudado.

—Dáselas a san Antonio Abad —respondió el Cristo—. Él es el protector de los animales.

Don Camilo alzó la mirada, angustiado.

—Jesús, ¿ahora me juzgáis así?

—No, don Camilo, no te juzgo así. Pero el que ha lanzado el martillo no has sido tú, ha sido un animal irracional. Y es a ese animal al que ha protegido san Antonio.

Don Camilo agachó la cabeza.

—Pero —farfulló— no he sido sólo yo el que ha lanzado martillos… También él…

—No tiene importancia don Camilo: un caballo más otro caballo suman dos caballos.

Don Camilo hizo la suma con los dedos y meneó la cabeza.

—Jesús, esta cuenta de los dos caballos no me sale porque yo soy un burro.

Tan convencido estaba don Camilo, tan sinceramente convencido de lo que decía, que el Cristo se apiadó de él.

LLUEVE



La estación seguía con un tiempo condenado: con dos o tres días de sol y, cuando la tierra comenzaba a secarse, otra vez lluvia.

Había empezado a llover a principios de julio del año anterior: en el momento en que el grano necesitaba más sol, va y se pone a llover.

Tras dañar la cosecha de grano, siguió implacable la lluvia y estropeó la uva. Después arruinó la siembra y cuando, pasadas Navidades, dejó de llover, cayó un flagelo de nieve como jamás habíase visto.

Apenas se hubo derretido la nieve dificultosamente, hete otra vez la lluvia.

Los campesinos estaban negros, rabiosos: el trigo en lugar de reverdecer se ponía amarillento, bastantes cultivadores habían tenido que devolver la semilla de las acelgas a la azucarera.

No podía andarse por los campos ni con máquinas ni con animales.

Los canales de desagüe estaban llenos hasta el borde y la tierra, empapada, parecía un pantano.

Por todas partes no se oían más que imprecaciones contra la lluvia.

Aquel martes era día de mercado: llovía, naturalmente, pero a pesar de ello los pórticos de la población estaban atestados de arrendatarios y colonos. Total, no tenían nada que hacer en sus casas.

Todos hablaban de la lluvia y cada uno contaba lo que no había podido todavía hacer en sus tierras por culpa de la lluvia.

Más de uno emitía en voz alta su asombro por el extraño comportamiento de Nuestro Señor:

—¡No entiendo por qué Nuestro Señor nos castiga tanto a nosotros los agricultores!

Peppone, al salir del café de los Pórticos junto con *el Flaco*, captó al vuelo esa frase y replicó rápidamente:

—No tiene nada que ver el Señor con esto, oídme bien. El Señor hace lo que tiene que hacer. No la toméis con él, sino más bien con los desgraciados que están destruyendo todo lo que ha creado.

Peppone sabía actuar muy bien en la plaza. Captaba el comentario adecuado para intervenir y tenía buena vista en descubrir inmediatamente el tipo adecuado que sin advertirlo podía servirle de respaldo.

También aquella vez el hombre estaba allí, a dos pasos, justo en primera fila. Se trataba de Giróla, uno de los más viejos campesinos de la zona.

—Giróla —exclamó Peppone dirigiéndose al hombrecillo—, dígame: ¿en sus noventa y seis años de vida ha visto alguna vez semejante catástrofe?

Giróla meneó la cabeza:

—No: he visto huracanes, he visto inundaciones, he visto de todo, pero duraba unos días, a veces incluso semanas. Pero un desequilibrio que durara años seguidos no lo había nunca conocido.

—Y en su opinión, ¿a qué puede achacarse? —le apremió Peppone.

Giróla se encogió de hombros:

—¡Vete a saber! —masculló.

—¡No, Giróla, no conteste así! —gritó Peppone acalorándose—. Usted lo sabe y lo ha dicho más de una vez. Puede volver a repetirlo con toda tranquilidad porque nadie tendrá el valor de hacerle callar diciendo que son cuentos, que llueve cuando Dios quiere y no cuando quieren los hombres.

Peppone se sacó del bolsillo un periódico y lo abrió de par en par:

—¡No es sólo el viejo Giróla quien lo dice: ahora también lo dice la ciencia!

Peppone mostró la cabecera del periódico a la muchedumbre para que vieran que no se trataba de *su* periódico, sino de un diario independiente, con fama de tendencia de derechas:

—¡Es la ciencia mundial la que habla aquí! —prosiguió Peppone—. Y esta ciencia mundial explica que la gente tiene más de mil razones para estar preocupada después del estallido de la famosa bomba H americana. Porque

los señores americanos han perdido el control de la energía atómica y no se sabe dónde vamos a ir a parar. Si alguien quiere conocer los terribles perjuicios que ha provocado la última bomba americana hasta seiscientos kilómetros de distancia, que compre el diario y lea el artículo. Por mi parte, para darle satisfacción a Giróla, tan sólo os diré que un grupo de grandes científicos suizos ha realizado profundos estudios y ha establecido que el equilibrio de la tierra está amenazado por las bombas atómicas. Aquí pone: *Las explosiones atómicas crean violentas corrientes en las zonas superiores de la atmósfera, en dirección del Polo Norte. Estas corrientes determinan unos centros de condensación que, al llegar al Polo Norte, se precipitan en forma de nieve y de hielo. A causa de estas precipitaciones atmosféricas podría provocarse un desequilibrio en nuestro planeta. El Polo Norte tiene actualmente un peso superior al del Polo Sur en un dieciocho por ciento*. ¿Me explico?

Peppone levantó la vista del periódico y miró a su alrededor con aire triunfante. Aunque su legítima satisfacción se le amargó en parte al darse cuenta que, mientras, se había agregado al grupo de oyentes un individuo que no le gustaba nada.

Peppone volvió a enfrascarse en la lectura de las páginas del diario y continuó:

—Pues bien, ¿qué comporta este desequilibrio polar? No soy yo el más indicado para decíroslo, que sólo he hecho hasta tercero de escuela elemental y que ni sé latín: os lo dice nada menos que el más grande científico holandés. Aquí está: *El doctor Schneider, director de los laboratorios químicos de Leverkusen, en Holanda, ha manifestado que las partículas radiactivas lanzadas a la atmósfera por las explosiones actúan como núcleos de condensación determinando la lluvia y la nieve*. ¡De modo que no hay que tomarla con Dios si cae una manta de nieve o si sigue lloviendo varios años sin parar: con quien hay que tomarla es con los americanos!

Mientras tanto don Camilo había llegado hasta la primera fila y por eso los primeros ojos con que se topó Peppone al levantar la cabeza del diario fueron precisamente los de don Camilo.

Aquellos ojos le resultaron molestos y, poniéndose de golpe agresivo, añadió Peppone con tono sarcástico:

—No la tomen con Dios, con los americanos es con quien hay que tomarla. A no ser que el señor cura aquí presente, por deferencia a América, prefiera que lo hagan con el Señor.

—¡En absoluto! —exclamó don Camilo—. Dios no tiene nada que ver con las locuras humanas. Dios ha deparado a los hombres un cerebro para que razonen, no para que desvaríen. No es con Dios con quien hemos de hacerlo, sino con nosotros mismos.

—Señor cura —replicó Peppone—, concretemos. En este caso se trata de criminales imbecilidades, que no han sido cometidas por nosotros, ni por la humanidad, sino por América. Se trata de la bomba H.

Don Camilo meneó la cabeza:

—Honestamente tengo que reconocer que tiene usted razón, señor alcalde. La cosa es demasiado seria como para poder ocultar la verdad con fines político-propagandísticos. Hay que tener el valor de ser sinceros y decir clara y tajantemente que los responsables de los terribles males presentes y futuros relacionados con los experimentos atómicos son exclusivamente los americanos. Porque, tal como honradamente ha admitido hace un momento el señor alcalde, la bomba atómica sólo la tienen los americanos.

Peppone habló antes de haber pensado lo que le convenía decir o dejar de decir.

—Trolas, señor cura. También los rusos tienen la bomba atómica, y cien veces más potente que la americana. Es inútil que pretenda hacernos creer lo contrario.

Don Camilo meneó tristemente la cabeza:

—En ese caso el mal es mucho mayor de lo que me imaginaba, señor alcalde. Entonces, para ser justos, habrá que decir a toda esta gente que si sigue lloviendo no deben tomarla con Nuestro Señor, sino con los americanos y con los rusos.

La gente se rió y Peppone rechinó los dientes.

—Los rusos —exclamó— no tienen ninguna culpa. Los rusos han estado obligados a descubrir también la bomba atómica para defenderse de las amenazas de los americanos, que ya la tenían. ¡La culpa es del que la ha inventado!

Don Camilo extendió los brazos:

—Señor alcalde —argüyó—, si le pegara un tiro, ¿a quién daría usted la culpa? ¿A mí o al que inventó la pólvora?

—Y si el tiro se lo disparo yo —gritó Peppone—, ¿a quién le echaría usted la culpa? ¿A mí o al campanero de Torricella?

—Ni al campanero de Torricella ni a usted —respondió tranquilo don Camilo—. Le echaría la culpa a los que le han enseñado a renegar de Dios y a disparar contra los pobres curas indefensos.

—¡Nadie me ha enseñado a renegar de Dios ni a disparar contra los curas! —voceó Peppone.

—Entonces se ve que sus maestros van atrasados en aplicar el programa escolar. Pero ya verá como se lo van a enseñar. Se lo han enseñado a todos sus alumnos.

El Flaco se adelantó:

—Jefe —dijo a Peppone—, en la escuela del partido nos han enseñado a no seguir el juego de los provocadores de oficio. Déjalo estar.

Pero Peppone había encontrado finalmente el pretexto y no cejó:

—No hay que secundar el juego de los provocadores de oficio —exclamó—. Pero el señor cura no es un profesional, es sólo un provocador aficionado. Y por eso, como se ha merecido una pequeña lección, vamos a dársela.

Peppone había recuperado la calma y se dirigió sonriendo a don Camilo:

—De modo, señor cura, que usted dice que la responsabilidad de los males atómicos es tanto de los americanos como de los rusos porque ambos tienen la bomba atómica. Pero ¿quiere explicarme el señor cura cómo es que hasta ahora no se ha alarmado la opinión pública, sólo después de haber estallado la bomba H americana? ¿Por qué hasta ahora no se han formado las comisiones de científicos y de políticos de todo el mundo para protestar contra los peligros atómicos? ¿Acaso porque no para de llover desde hace diez meses y porque no podemos sembrar las acelgas?

—No sabría decírselo, señor alcalde.

—Yo se lo explicaré, señor cura. La opinión pública y los científicos de todo el mundo han intervenido porque ha sucedido un hecho impresionante. La explosión de la última bomba atómica americana ha demostrado que los americanos han perdido el control de la energía atómica. Y ahora hacen explotar bombas sin saber lo que va a pasar. Esto no lo digo yo, sino toda la ciencia mundial. Y entonces pregunto: ¿quién, durante años, ha luchado noche y día para establecer el control recíproco de la energía atómica? ¿Rusia o América? Ha sido Rusia, querido señor cura, y la culpa del desastre es de América, que ha perdido el control de la energía atómica, mientras Rusia, en cambio, no lo ha perdido.

Pareció como si don Camilo hubiera quedado duramente derrotado por la lógica de Peppone.

—Señor alcalde —respondió al final—, no puedo decirle que ande equivocado. Admite usted entonces que la bomba atómica americana ha alcanzado una potencia superior a la de la rusa.

—¡Ni en sueños digo eso! —voceó Peppone—. Los rusos tienen una bomba atómica más potente que la americana. Pero no han perdido el control como los americanos. Entre el hecho de obtener un efecto casualmente y el hecho de obtener un efecto por cálculo, hay una buena diferencia.

Don Camilo movió la cabeza y luego dijo:

—Señor alcalde, ¿le importaría continuar la discusión con las manos?

—¡Con las manos, con los pies, con una ametralladora, con un cañón, con todo lo que quiera! —chilló Peppone—. Si cree…

—No me interprete mal. Ha parado de llover y podemos jugar a un juego que va a divertir a esta buena gente.

En medio de la plaza aún quedaban restos de la feria: un tiro al blanco, un tiovivo y uno de esos artefactos para medir la fuerza con un mazo.

Se da un golpe con el mazo en un lugar determinado y, según la potencia del golpe, un gran percutor de hierro sube más o menos a lo largo de un mástil vertical, en el que están marcados los puntos, de cero a mil.

Cuando el percutor llega al mil suena un timbre y el que lo ha alcanzado se lleva un premio.

Al llegar al pie de la máquina don Camilo dijo:

—Yo soy América y usted, señor alcalde, es Rusia. ¿Le parece bien?

La gente había hecho corro y escuchaba en silencio.

—Me parece bien —mascculló receloso Peppone.

—El bloque de hierro que sube a lo largo del mástil es la energía atómica. ¿Me explico?

—Se explica.

—Yo soy América y, como he perdido el control de la energía atómica, disparo a ciegas. No sé dónde voy a llegar. Usted, que es Rusia y que aún tiene el control, dispara con conocimiento de causa y ve dónde llega.

Don Camilo se sacó del bolsillo su enorme pañolón y se hizo vendar los ojos.

—Me destapo sólo un poquito, por debajo, para ver donde tengo que asestar el golpe —explicó.

Después se hizo con un mazo. Peppone tomó otro mazo.

—¿Empezamos? —preguntó don Camilo.

—Adelante —contestó Peppone.

Don Camilo se plantó bien, levantó el mazo y pegó un golpe.

El indicador de hierro subió hasta seiscientos.

El segundo golpe de don Camilo hizo que el hierro subiera hasta ochocientos diez.

Peppone marcó novecientos.

Don Camilo novecientos.

Peppone asestó un mal golpe y marcó ochocientos cincuenta.

—¡Rusia baja de tantos! —dijo burlándose un condenado reaccionario a espaldas de Peppone.

Justo en aquel momento don Camilo marcaba novecientos diez.

Entonces Peppone se aplicó a fondo: apretó los dientes y asestó un mazazo capaz de partir un yunque.

El percutor de hierro salió hacia arriba como un V2 y, pasado el punto mil, fue a detener su furia en el pulsador del timbre eléctrico.

Al oír sonar el timbre, don Camilo dejó el mazo y se quitó el pañuelo.

—Ha sido usted —dijo— pero podía haber sido yo el primero. De todos modos, ahora que hemos alcanzado el límite máximo y hemos hecho explotar el mundo, podemos irnos a tomar un trago.

Peppone se quedó perplejo un momento, luego exclamó:

—¡No, querido señor cura, la comparación no funciona! Yo tengo razón y la culpa es suya: porque si nos pusiéramos de acuerdo para controlar la fuerza atómica ninguno de los dos llegaría al límite máximo.

—Ya —replicó don Camilo—, eso si supiéramos cuál es el límite máximo. ¿Y si en lugar de estar en mil, estuviera el límite máximo en setecientos quince o en seiscientos tres? ¿Saben acaso los científicos americanos y rusos cuál es el límite máximo de aguante de la paciencia divina?

Había comenzado de nuevo a llover; la gente, tras haber asistido al espectáculo del fin del mundo, se había resguardado bajo los soportales.

Don Camilo y Peppone se habían quedado solos junto a la máquina atómica.

—Al diablo las bombas —masculló don Camilo.

—La culpa la tiene el Señor, que ha puesto en el mundo a los rusos y a los americanos —replicó Peppone malhumorado.

—No blasfemes, compañero —le amonestó severo don Camilo—. La humanidad tiene una gran factura por pagar. La empresa tiene que soportar el peso de la mala administración de las anteriores gestiones. Nosotros hemos llegado tarde, eso es todo.

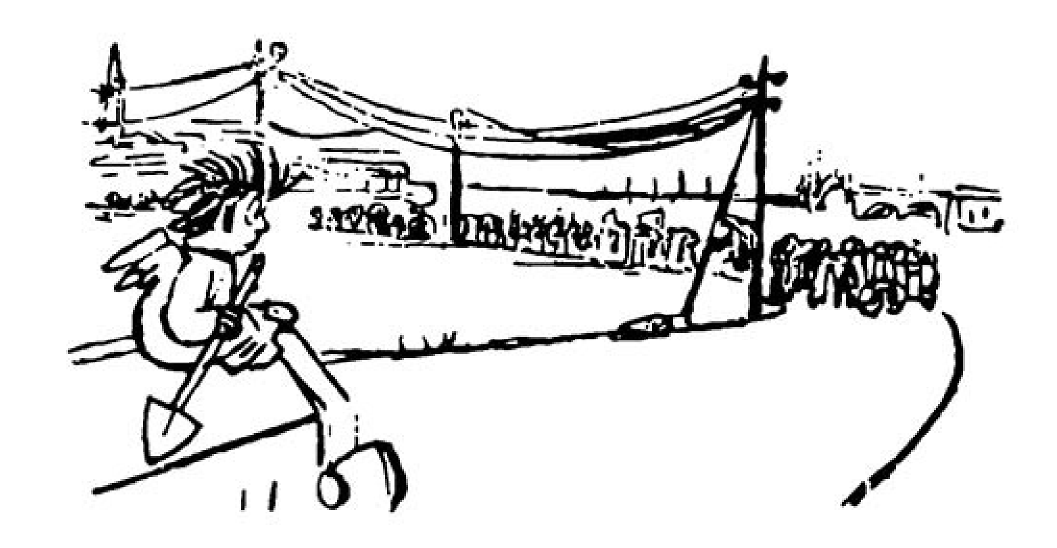
—¡Menuda condena! —rugió Peppone.

—No, compañero, la única condena es para aquel que no se ha sabido ganar un buen lugar en la otra vida. En la vida eterna.

Peppone se levantó las solapas:

—¡Y mientras estamos en espera de esa otra vida sigue lloviendo!

LA LEY DEL 68



En Torricella, la inundación había producido daños en el puente del Canaletto. Peppone, llevándose al *Flaco* en el «Sputnik», se fue a echar una ojeada a los obreros que estaban efectuando las obras de reparación. Se quedó más rato de lo previsto y para volver al pueblo tomó el atajo que todos llamaban la Carreterucha.

A pesar de todo el barro que encontraron en el camino, todo fue bien los primeros quinientos metros, pero en cuanto pasaron la era de Gheffi el «Sputnik» se quedó enfangado hasta la cabina.

Para sacar el vehículo fue preciso recurrir al tractor de oruga de Gheffi; la operación no resultó sencilla y al final tanto Peppone como *el Flaco* se encontraron llenos de barro hasta el pelo.

—Ya ven —explicó entonces Gheffi—, cada vez que llega el invierno, pasa exactamente lo mismo: desde aquí hasta la carretera provincial la Carreterucha se pone intransitable y el que no lo sabe se queda atrapado. Cada año los de esta zona presentamos un escrito al alcalde para exponerle lo que pasa. El escrito de este año ya está aquí redactado: lléveselo, así me ahorrará la molestia de tener que llevarlo mañana al Ayuntamiento.

Peppone apartó el sobre amarillo que le alargaba Gheffi:

—¡Me van a oír! —rugió al volver a montarse en el «Sputnik».

Y le oyeron, esa misma tarde, en el Consejo, pero una vez que hubo acabado de exclamarse, le demostraron que hacía tiempo que estaba todo

previsto y dispuesto para reparar la Carreterucha: lo único que faltaba era el dinero necesario para los materiales y la mano de obra.

Para hacer algo decente —es decir, un firme de cuarenta centímetros como mínimo de grosor—, el coste era de más de dos millones de liras.

—En un presupuesto tan ajustado como el nuestro —concluyó *el Brusco*, que era ministro de obras públicas— dos millones no son moco de pavo.

—¡Los sacaremos de donde sea! —estableció Peppone.

—¿De dónde? —quiso saber Piletti, el único representante de la oposición.

—Es un detalle de importancia secundaria que por ahora no debe importarnos —zanjó Peppone.

Pero resultó que aquel detalle no era tan secundario como parecía puesto que al cabo de quince días aún no se sabía muy bien de dónde podría salir aquel bendito dinero: menos mal que el viejo Timossi, a pesar de haber cumplido más de ochenta y cinco años, conservaba una memoria de elefante.

De modo que, una tarde en que Peppone, *el Flaco, el Pardo* y *el Brusco* se habían retirado para charlar en la salita de la chimenea de la hostería del Molinetto y acabaron comentando el problema de la Carreterucha, de repente el viejo Timossi, que estaba adormilado junto al fuego, saltó:

—Antes —murmuró—, con la ley del 68 todo se solucionaba.

—En el 68 usted aún no había nacido —dijo riéndose *el Flaco*—. Difícilmente podrá acordarse.

—¿Qué tiene que ver? —replicó el viejo Timossi—. Tú tampoco habías nacido cuando salió la ley del servicio militar obligatorio, y sin embargo, bien que te acuerdas de que cuando te llamaron a quintas tuviste que ir a hacer la mili. La ley del 68 funcionó hasta 1915, acabó al declararse la guerra; en 1912, cuando abrieron la Carreterucha, hasta yo me quedé con la boca abierta. La Carreterucha no le costó ni una lira al Ayuntamiento. La ley del 68 no se andaba con monsergas porque, en función de las tierras que cada uno poseía, se determinaban los jornales de trabajo que había que prestar gratuitamente para obras públicas extraordinarias; todo ello se calculaba sobre el cómputo de las propiedades. Y los que tenían animales de tiro y carros tenían que ponerlos a disposición del municipio. Y si alguien no tenía ganas de apencar, en lugar de prestación de mano de obra daba el equivalente en dinero y el Ayuntamiento se encargaba de sustituirle por un bracero. Antiguamente había cosas que no funcionaban, pero había otras que funcionaban mucho mejor que ahora.

El viejo suspiró, sacó un tizón de las brasas y se lo llevó a la pipa.

—¿Del 68 ha dicho? —inquirió Peppone.

—Ley de 1868 —respondió Timossi—. Lo he visto cien mil veces escrito en las proclamas del alcalde. Además, si quieres salir de dudas mira en los libros del Ayuntamiento.

Diez minutos más tarde Peppone estaba asediando al secretario del Ayuntamiento y ordenándole:

—Quiero saber todo lo relativo a la ley de 1868. Olvide todo lo demás y presénteme en el plazo de dos días un informe completo y documentado.

El secretario empleó toda una semana para desenterrar del desván del Ayuntamiento todo lo relativo a la ley del 68, y otra semana más para ordenar los documentos y resumir su contenido, aunque al presentar el considerable mamotreto al alcalde sintió la satisfacción de haber realizado un buen trabajo.

—No falta nada —le explicó a Peppone—: está el texto de la ley, las resoluciones de las obras por efectuar, las listas de los emplazados con la cuantía de las prestaciones, los informes de las obras realizadas, las horas efectivas prestadas por las personas requeridas o las cantidades pagadas por las mismas como contrapartida de las prestaciones.

Peppone tardó tres días en estudiar el cartapacio; al final, llamó al secretario del Ayuntamiento y le comunicó:

—Sería un trabajo perfecto si no faltaran los datos referentes a la derogación de la ley.

—Faltan sencillamente por el hecho de que la ley nunca ha sido abrogada —respondió el secretario—. Al declararse la primera guerra mundial, la ley fue dejada de lado y cayó en desuso.

—¡Repase el archivo de los boletines oficiales! —rugió Peppone.

—No está completo —respondió el secretario—. Además, para tener la seguridad habría que informarse en Roma. Puedo escribir.

Peppone se sacó del bolsillo la cartera, cogió dinero y se lo dio al secretario:

—¡Vaya a Roma! —dijo intimidándole—. Con esto ha de bastarle, porque lo pago yo de mi bolsillo, ni un céntimo más. Y no hable con nadie del asunto. Este asunto ha de quedar entre nosotros.

El secretario era un hombrecillo que se acobardaba cada vez que Peppone levantaba la voz: se hizo preparar por su mujer pan, salchichón y queso, que le hicieran de víveres para tres días, y se puso en viaje. Volvió con una sed tremenda, pero pudo entregarle a Peppone un sobre que contenía el dictamen oficial sobre la ley del 68 y cuarenta y cinco liras de cambio.

Al leer el documento, Peppone soltó un rugido victorioso.

Aquella misma noche se reunió el estado mayor en sesión secreta. Peppone rápidamente expuso la situación concluyendo:

—La última vez que el Ayuntamiento aplicó la ley del 68 fue en 1914. En 1914 la administración municipal era socialista, y, por tanto, democrática como la nuestra de ahora, los propietarios eran unos marranos como los de ahora: no ha cambiado nada porque, aunque por suerte se haya muerto o se haya arruinado algún señor, por desgracia otros señores han ocupado su puesto. Se trata sencillamente de actualizar la lista de los contribuyentes de 1914 y fijar, según las nuevas tarifas sindicales, el equivalente en dinero de las prestaciones. Y no es necesario debatir el asunto en el pleno: no hay ninguna novedad. Tan sólo cumplimos con nuestro deber al hacer acatar las leyes vigentes. Y que den gracias a Dios por no hacerles pagar los atrasos desde 1914 hasta la fecha.

Don Camilo estaba limpiando el jardincito de la rectoría cuando *el Flaco* lo cogió por sorpresa.

—Parece que se han acabado las vacas gordas —masculló *el Flaco* tendiéndole un papel y un lápiz—. Hay que firmar, poniendo nombre y apellidos completos con letra clara, el volante de acuse de recibo y devolverlo, después de cortarlo por la línea de puntos.

Don Camilo cogió el papel, lo miró por encima e inquirió:

—¿Qué es esta monserga?

—No es ninguna monserga —aclaró *el Flaco*—. Es una ley vigente en base a la cual su señoría tiene que presentarse el día 15, a las ocho de la mañana, en el Ayuntamiento con carretilla, pico y pala para prestaciones establecidas de mano de obra de tres jornales de trabajo. Si en el seminario le han enseñado a su señoría que el trabajo es pecado mortal, su señoría puede acogerse a la conmutación y optar por pagar lo equivalente a tres jornales de trabajo, tal como consta en la hoja de emplazamiento.

Don Camilo devolvió con desaire la hoja.

—No tengo nada que ver con estas monsergas —decidió.

—Claro que sí, porque va a su nombre —contestó *el Flaco*—. Por eso que su señoría me firma el recibo, se queda con la hoja y luego se va a la oficina de reclamaciones. También los ciudadanos extranjeros tienen la obligación de respetar las leyes del país que los cobija, y el Vaticano es un Estado extranjero como cualquier otro y no es ninguna excepción a la regla.

Se comprenderá el tono insólitamente bravucón del *Flaco* por haber de por medio una robusta verja de hierro que separaba el jardincito de la calle y porque *el Flaco* se mantenía lo más apartado posible de los barrotes de la verja.

Para mayor seguridad terminó su perorata diciendo:

—Tenga además presente que así como usted está ahí en calidad de clérigo particular, yo estoy aquí en calidad de funcionario público en el ejercicio de su cargo.

Don Camilo firmó el acuse de recibo, y al mismo tiempo que *el Flaco*, tras montarse en la bicicleta, partía raudo, salió a la calle y se dirigió decidido hacia el Ayuntamiento.

Le recibió personalmente Peppone; en cuanto don Camilo le echó la notificación sobre la mesa, sacó del cajón una hoja impresa y se la alargó sonriendo:

—Éste es el texto de la ley, señor cura. Puede quedárselo: estúdielo tranquilamente. Me hago cargo de su sorpresa, pero usted lo sabe mejor que yo: *dura lex, sed lex*. Dicho de otro modo: la ley dura aun cuando no se aplica.

Don Camilo no comentó nada sobre la libertad de la traducción: contestó que conocía la ley por haber leído hacía poco el texto que estaba fijado en el tablón, pero que en ella no se hablaba de los clérigos.

—Naturalmente —explicó amablemente Peppone—. No afecta al clérigo. El apremio que ha recibido afecta al actual propietario de la finca La Torretta de veinte hectáreas. En la última lista de los contribuyentes, la de 1914, al propietario de la finca La Torretta se le había tasado con tres jornales de trabajo. A su muerte, en 1930, la finca fue donada a la Iglesia y convertida en patrimonio parroquial. Lógicamente, la parroquia ha debido aceptarla no sólo con los beneficios, sino también con las cargas. Por eso, así como usted cobra del inquilino, también tiene que pagar los impuestos. Éste es uno de los impuestos.

—La finca —replicó don Camilo— no me fue legada a mí personalmente, sino a la Iglesia: tiene usted que dirigirse a la Curia.

—Es su problema, señor cura: nosotros sabemos sólo que la finca es patrimonio parroquial y nos dirigimos al párroco. Que luego el dinero lo suelte el párroco o el obispo, a nosotros no nos importa. Lo que nos interesa es que pague alguien en el plazo establecido. Si usted no ha pagado hasta el catorce por la tarde, le cargaremos la cantidad adeudada por usted más la multa y los intereses de demora a su liquidación de impuestos.

—De modo que para mantener la barraca —dijo befándose don Camilo— han tenido que sacar a relucir una ley que hace más de medio siglo que no se aplica.

—¿Y qué hace usted para mantener su barraca? —replicó Peppone—. ¿No tiene usted que invocar aquellos famosos diez mandamientos que no ha obedecido nunca nadie? El desuso no justifica el abuso. ¿Si en los mandamientos está escrito que no hay que robar y en cambio todos roban, habrá que llegar a la conclusión que el séptimo mandamiento ha sido abrogado? ¿Que mi ley es de 1868? ¿Y la suya no es de la época de Noé?

—Moisés —puntualizó don Camilo.

—Lo mismo da —afirmó Peppone—. Los dos se salvaron de las aguas. De todos modos si decide pagar ahora mismo, puede pagarme a mí personalmente y le extenderé el recibo a su nombre, o a nombre del obispo o del Papa, si prefiere. Le confieso, señor cura, que la idea de ver por fin que un cura suelta dinero en lugar de embolsarlo, me excita.

Don Camilo apretó los dientes:

—Compañero, si todos fueran como yo, esa ley la podrías usar para encender la pipa.

—Afortunadamente todos los demás no son como usted, señor cura —replicó Peppone—, y esta ley va a tener que tragársela. Y también usted va a tener que soltar sus buenas liras. A cuenta de la liquidación de la cuenta final, se sobreentiende.

Don Camilo se fue a desahogar con el Cristo del altar mayor, y el Cristo le dejó despacharse a sus anchas; luego le respondió:

—Don Camilo, ¿por qué te acaloras? ¿Acaso no está establecido que hay que dar a Dios lo que es de Dios y al césar lo que es del césar?

—Sí, Señor: pero no está establecido que haya que dar a Peppone lo que es del césar.

—En este caso, Peppone representa al césar.

—No, Señor: representa al césar en lo tocante a darle el dinero del impuesto, pero representa sólo a Peppone en lo tocante a darle una satisfacción personal. ¿Es justo que yo quite ese dinero a mis pobres para darle prestigio a él y a su condenado Partido?

—Es justo que se repare aquel camino, don Camilo. ¿Por qué, mientras tú caminas por terreno seco, tu prójimo tiene que hundirse en el barro y dejar que se estropeen en el ciénago sus herramientas de trabajo? No es justo que

ayudes al prójimo deduciéndoles dinero a tus pobres. Lo justo es que ayudes pagando de tu bolsillo.

—Señor —gimió don Camilo levantado al cielo asombrado los ojos—, ¿cómo puedo pagar de mi bolsillo si no tengo un céntimo?

—Don Camilo, yo tenía aún menos que tú porque ni tenía bolsillos, y sin embargo, pagué de mi bolsillo.

—Pagaré —respondió don Camilo inclinando la cabeza.

La mañana del día 15 Peppone estaba en su trabajo, en su despacho del Ayuntamiento, porque tenía que hacerse el recuento de la operación «ley del 68», para dar inmediatamente comienzo a las obras de la Carreterucha.

De los trescientos terratenientes esparcidos en los ocho distritos y declarados «contribuyentes», sólo dos no habían mandado el dinero: los dos millones necesarios para reparar la Carreterucha habían sido ampliamente cubiertos, pero Peppone no se dejó arrastrar por la euforia general:

—¡Tienen que pagar todos sin ninguna excepción! —gritó—. Aplicad todas las multas que podáis e incluid su importe en la liquidación de impuestos.

—Está bien —murmuró *el Brusco*—. Sólo a uno de los dos. Con el otro creo que no habrá nada que hacer.

—¡No se escapará, ni aunque fuera el santísimo Dios! —voceó Peppone.

—Mira —dijo *el Brusco* indicándole la ventana que daba a la plaza.

Peppone fue a echar una ojeada y se quedó pasmado.

Eran las ocho menos diez y, allí, en medio de la plaza, estaba don Camilo, de pie, con los brazos cruzados. A su lado había una carretilla con pico, pala, azadón, botas de goma, una garrafa de vino y la fiambrera con el almuerzo.

Naturalmente, alrededor de todo el perímetro de la plaza estaba el pueblo entero que había acudido al completo para no perderse el espectáculo.

—¡Diantre! —reguñó Peppone volviéndose a sentar.

—Jefe —intervino *el Flaco*—, si quiere salgo yo para despejar.

—¡Ésta si que es buena! —dijo *el Brusco*—. Se ha cubierto, ha cumplido perfectamente con la citación e incluso se ha presentado con antelación.

—La ley no obliga a conmutar las prestaciones —añadió *el Pardo*—. Está aún más en orden que los que han pagado, porque él presta personalmente su aportación.

Peppone pegó un fuerte puñetazo sobre la mesa:

—¡Bien! —chilló—. ¡A las ocho en punto tú, *Brusco*, te encargas de él, lo mandas a la Carreterucha y le haces trabajar de pico y pala durante tres días!

El Brusco, que estaba espiando por la ventana, se giró:

—Jefe, creo que tampoco vas a poder solventarlo con el otro a través de la liquidación de impuestos —dijo.

Peppone, de un salto, se plantó en la ventana y, esta vez, por poco le da un ataque. El otro apercibimiento que no había recibido respuesta era el que correspondía a la gran finca llamada Palazzone, explotada por un colono y cuya propietaria, la condesa Dosetti, había sido tasada con doce jornales de trabajo más un medio de arrastre.

Ahora, justo en medio de la plaza, estaba un tractor con remolque conducido por una joven vestida con mono y en cuyo remolque había de pie otras tres personas en mono: una hermosa y bien plantada señora de unos cuarenta y cinco años, un señor de la misma edad y un señorito de unos veinte años. La conductora del tractor era la hija de los condes Dosetti, la señora y el señor eran los condes Dosetti y el joven era el hijo de los condes Dosetti.

El corro de gente en la plaza había aumentado. *El Brusco* meneó el cabezón:

—Jefe —dijo—, antes dimito como teniente de alcalde, como miembro del Partido, como maestro de obras si es preciso, pero con esa banda yo no voy.

Peppone le hizo señal de seguirle y bajó a la planta baja.

Eran las ocho menos tres minutos. Tras salir del edificio del Ayuntamiento, Peppone, con su estado mayor al completo tras él, llegó hasta el centro de la plaza.

—¿A quién representa usted? —preguntó parándose delante de don Camilo.

—La finca La Torretta —contestó don Camilo presentando la citación—. Tres jornales de trabajo con carretilla y herramientas.

Mientras *el Brusco* tomaba nota en una libreta, Peppone inspeccionó la carretilla.

—¿Y este trasto para qué sirve? —se informó indicando el breviario que don Camilo había depositado encima del mono de trabajo.

—Para rezar por tu sucia alma —le contestó a regañadientes don Camilo.

Peppone pasó al otro lado.

—¿A quién representa usted?

—A la finca Palazzone —contestó desde arriba la condesa—. Doce jornales de trabajo en total, a liquidar en tres días por aportar cuatro

elementos. Más vehículo de transporte de arrastre.

—El conductor va incluido con el tractor —replicó Peppone— y su trabajo no puede contarse con el de los otros tres elementos.

—Muy bien —replicó la condesa—. La chica se viene con nosotros y que el tractor lo conduzca quien quiera.

—La chica no es válida a efectos de prestación de mano de obra —afirmó Peppone—. Ni tampoco usted.

—No veo por qué —rebatió la condesa—. Las dos somos mayores de edad, de sana y robusta complexión, y la ley del 68 habla genéricamente de «jornales de trabajo» sin especificar que haya de ser mano de obra masculina o femenina.

—No se admiten mujeres en obras públicas —decretó Peppone.

—¿Por qué? —protestó la condesa con voz sonora—. Si en la libre y civilizada Unión Soviética que usted representa, las mujeres trabajan de peones de albañil, de mineros, de barrenderos, de maquinistas, de herreros, ¿por qué se nos niega esta igualdad de derechos respecto al hombre?

De la muchedumbre partió una carcajada.

—¡Vayan a sus puestos de trabajo! —ordenó Peppone—. Que la chica se quede conduciendo el tractor, y que el representante de la finca La Torretta suba al remolque con sus herramientas.

Una vez que don Camilo fue izado al remolque, el tractor se puso en marcha; al salir de la plaza, se abrió paso lentamente entre el gentío.

El remolque rojo con adrales, y la hermosa mujer, y el hombre de rostro despejado, y el joven de finas facciones, y el cura, de pie, apoyados en las barandas, así como la muchedumbre que rodeaba el tractor, y hasta aquel maldito cielo pardusco, recordaban ciertos grabados de la revolución francesa con la lúgubre carreta de los condenados a la guillotina.

—De verdad —masculló *el Flaco* preocupado—, cuando llegue la hora, será algo tremendo.

—¡Así revientes! —bramó Peppone metiéndose en la cabina del «Sputnik».

Cuando el tractor llegó al cruce donde empezaba la Carreterucha, hacía ya diez minutos que habían llegado Peppone y *el Brusco*.

La primera en bajar fue la condesa, que plantándose ante Peppone, le dijo:

—Estamos a sus órdenes. A mandar.

—El tractor ya no hace falta —replicó con mala cara Peppone—. Se trabajará con medios manuales. Vuelva a su casa con los demás. Las prestaciones establecidas para la finca Palazzone se dan por efectuadas.

—Qué lástima —sintió la condesa—, nos hubiera ido bien un poco de ejercicio.

—Sin duda alguna —replicó Peppone—. En el futuro no van a faltar ocasiones.

Don Camilo, que ya había descargado la carretilla y demás enseres, al ver que los demás volvían a subir preguntó:

—¿Yo también me voy?

—No —contestó sombrío Peppone—. ¡Usted se queda!

El tractor dio media vuelta y se fue; lo último que percibió Peppone fue la sonrisa deslumbrante de la condesa.

—Si se cree que lo he hecho por sus hermosos ojos, se equivoca —masculló Peppone.

—Y tanto —le contestó *el Brusco*—. Los ojos son quizá lo menos espectacular que luce…

Llegó don Camilo empujando la carretilla.

—El trabajo se hará en tres tiempos —explicó Peppone—. Pico o azadón, según lo duro del suelo. Después: pala para cargar en la carretilla el material que se ha picado. Tercero: transporte del material a aquel punto de allí, donde irá a sacarlo el volquete.

Mientras don Camilo se ponía el mono de trabajo y se calzaba las botas de goma, Peppone mandó *al Brusco* que cogiera el coche y regresara al Ayuntamiento para ultimar el plan de obras.

—Vuelve a buscarme a mediodía —explicó al final.

Se quedó solo y, al ver cómo le daba al pico y a la pala don Camilo y cómo trajinaba luego con la carretilla cargada de barro y de tierra, se arrepintió de haberle dicho *al Brusco* que volviera a buscarle a mediodía.

Don Camilo trabajaba tranquilo, tenaz y metódico, sin hablar, y Peppone lo miraba como si se tratara de un espectáculo.

Al final no pudo resistir:

—Cuanto más le miro más convencido estoy de que valdría la pena hacer la revolución, aunque sólo fuera para ver trabajar a los curas.

Don Camilo no contestó y Peppone siguió sin perderle de vista ni un instante.

A mediodía llegó puntual *el Brusco*:

—Vuelve al pueblo y tráeme algo de comer.

Comieron en silencio, uno frente al otro, sentados en los dos bordes opuestos de la carretera.

En el momento preciso, don Camilo volvió a ponerse a trabajar y siguió hasta cumplir con sus ocho horas.

En ese momento volvió a aparecer *el Brusco*:

—Lleva las herramientas del señor cura a casa de Gheffi, después carga al señor cura y llévalo a la rectoría. Mañana por la mañana, a las ocho menos veinte, vuelve a recogerlo y, si aún sigue vivo, lo vuelves a traer aquí —dictaminó Peppone.

Don Camilo meneó la cabeza:

—Se ve que el señor alcalde no conoce a los curas —se carcajeó—. No sabe que si me pagara el trabajo como horas extra, a doble tarifa, haría otras ocho horas como si nada.

—¡Le tomo la palabra! —gritó excitado Peppone—. *Brusco*, vete y trae algo de comer y de beber y linternas. Avisa a los de la ambulancia que estén prevenidos.

Al cabo de una hora, don Camilo, repuestas las fuerzas, volvía a ponerse al tajo. Al cabo de poco rato hubo que encender las linternas porque era invierno y se hacía pronto de noche. El cielo estaba cubierto, pero no hacía tanto frío como para que se helara el barro: don Camilo seguía dándole al pico y a la pala y transportando la carretilla como si estuviera accionado por un motor Diesel.

En realidad, el cansancio, a medida que iba transcurriendo el tiempo, iba siendo más intenso. Llegó un momento en que casi se mareó y tuvo que pararse.

—Si no puede más, puede dejarlo —le advirtió Peppone.

—Reserva tu buen corazón para las condesas —le respondió don Camilo, volviendo a picar de nuevo.

A las diez de la noche, don Camilo ya no tenía nada que no le doliera y parecía como, si de un momento a otro, fueran a fallarle los brazos. Mas no cejó.

El desafío duró aún media hora más; luego, el más débil de los dos se dio por vencido:

—¡Basta! —gritó Peppone—. Deuda cancelada. Mañana se le dará el recibo.

—A mí me da igual —respondió don Camilo, que apenas se aguantaba en pie.

—¡Suba al coche y déjelo! —ordenó Peppone.

—No se moleste, señor alcalde, puedo regresar a pie. Tengo que devolver a Gheffi su pala: a la mía se le había roto el mango y me ha prestado una suya.

Se puso en camino tambaleándose, pero Peppone le arrancó la herramienta de la mano.

—Ya voy yo —dijo—. Mientras, vuélvase a vestir de cura. Ya ha estado representando bastante el papel de trabajador.

—Jesús —dijo don Camilo al Crucifijo—, héteme aquí. Como veis, también yo he podido pagar de mi bolsillo aun sin tener un céntimo.

—Has salido bien librado: a lo menos a ti te han hecho descuento —respondió sonriendo el Cristo—. De todos modos, que cada cual pague según su bolsillo. Puedes irte ahora a la cama contento, don Camilo, porque sin quitar nada a tus pobres has dado al césar lo que era del césar.

—En un cierto sentido —añadió don Camilo— también le he dado a Peppone lo que le correspondía.

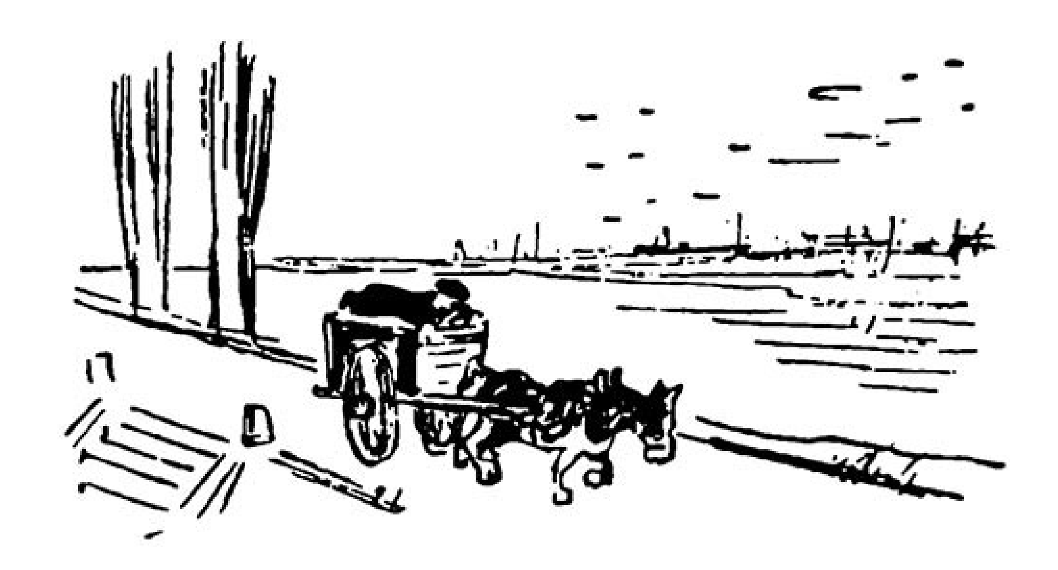
Consideración exacta porque Peppone, al volver de la era de Gheffi y encontrarse en lugar del «Sputnik» la carretilla de don Camilo, estaba ahora viajando, *pedibus calcantibus*, en dirección del pueblo empujando la carretilla.

Eran las once de la noche y todo seguía en orden.

PRIMAVERA



EL CAMINO DEL BIEN



De repente el ambiente se caldeó. Siempre solía pasar lo mismo por aquellos lugares: durante meses y meses todo discurría como si fuera una balsa de aceite y parecía que fuera a durar eternamente. Luego, de repente, a Peppone le subía la presión y se armaban los líos.

Peppone había sido llamado por los jefes de la ciudad, y a su regreso traía una expresión que presagiaba temporal. Evidentemente le habían ofrecido el cargo para la campaña electoral: volvíamos a las andadas de cinco años atrás.

El primer mitin fue preparado con sumo cuidado; el sábado por la tarde la plaza estaba repleta de rojos que habían acudido de todas partes.

Don Camilo aterrizó en medio de aquella barahúnda por pura casualidad: tenía que recoger un saco de harina de maíz en Castelletto y por eso había enganchado a la calesa su viejo rocín. El rocín se llamaba *Peppo*: esto también era casualidad, porque don Camilo le había puesto aquel nombre sin la más mínima intención de carácter alusivo y —como iba diciendo por ahí— ahora le sabía mal que, por culpa del dialecto que no permitía hacer ninguna distinción entre *Pepò* de caballo y *Pepò* de Peppone, alguien pudiera pensar en vete a saber qué ocultos objetivos.

Explicaba que muchas veces había intentado cambiarle el nombre, pero que el caballo si no se le llamaba *Pepò* no se movía.

—Tendría que cambiar de nombre el señor alcalde —acababa diciendo cada vez don Camilo.

Así pues, don Camilo enganchó el rocín a la calesa, echó sobre el respaldo el consabido pellejo de oveja y salió del patio de la rectoría con la sana intención de atravesar la plaza y tomar el camino de Castelletto.

Mas se encontró ante una marea de gente que cuando don Camilo decía «¿Permiten?» se volvía a mirarle con expresión de estar pensando: «¿Quién será este condenado que pretende que me aparte?».

Y luego, inmediatamente, apareció *el Flaco*, que hacía de agente de orden público.

—Alto —dijo *el Flaco*.

—Tengo que ir a Castelletto —aclaró don Camilo—. Si sabes decirme cómo puedo ir sin atravesar la plaza…

—¡Espere hasta que el mitin haya acabado y podrá pasar! —replicó categórico *el Flaco*.

Don Camilo abrió los brazos y se quedó tranquilamente fumándose su medio toscano en espera que le dieran vía libre.

Peppone tomó la palabra: se notaba que se había fijado en don Camilo, bloqueado allí en medio, y que no quería desperdiciar la ocasión para hacerle entender cómo estaban los ánimos.

—¡Aunque algún reaccionario que se hace el sordo no se dé cuenta, se acerca cada vez más el día de la revuelta proletaria! Muchos se hacen falsas ilusiones al ver que durante un cierto período de tiempo el proletariado no se ha movido ni ha hecho ruido. El proletariado viene a ser como un cañón que no dispara por el mero gusto de disparar, sino tan sólo cuando ha localizado el objetivo que atacar. ¡Se oirá pronto el tronar del cañón! A esa llamada clase dirigente que explota al proletariado tiranizándolo va a acabársele pronto su cómodo juego. La clase dirigente es el pueblo que trabaja y produce y que tiene que ocupar el lugar que le corresponde…

Peppone siguió un buen rato en este tono, luego, en un momento determinado, gritó:

—Jamás podrá nadie parar la marcha triunfal de la idea proletaria: nadie. ¡Ni siquiera aunque sepa pensar en americano y hablar en latín! ¡A buen entendedor pocas palabras bastan!

Todos se volvieron riéndose hacia don Camilo. Éste dirigiéndose en voz alta al estrado, preguntó:

—¿Me lo dice a mí?

—¡No, se lo digo a su caballo que tiene mejor oído y mejores entendederas! —exclamó Peppone.

Don Camilo siguió desinteresándose de todo el asunto tras comentar:

—Es lógico, entre caballos se entienden…

Después de Peppone tomó la palabra alguien más; entonces don Camilo, al ver que aquello podía hacerse interminable, puso en marcha a *Peppo* y volvió al patio de la rectoría.

Un cuarto de hora más tarde acabaron los discursos, pero la gente permaneció charlando en la plaza y Peppone y su estado mayor se quedaron haciendo propaganda electoral junto al estrado.

Entonces apareció nuevamente don Camilo: pero no llevaba la calesa, sino una carreta de laterales altos, y entre las varas, en lugar del caballo, iba él, don Camilo. El caballo estaba dentro del carromato y llevaba alrededor de su cuello un gran pañuelo rojo.

La gente se quedó mirando atónita y con la boca abierta aquel espectáculo. Don Camilo, arrastrando el carromato, empezó a atravesar la plaza. Al llegar delante del estrado se paró, se sentó en una de las varas de la carreta y se sacó de la faltriquera el pañuelo para secarse el sudor.

Se cruzaron las miradas con Peppone:

—¿Ve —aclaró resoplando don Camilo— qué poder tiene la propaganda cuando está bien hecha, como la sabe hacer usted? Después de haber oído su discurso, el caballo, que tiene buen oído, no ha querido volver a tirar del carro: «¡Ahora nos toca a nosotros!», ha dicho el caballo. Por eso he tenido que ponerme yo entre las varas. Desde luego hay que reconocer que el mundo fatalmente cada vez se vuelve más de izquierdas.

Peppone avanzó unos pasos y se plantó ante don Camilo, con los puños apoyados en las caderas y con cara feroz.

—Sí, sí —dijo sonriendo don Camilo—. Lo malo es que a mí me cuesta entender adónde quiere ir el caballo.

Peppone se echó el sombrero para atrás:

—¡De modo que para usted los proletarios son los animales! —dijo sombríamente.

—No sé que decirle —respondió don Camilo—. Pregúnteselo más bien al caballo, que tiene mejor oído que yo y más entendederas.

Por suerte, en aquel momento llegó el comandante de puesto de carabineros y no llegó a ocurrir lo que se presagiaba. Al ver a don Camilo en aquella situación, el comandante se quedó helado.

—¿Qué lío es éste? —preguntó el comandante.

—Nada —contestó don Camilo volviendo a colocarse entre las varas y haciendo maniobra para volver al patio de la rectoría—. Es la revolución proletaria que se ha subido al carromato y ocupado el lugar de la antigua clase dirigente y está conduciendo al país hacia radiantes metas.

Tras meter el caballo en el establo, don Camilo se fue a echar una ojeada a la iglesia; al pasar delante del altar mayor, oyó la voz del Cristo crucificado:

—Don Camilo, ¿por qué has hecho semejante mamarrachada?

—No es ninguna mamarrachada —contestó don Camilo—, sino un apólogo figurado para demostrar la estulticia de las tesis de Peppone.

—Es un apólogo fuera de lugar; al obrar de esa forma has exasperado aún más el ánimo de toda esa gente. Los has provocado.

—No —afirmó don Camilo—. He sido provocado yo. Ha sido Peppone el que ha sacado a relucir lo del caballo. Ha sido él que ha dicho que no era a mí a quien hablaba, sino al caballo, que tiene mejores entendederas que yo. Por eso he puesto el caballo en la carreta y he ocupado su lugar entre las varas.

—Merecerías seguir allí, don Camilo. Tú no representas la facción opuesta a la de Peppone: tú tienes que representar el conocimiento que ha de mediar entre los dos bandos opuestos y hacer que observen la ley eterna. Si te identificas con la bandera de una facción, ¿cómo podrás mostrarles las tablas de la ley eterna a los hombres del otro bando y decirles: «Éstas son las leyes de Dios»? Te pueden contestar: «¡No: son las leyes del bando enemigo!».

Don Camilo extendió los brazos:

—Jesús, hay dos bandos: el de Cristo y el del anticristo. Yo no puedo quedarme en medio de los dos, tengo que luchar en las filas de Cristo.

—Don Camilo: es una blasfemia que concibas a Dios como jefe de un partido. Y tu culpa es doble porque sometes la suerte de Dios a merced del resultado final de la lucha entre dos bandos y porque crees que tu Dios va a inclinarse a favor de una facción en contra de la otra. En cuanto a la ley creada por los hombres, hay hombres observantes de la ley, hombres que violan la ley y hombres que salvaguardan la ley. Pero el hombre justo no dice: yo soy la ley y por tanto tengo que militar en las filas de los que salvaguardan la ley. El hombre justo está sencillamente de parte de la ley y vigila la integridad de la ley para evitar que los guardianes de la ley la salvaguarden con actos contrarios a la ley. Existe la ley divina y existen hombres que obran contra la ley divina y hombres que combaten en nombre de hacer triunfar la ley divina. Pero tu lugar está por encima de los bandos, has de proteger la ley divina para que nadie pueda tocarla, para que conserve toda su integridad; y

que pueda ser mostrada pura, inmaculada, resplandeciente, como suprema amonestación a los contendientes de uno y otro bando.

Don Camilo alzó los ojos al cielo.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer, Jesús? ¿Quedarme parado mientras los otros andan?

—Anda, don Camilo: camina recto por el camino del Señor. Y si ves que otros caminan recto por tu mismo camino, regocíjate en lo más profundo de tu corazón. Y si de repente te encuentras solo porque los que caminaban a tu lado se han salido del camino del Señor para tomar un atajo, entristécete, pero sigue en el camino del Señor. Llámalos a voces, implórales que vuelvan al buen camino, pero que no te salgas del camino del Señor. ¡Jamás, don Camilo, jamás! No sientas la tentación al ver que el atajo que ha tomado alguien que caminaba a tu lado vuelve a cruzarse después con el camino del Señor y que así se acorta el camino. El camino del Señor *no tiene atajos*. Todo aquel que, aunque momentáneamente, se sale del camino del Bien, camina por la senda del Mal. Si caminas siempre por la vía del Bien, serás la voz que llamará al buen camino a los viandantes que se han salido.

Don Camilo agachó la cabeza.

—Jesús —murmuró—, haced que no pierda nunca la orientación.

—Si te fijas siempre y no pierdes de vista la señal que indica la cumbre de la montaña allí donde termina el camino terrenal del Bien y donde comienza el camino del Cielo, no te desorientarás nunca, don Camilo. Si de repente dejas de ver esa señal, eso significa que te has salido del camino porque el que camina por el buen camino ve constantemente esa señal. *In hoc signo vinces*.

—Venceremos —susurró don Camilo humildemente.

El ambiente siguió caldeándose porque la historia del proletario-*Peppo* arrastrado por la pseudo-clase-dirigente-don-Camilo había tenido amplia repercusión en el pueblo y sus alrededores. Pero don Camilo quiso seguir por el buen camino y por eso, a pesar de sufrir como un condenado, se negó a sí mismo el permiso de salir de casa e inmiscuirse en el asunto.

Aunque un día no pudo más, y entonces fue cuando pasó lo de la lápida.

La lápida había sido colocada en la calle Castelletto, en la confluencia con la plaza principal, en 1942, y desde entonces la calle Castelletto había cambiado de nombre puesto que en la lápida se leía:

Calle de

LUIGI BRAMBELLI
Medalla de Oro
caído heroicamente
en el frente ruso

El tal Brambelli había sido el único hijo de la viuda Brambelli, la Desolina de Crocilone. Cuando Luigi Brambelli cayó combatiendo en Rusia, dejó un niño de un par de años y la mujer a cargo de Desolina. Aunque Desolina podía asumir perfectamente esa carga porque tenía unas buenas espaldas y desde siempre había trabajado muy duro en la vida. Desolina iba raramente al pueblo, y cuando lo hacía tomaba el camino más largo, el de Castelletto, porque la finalidad principal de su viaje era pasar por delante de la lápida que rememoraba el nombre de su hijo.

Con el tiempo el chiquillo fue creciendo y empezó a ir a la escuela del pueblo. Desolina esperó que terminara el primer curso; después, un día le llevó ante la lápida y le ordenó:

—Lee.

El chiquillo, deletreando, leyó en voz alta lo que estaba inscrito en el rectángulo de mármol.

—Exacto —le explicó entonces Desolina—. Ése es tu padre.

Aquello quedó muy grabado en la mente del niño. Y a menudo volvió solo hasta la lápida para releer lo que estaba inscrito en el mármol.

Cuando volvió a ir a la escuela, tomó sistemáticamente el camino de Castelletto, así pasaba dos veces al día por la calle de Luigi Brambelli.

Para qué pasaba, no se sabe: cosa de críos. De todos modos pasaba, primero a pie, y luego, cuando llegó a cuarto, en bicicleta.

Un mediodía el chico llegó muy triste a su casa y al insistirle su madre y Desolina y preguntarle qué le había sucedido, rompió a llorar y contó que ya no estaba la placa municipal con el nombre del papá.

Desolina se arremangó el delantal sujetándolo en la cintura y se fue al pueblo a ver qué había pasado. El chiquillo tenía razón: en la pared en que había estado la lápida con el nombre de Luigi Brambelli había otra en su lugar.

Subió corriendo al Ayuntamiento y el secretario se limitó a extender los brazos:

—Ha sido una decisión del Consejo: aquí está el acta. Han cambiado también otros nombres de calles y plazas. No puedo decirle nada más.

Desolina no insistió: volvió a casa, se puso el traje de los días de fiesta y se marchó a la ciudad. Regresó cuando ya era de noche con un gran envoltorio atado al manillar.

Desolina era una mujer decidida, de esas que están acostumbradas a hacerlo todo: a la mañana siguiente, con el paquete bajo el brazo, se dirigió al pueblo acompañada por el niño.

En el pueblo se hizo prestar una escalera de mano, la apoyó contra la pared, debajo de la lápida y, tras sacar de la bolsa un escoplo y un martillo, se encaramó a la escalera y se puso tranquilamente a picar en la pared alrededor de la placa nueva para despegarla.

Minutos más tarde llegó el jefe de los municipales gritando: pero Desolina no tenía la más mínima intención de bajarse. Se formó un gran corro de gente alrededor de la escalera y también apareció Peppone.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —gritó Peppone.

—Estoy sacando esta lápida y poniendo en su lugar la de mi hijo —contestó Desolina—. He ido a la ciudad para que la hicieran de nuevo.

El chico, al pie de la escalera, hacía la guardia de la lápida que había sacado de su embalaje y que estaba apoyada contra la pared.

—¡Baje y deje de hacer tonterías! —gritó Peppone.

Desolina se volvió a Peppone:

—No estoy haciendo ninguna tontería —respondió—. El nombre de mi hijo estaba aquí y tiene que volver a estar en su sitio. La tontería la ha cometido el que ha cambiado la lápida.

—Ha sido una decisión del Consejo —replicó Peppone—. El Consejo es el que ha establecido cambiarla.

—¿Por qué? ¿Qué mal ha hecho mi hijo?

Peppone se encogió de hombros.

—Ande, por favor, baje y déjelo estar —dijo—. Usted es su madre y a una madre se le perdona todo: aunque sabe perfectamente quién era su hijo.

—Mi hijo es alguien que murió en la guerra.

—Sí, murió en la guerra —replicó Peppone—. Pero también fue uno de esos exaltados que quisieron esa guerra. Lo recordamos bien.

—Mi hijo era un muchacho cuando se fue como soldado de infantería a Rusia. Y la guerra no la quiso él. Era un muchacho como otros cien mil y como esos otros cien mil ha combatido y ha hecho honor a su país.

Peppone tuvo un gesto de impaciencia.

—¡Honor! ¡Honor, una guerra perdida! ¡Una guerra equivocada!

—Mi hijo ganó esa guerra. No se le concede la Medalla de Oro a uno que ha perdido. Ustedes han perdido la guerra, no mi hijo. Y ha combatido una guerra acertada, tanto es así que el rey le concedió la medalla. Los reyes no dan medallas si un soldado no cumple con su deber.

—¡Los reyes acertados! —exclamó Peppone—. Lo malo es que aquel rey andaba equivocado, hasta el punto que ya no está porque lo han echado.

—Pero Italia sigue siendo la misma. No ha cambiado.

—¡Sí que ha cambiado! —gritó Peppone—. Afortunadamente ha cambiado. Ahora se ha acabado con aquel frenesí partidario de la guerra y se hacen las cosas razonando, no desatinando.

Desolina miró la lápida que aún estaba en la pared.

—¿Y quién es este Gramsci que ha ocupado el lugar de mi hijo? ¿En qué guerra ha muerto si mi hijo ha caído en una equivocada?

—¡En una acertada! En la guerra que el pueblo combate por la libertad y el progreso —vociferó Peppone—. ¡Por la libertad, por el progreso y por la paz!

—No entiendo de eso —replicó Desolina—. Sólo sé que ese Gramsci no es ningún nombre de aquí.

—¡Gramsci es un nombre mundial, universal! —gritó Peppone—. Y no hay ciudad o pueblo en toda Italia que no le haya dedicado una calle o una plaza.

—¿Y no le basta? —protestó Desolina—. ¿Tenía justo que venir a arrebatarle el sitio a mi hijo?

Peppone respiró hondo porque tenía que decir algo trascendental, y luego sentenció:

—Es triste para usted, pero es así. Es la némesis histórica, querida señora. Es el orden que reemplaza al desorden. Es la historia verdadera que sustituye a la historia falsa.

Desolina no supo qué contestarle. Suspiró, abrió los brazos y dijo con voz angustiosa:

—Entonces, si todo ha cambiado, es como si mi hijo se hubiera muerto por caer del granero. Una desgracia. Pero al menos a los que se mueren al caerse del granero los entierran aquí. Mi hijo no sé dónde está: aquí estaba sólo su nombre. Ahora lo he perdido del todo.

El crío ni había respirado: con su lápida apretada entre los brazos, no había dejado de mirar a Peppone. Hacía rato que Peppone sentía encima suyo aquella mirada: pero ahora veía aquellos ojos. Ojos sin lágrimas, pero horrorizados. Los ojos del hijo que mira al que ha matado a su padre.

A Peppone le costó separar su mirada de aquellos ojos. Lo consiguió, pero cuando miró hacia arriba, desde la pared, desde la placa de mármol, por encima de la escalera, la voz gélida del Partido le ordenaba: «¡Obedece!».

Don Camilo se abrió camino:

—Desolina, sea razonable. No puede ir contra la ley. Las leyes pueden ser discutibles, pero hay que acatarlas.

La mujer bajó y se fue a devolver la escalera.

Don Camilo se puso en marcha tras haber hecho una señal al chiquillo, que le siguió sin dejar de apretar su lápida entre los brazos.

Al pasar delante de Peppone, el niño alzó un instante la mirada. Cuando llegó a la puerta de la rectoría, don Camilo se detuvo y se volvió.

—Ahora ve a la escuela que es tarde, deja esto aquí. Vuelve luego a mediodía.

El chico entregó la lápida a don Camilo y se fue. Y don Camilo se quedó en el umbral con la placa de mármol en las manos.

—Jesús —susurró tras larga meditación—, ahora no sé si seguiré por el camino del Bien o si voy a desviarme por el del Mal. Perdonadme si me equivoco, pero tengo que encontrar otro camino.

Y el camino estaba allí, entre la pared de la rectoría y la pared de la iglesia: una callecita que apenas tenía unos ocho o nueve metros de largo. Una callecita que después del terreno de la rectoría se convertía en camino y conducía a los campos. Una callecita que no se utilizaba, tanto es así que don Camilo la había cerrado con una verja de hierro.

Don Camilo entró en la rectoría a buscar las herramientas y la escalera. Apoyó la escalera de mano contra la pared de la rectoría y una vez encontrado un punto donde la pared estaba más lisa, tomó medidas y con el martillo y el escoplo hizo cuatro agujeros.

Pero entonces vino lo difícil porque le hacía falta cemento y los cuatro enganches de hierro.

Se bajó y se encontró allí a Peppone.

—En diez minutos se lo traigo todo —masculló Peppone.

Don Camilo no había pedido nada, pero no se asombró al ver que el otro sabía lo que había pensado.

Peppone volvió al poco rato con los cuatro clavos de sujeción y con un paquete de cemento rápido.

El Flaco se quedó unos diez pasos atrás, en posición estratégica para vigilar que no llegara nadie.

Peppone se subió a la escalera y colocó en la pared la placa de mármol.

El Flaco dio un silbido y Peppone apenas tuvo tiempo de recoger la escalera y meterla dentro del zaguán de la rectoría.

Don Camilo estaba ya en la salita que tenía una ventana justo debajo de la lápida. Los batientes de la ventana estaban entreabiertos y don Camilo estaba mirando por la rendija para ver quién se acercaba.

También Peppone fue a curiosear para oír qué comentarios suscitaba la novedad.

Llegó el niño en bicicleta. Al llegar delante de la puerta se dispuso a entrar, mas algo le llamó la atención porque se acercó hasta la ventana y miró hacia arriba.

Vio la lápida y sonrió.

—Hola, papá —dijo.

Luego se volvió a montar en la bicicleta y, tomando por el camino de la verja, desapareció entre los campos.

La «calle de Luigi Brambelli» había quedado inaugurada oficialmente.

Se trataba de un camino rural que hacía unos veinte años que no usaba nadie. Pero llevaba hasta Crocilone, acortando su buen medio kilómetro de camino. Crocilone era una pequeña aldea aislada donde la aparición de una moto o de una camioneta representaba una novedad sensacional. Por eso, Peppone profirió una tremenda tontería al comunicar a don Camilo:

—Este atajo puede servir para descongestionar el tráfico de la carretera de Crocilone. Mandaré un par de operarios para que lo arreglen un poco.

—Hoy mismo haré sacar la verja —añadió don Camilo.

Don Camilo pensó que el camino del Bien, bien podía llamarse en un cierto punto «calle de Luigi Brambelli» y que quizá caminando por ella podría encontrarse, por un tiempo, caminando al lado de Peppone. Sonrió.

Peppone interpretó mal aquella sonrisa y disponiéndose a salir exclamó:

—El proletariado no es ningún caballo que no sabe adónde va. El proletariado está formado por hombres que saben muy bien cuál es su meta.

—Se lo diré a *Peppo* —contestó tranquilamente don Camilo—. Así se dará de baja como proletario y volverá a hacer de caballo.

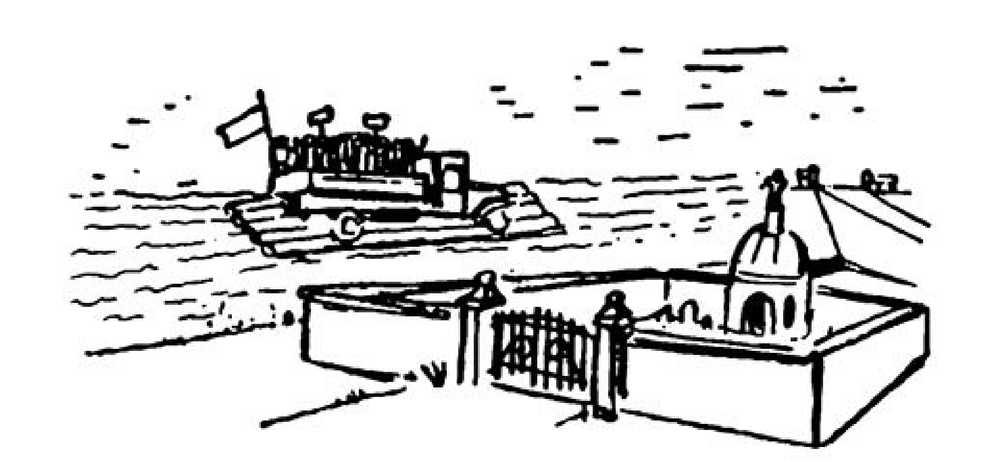
—Bien —replicó duramente Peppone—. Si volviera usted a hacer de cura sería aún mejor.

—Está hecho —añadió tranquilamente don Camilo—. Que Dios esté contigo y te ilumine, compañero alcalde, para que un día, al final de nuestro camino terrenal, podamos encontrarnos el uno junto al otro allí donde comienza el camino que lleva a la eternidad.

El tono de voz de don Camilo era tan humilde y apagado que Peppone se extrañó:

—¡Vaya! —masculló—. ¡Si ahora se nos va a volver cristiano hasta el arcipreste!

EL CAMIÓN DE TROYA



Empezó a llover un sábado por la mañana y siguió lloviendo durante siete días seguidos sin parar.

No se había visto nunca un mes de abril tan malo: los canales se llenaron y rápidamente el agua se desbordó, rompió diques, socavó esclusas e inundó los caminos bajos y millares de fanegas de tierra de cultivo.

El diluvio cesó de repente a eso del mediodía del sábado: el viento arrastró las nubes y, como por milagro, el sol volvió a aparecer, cálido y resplandeciente, en el cielo despejado.

Hacía tiempo que don Camilo tenía que ir por algunos asuntos al otro lado del río, y aquel sábado, después de almorzar, se montó en la bicicleta y partió.

El río había crecido bastante y el agua enfangada bajaba rápida, pero el guarda tranquilizó a don Camilo, que después del dique se había parado dubitativo a la entrada del puente de pontones:

—Por esto no tema: el nivel sigue bajando. El peligro está ahí arriba, padre. Me temo que, si no se da prisa, se va a mojar.

En pocos minutos el cielo había cambiado completamente de aspecto y estaba cubriéndose de amenazadores nubarrones: don Camilo volvió a montarse en el sillín y prosiguió el camino.

En aquel punto el gran río se ensancha y parece casi un pedazo de mar, el puente es largo y si se tiene que pasar cuando el agua está a un nivel alto impresiona un poco; pero lo que preocupaba a don Camilo era más bien un gran camión que venía a gran velocidad detrás de él y que a juzgar por el

estruendo que armaban las ruedas en el tablado del puente debía conducirlo algún condenado que llevaba mucha prisa.

Don Camilo pedaleó fuerte, pero al llegar justo a la mitad del puente hubiera preferido no haberlo hecho. Consiguió frenar la bicicleta apenas a tiempo, parándose a un palmo de la zanja que de repente se le había abierto delante y que iba ensanchándose rápidamente. Por la fuerza del agua llena de limo, había cedido la cadena de anclaje de alguna barcaza y se estaba rompiendo el puente.

Dejó caer la bicicleta sobre el entablado y alzó los ojos al cielo para dar gracias a Nuestro Señor, pero un chirrido imprevisto de unos frenos, junto con el estruendo que pueden armar una bocina y un camionero enfurecido, le hicieron pegar un salto.

El vehículo se paró a pocos centímetros de la bicicleta y saltó de la cabina un energúmeno que arremetió gesticulando y rugiendo contra don Camilo.

Poco le duró porque en seguida se dio cuenta del motivo que había provocado que don Camilo frenara la bicicleta; entonces se quedó allí anonadado mirando el agua fangosa que bullía a un metro escaso de las ruedas delanteras del vehículo.

Una amarra tiró de otra: el puente había quedado ya cortado por las aguas y había que darse prisa en volver atrás. Pero cuando don Camilo se agachó para levantar la bicicleta y el camionero se volvió para subir al camión, ya era demasiado tarde. Se oyó un estrépito de tablas rotas y, poco después, los pontones de cemento que aguantaban el trozo de entablado en el que estaban don Camilo y el camión se separaron del resto del puente.

Fue cuestión de segundos: arrastrada por la corriente, la barcaza se separó del puente y recorrió unos diez metros sin que don Camilo ni el camionero se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Qué haremos ahora? —gimió, angustiado, el camionero.

—Si el señor alcalde no dispone de «marcha atrás» —respondió don Camilo—, no sé qué se puede hacer.

—Pues algo habrá que hacer —gritó Peppone desesperado—. ¡Hace sólo dos meses que he comprado el camión y estoy endeudado hasta la camisa!

Don Camilo se encogió de hombros:

—Intente recomendar su alma al ministro soviético de marina —sugirió.

Peppone no contestó: le dio la espalda y se fue a encerrar en la cabina del vehículo.

La barcaza flotaba bien: el entablado se apoyaba sobre seis hermosas gabarras de cemento y, como la divina providencia había hecho que el camión

se parara en medio, la carga quedaba bien equilibrada. No había motivos para preocuparse excesivamente; además, el camión transportaba mercancía de mucho volumen pero de poco peso. Heno sin embalar cubierto con una gran lona impermeable. Había vuelto a arreciar una fuerte lluvia y don Camilo pensó en resguardarse bajo el lado izquierdo del camión, lo que le hizo admitir que la situación era menos tranquilizadora de lo que le había parecido.

No eran seis las gabarras, sino dos grupos de tres: de modo que no podía hablarse de un único entablado, sino de dos, que cada uno se apoyaba en largueros que mantenían unidos los tres pontones. Y los dos elementos del puente estaban sujetos con ganchos de hierro colocados en los extremos de los largueros exteriores.

Estos ganchos se habían desclavado y, poco a poco, las dos medias barcazas se iban separando. Ahora ya tenían medio metro de separación, y como las ruedas delanteras del camión estaban apoyadas en una de las tablas y las posteriores en otra, si se ensanchaba la fractura, el camión corría el riesgo de ir a parar al agua.

No había que perder tiempo en palabrerías: don Camilo abrió de golpe la portezuela de la cabina y agarrando a Peppone por una pierna lo echó abajo:

—Compañero —le aclaró indicándole el espacio que iba abriéndose debajo del camión—, o vuelves a unir la base o te vas al agua con todos los víveres con que alimentar a tus activistas de asalto.

Peppone se quedó pálido: de un salto se puso detrás del camión y, blasfemando como un condenado, aflojó las sogas que mantenían tenso el toldo impermeabilizado; abriendo los pestillos, bajó la tapa trasera abatiole. Pero no salió heno, salió gente. Aparecieron *el Flaco, el Brusco, el Largo* y otros de los peores tipos de la banda de Peppone, en total veinte activistas de asalto.

Se vio que no encontraron la situación demasiado satisfactoria, pero no se alteraron y esperaron órdenes.

Desgraciadamente, Peppone, una vez sacada la chusma del heno, se quedó sin saber qué hacer y don Camilo tuvo que intervenir:

—¡Bloquea las ruedas delanteras y haz marcha atrás! —gritó don Camilo.

Todos le entendieron, arrancaron maderos, tablas y ganchos del pontón y atascaron las ruedas delanteras del camión de forma que no pudieran moverse. Luego Peppone puso en marcha el motor, colocó la marcha atrás y jugando cuidadosamente con el embrague y el acelerador, y sudando lo suyo, consiguió juntar los dos trozos de puente. Los demás los engancharon con ganchos y sogas y así volvió a unirse la base.

Mientras la chusma se afanaba en consolidar la fractura, don Camilo no pudo evitar meter la cabeza en el agujero negro que había detrás de la tapa abatiole del camión.

Se trataba de un trabajo muy bien hecho: sobre el suelo del camión se había construido una robusta jaula de madera: se había colocado luego heno alrededor de la misma y después se había cubierto el heno con un toldo de lona. La jaula forrada de heno tenía acceso por detrás y la tapa abatiole hacía de puerta.

—¡El camión de Troya! —exclamó don Camilo al sacar la cabeza de la jaula.

Y como Peppone estaba allí, le pareció apropiado añadir:

—Lo siento. De haber sabido la mercancía que transportabas no te habría avisado. No volverá a presentárseme una ocasión como ésta. Lástima.

Peppone no respondió y don Camilo prosiguió:

—Lástima de verdad: el jefe de la banda con todo su estado mayor y el escuadrón de asalto, ¿ibais a desvalijar algún banco?

—Íbamos a apoyar los derechos de los trabajadores de Viarana —respondió Peppone.

—¿Escondidos bajo el heno?

—Cualquier cosa puede servir para despistar a la policía. La manifestación de los aparceros de Viarana ha sido prohibida y la brigada móvil especial de policía está vigilando todas las carreteras que van a Viarana. Había que llegar pasando inadvertidos.

La balsa seguía navegando en el agua fangosa, bajo la lluvia que arreciaba: los hombres volvieron a la jaula resguardada por la lona impermeabilizada, pero hicieron un agujero en la capa de heno para no perder de vista la situación.

Peppone volvió a la cabina y don Camilo le acompañó.

—Si el Señor no nos ayuda, va a ocurrir un desastre —masculló Peppone al cabo de un largo silencio.

—Ya os ha ayudado hasta demasiado —replicó don Camilo.

—Usted no sabe lo que cuesta un Fiat 82 nuevo de trinca —intervino Peppone—. Si el Señor hace que me lo pueda llevar a casa sano y salvo, juro que…

—¿Qué?

—Lo que yo me sé.

En aquel instante se oyó un gran alboroto: la banda había salido de la jaula y gesticulaba a los de la orilla, donde se había agolpado un pequeño

gentío que gritaba.

Había corrido rápidamente la voz por los pueblos de las orillas del río y no podían tardar en socorrerlos.

Peppone reaccionó:

—¡Echad la carga! —ordenó bajando de la cabina.

En diez minutos fue vaciado el interior del camión y la jaula despedazada fue a parar al río, así como el heno.

—Ahora el señor cura que cuente lo que quiera —explicó al final Peppone —. Las pruebas han sido destruidas y podremos decir que está loco.

Don Camilo meneó la cabeza y alzó la mirada al cielo:

—Jesús —dijo en voz alta—, ésta es su forma de agradecer el servicio que le he prestado.

—El servicio que nos ha prestado no le da derecho a ridiculizarnos ante la gente —replicó Peppone.

Salió de la orilla un remolcador y una vez alcanzada la barcaza se puso a su lado. Los hombres del remolcador intentaron enganchar con un cable la barcaza, pero tuvieron que renunciar ante el peligro de partirla en dos.

—Salvemos primero a la gente —dijo al final el comandante del remolcador—. Después, si se puede, se intentará rescatar el camión.

Los hombres de la banda subieron sin hacerse de rogar al remolcador, pero al tocarle el turno a Peppone éste meneó la cabeza:

—Yo me quedo. El camión es mío y yo no lo dejo.

A lo largo del río todos conocían a Peppone y sabían que nadie conseguiría hacerle cambiar de opinión.

—Está bien —le contestaron.

Don Camilo, que estaba ya en el remolcador, saltó a la barcaza, los del remolcador le preguntaron si se había vuelto loco.

—Yo también me quedo. La bicicleta es mía y yo no la dejo —aclaró.

—No se preocupe por la bicicleta: seguro que ésa sí la salvaremos —insistió el comandante del remolcador.

—Me urge que también se salve el alma de ese desgraciado —replicó don Camilo—. Si ocurre la desgracia y él se arrepiente *in extremis* de sus delitos, mi deber es que se vaya al otro mundo con los papeles en regla.

El remolcador se alejó y la balsa siguió navegando.

Peppone, sentado en la tabla a proa, miraba callado delante suyo.

—Allí está la isla —refunfuñó de repente—. Si los pontones tropiezan con ella, el puente se romperá y adiós camión.

—Piensa en tu pellejo —le contestó don Camilo—. Camiones los siguen haciendo.

—Pero yo no puedo seguir pidiendo créditos.

La isla, en medio del gran río, estaba completamente sumergida: tan sólo emergían las puntas de algunos manojos de juncos y la balsa iba justo en dirección de esos juncos. Peppone veía cómo se acercaban los juncos y los miraba con ojos desorbitados, mordiéndose las manos.

Cuando la suerte de la barcaza parecía estar ya decidida, a pocos metros se formó un torbellino que la hizo cambiar de dirección y la empujó hacia la orilla.

El obstáculo había sido superado.

—El Señor me ha ayudado —dijo con voz entrecortada Peppone secándose el sudor que le bajaba por la frente.

—Seguro que no lo ha hecho por ti, sino en atención a la Fiat —puntualizó don Camilo secándose a su vez la frente empapada de sudor frío.

Empezó a oscurecer y la barcaza siguió navegando arrastrada por la corriente. De repente pareció cambiar de idea y se acercó netamente a la orilla, quedando flotando allí entre un complicado vaivén de corrientes y remolinos.

Allí la alcanzaron más tarde tres remolcadores, que pudieron engancharla sin que se rompiera.

Comenzó el viaje contra corriente, remontando el río. Era ya de noche cuando la barcaza llegó a su normal destino.

El nivel del río había bajado y la corriente estaba disminuyendo progresivamente de fuerza: pero aun así se tuvo que trabajar hasta las tres de la madrugada para anclar el pontón y volverlo a juntar con los otros dos trozos de puente. Para hacer que Peppone pudiera desalojar cuanto antes su maldito camión, engancharon el pontón de forma que tuviera la proa donde antes tenía la popa.

Así, en cuanto todo estuvo listo y se hubieron soltado las ruedas, Peppone se metió en la cabina, puso el motor en marcha y salió.

Mientras, don Camilo, recuperada su bicicleta, había llegado a la carretera del dique y pedaleaba hacia el pueblo.

El camión de Peppone iba a una velocidad moderada y cuando le adelantó, don Camilo se pegó a la izquierda y se agarró al mismo.

Detrás del camión había un hermoso cartel que advertía: *Prohibido ir a remolque*, pero Peppone hizo la vista gorda.

LADRONES DE BICICLETAS



Peppone, que durante toda la vuelta de inspección había actuado a la vez de alcalde y de conductor, paró el coche delante de una casuca de planta baja y se dirigió al señor seco, gafudo y distinguido que estaba sentado a su lado.

—Ésta es, señor inspector, la escuela de Castorta. La última en todo y por todo.

El inspector de estudios miró la casucha y contestó:

—Ya lo veo.

—Lo peor es lo que no se ve —murmuró, cejudo, Peppone.

El inspector se volvió hacia el señor bastante mayor y corpulento que ocupaba junto a un joven el asiento de atrás del 1100:

—¿Tiene algo especial, director?

—Su titular es aquella Diva Canetti que, después de la liberación, fue cesada por un año de la enseñanza y que después volvió a ser readmitida al no probarse nada contra ella.

Peppone meneó la cabeza y se guaseó:

—¡Nada!

El inspector le preguntó al director didáctico qué había pasado exactamente y el director abrió los brazos.

—Según la investigación efectuada, después de obtener el título de maestra en 1929, con notas de lo más brillantes, Diva Canetti ha dado clases

ininterrumpidamente desde 1930 hasta abril de 1945 en las escuelas de esta cabeza de partido, demostrando indudable competencia y gran celo…

—¡Especialmente cuando se casó con el teniente de alcalde del régimen fascista! —exclamó agresivo Peppone.

—El hecho de haberse casado con un teniente de alcalde del régimen —objetó amablemente el director— no puede considerarse como delito.

—¡Dios los cría y ellos se juntan! —sentenció Peppone—. Cada oveja con su pareja. De todas formas el comité de investigación hubiera podido al menos trasladar a la Canetti, darle al menos esa satisfacción a la población.

—¡Señor alcalde! —protestó el director—. ¡Fue trasladada!

—¡A Calabria tenía que haber sido trasladada, y no cambiarla de la población cabeza de partido a un caserío que no está ni a seis quilómetros! —objetó Peppone.

—Usted conoce la situación mejor que yo —se justificó el director—. Tenía un niño de seis años, el marido aún estaba preso en la India…

—¡Dejémoslo estar! —exclamó Peppone.

—No dejamos estar nada —afirmó categórico el inspector—. Si usted, señor alcalde, tiene alguna queja, preséntela por escrito detalladamente.

—No hace falta —explicó Peppone al bajar—. Verá usted mismo qué clase de persona es la maestra de Castorta.

Castorta era el más pequeño de los siete caseríos del municipio y una sola maestra era más que suficiente para impartir la instrucción pública primaria trabajando con la primera y segunda clase por la mañana, y con la tercera y la cuarta por la tarde. La señora Canetti se llevaba por la mañana de su casa algo para comer a mediodía, y eso le facilitaba mucho las cosas. Aquella tarde, cuando el inspector de estudios, seguido por el alcalde y los otros dos, entró en la escuela de Castorta, tenía el turno de tercera y cuarta clase y todo parecía funcionar normalmente.

Al ver aparecer a una persona tan importante como el inspector de estudios, la maestra se quedó pálida. Pero al conocer el motivo de la visita, recuperó la tranquilidad:

—La principal preocupación del régimen democrático —explicó gravemente el inspector— es la de potenciar la escuela adecuándola a los tiempos. Al pueblo le faltan edificios escolares, y entre los edificios existentes, más de uno resulta carecer de condiciones. Según su experiencia personal, dígame, pues, cuál es la situación actual de este edificio escolar.

La maestra abrió los brazos:

—Falta de todo —respondió.

Peppone se inquietó porque se sentía implicado:

—La escuela es lo que es —exclamó—. Pero hay que reconocer que el Ayuntamiento hace todo lo que puede. El edificio ha sido reparado y arreglado, el excusado ha sido renovado con instalaciones higiénicas modernas y la escuela ha sido dotada ¡hasta con un receptor de radio!

La maestra asintió:

—Exacto —dijo—. Lástima que no pueda funcionar la radio porque no hay luz eléctrica y que las instalaciones higiénicas sean inútiles porque no hay ni depósito de agua ni bomba para llenar el depósito.

El tono de la maestra tenía un ligero matiz sarcástico, lo que hizo perder la calma a Peppone:

—¡Si el fascismo no ha sido capaz en veinte años de traer la luz y el agua y nadie ha tenido jamás el valor de quejarse —gritó Peppone—, no hay por qué exclamarse ahora porque en cuatro años, después de haber reconocido la quiebra de una nación derrotada, no hayamos podido hacerlo aún nosotros!

La maestra no se dejó impresionar:

—El señor inspector me ha preguntado cuál era la situación aquí y yo me he limitado a contestar a su pregunta.

Peppone ya estaba lanzado y al ver a aquel hombre tan desencajado, el inspector no se atrevió a intervenir.

—¡Hay muchas maneras de contestar a las preguntas! —gritó Peppone—. ¡Lo que pasa es que, entonces, a usted no le quedaba tiempo para darse cuenta si faltaba la luz o el agua porque estaba muy ocupada en preparar a los nuevos vástagos de la estirpe de lictores fascistas!

La maestra abrió los brazos.

—Yo he cumplido con los programas que el Estado me ha hecho cumplir. Me he limitado a servir disciplinadamente al Estado, tal como, disciplinadamente, lo sirvo ahora.

—¡Hay formas y formas de servir al Estado, señora mía! —añadió carcajeándose Peppone—. Otras maestras se han comportado en modo bien distinto al suyo.

—Sólo hay una forma de servir al Estado —replicó secamente la maestra —. Si otras maestras lo han servido de otra forma, lo han servido mal, y seguramente seguirán sirviéndolo mal también ahora.

El inspector dejó oír su voz imperiosa:

—¡Señora, cíñase en sus respuestas a lo estrictamente necesario! Le he preguntado cuál es la situación exacta de esta escuela.

—Falta de todo —dijo la maestra.

—¡No exagere por afán de polémica! —rebatió ásperamente el inspector —. Diga con exactitud qué es lo que falta.

—Se lo diré yo, señor inspector —exclamó Peppone con voz irónica—. La señora echa sobre todo a faltar los dos retratos que estaban ahí, colgados de la pared, encima de su mesa, donde ahora sólo quedan las marcas de los cuadros, a derecha e izquierda del crucifijo.

La maestra se sonrió:

—Lo importante es que siga estando el crucifijo —aclaró—. Si lo quitaran lo echaría tanto a faltar que también me iría yo.

El inspector se irritó: era un inspector *político* y tenía unas ideas que, hasta cierto punto, coincidían con las de Peppone.

—¡Señora! —ordenó perentoriamente—. Conteste a mis preguntas y enumere las cosas de las que carece este edificio.

—Falta la luz eléctrica, falta que funcionen los servicios higiénicos, el cubicaje del aula es insuficiente, la calefacción no está en proporción con el espacio del local, los bancos están rotos, la pizarra está casi inservible. No hay biblioteca, no hay mapas…

—¿De cuántos locales se compone el edificio?

—Del aula y del pasillo que sirve de vestuario y en cuyo extremo, levantando una pared, se ha añadido la leñera y el servicio.

—¿No hay posibilidad de crear en el edificio una vivienda para la maestra?

—No, señor —respondió la maestra—. Incluso la bedela vive a un quilómetro de distancia de aquí.

Mientras el joven y el director didáctico tomaban nota, el inspector se dirigió hacia el fondo del aula:

—Vamos a ver exactamente cómo está todo —dijo.

Pero en aquel momento un chico se escapó de su banco y salió rápidamente por la puerta que daba al pasillo.

El inspector creyó que el chico, obedeciendo a una señal de la maestra, se había apresurado a abrirle la puerta, pero cuando, al llegar al pasillo, vio que el chico, con un bulto entre los brazos, se dirigía precipitadamente hacia la portezuela que daba a la leñera, sospechó algo:

—¿Adónde va ése corriendo? ¡Eh, tú!

Pero el chico ya había entrado en la leñera y se había cerrada con cerrojo.

El inspector forcejeó la manecilla e intentó abrir sin ningún resultado.

Entonces se volvió, indignado.

—Señora, ¿quiere explicarme qué pasa? ¿Qué ha ido a esconder ese chico?

La maestra se acercó a la puertecita:

—Gino —dijo, pausada—, ya puedes abrir, soy yo.

La portezuela se abrió y allí estaba el chico, de espaldas para no dejar ver el paquete. Peppone lo agarró por el cogote y lo sacó. El bulto era un niño de cinco o de seis meses: todos quedaron asombrados.

—¿Qué es esto?

—Es mi hermano —contestó, cabizbajo, el chico.

Entonces intervino la maestra y cogiendo al niño de brazos del escolar lo depositó en un canasto de uvas que había en un rincón del pasillo, junto a la puerta que comunicaba con el aula.

—Es mi hijo —aclaró la maestra incorporándose.

—¿Su hijo? —gritó el inspector—. ¿Y qué hace aquí?

—Hace dos meses que mi marido está en la ciudad, donde ha encontrado un empleo, y el otro niño está con la abuela en el pueblo. Por la mañana me traigo al pequeño y vuelvo a llevármelo por la tarde. Aquí estoy tranquila y puedo darle el pecho.

El inspector miró al director y a Peppone, luego se dirigió a la maestra.

—¿Usted lo amamanta aquí?

—No, señor: cuando le oigo llorar vengo aquí, lo saco del canasto y me voy a darle de mamar a la leñera.

—¡Magnífico! —se carcajeó el inspector—. ¡La que deben de armar los chicos cuando los deja solos! ¡Lo que deben hacer!

—Se están quietos sin rechistar. Son niños del campo bien educados y si en mí no respetaran a la maestra, como mínimo respetarían a la madre.

El inspector se encogió de hombros:

—Entiendo, entiendo, me hago cargo. Aunque podría dejar al niño en el pueblo con alguien.

—No estaría tranquila.

—¡Pero tiene a su madre! Déjelo con ella.

—¿Y quién le da de mamar?

—Críelo artificialmente. Casi todos los niños son alimentados hoy día artificialmente.

—Si una madre puede, debe dar el pecho a su hijo. Si no, Nuestro Señor no habría hecho a las mujeres como las ha hecho.

El inspector se sintió incómodo y cambió de tema. Se dirigió al chico que seguía allí, delante de la puerta de la leñera, y dijo con voz gélida:

—Lo que hay que tomar más en consideración en todo este asunto es el comportamiento de este chico. Esto da una idea de la educación moral que se le imparte. No hay nada de malo en el hecho que una profesora traiga a su hijo a la escuela para amamantarlo, pero lo que ha hecho ese escolar sólo tiene un nombre: *omertá!*[4].

Peppone, que hacía ya rato que había apagado el motor, no acabó de entender el matiz e interpretó mal el significado de la palabra *omertá*.

—¡Seguro —exclamó—, uno que se comporta como todo un hombre! Esto me recuerda el episodio de Garrone cuando dice: «¡He sido yo!». ¡Bien por el chico!

El inspector miró de reojo al director, luego dijo apresuradamente «buenos días» y se dispuso a salir. Mientras cruzaba el aula todos los niños se quedaron callados y quietos como si fueran de piedra y aquel silencio y aquella inmovilidad le resultaron insoportables.

Peppone se fue a acompañar al inspector y a los otros dos hasta el tren y al regresar al pueblo volvió a pasar por delante de la escuela de Castorta. Hacía ya rato que había pasado la hora de salida, pero los chicos seguían todos allí delante de la puerta como si esperaran a alguien.

Peppone paró el coche: de la escuela salió la mujer que hacía de bedela y al pasar delante de Peppone extendió los brazos:

—¡Hay que ver, señor alcalde!

—¿Qué pasa?

—Mientras la maestra estaba entretenida con el inspector un bribón le ha robado la bicicleta que tenía detrás de la escuela, debajo del pórtico.

Poco después salió la maestra con el niño en brazos:

—Señora —dijo Peppone al pasar la maestra al lado del coche—, ya sé lo de la bicicleta. Suba, la llevaré hasta el pueblo.

—No, gracias, prefiero ir a pie —contestó la maestra con voz seca.

Y prosiguió su camino, pero los chicos la siguieron y al cabo de un rato uno consiguió quitarle al niño y lo tomó en brazos.

Al cabo de cien metros —el trecho entre dos postes de telégrafo— pasó a los brazos de otro chiquillo, y luego de un tercero y así sucesivamente.

Al cabo de dos quilómetros, la maestra intervino y tras recuperar al niño los mandó que se fueran en seguida a sus casas.

Pero ninguno desistió y los treinta la siguieron hasta divisarse las primeras casas del pueblo.

Entonces hicieron marcha atrás y una parte de los chiquillos volvió por la carretera y otros cortaron por el atajo de los campos.

Al día siguiente ya había recogido la gente, en Castorta, la mitad del dinero suficiente para comprar una bicicleta nueva a la maestra. Mas en cuanto la maestra lo supo habló con las madres de los niños:

—Esto que han pensado hacer es magnífico y les estoy muy agradecida —explicó—. Pero les ruego que lo suspendan porque no puedo admitirlo de ninguna de las maneras. He denunciado el robo: si he de volver a tener una bicicleta, sólo habrá de ser la mía.

Todos sabían que era inútil insistir con la señora Canetti. Las mujeres hicieron intervenir a don Celestino, el párroco de Castorta, pero también don Celestino recibió la misma respuesta que las mujeres.

—Si aceptara la bicicleta —concluyó— echaría a perder su hermoso gesto. Si tengo que volver a tener bicicleta, sólo habrá de ser la mía que me han robado. O ésa o ninguna.

Había venido a pie con el niño en brazos. Volvió al pueblo a pie con el niño en brazos y sola porque había prohibido terminantemente a los chicos que la siguieran. Y siguió igual los días siguientes: era algo que daba rabia y pena a la vez.

Don Camilo, al encontrársela por tercera vez, intentó hacer entrar en razón a la maestra con buenas maneras. Acabó diciéndole que estaba comportándose de modo ilógico e irracional.

—Si no quiere que se la regalen, acepte la bicicleta como si se la hubieran prestado. O quédesela en alquiler si no quiere sentirse obligada por aceptarla.

—O la mía o nada —respondió la maestra—. Mientras, seguiré yendo a pie. El que me la ha robado, alguna que otra vez me verá y eso basta. No importa que no me la devuelva. Lo que importa es que se sienta avergonzado por lo que ha hecho.

Peppone se enfurecía cada vez que tropezaba con la maestra y si hubiera podido abofetearla lo hubiera hecho con el mismo entusiasmo con que le hubiera roto los huesos al ladrón de la maldita bicicleta.

Un día no pudo resistir más y se fue a ver a don Camilo para decirle que había que encontrar la forma de acabar con aquel cuento.

Don Camilo era del mismo parecer y había ya pensado en ello:

—Por los datos que me he hecho dar por el comandante de puesto sabemos que la bicicleta robada era una Stucchi negra, con red guardafaldas verde, y con número de matrícula P-34468. Busquemos el dinero, compremos una bicicleta igual, tú copias el número de matrícula y yo me encargo de lo demás.

El dinero se encontró en seguida porque la mitad lo puso Peppone y la otra mitad don Camilo. Pero una vez que tuvieron la bicicleta don Camilo puso un reparo.

—Si no le devolvemos *su* bicicleta, ni se va a dignar mirarla. Tiene que creerse que es la suya de verdad y hay que trucarla. Aunque los datos de la denuncia no bastan. Hay que obtener más.

Los chicos de cuarta clase eran doce: Peppone, un domingo por la tarde, fue a recogerlos con la furgoneta a Castorta y los llevó a la rectoría. Allí estaba don Camilo, que les comunicó seriamente:

—El asunto es grave y el que hable de ello será un traidor. Tenemos fundadas sospechas sobre el robo de la bicicleta de vuestra maestra. Hemos encontrado a un tipo que tiene una bicicleta que creemos que es la que ha sido robada. Pero antes de denunciarlo tenemos que estar seguros para no perjudicar a ningún hombre honrado. Hemos conseguido localizar la bicicleta sospechosa. Ahora él está fuera del pueblo y podemos observarla bien. ¿Sabríais reconocerla?

—Sí —contestaron los muchachos.

Entonces pasaron todos cautelosamente al cuarto de al lado, donde estaba la Stucchi nueva comprada por Peppone y don Camilo.

—Fijaos: ¿es ésta? —preguntó don Camilo a los chiquillos.

—La marca es la misma y también el color —respondieron los chicos—. Pero ésta no es la de la maestra.

—¡Fijaos bien, pieza por pieza, antes de decirlo! —exclamó don Camilo.

La estudiaron bien, pieza por pieza.

—Para empezar el número no es éste, es P-34468 —dijo el primero de los chicos.

—Y además aquí tenía una abolladura y aquí le había saltado la pintura —añadió el segundo.

Peppone marcó con tiza los puntos indicados:

—Tenemos que conocer todos los detalles y recordarlos perfectamente —explicó— para que cuando encontremos la verdadera estemos seguros. ¿Qué más?

—La red estaba rota aquí, aquí y aquí. Y aquí estaba manchada —afirmó el tercero.

Los otros nueve hicieron sus observaciones:

—El foco era de marca Lux 34 A y la dínamo era de marca Lux D extra.

—Tenía una llanta Pirelli detrás y una Michelin delante.

—Este pedal tenía todos los dientes desgastados de un lado…

—El timbre era marca TCI con «la bandera».

—El cubrecadenas hacía ¡cric! cuando el pedal tocaba aquí.

—Los puños del manillar eran negros y le faltaba un tornillo a éste, y éste estaba descantillado.

—Cuando se iba sin manos, se decantaba mucho a la derecha y había que ladearse.

—El freno de delante había sido soldado aquí…

—El manillar estaba pelado aquí, aquí y aquí…

Después empezó la segunda vuelta con más detalles, y Peppone iba tomando buena nota de todo. Al final los doce muchachos se quedaron callados.

—¿Seguro que no tenía nada más de especial?

Los chicos se miraron algo apurados. El mayor contestó:

—No, nada.

Se notaba que mentía y por eso Don Camilo insistió: que hablaran, que lo contaran todo. Al fin y al cabo era para encontrar la bicicleta de la maestra.

Los chicos intercambiaron unas miradas, luego uno farfulló:

—Hay otra cosa, pero no se puede decir: es un secreto.

Don Camilo se empleó a fondo y tuvo que luchar un buen rato porque los chicos eran más duros que una piedra. Al final, tras haberse consultado entre sí, el mayor dijo titubeando:

—Había un secreto con la palabra mágica: «RAS 3.»

Peppone y don Camilo se miraron.

—Aquí en la horquilla trasera, en este sitio, estaba el candado y para abrirlo había que hacer girar las cuatro ruedecillas hasta que salía la palabra «RAS 3». El candado era marca Sicur modelo 5.

Antes que Peppone acompañara a los chicos a sus casas, don Camilo les amonestó:

—Que nadie diga ni pío. Si alguno de vosotros habla, puede irse todo a pique.

Los chicos escupieron en la palma de la mano derecha y se golpearon con la palma abierta en la frente.

—Es el juramento de cuarta clase —explicó uno—. En el juramento de tercera se cruzan los dedos así y se besa tres veces la cruz que se ha hecho con los dedos.

—Bien —aseveró don Camilo—, podemos estar seguros.

Peppone trabajó en su taller horas y horas con lima, destornillador, esmeril, arena. Rehízo el número de matrícula, reconstruyó abolladuras,

rascadas y soldaduras. Husmeó entre una tonelada de desechos para encontrar con qué reconstruir una dínamo, un faro, un candado y un timbre del tipo descrito.

—Mañana por la mañana pasaremos el examen —suspiró don Camilo al salir del taller a altas horas de la noche en dirección a la rectoría.

—Si no ha quedado bien la rompo a martillazos —rezongó Peppone.

A la vuelta, don Camilo, para sujetarse el abrigo que llevaba echado sobre los hombros, soltó un momento el manillar. La bicicleta se fue decididamente a la derecha y, cuando don Camilo quiso darse cuenta, ya estaba en el suelo. Se sintió aliviado. Todo encajaba la mar de bien.

Al volver a montarse en el sillín oyó que el pedal hacía ¡cric! cuando llegaba al punto concreto y eso también le tranquilizó.

Alrededor de mediodía Peppone se fue a Castorta a pescar al mayor de los doce de cuarta y lo llevó a la rectoría.

—Mira si es ésta —le preguntó mientras don Camilo levantaba la lona que tapaba la Stucchi trucada.

El chico se quedó mirándola con ojos desorbitados:

—¡Sí, sí! —dijo, excitado.

Don Camilo le hizo hacer el juramento de cuarta clase y también el de tercera.

—No tienes que decírselo a nadie. Ni a los otros. Ni ahora ni nunca.

—No se lo diré a nadie —dijo el chico haciendo también el juramento de segunda.

Don Camilo, al llegar delante del cuartel de los carabineros, paró el velocípedo, se bajó del sillín y se acercó al comandante de puesto que estaba tomando el fresco.

En aquel momento llegó también, por casualidad, Peppone en la furgoneta.

—El señor alcalde llega que ni pintiparado —exclamó complacido don Camilo—, así podrá llevarme a casa en su vehículo. Siempre que no haya órdenes del Politburó que se lo impidan.

La andanada del Politburó no entraba en la representación y no era más que una de las consabidas provocaciones de don Camilo. Sin darle importancia, Peppone la encajó y respondió:

—¿No va en bicicleta?

—Sí y no —aclaró don Camilo—. Ésta es la bicicleta de la Canetti: el que la robó se ha arrepentido y la ha dejado junto a la rectoría. Téngala, señor comandante. Y a ver si todo se soluciona.

El comandante miró atentamente la bicicleta, luego entró indicando a los dos que le siguieran.

—Sin duda alguna —afirmó— es la que le robaron a la señora Canetti. Basta con compararla con esta que he encontrado esta mañana apoyada contra la puerta, junto con una nota que decía: *Devolver a la Canetti*.

Don Camilo y Peppone miraron aturdidos la bicicleta que estaba apoyada junto a la mesa.

Era idéntica a la suya. Tremendamente exacta.

Don Camilo se secó la frente empapada de sudor.

—Estoy pensando en los ojos desorbitados de aquellos chicos —murmuró a Peppone.

—También yo —respondió en un susurro Peppone.

—Los ojos de aquellos chicos lo ven todo. Tan sólo de pensarlo me entra miedo.

El comandante suspiró:

—Juro que no entiendo nada. ¿Qué hay que hacer?

Don Camilo intervino:

—¿Va contra el reglamento buscar una bicicleta robada y descubrir que son dos?

—La verdad… Tendría que pensármelo.

—Deje de pensárselo: encuentre sólo una y devuelva a la maestra esta que le hemos traído nosotros. La otra guárdela de reserva por si le vuelven a robar la bicicleta a la maestra. Solventará el caso mejor que esta vez.

El comandante abrió los brazos:

—¡Bah! —dijo—, lo importante es que deje de ver cómo aquella señora va y viene a pie de la escuela con el niño en brazos. Cada vez que la veía era como recibir una reprimenda del comandante general del cuerpo.

—Vamos a llevársela en seguida, antes que acaben las clases —exclamó Peppone—. Aún nos da tiempo.

Subieron los cuatro a la furgoneta: Peppone y el comandante delante y don Camilo y la bicicleta detrás. Al llegar delante de la escuela, minutos antes de finalizar las clases, el comandante se bajó y, cogiendo la bicicleta, entró decidido.

Luego salió, y con él salieron los chicos de tercera y de cuarta y se quedaron allí fuera esperando.

Poco después, de detrás de la casucha, salió la maestra; empujaba su bicicleta con las manos y, colgado del manillar, llevaba el canasto con el niño dentro.

Cuando se montó en la bicicleta y se puso a pedalear, los chicos lanzaron vítores de alegría y los treinta se pusieron a correr, unos delante, otros detrás, otros a los lados de la maestra.

Tanto es así que al cabo de doscientos metros la maestra tuvo que apearse y seguir llevando cogida con las manos la bicicleta en medio de los gritos de alegría de los chavales, que seguían danzando a su alrededor.

Peppone, don Camilo y el comandante se quedaron mirando boquiabiertos.

—Es aún más grandioso que la marcha triunfal de *Aida* —observó Peppone.

La chiquillería desapareció después de la curva, pero seguían oyéndose los gritos.

—Yo regreso a pie —dijo don Camilo.

—Yo también —añadió Peppone bajándose de la furgoneta.

El comandante, que se había quedado en la furgoneta, se quedó pensando en lo extraño del caso y luego, como no sabía conducir, se bajó y se dirigió lentamente a pie hacia el pueblo murmurando:

«Si el párroco y el alcalde se han vuelto locos, ¿por qué no volverse también loco el comandante de puesto?».

EL CLAVEL ROJO Y EL CLAVEL BLANCO



Ésta es una historia corriente de amor que tuvo un final más bien insólito en la gran plaza de la localidad. Y el hecho sucedió en las inmediaciones de uno de los mojones de piedra que separan la plaza propiamente dicha de la plazoleta o recinto que hay delante de la iglesia.

Había un montón de gente mirando porque en la plaza auténtica y verdadera estaban los hombres de Peppone que celebraban el uno de mayo con el clavel rojo, y en la plazoleta junto a la iglesia estaban los hombres de don Camilo que celebraban el uno de mayo con el clavel blanco.

En alguna decrépita casucha de la Tierra Baja pueden encontrarse aún hoy ejemplares de una vieja oleografía que representa a Jesús y a san José, vestidos ostensiblemente de rojo, trabajando en un banco de carpintero.

Desde el punto de vista propagandístico aquélla era una buena idea que habían descubierto los viejos socialistas, pero que abandonaron después. Al cabo de años y años tomaron los otros esa imagen del Cristo trabajador y basándose en san José artesano dieron el golpe magistral del uno de mayo, fiesta de los trabajadores católicos.

El acontecimiento final de nuestra historia de amor y de política militante sucedió exactamente la primera vez que se celebraba en la plaza, simultáneamente, por parte roja y por parte blanca, la doble festividad del trabajo.

Y se comprenderá que a pesar de que la mañana fuera fresca, los aires estuvieran más bien caldeados.

Entre los hombres más válidos de la parte blanca se encontraba Gilda Marossi, que a pesar de ser una chica joven y hermosa, en lo tocante a ardor político valía por dos hombres.

Entre los hombres de Peppone, uno de los más despabilados era Angiolino Grisotti, que llamaban Gioli: un joven de manos recias que de no ser tan fanáticamente rojo hubiera podido pasar por un apuesto chico bien plantado de lo más normal.

El asunto no tendría importancia si Gilda y Gioli no se hubieran encontrado. Porque en realidad se encontraron.

Primero se encontraron en los bancos de la escuela, cuando ninguno de los dos sabía qué era la política.

Siguieron encontrándose, después, en los festejos cuando, a pesar de saber lo que era la política, lo que más les interesaba era el baile.

Sólo evitaron encontrarse cuando, metidos en política hasta el cuello, se dieron cuenta que se habían convertido en adversarios declarados e irreconciliables.

Pero en una ocasión se encontraron cara a cara y tuvieron que mirarse a la fuerza porque estaban sentados el uno frente al otro, en el coche de línea.

Siguieron mirándose un rato, luego Gilda se molestó y dijo:

—Cierta gente, si tuviera un mínimo de recato, se avergonzaría de mirar a la cara a las personas decentes.

—Lo mismo pienso yo —respondió Gioli.

Se habían dicho todo lo que podían decirse y siguieron mirándose con evidente desdén hasta el final del viaje.

A ninguno de los dos le gustaba el otro, pero sin llegar hasta el punto que eso le impidiera comprobar al uno que la otra se había vuelto aún más guapa, y a la otra que ese uno no se había vuelto nada feo a pesar de militar con los rojos.

Al llegar a la ciudad se separaron sin saludarse. Pero, al quedarse solo, Gioli se hubiera dado en la cabeza.

Gioli había asistido a los cursos de la escuela del Partido, y en la escuela del Partido le habían explicado claramente cómo hay que actuar en lo referente a propaganda. Y Gioli, que había tenido una magnífica oportunidad

para congraciarse con un adversario y, aprovechando una antigua amistad, sondear el campo enemigo, se había comportado cerrilmente.

Era preciso remediar el fallo y Gioli preparó con frialdad el plan de ataque.

«Un compañero que se respete —se dijo para sus adentros—, antes que nada ha de ser psicólogo. Y ¿qué dice la psicología? Dice, por ejemplo, que si una chica decide ir del pueblo a la ciudad es porque ha de hacer compras. Y para hacer compras ninguna mujer se conforma con entrar en la primera tienda que encuentra, sino que quiere primero mirar veinte escaparates para comparar precios, calidades y demás. Pierde por eso un montón de tiempo y llega a coger el coche de línea en el último momento. Tengo que sacar partido del asunto».

Por eso Angiolino Grisotti, llamado Gioli, fue el primero en llegar al coche de línea; después de sentarse, ocupó con un paquete el sitio que estaba delante del suyo y esperó.

Según la psicología, Gilda tenía que llegar la última, o sea cuando todos los sitios, exceptuando el reservado por Gioli, estuvieran ocupados. En cambio Gilda llegó poco después que Gioli. Al verla aparecer, Gioli se quedó pálido.

En cuanto subió al autobús, Gilda miró a su alrededor buscando un sitio libre. Todos los asientos estaban libres, exceptuando el ocupado por Gioli, pero a Gilda (fíjense en las sutilezas psicológicas) pareció interesarle sólo el asiento que estaba justo enfrente del de Gioli.

—¿Está libre este asiento? —preguntó Gilda, muy tiesa, indicando el puesto en el que Gioli había colocado su paquete.

Gioli sacó el paquete y Gilda se sentó.

Se quedaron allí callados como dos momias unos minutos; luego, con un destello genial, Gioli sacó el paquete de cigarrillos y lo ofreció a la muda que tenía delante.

—Nosotras no fumamos en público —respondió Gilda recalcando mucho el *nosotras*—. *Vuestras* chicas pueden hacer de todo, en público y en privado: a nosotras nos enseñan a comportarnos decentemente.

Gioli se guardó el paquete.

—¿Y si dejáramos estar la política y habláramos de nosotros? —propuso el joven.

—¿Hablar, en qué sentido? —se informó con voz gélida y agresiva Gilda.

—Como hablábamos, por ejemplo, cuando nos encontrábamos para bailar.

Gilda se endureció.

—¡Sólo un comunista sin dios y sin modales puede tener la desfachatez de echarle en cara públicamente a una mujer el haber tenido un momento de debilidad! —exclamó, despreciativa, Gilda—. ¿Por qué no escribes en tu puerca gacetilla mural que durante un tiempo hice caso de tus tonterías?

—¿Por qué? —replicó Gioli—. Es un asunto que sólo me atañe a mí y no al Partido. Pero si te molesta hablar conmigo para no ofender al novio que te ha asignado el párroco, entonces es otra cosa.

—No tengo ningún novio —puntualizó Gilda—. ¡Cuídate más bien tú de no poner celosa a la compañera Gisella Cibatti!

Gioli juró que entre él y la compañera Cibatti no había nada de nada. Sólo una simpatía mutua. Y Gilda le contestó que sabía muy bien cómo acababan las *simpatías* en el partido del amor libre.

Gioli protestó, resentido. Gilda le replicó, y la historia duró todo el viaje. Y como el tema no se había agotado, siguieron discutiendo incluso delante de la casa de Gilda.

Ya era de noche. Gilda, después de haber seguido hablando todavía durante un rato, dejó al joven para entrar en casa. Aunque antes de dejarlo dijo con mucho sentimiento:

—¡Lástima que la política nos separe!

Palabras tontas y falsas porque, tres minutos antes, cuando Gilda y el compañero Angiolino, llamado Gioli, se habían abrazado, seguro que entre ellos no intervenía para nada la política.

Estas historias de amor son siempre iguales, monótonamente iguales, y no se comprende cómo la humanidad pueda seguir encontrando interesante un tema que viene repitiéndose hace cientos de miles de años.

El hecho es que, dos noches después, al asomarse a la ventana de su habitación, Gilda vio al compañero Angiolino sentado en el pretil del puente. Se quedó mirándolo un rato, luego se hartó y bajó para ir a preguntar al joven qué andaba buscando por allí.

Estaba decidida a todo, incluso a insultarlo hasta hartarse, pero cuando el joven le contestó sencillamente que andaba buscándola a ella, Gilda se quedó desconcertada y el joven aprovechó para abrazarla.

Gilda, en lugar de enfadarse e insultar al atrevido, decidió sacar partido de la curiosa situación.

«Este imbécil —pensó— está prendado de mí. Le seguiré la corriente, así me lo trabajaré y haré que se dé de baja de su maldito partido. Después lo dejaré».

Las noches sucesivas Gilda continuó siguiendo la corriente al joven, y cuando le pareció el momento oportuno, soltó:

—Gioli, juras y perjuras que me quieres. ¿Estás dispuesto a darme una prueba?

—Estoy dispuesto a todo.

—Deja entonces tu maldito partido. Yo no me casaré nunca con un excomulgado.

Gioli se quedó de piedra:

—Gilda, juras y perjuras que me quieres. Pruébamelo saliendo de tu puerco partido. Yo no me casaré nunca con una sacristana.

Gilda cambió inmediatamente de actitud:

—¡Pues vete al infierno, tú y tu maldita Rusia! —gritó.

—Está bien —replicó, tranquilo, Gioli—. ¡Mientras me voy allí, vete a la porra tú y el Vaticano y América!

Se dejaron como dos encarnizados enemigos. Pero el dios de los enamorados velaba por ellos.

Contemporáneamente se desencadenó contra Gilda y contra Gioli la ofensiva familiar.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, los parientes de Gioli y de Gilda comenzaron el ataque.

Según los parientes y los amigos de Gioli, Gioli, si tenía un mínimo de dignidad, no tenía que volver a mirar siquiera a aquella hipócrita beata de Gilda.

Según los parientes y los amigos de Gilda, Gilda tenía que romper todo tipo de relaciones con aquel granuja bolchevique de Gioli.

El martilleo en ambos frentes duró intensamente toda una semana, al cabo de la cual Gioli, que tenía una cabeza más dura que una piedra, escribió una misiva urgente a Gilda: ¿Sí *te espero mañana por la noche en el puente, delante de tu casa, podré verte*?

Y Gilda, por correo secreto, le respondió:

No. Si quieres hablar conmigo, ve esta tarde a las ocho al puente del Molinetto para que así nos vean todos los del pueblo.

Se encontraron a las ocho en el puente del Molinetto y todos les vieron. Y los que no los vieron, lo supieron.

La ofensiva se volvió violentísima: Gilda se encontró sola ante todos los suyos, incluidos los del partido, y lo mismo le pasó a Gioli. Pero cuanta más presión les hacían los demás, intentando separarles, más unidos estaban Gilda y Gioli.

En el fondo, el compañero Angiolino, llamado Gioli, a pesar de sus aires de golfo, era un buen chico. Y Gilda, a pesar de todo su aire de chica modosa, era una joven decidida: los dos tenían su carácter y su dignidad, y por eso no hablaron nunca entre ellos de la lucha que cada uno tenía que librar con la parentela y con los amigos. Se desahogaban queriéndose cada vez más.

Pero Gilda, la vez que intentaron incluso amenazarla, perdió la calma.

Peppone no se esperaba una visita de aquella clase a aquella hora. Se quedó, pues, mirando asombrado a Gilda y preguntándose qué podía querer de él aquella condenada chica que había transformado en un perfecto imbécil al mejor de los muchachos de la sección.

—¿Es capaz de guardar un secreto hasta mañana por la mañana? —le preguntó Gilda.

—Si se trata de un secreto limpio, claro que sí.

Gilda se sacó del bolso el carnet con el escudo cruzado, lo partió en cuatro trozos y echó las trizas encima del escritorio.

—Y ahora deme uno de sus carnets, y cállese hasta mañana por la mañana porque quiero hacerle un regalo a Gioli, y otro a uno de esos desgraciados que quieren separarme de Gioli.

Peppone se quedó unos instantes con la boca abierta, luego objetó:

—¡Pero usted actúa por despecho, no es la fe lo que la impulsa a pedir nuestro carnet!

—¿Y a usted qué le importa? ¿Desde cuándo los comunistas se han vuelto unos sentimentales que sienten escrúpulos en darle un disgusto al párroco?

Peppone, que estaba consumiéndose pensando en la fiesta del día siguiente, al oír hablar de párrocos pegó un brinco:

—¡Hasta treinta carnets puedo darle si es por darle un disgusto al párroco!

Tras obtener su carnet, Gilda se marchó. Peppone, reconsiderándolo más pausadamente, descubrió que, a pesar de todo, se trataba de una rutilante victoria del compañero Angiolino llamado Gioli.

—¡Hasta el amor —sentenció— trabaja para el Partido Comunista!

El día siguiente era el uno de mayo. El doble uno de mayo, y en la plazoleta, delante de la iglesia, estaban congregándose los hombres del clavel blanco, mientras que, más allá de los mojones, en la plaza propiamente dicha, se producía la asamblea de los hombres del clavel rojo.

Peppone rebosaba de rabia y de alegría a la vez, y aunque en parte esperaba no tropezar con don Camilo, por otra hubiera pagado cualquier precio por encontrárselo.

En realidad, se encontraron en la línea fronteriza, cerca de uno de los mojones de piedra.

—¡Cristo trabajador! —exclamó sonriendo Peppone en voz alta.

—Ya —le contestó sonriendo don Camilo—. No se había afiliado a ningún sindicato, pero trabajaba de carpintero con su padre José.

—Por lo que he oído —rebatió cortésmente Peppone—, Jesús era hijo de Dios.

—Exacto, señor alcalde. Trabajador, hijo del mejor Trabajador del universo, puesto que Nuestro Señor ha hecho, sin materia prima, todo el universo.

Peppone tragó saliva y luego añadió con los dientes apretados:

—¿Y usted, señor cura, que participa en la fiesta de los trabajadores, qué trabajo hace?

—Rezo por tu sucia alma —respondió, tranquilo, don Camilo—. ¡Y resulta un trabajo muy duro!

Peppone echó una ojeada a su alrededor y en vista de que todo marchaba bien, disparó:

—Puede, entonces, rezar también por el alma de alguien más —dijo indicando un determinado punto en las filas rojas.

Don Camilo miró y se quedó con los ojos desorbitados: Gilda, vestida de rojo, con un gran clavel rojo en el cabello, estaba allí en medio de los rojos, justo al lado de la rojísima bandera.

No supo qué decir: estaba derrotado. Pero Peppone no pudo disfrutar de su victoria porque en aquel momento le apareció una visión horrible: en el sector de los blancos, al lado de la bandera cruzada, y con un gran clavel blanco en el ojal, estaba Gioli. El ex compañero Gioli.

Acabaron también por verse Gilda y Gioli, porque hacía rato que andaban buscándose afanosamente con la mirada.

Ambos quedaron desconcertados. Y lentamente, instintivamente, se acercaron hasta la línea fronteriza.

Se encontraron junto al mojón próximo al que se hallaban Peppone y don Camilo.

Al llegar allí se miraron con curiosidad. Luego, Gilda dijo:

—Quería darte una sorpresa…

—Yo también —dijo Gioli.

Alguien empezó a reírse. Entonces Gilda y Gioli se miraron a los ojos y se entendieron sin necesidad de hablarse.

Y actuaron como si se hubieran puesto de acuerdo.

Gilda se quitó el clavel rojo del cabello y Gioli se sacó el clavel blanco del ojal.

Los dos pusieron sendos claveles encima del mojón, luego se cogieron del brazo y, tranquilos pero decididos, salieron de la plaza y de la política.

Quedaron los dos claveles sobre el mojón. El clavel blanco y el clavel rojo: don Camilo y Peppone se quedaron mirando los dos claveles.

—¡Bah! —dijo Peppone encogiéndose de hombros.

—¡Ah! —dijo don Camilo extendiendo los brazos.

Y tanto el de Peppone como el de don Camilo, fueron los mejores discursos de aquel primero de mayo.

NUNCA ES TARDE



Giacomo Dacò era uno de esos hombres que no se conmueven ni ante un diluvio universal. Uno de esos tipos que no dan satisfacciones a nadie, ni a la muerte, porque son indiferentes hasta para con ellos mismos, y aun admitiendo que piensen en ella, la idea de convertirse en cenizas no les interesa más que a efectos administrativos.

La carrera de los Dacò había empezado, *temporibus illis*, cuando un Dacò se encontró al morir con tres fanegas de tierra de propiedad y se las dejó al hijo. El hijo compró otras veinte y el hijo del hijo treinta más y así sucesivamente, hasta llegar a Giacomo, que a sus ochenta años había transformado Campolungo en una finca de trescientas fanegas y que además de Campolungo poseía una quesería, así como ganado porcino, una fábrica de conservas de tomate y dos molinos.

El viejo Dacò lo había organizado todo bien: considerando que la finca de Campolungo era fácil de dividir por la mitad, había cinco bloques de patrimonio de igual valor, de modo que habiendo cinco hijos herederos, no tenía por qué surgir ninguna disputa al respecto.

A no ser, claro, que quisiera intervenir el desheredado.

Carlino, el desheredado, era el último de los seis hijos de Giacomo Dacò y el cuarto de los varones, porque después de Marco, Giorgio y Antonio, y antes de llegar Carlino, la mujer de Giacomo Dacò había cometido el error de traer al mundo dos gemelas: Clementina y María.

Error en el sentido de que Giacomo Dacò, en cuanto se las mostró la comadrona, había empezado a gritar que no se esperaba algo así de su mujer. Ante todo porque en una familia seria no tiene que haber hijas hembras, que sólo sirven para crear molestias. Y segundo porque, aun en el caso que una mujer quiera cometer una tontería, tiene como mínimo la obligación de mantenerse dentro de los límites de la decencia y no fabricar dos niñas de una sola vez.

Naturalmente, a la primera ocasión, Giacomo casó a las hijas. Después, a medida que iban casándose los hijos, como no le gustaban las cosas pocos claras, había ido sacándoselos de encima: a Marco le había dado la quesería, a Giorgio la fábrica de conservas, a Antonio los molinos, quedándose él con Campolungo.

Cuando murió su mujer, Giacomo se encontró completamente solo porque hacía ya años que Carlino se había ido. Pero Giacomo Dacò era un formidable luchador.

Así pues, a los ochenta años, el viejo Dacò se fue a hacer compañía a su mujer, pero todos se quedaron tranquilos porque era notorio que los tres hermanos iban a conservar lo que ya tenían y que Campolungo sería repartido entre las dos hermanas. Además, Carlino, dejando aparte el hecho de que había sido desheredado, era Carlino: uno que antes de doblegar el testuz preferiría dejárselo partir.

Esta historia de Carlino había empezado cuando el chico tenía doce años. El padre rondaba los cincuenta y tres: las dos hijas y Marco y Giorgio ya tenían cada uno su propia casa. Además de Carlino quedaba sólo Antonio en Campolungo; aunque él también iba a marcharse dentro de pocos años. Por eso cuando Carlino acabó el quinto curso de la escuela elemental, el viejo dijo:

—Bien: ahora ponte a trabajar y gánate el pan como he hecho yo y como han hecho tus hermanos.

Pero entonces, por primera vez en su vida, la vieja levantó la voz:

—No —exclamó—. Todos los demás han sido unos torpones. ¡Carlino, en cambio, es inteligente y tiene que estudiar!

El viejo se quedó desconcertado ante aquella revolución. Estaban sentados a la mesa: agarró el plato todavía lleno de sopa y lo estrelló contra la pared.

—¡Aquí mando yo! —gritó—. ¡Y al que no le guste, ahí tiene la puerta!

La vieja se levantó y sin decir ni media palabra salió.

Después, de repente, el viejo se levantó, salió al zaguán y se encontró a su mujer, vestida con el antiguo traje negro de los días de fiesta y con un hatillo en la mano, que se dirigía hacia la puerta que daba a la era.

—¿Qué haces? —preguntó enfurecido el viejo Giacomo.

—No me gusta y me voy —respondió seca la mujer.

También era la primera vez que el viejo, en casa, se encontraba con alguien que se atreviera a plantarle cara, y perdió la calma. Agarró a la mujer por un brazo y empezó a sacudirla rudamente. Poco duró porque se oyó un grito desgarrador de la mujer:

—¡Carlino!

El viejo se giró y en el fondo del zaguán estaba Carlino con la escopeta en las manos.

Padre e hijo se miraron durante unos segundos: ninguno dijo una palabra. Ni volvió a hablarse nunca más de aquel hecho. La vida recobró la normalidad: la vieja volvió a mostrarse humilde y callada, Carlino siguió trabajando en el establo y en los campos como había hecho siempre, durante el tiempo que la escuela se lo permitía. Llegó así el final de septiembre y una noche, al acabar de cenar, el viejo Giacomo se sacó de la faltriquera un sobre y lo alargó a Antonio:

—Mañana por la mañana a las seis vete a coger el tren. Aquí está la dirección de la escuela, los recibos pagados por la matrícula y el abono del tren. Esta vez lo acompañas tú, le esperas y vuelves a traerlo. A partir de pasado mañana lo hará él solo.

Así empezó Carlino sus viajes de ida y vuelta entre el pueblo y la ciudad, y siguió impertérrito sin que el viejo diera señales de fijarse en él. En los días de medias vacaciones o de vacaciones enteras, Carlino ayudaba a su hermano y a los fámulos en las faenas del establo o del campo. Estudiaba de noche; le costaba un trabajo bestial, pero no le importaba.

Terminó el primer año de escuela técnica y el viejo sólo se dio cuenta cuando vio que Carlino había dejado de ir a la ciudad y se dedicaba completamente a trabajar. No preguntó nada y como en casa de los Dacò sólo se hablaba cuando se le preguntaba algo a alguien, nadie le dijo nada. Sólo que al cabo de quince días del regreso total de Carlino al campo, la vieja dijo en la mesa:

—Antonio, mañana por la mañana engancha la yegua y acompáñame a la ciudad.

El viejo levantó la cabeza y miró a la mujer con ojos sorprendidos. Era la primera vez que la vieja manifestaba esas pretensiones. No gritó.

—¡Estamos volviéndonos locos! —se limitó a reguñir.

La vieja volvió por la tarde, con un sol de justicia. Carlino estaba adormilado debajo de un árbol: su madre fue a buscarlo y en cuanto estuvo sentada a su lado, empezó a llorar:

—¿Qué pasa? —preguntó Carlino.

La madre hurgó en el corsé y sacó un papel.

—Las ha copiado Tonino y luego nos lo hemos hecho confirmar por el bedel —explicó entre sollozos.

Carlino miró rápidamente el papel.

—¡Pero si lo he aprobado todo! —exclamó.

—Ya lo sé —gimió la mujer.

Después, sollozando, le describió toda la aventura y lo que decían los demás mientras leían las notas y lo que le había dicho el bedel y cómo era el patio de la escuela y demás. Luego terminó:

—¡Imagínate cuando él se entere!

El chico saltó enfadado:

—No tiene que decírselo más que si se lo pregunta. Mejor dicho, no tiene por qué decirle nada. Si le interesa, que se vaya a enterar a la ciudad. Yo no le debo nada: el dinero de la matrícula y del viaje me lo gano trabajando en el campo. ¡Así reviente!

Pero al viejo Giacomo lo único que le interesaba era que Carlino cumpliera con su trabajo. Lo único que entendía era el trabajo y cuando el chico, al llegar el otoño, comenzó otra vez a ir y venir, refunfuñó:

—¡Otra vez con la misma historia!

Antonio, al cumplir los veintisiete años, se casó y se marchó también para instalarse por su cuenta como estaba establecido y el viejo Giacomo dijo a su mujer:

—Ya se ha divertido bastante el chico: ahora tiene dieciséis años y puede ayudarme a llevar las riendas.

—Está haciendo el cuarto curso y tiene que continuar hasta el final. Cuando obtenga el título de aparejador hablaremos de ello —replicó la mujer.

El viejo se carcajeó:

—¡Aparejador! Ése será aparejador cuando yo sea obispo. Además, ¿para qué va a servirle el título? ¿Para cambiar la paja a las vacas?

Carlino siguió estudiando, y como se mataba trabajando en el campo en cuando tenía un momento libre, el viejo se limitaba a reguñir. Todo continuó así hasta la Pascua de 1930.

Llegaron las vacaciones de Pascua. Carlino, que ya tenía dieciocho años y dos brazos dignos de un hombre de treinta, sustituyó a uno de los vaqueros, que estaba enfermo. Y sucedió que una tarde, mientras estaba transportando con una carretilla estiércol del establo al estercolero, se paró un coche en la era del que bajaron dos mozalbetes y tres chicas.

Alborotaban como ocas y el viejo Giacomo, con la horca al hombro, se asomó:

—¿Vive aquí el señor Carlo Dacò? —preguntó uno de los jóvenes.

—El señor Carlo Dacò está allí haciendo prácticas de conducir con el Balilla —respondió el viejo indicando la puerta del establo.

En aquel momento salió Carlino, vestido como el más andrajoso de los zagales, empujando una carretilla con una media tonelada de estiércol fresco y chorreando.

Los dos mozalbetes y las tres chicas le lanzaron un grito. Carlino, al ver aparecer de repente a todo el equipo delante suyo, soltó las varas de la carretilla y se quedó allí parado como si fuera de piedra.

—¿Es forma ésta de recibir a los amigos que vienen de la ciudad a visitarte? —gritó uno de los muchachos—. ¿No vas a decirnos nada?

—¡El señor Carlo Dacò no tiene tiempo para cháchara! —respondió con voz dura el viejo, que se había acercado—. Aquí se trabaja.

Carlino levantó de repente la cabeza:

—Son compañeros de la escuela —explicó.

—¿Ésas también? —preguntó irónico el viejo, indicando a las tres chicas.

—¡Claro! —respondió Carlino.

El viejo contempló asqueado a las chicas, luego se dirigió a la que parecía la mayor de las tres:

—¿Les enseñan en la escuela a pintarse los labios y las uñas o les da clases particulares alguna pelandusca de varietés? —dijo con voz agresiva.

La chica se sonrojó y se le pusieron los ojos llorosos de rabia por la humillación. También se le llenaron de lágrimas los ojos a Carlino: pero al verse tan sucio y tan mísero junto a aquella carretilla llena de estiércol, se sintió tan ridículo que no tuvo ni valor de hablar.

—¡Date prisa porque después tienes que ordeñar! —dijo el viejo Giacomo marchándose.

Los dos jóvenes y las tres chicas se dirigieron hacia el coche y Carlino los alcanzó.

—Lo siento —balbució—, teníais que haberme avisado.

—¡No creíamos que a treinta quilómetros de la ciudad ya hubiera zulús! —replicó secamente la más delgada de las chicas.

—¡Tenías que haber avisado que tienes un padre hidrófobo! —añadió la segunda mientras subía al coche.

Pero Carlino parecía sólo preocupado por la tercera de las chicas: la más alta y la más mujer, a la que el viejo había soltado la insolencia:

—¡Franca, escúchame un momento! —farfulló Carlino cogiéndola de un brazo para impedir que subiera.

—¡Déjame! ¿No ves que me estás manchando el vestido con tus manazas sucias? —respondió la otra soltándose.

Se marchó el coche y Carlino se quedó allí mirando cómo se alejaba.

—¿Qué? ¿Te das prisa?

La voz del padre le hizo recobrarse: se volvió de golpe apretando los puños, pero se encontró cara a cara con su madre.

—¡Mamá! —dijo Carlino—. ¡Esta vez lo mato!

La vieja le secó el sudor con el pañuelo.

—La mayor debe sentir una simpatía especial por ti —susurró. Carlino se quedó parado, rugiendo.

—Me he dado cuenta en seguida —susurró la vieja—. También él, ya ves, se ha dado cuenta.

Se volvió a oír berrear al viejo en el establo y entonces la mujer agarró las varas de la carretilla llena de estiércol. Pero Carlino la alcanzó en seguida y la sacó de allí.

—¡Tengo que sacar el título! —rugió poniéndose a empujar la carretilla.

Por la noche, en la mesa, el viejo atacó inmediatamente.

—Que se queden en sus casas —exclamó— y que no vengan a estorbar a los que trabajan.

Carlino pegó un hondo suspiro.

—Me ha hecho quedar fatal —dijo sombrío, con la mirada baja, mirando el mantel—. Podía haberse evitado ofender a aquella pobre chica. ¿Qué daño le hace que se pinte las uñas?

—A mí, ninguno. Por mí puede pintarse hasta el trasero. Mientras no se muevan de su casa que cada cual haga lo que le parezca conveniente. Pero si alguien viene a mi casa tiene que ser de mi agrado, o si no que se vaya. ¡Que se queden en su mundo esos mamarrachos! Cada uno tiene su mundo. A mí

no se me ocurriría nunca ir a casa de uno de ciudad con una carretilla de estiércol. Cuando entran aquí, que dejen fuera sus porquerías. ¡Menuda gente!

—¡No tiene por qué gustarle a usted! —dijo agresivo Carlino—. Basta con que me guste a mí.

—¿Quién? ¿Aquella desgraciada pintada como una marioneta de feria? ¿Es para eso el famoso título de aparejador? No son cosas para ti. Tu mundo está aquí. Villano has nacido y villano morirás.

Carlino no contestó: seguía mirando el mantel, pero sentía los ojos de su madre sobre él y era como si los estuviera viendo.

Los dos últimos años fueron un infierno: al final Carlino consiguió su título de aparejador. Pero el servicio militar se le echó encima y le pareció una gracia del cielo de tantas ganas que tenía de alejarse durante un tiempo de Campolungo.

No quiso permisos: sabía que su madre se alegraba que estuviera lejos de Campolungo y con eso tenía suficiente. No le escribió nadie de casa. Él tampoco escribió nunca a casa. Al acabar el curso de milicias universitarias pidió en seguida destino, y sólo cuando de cadete pasó a alférez volvió a casa.

Estaba en artillería pesada de campaña y en aquellos tiempos los oficiales no iban vestidos como ahora que parecen gasistas, con el descubrimiento de esa tela color manzanilla y la guerrera metida en los calzones. Entonces los oficiales iban vestidos de oficiales, y los de artillería llevaban un tabardo azul que parecía sacado del mejor de los capítulos del Risorgimento.

Con el tabardo azul, Carlino tenía la corpulencia de un armario de tres cuerpos y a la gente del pueblo les pareció como si hubiera llegado el mismísimo Napoleón.

Cuando lo tuvo ante ella, la vieja se quedó mirándole fijamente con ojos extasiados y con los brazos abiertos, contemplando estática a su Carlino, como si fuera la Virgen.

Después, cuando vio que llevaba además el brillante sable, se puso a llorar porque aquello representaba un consuelo enorme para ella.

Al ver a Carlino, el viejo Giacomo se tocó con un dedo el ala del sombrero. La falta de respeto que sentía por el hijo no le hacía olvidar el profundo respeto que profesaba al real ejército.

Pero no dijo nada y, como no se atrevía a ordenar a un oficial que fuera a cuidarse del establo, se quedó fuera de casa durante los diez días del permiso de Carlino.

Cumplido el destino, Carlino volvió a Campolungo; en cuanto lo vio de paisano, el viejo volvió a comportarse como siempre.

—Ahora ya no hay excusas —dijo—. Ponte a trabajar y cumple con tu deber.

—Lo primero que voy a hacer ahora es casarme —respondió tranquilamente Carlino.

El viejo se quedó mirándole como si fuera un loco de atar.

—¿Casarte?

—Sí. Y si no le sabe mal me voy a casar con aquella desgraciada pintada como una marioneta de feria que usted insultó aquella vez. Y si le sabe mal, peor para usted porque me casaré igual.

El viejo Giacomo Dacò tenía entonces sesenta y cuatro años, Carlino veintitrés: eran de edades diferentes, pero igual de testarudos.

—Si tienes el valor de cometer tamaña tontería, sal de aquí y no vuelvas nunca más mientras yo viva —dijo el viejo.

—Me voy y no volveré a poner los pies aquí hasta que se muera —respondió Carlino.

—¡Ni después de muerto! —gritó el viejo—. ¡Te desheredo!

—¡No necesito sus migajas para ganarme la vida! —replicó el joven—. Usted nació villano y morirá villano. Yo he nacido villano, pero no moriré villano.

Carlino se dispuso a salir; al llegar a la puerta de la cocina se volvió:

—Y si mi madre quiere venirse conmigo, ahora o mañana o cuando mejor le plazca, no tiene más que mover un dedo. ¡Demasiado la ha hecho sufrir, viejo loco!

La vieja meneó la cabeza:

—No, no, ve, Carlino, y que Dios te bendiga. Yo estoy bien aquí.

Carlino se fue y el viejo Dacò se quedó solo con la mujer. No volvió a hablar nunca más de Carlino. Como si nunca hubiera existido. Ni la vieja tocó nunca el tema: ella tenía en su viejo armario de nogal la capa azul y el brillante sable de Carlino y con eso se daba por satisfecha.

De vez en cuando se encerraba en su habitación, cepillaba la capa, la alisaba con la mano, sacaba brillo al sable y se quedaba allí mirando aquellos objetos como si fuera el espectáculo más extraordinario del mundo.

Luego, cuando Carlino le mandó dos grandes fotografías, una cogido del brazo con su mujer y otra del niño, la alegría de la vieja no conoció límites. En una ocasión en que perdió las dos fotos parecía que se hubiera vuelto loca, y nadie podía entender lo que le pasaba porque no había contado a nadie haber recibido las dos fotografías. Cuando las encontró, la vieja se confió al buen Dios:

—Jesús, os agradezco que me hayáis concedido la gracia.

La vieja murió diez años después de la marcha de Carlino. Murió plácidamente, con las dos fotografías apretadas contra el pecho, tan apretadas que se las dejaron y las pusieron dentro del féretro. Cuando se había sentido desfallecer había pedido que le abrieran las puertas del viejo armario de nogal que estaba allí, delante de la cama, y hasta el final no dejó de mirar la capa azul y el sable brillante de Carlino.

El viejo, una vez enterrada la mujer, cerró el armario y siguió viviendo solo seis años más, hasta los ochenta. En todo aquel tiempo nadie se atrevió jamás a hablarle de Carlino. Sólo una vez don Camilo intentó, con tacto, tocar el tema, pero el viejo le interrumpió:

—¡Aah! —gritó como si le hubieran mentado alguna porquería. Y escupió al suelo.

Al llegar a los ochenta años justos, una noche se murió. A las seis de la mañana la gente de Campolungo ya estaba alarmada:

«Si a estas horas aún no se le ha oído gritar pueden pasar dos cosas: o es que se ha vuelto loco o es que ha muerto», dijeron los fámulos de Campolungo.

A las siete entraron en la habitación del viejo a través de la ventana y se lo encontraron estirado encima de la colcha: tieso, con la mala cara de siempre, con el traje nuevo.

Lo había hecho todo él solo para no tener que necesitar a nadie. Se había dado cuenta que había llegado su momento y había hallado fuerzas para amortajarse él solo. Se había estirado en la cama de la vieja. La gente se quedó sorprendida: un hombre así daba miedo hasta después de muerto; porque el viejo Dacò, estirado en la cama, había sacado fuerzas hasta para ponerse el crucifijo sobre el pecho y cruzar sobre él sus largas manos huesudas.

No lo tocaron.

Los hijos y las hijas desfilaron ante él sin llorar. Menearon la cabeza y luego se fueron porque sabían que siempre le habían molestado cuando estaba vivo y no querían molestarle ahora que estaba muerto. Y, además, ésa era su voluntad: «Mientras esté en mi casa, dejadme solo en paz».

Se abrió en seguida el testamento porque así lo había ordenado el viejo al notario, y no se andaba por las ramas: «Dejo la quesería con todos sus efectos a mi hijo Marco. Dejo la fábrica de conservas con todos sus efectos a mi hijo Giorgio. Dejo los dos molinos con todos sus efectos a mi hijo Antonio. Dejo la finca de Campolungo, con todo lo que contiene, sin exclusión de nada, a mi

hijo Carlo, llamado Carlino. Mi hijo Carlo pagará en efectivo, en un plazo de cinco años, a mi hija Clementina y a mi hija María, por partes iguales, la cantidad total de… liras, equivalentes al valor de la mitad de Campolungo».

Los maridos de las dos hijas reguñeron, pero las mujeres los hicieron callar:

—Callaos. ¡No le deis esa satisfacción!

Se hizo de noche y el único que se quedó a velar al viejo fue Giusà, el vaquero de noventa años, que se fue a medianoche cuando llegó Carlino a relevarlo.

Carlino tenía treinta y nueve años y se había vuelto tan corpulento como su padre en sus buenos tiempos.

Miró al viejo, rígido y frío, estirado en la cama, y en sus ojos sólo se leía rencor. Estuvo andando arriba y abajo durante un buen rato, después se paró y se encaró con el viejo:

—¡Villano nació y villano ha muerto! —exclamó con acritud Carlino—. Pero yo no moriré villano. Conozco sus artimañas, pero no lo conseguirá. ¡Quiere darse esa satisfacción! «Dejo Campolungo a mi hijo Carlo, con todo lo que contiene y con el gravamen del dinero que hay que entregar a las mujeres». ¡Así Carlino, por el ansia de quedarse con Campolungo, deja todos sus negocios y se viene a cuidar la propiedad!

Se inclinó sobre el muerto y gritó:

—¡Pues no, mañana me vendo Campolungo con todo lo que contiene, pago lo que les debo a las mujeres, y disfruto del dinero en la ciudad, a su salud! Ha sido muy astuto; pero se le ha escapado un detalle: no hay ninguna cláusula que diga que si me vendo Campolungo pierda la herencia. Según el testamento, lo único que tengo que hacer es dar una cantidad equis a las mujeres.

Se paseó arriba y abajo un rato, luego se volvió al viejo.

—Y además, ¿qué me importa a mí su dinero? —exclamó—. ¡Le dije que me abriría camino por mi cuenta y me he salido con la mía! ¡Sí, aunque usted no se haya dignado nunca darse cuenta que me he forjado una profesión, tengo una profesión!

Se sacó del bolsillo una hoja de papel con membrete y se la enseñó al viejo:

—Mire: *Gabinete técnico aparejador Carlo Dacò. Calle Faina, 12. Teléfonos 45.273 y 45.280.* ¡Dos teléfonos, una secretaria, dos auxiliares y una clientela, por si usted no lo sabe!

Se sacó del bolsillo el talonario de cheques:

—¡Tome, éste es el dinero que tengo en el banco y me lo he ganado yo! ¡Y las paredes del piso y las del despacho son mías! ¡Y tengo abajo un coche Aurelia! ¡No necesito su dinero! Puede quedárselo. Verá como me vendo Campolungo y luego reparto el dinero entre los otros desgraciados de sus hijos. Sí: esos desgraciados. ¡Y usted sabe que la niña de sus ojos, el famoso Campolungo, me lo ha dejado a mí! A mí, que cuando tenía doce años le apunté con la escopeta… ¿Tuvo miedo, eh, aquella vez?

Carlino se fue a mirar por la ventana, la luna alumbraba la era desierta.

—Sí, es inútil que se haga el bravucón —dijo volviéndose de repente—. ¡Aquella vez tuvo miedo! Le ha hecho pasar una vida infernal a mi madre. La aterrorizó tanto que ni tuvo el valor de venirse a vivir conmigo. ¡Va a ver quién soy yo! ¡Lo venderé todo! ¡Y no quiero ni un céntimo de su maldito dinero! ¡Al infierno Campolungo con todo lo que contiene!

Le volvió la espalda al viejo y se encontró ante el armario de nogal. Lo abrió y apareció su capa azul y el brillante sable.

—Ya lo sé —dijo acercándose a la cabecera—. Ya sé que ella hizo que lo abrieran para ver hasta el último momento mi capa y mi sable. Ya sé que murió ahí donde ahora está usted. Pero si cree que va a ganarme con sentimentalismos, se equivoca. Mi madre es una cosa, usted es otra. Y Campolungo le representa a usted, no a mi madre. Campolungo significa todo lo malo que ha habido en mi vida y en la de mi madre. ¡Maldita sea esta tierra y maldita sea esta casa!

El viejo yacía inmóvil como un trozo de hielo y también la llama de los cirios estaba quieta, como helada.

Carlino se fue a cerrar violentamente el armario.

—Sí, y además me casé con aquella que usted insultó diciendo que iba pintada como una marioneta de feria. ¡Y estoy la mar de contento! Y aunque a usted jamás le haya importado, tengo un hijo, guapísimo e inteligentísimo, que no ha nacido villano ni tampoco morirá villano. ¡Y se abrirá camino como me lo he abierto yo! No tendrá un padre como el que yo he tenido. Un padre que siempre nos ha humillado delante de todos los demás. Un padre que siempre me ha tomado por un imbécil y, que al no conseguir hacer de mí un zafio en vida, intenta conseguirlo de muerto.

En el cuarto del lado estaba el despacho del viejo. Era un cuartito muy pequeño con un gran bargueño y una silla. Al abrirlo, la tapa hacía de escritorio. Carlino abrió el bargueño y se sentó.

Registros, libros de contabilidad, carpetas con contratos, recibos: todo tremendamente en orden. Todo tremendamente claro. Sólo un hombre que en

lugar de corazón tenga un motor y que no tenga en su cabeza la mínima fantasía podría ser tan ordenado y metódico.

Carlino, asqueado, dejó libros y carpetas.

Había, además, unos sobres grandes llenos de papeles y atados con un cordel. En cada sobre estaba indicado el contenido:

Libros y cuadernos de la escuela elemental del hijo Carlo, del año… al año…; Documentos de la escuela técnica del hijo Carlo, del año… al año…

Carlino desató el lazo y vació el contenido sobre el escritorio: cada papel estaba ordenado y tenía una anotación con la fecha y estaba numerada. Borrador de la solicitud de admisión, recibo de la matrícula, recibo del abono ferroviario, recibos de las mensualidades. Cada año era un bloque aparte, y cada bloque terminaba con una hoja escrita a lápiz que contenía las notas de fin de curso copiadas del registro de la escuela. La misma mano que había escrito las asignaturas con las notas había luego añadido en otros caracteres: *Aprobado y pasa al curso siguiente*.

El último bloque era el más voluminoso porque contenía incluso una copia del famoso cuadro-recuerdo de todos los alumnos de promoción diplomados, de esos que se ven expuestos en más de un escaparate de ciudad. Había, además, una copia del periódico que llevaba la relación de los titulados. Y el nombre de Carlo Dacò estaba subrayado en rojo.

El tercer sobre, el que ponía: *Servicio militar del hijo Carlo, alférez del Real Ejército, Arma de Artillería. Especialidad Pesada de Campaña*, era el más delgado porque sólo contenía un número de la *Gaceta Emiliana*. La noticia subrayada ponía: *Ayer la 4.ª Pesada de Campaña partió al campo.*

El cuarto sobre ponía: *Actividades publicadas del hijo Carlo*. Dentro había tres ejemplares del *Corriere del Po*: y en cada uno había sido marcado en rojo un articulito de media columna. Eran bastante recientes: Carlino había mantenido una breve polémica con alguien que le había sacado a relucir con ocasión de ciertos proyectos de casas de colonos. Nada especial. En uno de los articulitos de Carlino, estaba subrayada en rojo la frase: *La culpa de muchas de las agitaciones que sacuden hoy nuestro campo es, sobre todo, de los terratenientes que hacen vivir a sus aparceros en casas muchas veces miserables*. El mismo lápiz había escrito al margen: *¡Asno!*

El último sobre contenía dos reproducciones fotográficas, bastante descoloridas, de las dos fotografías que la vieja Dacò había perdido una vez. El sobre ponía: *Fotografías del hijo Carlo, y de su hijo nacido el… y bautizado con el nombre de Giacomo.*

Carlino pegó un salto y pasó a la habitación del viejo.

—¡Sí! —gritó agarrándose a la cabecera de la cama—. ¡Giacomo! Se llama Giacomo Dacò aunque en las participaciones hice imprimir Mino Dacò. ¿Ha ido al censo, verdad? ¡Para volverme a humillar! Pero ¡métaselo en la cabeza!, no fui yo. Ha sido una idea de la imbécil de mi mujer. Es ella la que le puso Giacomo sin que yo lo supiera. ¡Serpiente le habría puesto yo antes que darle su nombre a mi hijo! Usted le dijo aquella vez si le daba clases particulares alguna pelandusca, pero ella, por la codicia del dinero, le ha puesto su nombre. ¡Yo haré que revienten de rabia los dos, usted y ella, porque mañana venderé Campolungo y regalaré todo el dinero! Tan sólo una mujer sin dignidad puede, después de haber recibido semejante afrenta, cumplir una acción tan venal.

Carlino estaba sudando y tenía la voz ronca. Estaba jadeando y seguía paseándose arriba y abajo por la habitación, ante la cama del viejo.

—¡Es asunto mío! —dijo jadeando, de repente—. ¡Soy yo el que me he casado y es a mí a quien me tiene que gustar, no a usted! Y la vida que llevo soy yo el que la ha escogido y es a mí a quien me tiene que gustar… Muérase usted en Campolungo… Mañana me lo vendo todo, con todo el contenido… Guárdese su dinero y su tierra… Yo no soy como mi pobrecilla madre… Tengo un Aurelia abajo: dentro de veinte minutos puedo estar en la ciudad… En la ciudad tengo mi trabajo, mi porvenir, mi familia… Aquí no tengo nada…

El viejo seguía yaciendo inmóvil y su rostro tenía una expresión dura, casi despiadada.

Carlino se paró y se agarró al cabezal de la cama nuevamente:

—¡No me ha dado nunca miedo cuando estaba vivo, y menos aún ahora muerto! —jadeó—. ¡Váyase a mandar al cementerio! ¡Aquí mando yo! ¡El dueño soy yo! ¡Lo venderé todo! Me voy, ya me he envenenado bastante el hígado por culpa de usted. Si no sabe el camino del cementerio, ya se lo enseñarán.

Dejó la habitación al alborear.

Los hombres del establo estaban ya trabajando con las vacas. Carlino se sacó la chaqueta y, empuñando una horca, entró en el establo. Al cabo de poco rato salía acarreando una gran carretilla llena de estiércol fresco y rezumante.

Al pasar delante del Aurelia se acordó de lo que el viejo había dicho: «El señor Carlo Dacò está allí haciendo prácticas de conducir con el Balilla».

«Te la voy a dar yo la canasta y el té de las cinco —dijo para sus adentros, pensando en la chica con los labios pintados como una marioneta de feria—.

¡Ven a Campolungo y verás!».

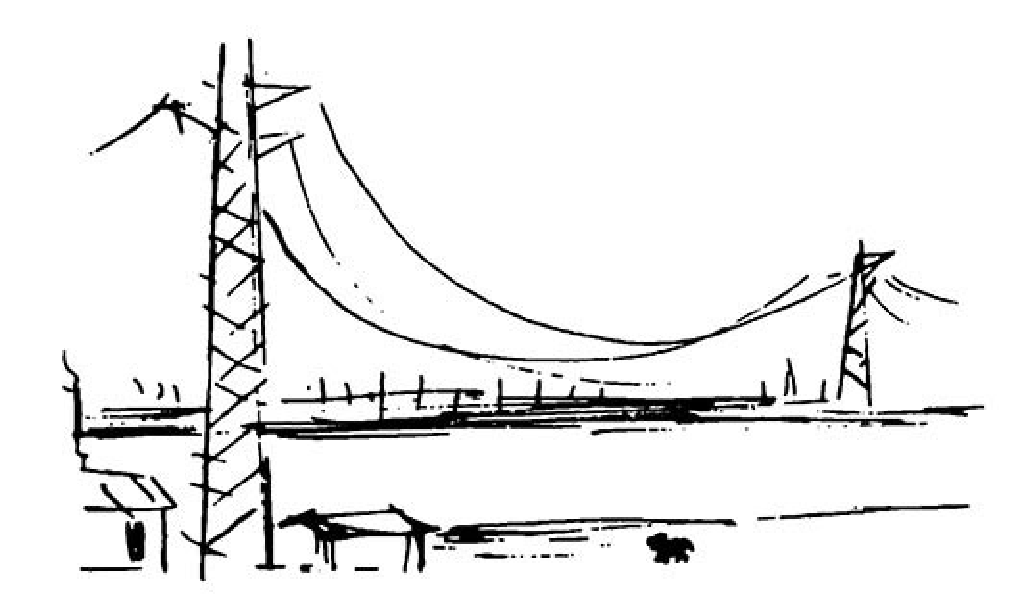
Después de vaciar el estiércol no volvió al establo: dejó la carretilla y siguió andando recto hasta el río. Se sentó en una roca, a orillas del agua.

Y al pensar en el viejo estirado en la cama de la gran habitación muda y desierta, por primera vez en su vida sintió compasión por su padre, y esto le hizo sentir en el corazón una angustia sutil y penetrante.

Y le subieron a los labios unas quedas palabras de oración: «Jesús, ayudadme: hacen que no me abandone nunca esta angustia y que me dure toda la vida. Hacedme sufrir como debe haber sufrido él sin que nunca lo supiera nadie».

Las palabras cayeron en el agua, que las arrastró: aunque Dios había tomado nota. Y así, Campolungo se salvó con todo lo que contenía: la capa azul; los sobres con los documentos del hijo Carlo y la vida perdida de un hombre que amó a algunos de sus hijos hasta el punto de llegar a olvidarse de sus otros hijos, y hasta el punto de odiarse a sí mismo.

LA «OPERACIÓN PERRO»



De un tiempo a esta parte *Ful* había empezado a portarse mal y más de una vez había tenido que castigarlo severamente don Camilo dejándolo atado a la cadena durante semanas enteras.

Pero cuando parecía que *Ful* ya se portaba bien, volvía a largarse por la puerta para darse a la buena vida permaneciendo ausente de casa hasta dos o tres días seguidos.

«El que haya terminado la temporada de caza —intentaba explicarle don Camilo— no te dispensa de tus deberes normales de buen perro. Tú no eres un perro callejero ni vagabundo: tú eres un perro de raza, un perro noble y tienes que conservar un comportamiento digno en todas las circunstancias. ¿Quieres dar algún paseo? Perfecto: pero por la noche tienes que haber vuelto».

Bonitas palabras que *Ful* escuchaba muy compungido, como si verdaderamente entendiera palabra por palabra, pero que caían en saco roto.

Y al ver que *Ful* en vez de mejorar iba empeorando, don Camilo se consumía porque le tenía mucho cariño al perro y antes que perderlo hubiera incluso preferido que le robaran la bicicleta a motor.

Lo que para un pobre sacerdote de la Tierra Baja era mucho decir.

Pero el mal sino quiso que, en lugar del ciclomotor, perdiera don Camilo al perro.

Ful desapareció de casa un sábado por la mañana: mientras don Camilo celebraba la primera misa, *Ful* tomó traicioneramente las de Villadiego.

Los dos primeros días don Camilo se preocupó relativamente: pero al ir pasando el tiempo su preocupación fue en aumento. Entonces empezó a preguntar por ahí por *Ful*.

Nadie del pueblo había visto a *Ful* y don Camilo amplió el radio de sus pesquisas; uno tras otro, pasó revista a todos los caseríos de los alrededores.

Era como buscar una aguja en un pajar.

Lo primero que se le ocurrió a don Camilo fue preguntar a Peppone. Peppone, en realidad, era el único —además de don Camilo— que gozaba de la consideración de *Ful*. Tanto es así que una vez Peppone había reconocido francamente con don Camilo: «La política nos separa, señor cura, *Ful* nos une. Aunque ni aun así habrá ningún *Ful* que le salve de su justo castigo el día de la revuelta proletaria».

Don Camilo hubiera querido hablar con Peppone de la desaparición de *Ful*, pero hacía unos meses que la situación política estaba de lo más enconada en el pueblo, y podía preverse fácilmente que cualquier toma de contacto de don Camilo con el cabecilla de los rojos podía acabar en una especie de terremoto.

Aun así, después de haber llamado a todas las puertas, tuvo don Camilo que acabar llamando también a la de Peppone. No lo hizo materialmente; escribió:

> *Distinguido señor Giuseppe Bottazzi: Hace quince días que mi perro* Ful *ha desaparecido de casa. En el caso que usted pudiera facilitarme alguna información de utilidad para poder encontrar al perro, mucho le agradecería se sirviera comunicármelo. Le saludo muy atentamente.*

La respuesta llegó a vuelta de correo:

> *Reverendo señor cura: Si su señor perro se le ha escapado, eso quiere decir que se ha dado cuenta de quién es usted. Con mis más atentos saludos.*

Don Camilo no cejó en sus pesquisas y, pasado un mes, ya no sabiendo a dónde recurrir, se hizo imprimir por Barchini cincuenta carteles que mandó pegar por el pueblo y las localidades cercanas:

> *Se gratificará al que dé razón de un perro de caza…*

Pasaron tres días sin que nadie diera señales de vida; al final llegó una extraña carta escrita en letra de imprenta, sin firma:

> *Señor cura: Si quiere encontrar a su perro sin tener que entregar ninguna gratificación, vaya al bosquecillo de Pragrande y busque cerca de la esclusa.*

Don Camilo no se lo pensó ni un minuto: tomó por el camino de los campos y galopó hasta el bosque de acacias de Pragrande.

No tuvo que buscar mucho: cerca de la esclusa vio un bastón clavado en el suelo. Al bastón había atados con un alambre un collar de perro y un letrero.

El collar era el de *Ful* y en el letrero se leía en letras de imprenta:

> *Aquí yace uno de los dos perros de la rectoría. Murió atropellado por un camión y es una lástima porque era el menos perro de los dos.*

Don Camilo hurgó con el bastón en la tierra, y cuando hubo hecho un agujero de un palmo de hondo, volvió a taparlo y se marchó inmediatamente.

Al llegar a la rectoría se fue a encerrar en su cuarto porque necesitaba estar solo para tragar toda la angustia e indignación que le roían.

«Atropellado por un camión… Lástima porque era el menos perro de los dos…».

Don Camilo no paraba de dar vueltas y más vueltas al collar de *Ful* en sus manos, repitiéndose para sus adentros: «Me lo han matado… Me lo han asesinado».

No tenía la menor duda: alguien había matado a *Ful* para hacerle una grave afrenta al párroco.

Pero ¿quién podía ser el infame?

Por más que la cólera le atenazara el alma, don Camilo no tenía el valor de pensar que el asesino pudiera ser alguna persona conocida.

No podía haber sido nadie del pueblo: si se hubiera tratado de un cristiano, quizá sí. Pero se trataba de *Ful*. Y en el pueblo no había nadie tan desalmado que fuera capaz de matar a un perro para vengarse del amo.

Pasó un día tristísimo y por la noche se sentía tan agotado como si hubiera descargado un transatlántico entero.

No tenía ni fuerzas para hablar y cuando fue a la iglesia para cerrar y se encontró a la vieja Forini que lo estaba esperando, casi le entraron ganas de tratarla mal.

—Padre —le dijo con grandes misterios la vieja Forini—, he de confiarle una cosa en gran secreto.

—¿De qué se trata? —preguntó don Camilo malhumorado.

—He leído el cartel del perro…

—¿Y qué? —exclamó don Camilo cogido desprevenido.

—No vale la pena que ofrezca gratificaciones, padre. Hay alguien que sabe muy bien dónde ha ido a parar el perro, pero seguro que no lo dirá.

—¿Y usted por qué no me lo dice? —resolló don Camilo—. ¿No se fía acaso de mí?

—Padre, yo me fío de usted, pero no quiero problemas con esa gente.

—¿Con qué gente?

La vieja suspiró meneando la cabeza.

—Los de siempre, padre. ¿Desapareció el perro el sábado día veinticuatro del mes pasado?

Don Camilo calculó la fecha rápidamente:

—Sí.

—Pues bien, el sábado día veinticinco yo vi a su perro con uno de ésos.

Don Camilo no podía más. Le enloquecía la prudencia de la vieja. Pero, por otra parte, tenía que resistir a la tentación de agarrarla por el pescuezo obligándola a soltarlo todo.

—Dígamelo, dígamelo, Desolina. Me conoce usted bien.

—Sí, pero también conozco a ésos… No era la primera vez que su perro iba con esa gentuza. Primero sólo hacía migas con el cabecilla: siempre estaba rondando por su taller. Luego había hecho buenas migas con el brazo derecho del cabecilla. Le confieso, padre, que me extrañaba ver a su perro con esa ralea.

Don Camilo protestó:

—Le echaban el cebo. Además ¿qué quiere que sepa él de política?

—Ya entiendo, padre. Pero en seguida me di cuenta que no podía acabar bien. Acaban mal todos los que se juntan con los rojos.

Don Camilo se informó precavido:

—Desolina, cuando usted dice «el brazo derecho del cabecilla» ¿se refiere al *Flaco*?

La vieja miró a su alrededor atemorizada.

—Sí —admitió a pesar suyo—. Había hecho gran amistad con ése. Más de una vez le he visto irse con él, en el camión de Peppone… El sábado día veinticuatro el perro se fue con *el Flaco*, en el camión. Y por la noche, cuando volvió *el Flaco*, el perro ya no estaba.

Demasiado sabía ya don Camilo. Tranquilizó a la anciana y se fue corroído de rabia a la cama.

Naturalmente, durmió poco y se levantó al alborear. Celebrada la misa, se fue directo al taller de Peppone.

Parecía como si hubiera sido hecho a propósito porque en el taller, con Peppone, estaba también *el Flaco*.

Peppone no se esperaba verse aparecer a aquellas horas a don Camilo y menos aún con aquella expresión.

—¿Ha dormido mal, señor cura? —se informó.

—Sí. Aunque siempre mejor que alguien que tiene la conciencia más sucia que un estercolero.

—¿Como quién? —preguntó, amenazadoramente, Peppone.

—Como el que, para darme un disgusto a mí, ha matado a *Ful*.

Peppone meneó la cabeza:

—Lo del perro le ha dejado tocado del ala, pobrecillo —murmuró—. Hay que dejarle hablar. Ahora ha soñado que le han matado al perro y viene a contárnoslo a nosotros en lugar de ir a contárselo a la lotera.

—No he soñado nada —replicó don Camilo, sacándose del bolsillo el collar de *Ful*, la carta y el cartón del letrero—. Lo he encontrado muerto en el bosque con todo esto.

Peppone leyó la carta y el cartelito:

—Lo siento. Aunque se ha equivocado de puerta, señor cura. Aquí sólo hay gente que con gusto le hubiera matado a usted para hacerle un favor al perro, no gente capaz de matar al perro para darle un disgusto a usted.

—No me he equivocado de puerta —aclaró don Camilo—. Porque ando buscando a uno que el sábado día veinticuatro del mes pasado se fue con el camión de propiedad de un tal Giuseppe Bottazzi. A uno que se fue con mi perro y que volvió sin el perro.

Peppone dio un paso hacia adelante:

—Señor cura —gritó—, le repito que se ha equivocado de puerta.

—No se equivocará el comandante de carabineros cuando dentro de diez minutos le presente la denuncia con la relación de testigos.

—No le tengo miedo a usted ni a ningún comandante, señor cura. Si le han matado al perro, nosotros no tenemos nada que ver. ¡Las culpas del clero

sometido a América recaen en la cabeza de perros inocentes!

—¡Dejará de reírse! —gritó don Camilo, dirigiéndose a la puerta—. Dentro de diez minutos va a explotar la bomba H y empezará el espectáculo.

El Flaco se había puesto más pálido que la dama de las Camelias. Se agarró a Peppone resollando:

—¡Jefe, detenlo! ¡Jefe, no le dejes ir!

Peppone le miró desconcertado y se lo sacó de encima:

—¿Qué te pasa, desgraciado?

Don Camilo, que se había parado, volvió sobre sus talones.

—Es inútil que hagas comedia —gritó al *Flaco*—. Te desenmascararán a ti y a toda vuestra maldita banda de criminales.

—Padre —exclamó angustiado *el Flaco*—, yo no he matado al perro. Se lo juro.

—¿Ah, no? ¡Jura también que no has escrito tú esta carta ni este cartel! Y puestos a hacer, jura también que el sábado veinticuatro no te fuiste con *Ful*.

—Yo no juro nada —contestó *el Flaco*—. Sólo juro que yo no he matado a *Ful*.

—¿Y cuál es el perro que está enterrado en el bosquecillo?

—No lo sé —dijo *el Flaco*—. Lo encontré muerto en la carretera hace una semana y lo enterré en el bosque. Se parecía mucho a *Ful*. Después le escribí para que acabara con el latazo del perro desaparecido.

Peppone agarró al *Flaco* por la pechera de la chaqueta y lo sacudió como si quisiera mezclarle las tripas con el cerebro.

—¡Explícate, maldito, o te mato como a un perro!

Don Camilo se rió:

—Ahora la habéis tomado con los perros. Se ve que son las nuevas directrices del Partido.

—¡Explícate! —repitió Peppone—. Quiero que me lo cuentes todo.

Recuperada la respiración normal, *el Flaco* lo contó todo.

—*Ful* y yo nos habíamos hecho muy amigos —dijo—. Es un perro como es debido. No parece que sea el perro de un cura.

Don Camilo agarró un martillo.

—Estese tranquilo, padre —le amonestó Peppone—. No hay que amenazar a los testigos. Sigue.

—Éramos muy amigos —prosiguió *el Flaco*—. Y cada sábado, cuando me iba a los mercados con el camión, se venía conmigo. Una vez en Peschetto estábamos comiendo en una posada y un tipo me preguntó si quería vender el perro. Le dije que no era mío, que lo había encontrado en el camino. Dijo que

de todos modos me lo compraba: por poco, pero al contado rabioso. Me puso en la mano un billete de mil, yo le dejé el perro y me fui. Iba bastante cargado. Pero cuando estuve a tres quilómetros del pueblo me di cuenta que había cometido una gran tontería y paré el vehículo para dar la vuelta e ir en busca de *Ful*. Mientras estaba haciendo la maniobra llegó *Ful* corriendo y saltó al camión. Paramos en el primer mesón y nos bebimos las mil liras.

Don Camilo lo miró asqueado:

—Sinvergüenza, ¿le has enseñado también a beber?

—No: al decir que nos bebimos las mil liras he querido decir que yo bebí vino y que él se comió un platazo de carne como seguro que no había comido nunca cuando estaba con el clero.

—¡Deja el clero y cuenta! —tronó don Camilo.

—No hay gran cosa que contar —explicó *el Flaco*—. Al sábado siguiente pensé en el asunto. Entonces, una vez llegados a Fornella, antes de ir a comer, le saqué el collar a *Ful*, le manché el pelo de barro y me lo llevé atado del cuello con un trozo de cordel. Claro que le había hecho a *Ful* un nudo a la clerical, de escápate y vete, y le había explicado cómo tenía que hacer para quitárselo. Un tirón y el nudo deshecho. Después de enterarme a qué mesón solían ir los cazadores, me dirigí allí. Encontré en seguida a uno que me compró el perro por dos mil liras. Etcétera.

—¿Cómo «etcétera»? —inquirió don Camilo.

—Etcétera, en el sentido que yo me fui y luego, a dos quilómetros del pueblo, paré el camión y esperé que *Ful* volviera. Y *Ful* volvió, con la consecuente bebida y comida en la parada. En resumidas cuentas, habíamos organizado una magnífica rueda: yo lo vendía, él se escapaba y luego nos repartíamos las ganancias.

—¿Y él se prestaba a ello? —preguntó indignado don Camilo.

—¡Claro que se prestaba! ¡No está vendido a América como usted! Él entiende las instancias sociales y la necesidad de colaborar con las clases menos acomodadas.

Don Camilo volvió a tomar el martillo:

—Termina: ¿dónde ha ido a parar *Ful*?

—*Ful* ha ido a parar a Castelmonti. Lo vendí por tres mil liras a un tipo y no ha vuelto. Se ve que no ha conseguido escaparse. Ésta es toda la historia. Yo no lo he matado. He hecho ver que había muerto para que usted nos dejara en paz de una vez.

—Bien —exclamó don Camilo—. Apropiación indebida, estafa repetida, difamación.

Don Camilo agitó amenazadoramente el famoso letrerito y Peppone consideró oportuno intervenir:

—Decir que entre usted y *Ful* el menos perro es *Ful* no es ninguna difamación. Es la simple y pura verdad.

—Ya veremos qué opina sobre ello el juzgado —afirmó, perentorio, don Camilo—. Ésta sí que no os la perdono.

Peppone meneó la cabeza:

—En esto no tiene nada que ver la política. Si *el Flaco* ha hecho una tontería, la ha hecho por su cuenta. Y con la complicidad de su perro: porque es evidente que estaban perfectamente de acuerdo. De modo que la suya es una acción contra un ciudadano particular, no contra nosotros. ¿Quiere mandarlo a la cárcel? Muy bien, proceda.

Don Camilo pegó un martillazo en el yunque:

—¡Yo no quiero meter en la cárcel a nadie! ¡Lo que quiero es mi perro! Entre el sinvergüenza que vende el perro de otro y el maldito puerco que intenta aprovecharse del prójimo comprando por tres mil liras un perro que como mínimo vale cien mil, no sé cuál es más culpable. Pero el perro es mío y quiero recuperarlo.

Peppone se fue a descolgar del clavo la chaqueta y se la puso:

—Pare de una vez. Tendrá su perro.

Salió y, seguido por *el Flaco*, se montó en el camión.

—Yo también vengo —exclamó don Camilo.

El Flaco se puso al volante.

—A Castelmonti —ordenó Peppone—. Encontraremos el mesón, nos enteraremos de quién compró el perro y lo recuperaremos. Por las buenas o por las malas.

El camión se puso en marcha y empezó a deambular por las polvorientas carreteras de la Tierra Baja, en dirección de las lejanas colinas.

No deambuló demasiado: al cabo de quince quilómetros, *el Flaco* pegó un frenazo y paró de golpe el vehículo.

—¿Qué pasa? —gritó Peppone enfurecido.

El Flaco abrió la portezuela y un perro saltó dentro de la cabina.

Era *Ful*.

Nadie dijo nada. *El Flaco* hizo una maniobra y tomó el camino de vuelta.

Al cabo de dos quilómetros el silencio se rompió por un sordo gruñir de *Ful*.

Entonces *el Flaco* paró el camión.

—¿Qué pasa? —preguntó airado don Camilo.

—Lo convenido es que al primer mesón bajamos y vamos a partes iguales —aclaró *el Flaco*—. Yo le debo su parte de la última vez.

Bajó seguido por *Ful* y entró en el mesón ante el que habían parado el camión.

Bajó también Peppone.

Don Camilo no bajó.

Hacía tanto calor como si fuera verano y don Camilo sudaba dentro de la cabina, cuya chapa ardía.

Bajó a su vez y entró en el mesón para beber un vaso de agua.

—Siéntese, padre —le dijo el mesonero al pasar delante de él con una enorme fuente llena de pasta—. Sus amigos están esperándole en el comedor.

El comedor era fresco, umbroso, tranquilo, discreto. La pasta exhalaba un aroma estupendo.

Don Camilo se sentó ante su plato de pasta.

Entonces *Ful*, que hasta aquel momento se había mantenido de lo más reservado, se puso a festejar tumultuosamente a don Camilo.

Aunque don Camilo no se dejó conquistar:

—Yo como —explicó—, pero es obvio que voy a pagar lo que voy a comer. El pan del engaño y de la estafa no está hecho para mí.

—Ni para mí —puntualizó Peppone—. Queda claro que cada uno paga lo suyo. *El Flaco* paga lo suyo y lo de *Ful*…

—Y yo pagaré lo mío y lo tuyo, así tanto *el Flaco* como yo tendremos a un perro de invitado —se apresuró a decir don Camilo.

Y se puso a comer, satisfecho porque por una salida de ese género bien valía la pena pagar la comida a todo un regimiento.

CARTELES ELECTORALES



Aquel sábado, todo el que había ido al mercado a la ciudad volvió al pueblo fuera de sí.

Y por la tarde, en los cafés, en las fondas, en los corros bajo los soportales no se hablaba de otra cosa: porque la verdad es que se trataba de una porquería demasiado fuerte. Era más una cochinada que una porquería.

Los dos grandes edificios más flamantes de la plaza mayor de la ciudad habían sido embadurnados de cabo a rabo con carteles de propaganda electoral.

Y el decir «embadurnados de cabo a rabo» significa que los dos majestuosos edificios habían sido cubiertos con papel impreso desde el zócalo hasta el alero del tejado, exceptuando sólo las puertas y ventanas.

Un trabajo perfecto de empapelado llevado a cabo sin economizar, utilizando la cola más fuerte. Esa maldita cola que cuando se arranca el papel se lleva trozos de capa del enjalbegado o que como mínimo deja en el mismo y en los ladrillos vistos las marcas indelebles de las pasadas de brocha.

Dos edificios recién estrenados, uno incluso apenas acabado, que habían quedado en un estado lastimoso.

La gente discutió largo y tendido y se dijeron todas las cosas que el sentido común hace decir en semejantes circunstancias. Se estuvo

generalizando hasta que alguien salió con una ocurrencia de tipo concreto:

—En los demás sitios que hagan lo que quieran, pero ¿por qué no nos ponemos de acuerdo aquí para evitar esas porquerías?

Otro observó que se había llegado a un acuerdo semejante en algunas localidades de la Riviera ligur durante las pasadas elecciones:

—Nosotros no estamos a orillas del mar, estamos a orillas del Po. Pero la sal que tiene la gente en el coco no depende de vivir junto al agua salada o al agua dulce. Razonemos también nosotros. Que alguien tome la iniciativa.

Hubo quien tomó la iniciativa; unos días después, los representantes de los varios partidos contendientes se reunieron y plantearon la cuestión: reducir al mínimo indispensable la propaganda a base de carteles para no convertir el pueblo en un basurero vertical, evitando al mismo tiempo malgastar dinero.

—Si nos comprometemos —concluyó Spiletti, representante de los clericales— tendrá el mismo valor pegar mil carteles cada uno que pegar sólo uno.

—De acuerdo —respondió Peppone—. Pero es preciso que todos lo cumplan. Que nadie haga trampas.

—Es fácil —rebatió el otro—. Se elige de común acuerdo una comisión apolítica de vigilancia que selle un número igual de carteles para cada partido. Los carteles sin sellar no podrán ser expuestos. El control es la mar de sencillo.

—No —expuso Peppone—. No quiero espías en mi casa que vayan a decir a mis adversarios cómo serán y qué pondrán nuestros carteles.

—Tiene razón —exclamó Spiletti—. La comisión sellará en una punta un número establecido de hojas en blanco y cada uno hará imprimir en ellas lo que le parezca. En este caso ni hace falta una comisión: podemos arreglárnoslas nosotros mismos. Fijamos el número de carteles que le corresponde a cada partido y marcamos las hojas con un sello especial que será luego depositado en el notario. Y que cada uno coja sus hojas y haga lo que mejor le parezca. Que pegue todos sus carteles en un día si le parece o que los vaya pegando espaciados en varios días, si prefiere. Como habrá pocos carteles y serán fáciles de controlar, una comisión con un representante por cada partido podrá cada día dar una vuelta de inspección y eliminar, arrancándolo, todo cartel que no lleve el sello legal. En resumidas cuentas; es como si repartiéramos mil liras en monedas por cabeza: cada uno se las gasta como y cuando quiere, y a las monedas falsas se las elimina.

Discutieron los detalles y, al final, Peppone dijo:

—Nos lo pensaremos.

—Mire que tiene que pensárselo sólo como jefe de los comunistas, porque como alcalde tiene que estar completamente de acuerdo con nosotros porque interpretamos el deseo de toda la población —observó Spiletti, que era sutil.

Al día siguiente, aprovechándose de que el acuerdo para el racionamiento de los papelotes electorales aún no había entrado en vigor, los clericales y partidos asociados comunicaron a la vecindad que ellos habían presentado aquella propuesta, y que si no se llegaba a evitar el daño temido, la responsabilidad tendría que achacársele exclusivamente a Peppone, que resultaría doblemente culpable: como líder comunista y como alcalde.

Y Peppone tuvo que apechugar.

Los acuerdos supusieron tiempo y discusiones pero, al final, cada partido tuvo su parte correspondiente de hojas selladas, y el sello fue solemnemente entregado al notario.

Cuando aparecieron los primeros carteles, la comisión de control dio la vuelta de inspección reglamentaria y constató que todo era perfectamente regular.

Y lo mismo sucedió durante los días siguientes; la cosa verdaderamente prometía porque cada partido, antes de gastar un cartel, se lo pensaba diez veces y todos tendían a guardarse su manojo para tener con qué poder rebatir válidamente cada posible jugarreta de los adversarios.

La gente del pueblo estaba encantada. Cuando además apareció en el más importante periódico nacional independiente un articulito que hablaba del asunto y concluía diciendo: *¡Ojalá en todos los municipios hubiera un alcalde con tan buen sentido común!*, la gente se llenó de satisfacción y Peppone se henchió de justificado orgullo.

Pero estaba escrito que alguien tenía que ir a amargarle.

Y puede fácilmente imaginarse quién podía ser.

Peppone resistió todo lo que pudo hasta que se hartó y se fue directo a la rectoría.

—Señor cura —dijo Peppone en cuanto estuvo ante don Camilo—. ¡Le advierto que hace una semana otro cura ha sido condenado por los tribunales por haber «coercitado» a los feligreses!

—No me extraña —respondió, calmado, don Camilo—. Un buen sacerdote no tiene nunca que «coercitar» a nadie.

Peppone le miró mal:

—Rev —exclamó—, aunque yo me explique mal, usted me entiende perfectamente.

—¿Rev? —preguntó, extrañado don Camilo.

—Abreviatura diminutiva de reverendo —explicó Peppone, que cuando perdía los estribos no se fijaba en nada y menos en el vocabulario.

—Entiendo. Pero tendrías que decirme qué tienes contra mí. ¿Qué te ha hecho este pobre párroco?

—Lo que este pobre párroco me ha hecho es que, en lugar de hacer de párroco, no hace de párroco. ¡Y si no para, se le va a denunciar por ejercicio abusivo del sacerdocio! En la iglesia tiene que limitarse a hacer propaganda de Nuestro Señor. La propaganda política no es de su competencia. Si lo hace va contra la ley.

Don Camilo abrió los brazos:

—No entiendo a dónde quiere ir a parar, señor alcalde.

—Exactamente a donde he llegado, señor cura. Usted está impidiendo ejercer libremente el voto. Si algún desgraciado viene a la iglesia y oye decir al cura que si vota a los comunistas irá al infierno, ese desgraciado deja de tener la libertad de votar a favor de quien cree.

Don Camilo sonrió:

—Me hago cargo de sus preocupaciones, señor alcalde. Pero no tienen razón de ser: porque a la iglesia no viene ningún desgraciado. Los desgraciados son los que no vienen.

Peppone estaba ya del todo acalorado:

—Al amenazar con la condena futura a quien vote por un determinado partido, usted es culpable de coerción por intimidación y comete por tanto una vileza.

Don Camilo meneó la cabeza.

—No, no sería honrado si, aun a sabiendas que quien vota por un determinado partido comete un pecado mortal, no se lo explicara a los feligreses. Por eso que, como lo sé, se lo explico.

Peppone se puso más rojo que la revolución de octubre:

—¿Usted lo sabe? ¿Y quién se lo ha dicho?

—Alguien que lo sabe. El Papa.

—¡El Papa! —gritó Peppone—. ¿Y a él quién se lo ha dicho?

—No lo sé. Ya se lo preguntaré.

Peppone apretó los puños:

—Padre, ya le he advertido. O para o le llevo a los tribunales.

—Gracias por la información. Pero prefiero ser condenado por el tribunal de los hombres que por el tribunal de Dios. Los hombres pueden equivocarse, Dios no.

Peppone se marchó. El domingo siguiente, don Camilo dijo lo que tenía que decir sin preocuparse de la advertencia de Peppone.

Peppone inmediatamente fue informado y tragó saliva. Pero no hizo nada hasta el sábado por la tarde.

El sábado a última hora de la tarde se fue a ver a don Camilo.

—Reverendo padre, me parece que sería mejor que el sermón de mañana fuera distinto al de la semana pasada. He oído comentar por ahí que no gustó.

Don Camilo se abrió de brazos:

—En cambio, a mí me gustó mucho. Cuestión de gustos.

—Señor cura, falta poco para las elecciones y el ambiente empieza a estar candente. Puedo responder por mí, pero no por los demás. No quisiera que tropezara usted con algo.

—Vigilaré donde pongo los pies.

—Lo de los pies está bien, señor cura. ¿Pero si luego va y tropieza con la cabeza con algún palo de acacia?

Don Camilo se encogió de hombros:

—Depende del grosor del palo.

—¿Y si, por ejemplo, fuera tan grueso como éste? —preguntó Peppone sacándose de debajo del tabardo un bastón y mostrándoselo a don Camilo.

Don Camilo miró el bastón y luego meneó la cabeza.

—Tendría que ser, como mínimo, tan grueso como éste —respondió sacando de debajo de la mesa un grueso bastón y enseñándoselo a Peppone.

Peppone dio señales de haber comprendido el mensaje:

—¿Tampoco le molestaría aunque fuera más grueso, señor cura?

—No —dijo don Camilo—. Lo que me molestaría sería que no te fueras inmediatamente.

Peppone se marchó y don Camilo se fue a la cama tranquilamente. El sermón de la mañana siguiente estuvo en la misma idéntica línea que el del domingo anterior. Es decir, fue tal como debía ser.

Peppone no volvió a dar señales de vida y pasó así otra semana. Y llegó el domingo.

La iglesia estaba más concurrida de lo habitual y don Camilo al llegar el momento del sermón miró a su alrededor complacido.

—Hermanos —comenzó. Pero en aquel momento se dio cuenta que en el fondo, justo en la puerta, se encontraba Peppone. Inmóvil, con los brazos

cruzados sobre el pecho. Y a su lado estaban *el Flaco, el Pardo, el Brusco* y todo el estado mayor.

También se dio cuenta que fuera de la iglesia, delante de la puerta, se apiñaba una gran cantidad de gente y en seguida vio de qué gente se trataba.

Otra cosa interesante: los rojos de Peppone prácticamente habían interceptado la iglesia, porque además del portal de la iglesia se concentraban delante de la puertecita del campanario, ocupando hasta el coro.

Estaban todos y los ojos de los feligreses *normales* se fijaban preocupados en don Camilo.

—Hermanos —repitió sonriendo don Camilo—. Sea loado el Señor por haber permitido que nos encontremos todos aquí, delante, detrás y al lado del altar.

Luego empezó el sermón. Y fue un sermón larguísimo, más largo que nunca, porque nunca se le había presentado la ocasión de poder hablar a tanta concurrencia.

La voz de don Camilo era atronadora y resonaba en toda la iglesia saliendo con ímpetu huracanado por la puerta abierta de par en par, propagándose en la plaza.

Dijo todo lo que tenía que decir.

E incluso, para ser sinceros, dijo algo más de lo que tenía que decir. Fue de una claridad apabullante.

Peppone y su banda parecían de piedra: encajaban sin pestañear.

Cuando don Camilo terminó su plática no se movieron.

Celebrada la misa, don Camilo se fue corriendo a la sacristía a sacarse los ornamentos y volvió inmediatamente a la iglesia.

La gente estaba acabando de salir rápidamente: la banda de los rojos había abierto paso, pero seguía allí parada, delante de la iglesia, al lado de la concurrencia de los feligreses.

Don Camilo se inclinó delante del altar mayor:

—Jesús —dijo—, cubridme las espaldas. Por delante ya me cuido yo.

Después se volvió y atravesó con paso lento pero decidido la iglesia, ya prácticamente vacía.

Los rojos estaban esperándole, pero don Camilo no se echó atrás. Se sentía tan fuerte como Sansón.

Al llegar a la puerta, Peppone y los rojos se apartaron y don Camilo se paró.

Lo vio y no dijo nada.

La rectoría seguía estando en su lugar de siempre, a la izquierda, pero tenía la fachada completamente cubierta de carteles con la hoz y el martillo con la inscripción *Vota PCI*.

Al decir «completamente cubierta», significa que mientras don Camilo despotricaba desde el púlpito, un equipo de quince filibusteros, armado con quince escaleras, quince brochas y quince cubos llenos de cola, habían empapelado toda la fachada de la casa sin dejar al descubierto ni un solo milímetro de pared.

Los carteles habían sido perfectamente pegados hasta en los postigos de las ventanas y en los batientes de la puerta.

Hasta el alero.

Incluso alrededor de las chimeneas.

El trabajo había sido minucioso y cuidado en todos los detalles; hasta en la acera se habían pegado carteles, y otros más pequeños cubrían el canal del tejado.

Don Camilo lo vio pero no rechistó.

Se sacó de la faltriquera las gafas y se las puso; luego, situándose delante de la rectoría, se quedó parado, miró la obra de arte y, girándose, le preguntó a Peppone que estaba detrás de él:

—¡Ah! ¿Un nuevo partido?

—Hace tiempo que existe —respondió Peppone.

Don Camilo se acercó a la puerta, se sacó una navajita del bolsillo, buscó la rendija de la puerta y con gran delicadeza cortó el papel de los carteles que cubrían toda la puerta.

Después giró la manecilla, entreabrió la puerta, entró y cerró.

Un segundo después abrió nuevamente la puerta y se asomó:

—Si no me he equivocado al contarlos —le dijo a Peppone— son todos los carteles que te quedaban de los que te correspondían.

Peppone le miró, sombrío, y gritó:

—¡Nos ha quedado sólo uno, pero para anunciarle al pueblo nuestra victoria será más que suficiente!

—Si ha de servir para eso te lo puedes pegar en la espalda —exclamó don Camilo.

Y sólo Dios sabe lo que le costó decir «espalda».

LA IMPORTANCIA DE ESTAR EN LA LISTA



Se las tuvieron en el Ayuntamiento porque Spiletti —jefe de los clericales y único concejal de la minoría— aprovechó la primera sesión para protestar enérgicamente contra el abuso cometido por los rojos contra el párroco.

—No hay persona con sentido común —terminó Spiletti— que al ver la rectoría cubierta de carteles no se sienta asqueada.

—¡Sí que la hay! —gritó Peppone—. Y esa persona soy yo.

—Usted no es una persona con sentido común —gritó Spiletti—. ¡Si así fuera no aprobaría tal vergonzosa hazaña maquinada tan sólo para ofender a un digno sacerdote!

Peppone se burló:

—¡Digno sacerdote! ¡Los sacerdotes dignos no transforman la iglesia en tribuna de propaganda electoral! Si su digno sacerdote quiere hacer mítines, que los haga en la plaza. ¡En la iglesia que actúe de cura!

—¡Y cuando está usted en el Ayuntamiento actúe de alcalde! —replicó Spiletti—. Ésta es una sesión del Consejo municipal y no una reunión de la sección comunista. Lo que el cura hace cuando está en la iglesia no tiene nada que ver en esta discusión: aquí se trata simplemente de que un importante edificio del pueblo ha sido desfigurado, lo que ha suscitado la indignación de una gran parte de la población. ¡Esto es lo que tiene que tener en cuenta porque tiene usted el deber de comportarse como alcalde!

—Yo me comportaré como alcalde cuando su señor cura, en lugar de comportarse como propagandista político, se comporte como un cura —rebatió Peppone.

Pero Spiletti meneó la cabeza:

—Ya le he dicho que el comportamiento del cura no tiene nada que ver. Lo que tiene que ver es la rectoría cuya conducta está fuera de toda discusión porque la rectoría no se ha comportado nunca como propagandista política, ha hecho siempre sólo de rectoría. ¡La vecindad está indignada por el miserable estado en que se encuentra hoy el edificio de la rectoría y pide al alcalde que el deterioro sea eliminado!

El Flaco dejó oír su voz:

—¡Qué deterioro ni qué porras! ¡Lo que habría que eliminar es al cura!

—¡La población de momento no pide la eliminación del cura! —dijo Spiletti—. Cuando la pida, ya volveremos a hablar. De momento pide simplemente la eliminación del menoscabo ocasionado por los carteles pegados en la rectoría. Se trata de una cuestión de estética y de decencia.

Peppone, que había ido cargándose, intervino:

—Todo lo que el Ayuntamiento puede hacer es prestarle al señor párroco un cubo, un cepillo y una escalera.

—La oferta es generosa y simpática —observó Spiletti—. Pero tengo que advertirle que ya le ha sido hecha al señor arcipreste. Pero el señor arcipreste ha contestado que no la puede aceptar. Teme que al verle despegar carteles políticos la gente lo interprete con un significado político. Y ninguna persona particular aceptaría el encargo. Sólo si el trabajo fuera efectuado por personas encargadas por el Ayuntamiento se evitaría la posibilidad de desagradables equívocos.

A Peppone se le habían hinchado las venas del cuello hasta el punto de parecer como raíces de roble. Rechinó los dientes y gritó:

—¡Propongo que el señor arcipreste se vaya al infierno, él y toda su panda!

—¡Aprobado por aclamación! —respondieron todos los concejales a excepción, por supuesto, de Spiletti.

Pero la cuestión no estaba resuelta: se dio cuenta de ello Peppone cuando a la mañana siguiente fue *el Flaco* a avisarle que en la plaza, delante de la iglesia, estaba sucediendo algo que no funcionaba.

Peppone se fue corriendo hasta la plazoleta de la iglesia y se encontró con un montón de gente reunida delante de la rectoría.

En medio del corro de gente estaba don Camilo. Había sacado la cama, la mesa, una silla, un biombo, una jofaina y una cómoda, y sentado en la cama andaba explicando:

—Sí, esta noche he dormido aquí: he tenido suerte porque no ha llovido.

—¿Y si llueve, padre?

—¡Hijo, abriré el paraguas! Por otra parte yo no puedo vivir en una casa sin luz, sin aire. En una casa con todas las ventanas tapadas… Aunque no me quejo. Hay que tener paciencia. No falta mucho para el 7 de junio, y después del 7 de junio, pasadas las elecciones, tendré derecho a despegar los carteles electorales que me han pegado en los postigos y así podré abrir las ventanas. No me quejo, al revés, doy gracias a Dios que el cartel de la puerta me lo hayan pegado de tal forma que puedo abrir la puerta sin romperlo. Por eso, hasta el 7 de junio viviré aquí en la plazoleta, delante de la iglesia.

Barchini, que no había visto a Peppone, intervino:

—¡Padre, lo que usted quiere hacer es una locura! ¡Rompa los carteles y entre en su casa! ¡Verá como nadie tiene el valor de rechistar!

Don Camilo extendió los brazos y meneó la cabeza:

—¡Hijo, no conoces qué clase de tipos son los que han pegado los carteles! ¿No sabes que en Checoslovaquia, en 1948, pegaron un cartel como éste en la puerta de un pobre párroco y que cuando el párroco rompió el cartel para entrar en su casa lo procesaron por acto de provocación y sabotaje?

—¡Pero aquí no mandan ellos! —exclamó Barchini.

—¿Y si ganan las elecciones? —suspiró don Camilo—. ¿Quién me salva? No, hijos, no quiero problemas. Yo soy un pobre y viejo cura pacífico que sólo quiere vivir en santa paz con Dios y con los hombres.

Una viejecita dijo con voz angustiosa:

—¡Tiene razón, pobre don Camilo! ¡No sabéis qué clase de gentuza son esos sin dios!

Era algo que clamaba venganza y Peppone no pudo resistir. Se fue corriendo y al cabo de diez minutos llegaba una brigada con cubos, cepillos, esponjas, rascadores, que se puso inmediatamente con furor a despegar los carteles de la rectoría.

El trabajo duró dos horas y al final don Camilo abrió los brazos y dirigió la mirada hacia el cielo:

—¡Jesús, mirad cómo me han dejado la fachada de la rectoría! Jesús, decid si a un pobre cura que se priva de todo…

No pudo continuar porque acababan de llegar albañiles y pintores dirigidos por *el Pardo* en persona.

—¡Señor cura —dijo en voz baja *el Pardo* a don Camilo—, no exagere, por favor!

Don Camilo no exageró y volvió a su casa con todos sus bártulos.

Y la rectoría tuvo la fachada completamente restaurada.

En la primera sesión del Consejo municipal, Peppone se dirigió a la oposición:

—¿Está satisfecha la señora minoría? —preguntó agresivo.

Spiletti abrió los brazos:

—Para poder contestar tengo que saber primero quién ha mandado realizar el trabajo de limpieza de la rectoría.

—¿Quién quiere que lo haya mandado hacer? —voceó Peppone—. ¡Nosotros!

—¿Ustedes como administración municipal o como partido comunista? ¡Porque no sería admisible que la administración municipal pagara los perjuicios provocados por el Partido Comunista!

—¡Nosotros en concepto de Giuseppe Bottazzi, ciudadano particular que para que pare de una vez lo ha pagado de su bolsillo! —gritó Peppone.

Spiletti meneó la cabeza:

—La oposición se declara descontenta. La población pedía la intervención del Ayuntamiento para eliminar un daño haciendo luego pagar los gastos al partido responsable de dicho menoscabo. Es inconcebible que una administración municipal permita que un ciudadano particular tome su lugar en actos que tienen que ser de única y exclusiva competencia de la administración. Por tanto expresamos nuestra plena desaprobación por la negligencia del alcalde Giuseppe Bottazzi que ha tolerado la intolerable intervención arbitraria del ciudadano Giuseppe Bottazzi, lo que redunda a favor del compañero Giuseppe Bottazzi y de su partido.

Peppone se había amoratado tanto que estaba casi negro:

—¿Y para el aspirante a homicida Giuseppe Bottazzi, no queda nada? —resolló Peppone apretando los puños.

Spiletti no estiró más la cuerda:

—La oposición no ve la necesidad de aumentar el número de Bottazzis y declara cerrado el incidente.

Peppone tenía sentido del humor y la contestación de Spiletti lo deshinchó al instante. Le divirtió tanto que al final de la sesión cogió del brazo a la oposición y se empeñó en invitarla a beber.

Pero tenía sentido del humor hasta un cierto punto, por eso, por la noche, se fue a echar una parrafada con don Camilo.

—Señor cura —dijo Peppone—, la comedia ha terminado. No me importa en absoluto haber pasado por tonto. Pero ahora habría que tener cuidado en no volver a empezar. Porque si no, esta vez, la comedia puede acabar en tragedia. Depende de usted.

—¿De mí?

—Padre, deje estar la política.

Don Camilo suspiró:

—Peppone, si mientras estuvieras templando un escoplo de acero en tu taller yo te dijera: «Continúa tu trabajo, pero apaga el fuego», ¿qué me contestarías?

—Que está loco porque para templar el acero es necesario ponerlo al rojo y para ponerlo al rojo hace falta el fuego.

—Peppone, entonces no es un capricho el fuego, es porque es indispensable.

—Claro.

—Lo mismo me pasa a mí. No es animosidad política lo que me impele a hablar de la excomunión, Peppone. Tengo que hacerlo. Si no lo hiciera sería un pésimo sacerdote. Intenta comprenderlo.

Peppone le miró, sombrío:

—He comprendido, padre. Usted es el que no ha comprendido nada.

Peppone se marchó y don Camilo continuó serenamente por el buen camino. Y cada vez que hablaba a sus feligreses, les prevenía:

—Hermanos, tengo que deciros que dos y dos hacen cuatro. Si este resultado no le gusta a alguien que tiene sus ideas particulares sobre las matemáticas, ¿cómo puedo deciros que dos y dos hacen cinco? Hay quien encuentra que el opio es la única dulzura que le da la vida: ¿cómo puedo, para no irritarle, deciros que el opio no es veneno?

Pero Peppone no podía tragar más y cada día iba envenenándose más.

Se envenenó tanto como para perder el control del sentido común.

Estaba cenando aquella noche don Camilo cuando oyó que alguien golpeaba a la ventana del cuarto de estar.

Don Camilo se fue a echar una ojeada, reconoció al tipo, y pasando al zaguán, abrió la puerta. El tipo entró y don Camilo, sin desconfiarse, volvió al cuarto de estar y se sentó a la mesa, después de decirle al tipo que cerrara la puerta.

Apenas había acabado de sentarse que ya estaba el hombrecillo en el umbral del cuarto de estar. Pero no estaba solo. Detrás suyo estaba todo el equipo de Peppone al completo y todos con caras de pocos amigos.

—¿Qué significa esto? —inquirió cauteloso don Camilo.

Cuatro o cinco se colocaron detrás suyo, los demás a ambos lados.

—Tranquilícese, señor cura —profirió Peppone entrando y cerrando la puerta—. Siga comiendo. Mientras tanto nosotros haremos nuestro trabajo.

Se adelantó *el Flaco* que llevaba en la mano derecha un cubo lleno de cola y en la izquierda un rollo de papel.

Dejó el cubo en el suelo, mojó una gruesa brocha y la pasó por la pared que había delante de don Camilo.

Luego pasó la brocha por detrás de un cartel y pegó cuidadosamente el cartel en la pared.

Después pegó otro cartel en la puerta de entrada y otro contra la puerta del armario.

—Listo —dijo al final.

Don Camilo miró los carteles y después miró a Peppone.

—Ésta es la marranada más gorda que podías organizar —afirmó don Camilo.

—No más grande que la marranada que hace usted introduciéndose subrepticiamente en las casas, a través del alma ingenua de los viejos y de las mujeres. Es una violación de domicilio peor que ésta. De todos modos esperamos que lo haya comprendido ahora que se lo hemos explicado con un ejemplo.

—Bien —reguñó don Camilo—. ¡Pero recordad que ésta me la vais a pagar!

El Flaco se carcajeó:

—Hemos hecho las cosas bien, señor cura. No puede hacer nada: no tiene testigos.

—¡Dios lo ha visto!

—*Testimonis unus, nientoribus!* —se befó *el Flaco*.

—No te preocupes, jovenzuelo —respondió tranquilo don Camilo—. Dios es un testigo que vale por dos. Ya lo veréis.

Salieron por el lado del huerto y don Camilo se quedó solo mirando los carteles pegados en la pared, en el armario y en la hoja de la puerta.

—Jesús —dijo don Camilo—, ¿por qué no los fulmináis a todos?

—Es una cuestión de principio, don Camilo. ¿Si no los fulminé cuando me clavaron en la cruz, cómo puedo fulminarlos ahora por haber pegado tres

pedazos de papel en la pared de tu casa? Razona, don Camilo: podría parecer una maniobra para impedir el libre desarrollo de las elecciones.

Don Camilo agachó la cabeza.

Hubo quien al día siguiente vio los carteles pegados en la salita de don Camilo y la voz corrió, y aunque don Camilo intentaba acallar las murmuraciones para evitar que se volviera irrespirable el ambiente, ya tan caldeado, un buen día *el Flaco* llegó jadeando a la Casa del Pueblo y comunicó a Peppone y al estado mayor la noticia:

—¡Don Camilo ha pasado al contraataque! Para vengarse de la lección ha dicho que…

La idea atribuida a don Camilo era tan ridícula y pueril que todos se troncharon de risa.

—¡Se ve que está delirando! —concluyó Peppone—. ¡Cuando un cura tiene que recurrir a semejantes tretas está acabado! Ésta es una victoria moral extraordinaria. Es la destrucción completa del adversario.

El tema fue discutido a plena satisfacción y al final Peppone hizo una objeción sensata:

—Aunque sólo se trata simplemente de rumores. Para poder explotar adecuadamente el asunto nos haría falta una prueba.

El Flaco meneó la cabeza:

—¡Es fácil de decir! Como mínimo habría que fotografiar el documento.

—No hace falta —explicó Peppone—. Basta con verlo. Si se han hecho las modificaciones podemos desafiarle a que enseñe el documento y todos podrán comprobar las modificaciones. Hablaremos de ello en su momento. Por ahora que nadie diga nada.

Nadie volvió a hablar de ello durante varios días y parecía como si el asunto se hubiera olvidado completamente. Sin embargo, había quien se acordaba perfectamente de la cuestión.

Tanto es así que aquella vez que don Camilo se quedó en la iglesia hasta pasada la medianoche para estudiar en el armonio una melodía para la cancioncita que los chiquillos tenían que cantar para la visita del obispo, notó que pasaba algo y, volviéndose de golpe, vio que había un intruso tapado con un tabardo.

Se puso de pie de un salto y agarró un pesado candelabro de bronce que había en las inmediaciones.

—¡Largo de aquí! —intimidó don Camilo.

—¡No me iré sin haber visto antes el registro! —respondió el intruso dejando caer el tabardo de los hombros.

Tenía una gruesa barra en las manos y la perspectiva de un duelo a aquellas horas no le apetecía nada a don Camilo.

—Peppone, ¿te has vuelto loco?

—Señor cura, quiero ver el registro porque, de lo contrario, sí que voy a volverme loco.

—¿El registro?

—Sí, el registro de bautismo. Quiero ver si es verdad que para vengarse ha borrado usted nuestros nombres.

De tan gordo que era lo que había dicho, a don Camilo se le cayó el candelabro de las manos.

—¡Jesús! —exclamó alzando los ojos al cielo—. ¡Peor que loco! ¡Éste se ha vuelto cretino!

—¡Quiero ver el registro! —repitió el otro torvo—. Todos dicen que ha borrado usted nuestros nombres.

—¿Y para qué?

—Para eliminarnos de la lista de los cristianos.

Don Camilo miró desconcertado a Peppone, luego se acercó al gran armario lleno de viejos registros. Encontró el que interesaba (sabía el año porque don Camilo había nacido el mismo año que Peppone) y lo puso encima del armonio.

—Mira tú mismo.

Peppone hojeó el libraco. Verificó lo que quería verificar.

—¿Y los demás? —preguntó.

—Tú sabes los años: mientras yo sigo con mi trabajo, busca los registros y compruébalo tú.

Don Camilo volvió a sentarse ante el armonio y comenzó de nuevo a componer su cancioncita.

Y en seguida se dio cuenta que el tema de la cancioncita le salía con gran facilidad. De forma que al cabo de media hora la había terminado.

Entonces la ensayó toda seguida, acompañando la música con el canto.

Al acabar estaba enardecido.

—¡Parece *La marsellesa*! —gruñó Peppone, que tras comprobar los registros se había quedado allí a escucharle.

La verdad es que si los niños hubieran recibido al viejo obispo al son de aquel himno, el viejo obispo se habría sobresaltado.

Don Camilo se dio cuenta, pero no lo sintió; por el contrario, se alegró. Pero no reveló su estado de ánimo a Peppone. Al contrario, lo miró duramente y le preguntó con brusquedad:

—¿Entonces?

—Está bien —respondió Peppone.

—No tienes que hacerte ninguna ilusión por seguir en la lista de los cristianos. ¡Al final pagarás todas las marranadas que has hecho!

—Eso es asunto mío —afirmó Peppone—. Lo importante es estar en la lista.

LA PROMESA DEL ELEFANTE



Fulmine, llamado *Ful*, era el perro de don Camilo. Antenore Cabazza, llamado *Fulmine*[5], era en cambio uno de los hombres de Peppone.

Entre los dos *Fulmines* el que tenía más cerebro era sin lugar a dudas el perro de don Camilo; esto para dar una idea del *Fulmine* de dos patas de nuestra historia.

Fulmine era un coloso lento y macizo, una especie de elefante que una vez puesto en movimiento procedía con la gracia y con la decisión implacable del paquidermo. Era un perfecto ejecutor de órdenes, pero Peppone se cuidaba muy bien de evitar darle órdenes.

Por eso *Fulmine* desplegaba su actividad de militante comunista sobre todo en la hostería del Molinetto, donde se pasaba jugando a cartas casi todo el tiempo que el trabajo le dejaba libre.

Lo suyo era la escoba, juego en el que por su formidable memoria solía ser un contrincante peligroso. Naturalmente para jugar a las cartas no basta con tener buena memoria, y por eso *Fulmine* recibía de vez en cuando lecciones más bien duras.

Aunque nunca le había pasado lo que le pasó el sábado que jugó con Cino Biolchi.

Al cabo de cinco horas de juego se encontró sin una lira en el bolsillo mientras que al sentarse a la mesa tenía cinco mil liras.

Fulmine, ante aquel colosal desastre, se quedó como atontado y no conseguía hacerse a la idea de volver a su casa completamente pelado.

—¡El desquite! —resolló de golpe agarrando las cartas con manos temblorosas.

—¡Te he dado treinta mil desquites! —contestó Cino Biolchi—. Estoy cansado.

—Hagamos el desquite de los desquites, el bueno, así, si gano, recupero mis cinco mil liras.

—¿Y si pierdes? —preguntó Cino Biolchi.

Fulmine se secó la frente empapada de sudor.

—No tengo más dinero —musitó—. Pero me juego lo que quieras.

Biolchi se puso a reír:

—No digas tonterías: vuelve a casa y ponte a dormir.

—¡Quiero el desquite! —bramó *Fulmine*—. ¡Me juego lo que quieras! ¡Di!

Biolchi era un tipo bastante especial:

—Está bien, de acuerdo. Cinco mil liras contra tu voto. *Fulmine* le miró alelado:

—¿Mi voto? ¿Qué significa?

—Significa que si ganas te llevas las cinco mil liras. Si pierdes, te comprometes en dar tu voto, no a tu partido, sino a la lista que determinaré yo.

Fulmine no podía creer que Biolchi estuviera hablando en serio, aunque luego tuvo que convencerse.

Por otra parte lo tenía bien cogido: o eso o nada.

Biolchi puso debajo de la pizarrita un billete de cinco mil y alargó a *Fulmine* una hoja y una pluma estilográfica:

—Escribe: «El abajo firmante Antenore Cabazza se compromete bajo palabra de honor a votar el 7 de junio por la lista del…». Pon la fecha y la firma. El nombre del partido lo pondré yo a mi gusto cuando a mí me parezca.

Fulmine escribió lo que quedaba por escribir, luego miró sombrío a Biolchi:

—Pero es algo que queda entre tú y yo, y hasta el 7 de junio tendré derecho al desquite.

—De acuerdo.

Peppone estaba a punto de marcharse de la Casa del Pueblo cuando se le apareció *Fulmine*:

—Jefe, estoy arruinado. He jugado con Biolchi y lo he perdido todo.

—Peor para ti. Son asuntos que no me interesan.

—Sí que te interesan. He perdido el dinero y el voto.

Fulmine le explicó lo ocurrido y Peppone, al final, se puso a reír:

—Despreocúpate de ello: el voto es secreto. Cuando estés en la cabina votarás tu lista y nadie se enterará.

Fulmine meneó la cabezota.

—No se puede. He firmado el papel.

—¡Pero qué papel! No tiene ningún valor.

—He dado mi palabra de honor y nos hemos dado la mano. Yo soy un hombre de palabra. No soy un embustero.

Fulmine era un hipopótamo y no un lince. En lugar de cerebro tenía un motor de tractor agrícola, aunque los motores, pese a ser de acero y de hierro colado, también tienen su lógica implacable que nadie puede cambiar a no ser que se quiera romper el motor.

Peppone, buen conocedor de motores, se dio cuenta que el asunto era mucho más grave de lo que parecía a primera vista. *Fulmine* no faltaría nunca a su palabra.

—Está bien, *Fulmine*: mañana hablaremos de ello con calma.

—¿A qué hora?

—A las diez y treinta y cinco —respondió Peppone con rabia.

Y dijo «diez y treinta y cinco» por no decir «vete al infierno, tú y todos los desgraciados como tú»; pero a las diez y treinta y cinco minutos de la mañana siguiente apareció *Fulmine* en el taller diciendo:

—Son las diez treinta y cinco, jefe.

Fulmine evidentemente no había dormido y estaba a la espera, quieto allí al lado del yunque, con ojos llenos de cansancio y de susto. Lo primero que se le ocurrió a Peppone fue sacudir un martillazo en la cabezota de *Fulmine* y ésa era quizá la idea más lógica y sensata.

Pero el pobrecillo le dio pena y Peppone se limitó a tirar el martillo lejos.

—¡Eres un miserable! —gritó Peppone—. Merecerías que te echara del Partido a patadas. Pero están las elecciones de por medio y no podemos permitir que los adversarios exploten el asunto. Toma estas cinco mil liras: ve

a buscar a aquel marrano y haz que te devuelva el papel. Si se niega a excusarte del compromiso ven a avisarme.

Fulmine se metió en el bolsillo el billete de cinco mil y desapareció.

Antes de un cuarto de hora volvía a estar nuevamente ante Peppone.

—¿Y bien? —preguntó Peppone.

—No quiere.

Peppone se puso la chaqueta y el sombrero y salió a toda prisa del taller.

—Espérame aquí.

Biolchi recibió a Peppone muy cortésmente:

—¿En qué puedo servirle, señor alcalde?

—¡Déjate de alcaldes! Se trata de lo de aquel desgraciado de *Fulmine*: toma las cinco mil liras y rompe el compromiso. Ayer estaba borracho.

—No estaba borracho: estaba en el uso de todas sus facultades mentales. Fue él quien insistió. El pacto está claro: hasta el 7 de junio estoy a su disposición para el desquite.

—Biolchi —replicó Peppone—, si yo denuncio este sucio asunto a los carabineros, como mínimo vas a ser arrestado. De todos modos como no quiero que la cosa sea de dominio público, te advierto que si no devuelves el papel te emplastaré contra la pared como un cartel.

Biolchi soltó una risita:

—¿Y crees que yo no denunciaría la agresión a los carabineros? No te conviene, Peppone.

Peppone apretó los puños pero comprendió que Biolchi tenía la sartén por el mango:

—De acuerdo, Biolchi. Pero si no eres un granuja haz conmigo el desquite en vez de hacerlo con ese desgraciado de *Fulmine*.

Biolchi cerró la puerta de la salita, sacó del cajón una baraja de cartas y se sentó a la mesa.

Peppone se sentó enfrente.

Fue una escoba histórica, pero al final Peppone tuvo que sacar un billete de cinco mil liras y marcharse con el rabo entre las piernas.

Por la noche hubo reunión del estado mayor en la Casa del Pueblo; Peppone planteó la cuestión con la debida seriedad y concluyó:

—Aquel bellaco no es de ningún partido, pero está claramente en contra de nosotros. Tenemos que liquidar el asunto a la chita callando sin que trascienda para que nadie pueda burlarse. ¿Cómo podríamos arreglarlo?

—A cartas, seguro que no —murmuró *el Flaco*—. Biolchi con la escoba nos puede a todos. Intentemos negociar ofreciendo diez mil liras en lugar de

cinco mil.

Era tarde, pero de todos modos fueron a llamar a la puerta de Biolchi.

Biolchi estaba aún levantado y no parecía tener ningunas ganas de irse a la cama. Debía de haberle pasado algo.

—Biolchi —dijo con calma Peppone—, los negocios son los negocios. ¿Por qué no nos ponemos de acuerdo en el precio?

Biolchi se abrió de brazos desolado:

—Demasiado tarde. Acaba de marcharse Spiletti, que me ha ganado a la escoba quince mil liras y el compromiso de *Fulmine*.

Peppone pegó un salto:

—Biolchi, eres un bellaco: el acuerdo con *Fulmine* era que el asunto tenía que quedar entre tú y él.

—Precisamente —replicó agresivo Biolchi—. El asunto tenía que quedar entre nosotros y el primero en romper lo pactado ha sido el mismo *Fulmine* al meterte a ti de por medio. De modo que yo quedo a salvo si a mi vez he metido a otro. Pero me he jugado el papel con el compromiso por parte de Spiletti de que no divulgaría el asunto y que hasta el 7 de junio tiene que concederle el desquite a *Fulmine*.

¡Casi nada! El documento estaba en manos del jefe de los clericales. Se podía fácilmente imaginar cómo lo iba a explotar el maldito Spiletti.

Volvieron todos a la base donde estaba esperándole *Fulmine* con ansiedad.

—¡Hay poco que discutir! —exclamó Peppone—. Hay que adelantarse. Mañana por la mañana publicaremos el comunicado con la expulsión de *Fulmine*.

Fulmine miró a Peppone como si se tratara de un fenómeno:

—Jefe, ¿qué has dicho? —balbuceó.

—He dicho que desde este momento quedas expulsado del Partido por falta de dignidad. Y tu expulsión será con fecha atrasada de tres meses.

Peppone y sus secuaces estaban dispuestos a hacer frente al cataclismo que la indiscutible furia de *Fulmine* iba a desencadenar. En cambio no pasó nada; *Fulmine* se quedó pálido y luego se encogió de hombros:

—Tienes razón, jefe —suspiró con una voz que ni parecía la suya—. Haces bien en echarme como a un perro.

Sacó de la cartera el carnet del Partido y lo dejó con delicadeza encima del escritorio.

—¡No te echamos como a un perro! —exclamó Peppone—. ¡Hacemos ver que te echamos para parar el golpe a los clericales! Después de las elecciones

tú haces tu autocrítica y volvemos a aceptarte.

—Mi autocrítica la hago en seguida: soy un bestia —dijo tristemente *Fulmine*—. Y si soy una bestia ahora también lo seré después de las elecciones. Es inútil, pues, esperar que yo pueda cambiar.

Fulmine se marchó; antes de poder hablar, Peppone y los suyos tardaron un buen rato porque les había afectado la retirada tan desgarradora del pobre animalote.

—Vamos a preparar ahora el comunicado —dijo *el Flaco*—. Pero no lo saquemos mañana aún. A lo mejor Spiletti mantiene su palabra.

—¡No conoces a ese tipo! —replicó Peppone—. De todos modos vamos a hacer lo que dices.

Al día siguiente no pasó nada especial y parecía que todo iba a seguir en calma también durante las venticuatro horas siguientes: pero, al atardecer, llegó a la Casa del Pueblo la mujer de *Fulmine*.

Estaba alteradísima:

—¡Se ha vuelto loco! —sollozó—. Hace cuarenta y ocho horas que no come. No se mueve de la cama. No habla. No mira a nadie.

Peppone se fue a estudiar el inquietante fenómeno y al llegar junto a la cama en que estaba estirado *Fulmine* se encontró con una muda e inmóvil estatua de carne.

Le sacudió con brusquedad, le rogó, le insultó, sin conseguir sacarle ni una palabra. No consiguió hacerle desistir ni por un momento de su actitud de perfecta indiferencia por las cosas de este mundo.

Al cabo de un rato Peppone perdió la paciencia:

—¡Si te has vuelto loco, mañana por la mañana haré venir a los enfermeros del manicomio para que se hagan cargo de ti!

Fulmine dejó caer lentamente el brazo derecho y pescó algo del espacio que quedaba entre la cama y la pared.

Después miró a Peppone y sus ojos decían: «Si vienen los del manicomio los recibiré como es debido».

Fulmine sujetaba ahora en la mano un hacha, y Peppone comprendió perfectamente el mudo sentido de lo que pensaba.

Hizo salir a todos y al quedarse a solas con *Fulmine* le preguntó:

—A mí sí me lo puedes decir: ¿por qué te comportas así?

Fulmine hizo una señal negativa con la cabeza. Pero volvió a dejar en el suelo el hacha y abriendo el cajoncito de la mesilla de noche sacó una libreta

y un lápiz y empezó a escribir con dificultad.

Luego alargó la hoja a Peppone:

> *No puedo hablar porque le he hecho una promesa a la Virgen, que hasta que no recupere mi papel no hablaré, no comeré, no beberé, no me moveré, ni iré a hacer mis necesidades.*
> *Saludos.*
>
> ANTENORE CABAZZA

Peppone lo leyó, se metió la hoja en el bolsillo y luego llamó a la mujer y a las hijas de *Fulmine*.

—Orden de que nadie entre en esta habitación si él no llama. Orden de dejarlo tranquilo. No pasa nada grave: es un normal ataque de psicoanálisis. Es una especie de gripe moral que sólo precisa dieta y descanso.

Peppone volvió a ir a ver a *Fulmine* a la tarde siguiente:

—Sigue como ayer y como anteayer —le comunicó la mujer de *Fulmine*.

—Bien —respondió taciturno Peppone—. Todo en regla.

Lo mismo se repitió la tarde del cuarto día. Entonces Peppone, al salir de casa de *Fulmine*, se fue directo a la rectoría.

Don Camilo estaba sentado ante su escritorio y estaba leyendo una hoja grande manuscrita.

—Señor cura —dijo Peppone—, conoce la historia de un cretino que ha perdido jugando a la escoba su voto y que luego…

—No te molestes, la conozco —respondió don Camilo—. La estoy leyendo en esta hoja. Parece ser que alguien quiere hacer un cartel con ello.

—Ah, el señor Spiletti sigue siendo el mismo bellaco de siempre: él ha dado su palabra de honor de que hasta el día 7 no haría público el asunto y que concedería el desquite a la víctima.

—No sé nada de eso. Sé que el cartel resultará interesante sobre todo por la reproducción fotográfica de un documento autógrafo entregado por el protagonista del hecho.

Peppone se sacó del bolsillo la hoja arrancada de la libreta:

—Mire, padre, tendría que publicar también la reproducción de este otro documento autógrafo que el protagonista me ha entregado a mí. La historia resultará más completa e instructiva. Y más aún porque el protagonista, como mínimo, pronto la habrá diñado.

Peppone se marchó y don Camilo se quedó releyendo las palabras escritas en la hojita.

Spiletti llegó a la rectoría un cuarto de hora más tarde.

—Padre, ¿ha encontrado algo que no esté bien en mi boceto?

—No. Lo malo es que hace diez minutos *Fulmine* ha estado aquí para pedir el desquite.

—¿El desquite? —gritó Spiletti—. No pienso concedérselo. Me va de perillas este cartel y no estoy dispuesto a tener que renunciar.

—Lo entiendo, pero lo pactado…

—¿Lo pactado? ¿Tenemos que preocupamos en mantener lo pactado con gente que hace de la traición y la mentira su normal arma ofensiva?

—De acuerdo, querido Spiletti: tiene usted cien mil razones. Lo que pasa es que si *Fulmine* ya preocupa cuando está normal, ahora que se ha vuelto medio loco mucho más. Si le niega el desquite es capaz de triturarle. La propaganda es algo importante pero el pellejo es aún más importante.

Spiletti se lo pensó y admitió que don Camilo no andaba desencaminado.

—Jugar, puedo jugar: pero ¿y si pierdo?

—No hay por qué perder, Spiletti. Si usted le ha ganado a la escoba a Cino Biolchi, seguro que ganará fácilmente a aquel animalote de *Fulmine*.

Spiletti meneó la cabeza:

—Yo nunca he conseguido ganar a Cino Biolchi y el documento no se lo gané, me lo regaló. Y él ha hecho la comedia para librarse de Peppone. Padre, ¿por qué no juega usted por mí? Puedo decir que yo le he pasado el documento a usted, que el documento es ahora suyo. Seguro que con usted *Fulmine* no tiene nada que hacer.

Don Camilo era el Giuseppe Verdi de la escoba. Se rió:

—Si juega conmigo, le hago polvo. Ni siquiera le voy a dejar levantar la voz a ese desdichado. ¡Spiletti, vamos a ganar!

Al día siguiente don Camilo se fue a buscar a Peppone.

—El documento está ahora en mis manos: si tu ayunador lo quiere recuperar tiene que ganarlo jugando conmigo. Si acepta ahora el desquite, bien; si no, haré uso inmediatamente del documento.

Peppone le miró indignado:

—Un desgraciado que hace una semana que no come, ¿cómo va a poder jugar a la escoba con usted?

—Tú eres tan desgraciado como él, pero comes normalmente: la juego contigo, si quieres.

—¡Ojalá!

—Aceptado: cinco mil liras contra el documento.

Peppone se sacó del bolsillo un billete de cinco mil y lo puso encima de la mesa. Don Camilo depositó encima del billete el «documento».

Fue una partida dura que perdió Peppone.

Don Camilo se metió en el bolsillo el billete de cinco mil y preguntó:

—¿Te has convencido o quieres el desquite?

Peppone se sacó del bolsillo otro billete de cinco mil.

Volvió a ponerse a jugar como un perro rabioso. Para compensar don Camilo jugó como dos perros, pero esta vez ganó Peppone.

—Aquí tienes el papel de *Fulmine*, compañero —dijo don Camilo—. Yo me contento con tu papel de cinco mil.

Hacía ya un cuarto de hora que Peppone estaba presenciando la comida de liberación de *Fulmine* cuando apareció don Camilo.

—*Fulmine* —dijo don Camilo—. Perdiste cinco mil liras con Biolchi, ¿verdad?

—Sí —musitó *Fulmine*.

—Aquí tienes tus cinco mil liras. Es la divina providencia quien te las manda. Acuérdate cuando vayas a dar tu voto. No votes contra los enemigos de Dios.

—Sí, ya lo sé: también esto era parte de la promesa —explicó el infeliz *Fulmine*.

Peppone salió y esperó a don Camilo fuera:

—Señor cura, ¡es usted el ser más pérfido del universo: hace quedar bien a la divina providencia con mi dinero!

—¡Los caminos de la divina providencia son infinitos, compañero! —suspiró don Camilo, alzando los ojos al cielo.

EL HISTÓRICO DISCURSO



—Para el mitin del día veintiséis hay que estudiar algo especial —dijo con voz grave Peppone.

El Pardo, el Brusco y *el Flaco* le miraron bastante perplejos, pero Peppone los iluminó.

—Hemos conseguido que el último acto electoral sea el nuestro —dijo—. Hablar los últimos es una ventaja porque nadie puede contradecirte. Pero hay que hablar bien. No podemos solventar la papeleta con una de las acostumbradas arengas. Y tampoco podemos llamar a un orador de fuera. Es un asunto local y hemos de arreglárnoslas solos. Hay que preparar un gran discurso. Un discurso histórico.

El estado mayor se tranquilizó: sólo se trataba de eso, no había por qué preocuparse.

—¡Jefe, eso está hecho! —exclamó alegremente *el Flaco*—. ¡Te quedarás con ellos!

Peppone meneó la cabeza:

—¡Un discurso de este género no es ninguna broma! —masculló—. Hace falta un discurso especial: nada de temas políticos, sólo temas administrativos. Obras realizadas y sobre todo obras por realizar. ¡Es decir, hechos! En política los hechos son los hechos, aunque estén por realizar. Con tal de que se trate de cosas concretas. Prometer la justicia social es una cosa, prometer un lavadero público es otra cosa. La teoría sirve sólo para las elecciones nacionales. Para las elecciones municipales hay que limitarse al campo práctico. No es nada fácil montar un discurso histórico sobre estos temas.

El Flaco hizo una observación para decir que no estaba de acuerdo: si uno sabe lo que quiere decir, todo se vuelve fácil.

—Fácil… ¡un cuerno! —añadió Peppone—. Cuando se hace un discurso histórico no basta con saber lo que se tiene que decir, también hay que saber decir lo que se quiere decir. Los discursos históricos no se improvisan: hay que estudiarlos y escribirlos calibrando bien cada palabra. En los discursos históricos cada palabra tiene su peso y tiene que ser la adecuada. Por eso no basta con saber las palabras, hay que conocer también su significado. Y por eso hay que trabajar con el diccionario a mano.

—¡Jefe, tú tienes diccionario, lo puedes hacer! —exclamó *el Flaco*.

—¡No basta con tener diccionario! —gritó Peppone—. Además del diccionario hace falta absoluta tranquilidad. Es por esto que os he llamado aquí. Hasta que no haya escrito el discurso no voy a estar para nadie. Aunque saltara por los aires la Casa del Pueblo, aunque llegara Togliatti, aunque estallara la revolución, nadie ha de venir a molestarme. Nadie tiene que romperme el hilo del discurso. ¿Me he explicado?

Le habían entendido perfectamente.

—Jefe —dijo *el Flaco*—, aunque tuviésemos que poner metralletas delante de tu casa, no permitiremos que nadie te importune. Nosotros nos ocuparemos de todo.

Ésta es la explicación de por qué Peppone desapareció de repente de la circulación.

Así pues, de repente, cuando el ambiente empezaba a caldearse más porque se acercaba el día de las elecciones, justo cuando los adversarios de los rojos enseñaban las uñas y cuando más útil hubiera sido la presencia de Peppone para contener las ínfulas de los reaccionarios, Peppone desapareció.

¿Enfermo? ¿De misión? ¿Escapado? ¿Depurado?

El taller estaba silencioso y encima de la puerta metálica bajada había un cartel pegado que ponía sencillamente lo que todos sabían: *Cerrado*.

Las puertas y ventanas de la casa de Peppone estaban cerradas: los hijos de Peppone estaban viviendo en casa de la abuela, pero si se les preguntaba dónde estaba su padre o qué estaba haciendo, no se conseguía sacarles absolutamente nada.

También había desaparecido la mujer de Peppone.

Don Camilo mandó por todas partes a enterarse a todos sus sabuesos, puso en pie de guerra a todas las viejas del pueblo.

Se fue él mismo a hacer averiguaciones llegándose hasta la mismísima puerta de la casa de Peppone: pero el misterio seguía siendo inviolable.

Aunque una situación de ese género, en un pueblo en donde desde siglos se sabía todo de todos, no podía durar demasiado.

Así llegó a la rectoría la primera noticia: la casa de Peppone no estaba vacía. La mujer de Peppone estaba en casa: la habían visto por una ventana.

Después se descubrió que *el Flaco*, cada noche, iba con un grueso fardo a casa de Peppone y volvía con las manos vacías.

Se intensificó la vigilancia: *el Flaco* fue vigilado y se descubrió que cada mañana iba a Castelletto a comprar vituallas.

Se comprobó que la cantidad de vituallas justificaba largamente la presencia de dos con buen saque en la casa del misterio.

Cuando después se comprobó que *el Flaco* también compraba cada día puros toscanos se llegó a la conclusión que, si de los dos de buen saque, una era la mujer de Peppone, el otro tenía que ser a la fuerza Peppone.

Se pusieron agentes provocadores pisándole los talones al *Flaco*; una noche, *el Flaco* se dejó atiborrar de vino lambrusco y cayó en la añagaza.

Se pasó distraídamente a hablar de política y alguien hizo la observación que le extrañaba la desaparición de Peppone.

El compadre se rió sarcástico y aseguró que aquello no tenía nada de extraño.

—No es más que miedo por anticipado —dijo el compadre—. Está tan seguro de perder que ni tiene el valor de dejarse ver.

—¡Ya os daréis cuenta cuando oigáis el discurso que está escribiendo! —respondió el lambrusco que había dentro del estómago del *Flaco*.

Don Camilo lo supo al cabo de cinco minutos, pero no le dio ninguna importancia al asunto:

—¿Eso es todo? —masculló—. No vale la pena ni hablar de ello.

Y no se volvió a hablar. Aunque la misma noche un desconocido se fue a escribir con alquitrán en la pared de la casa de Peppone:

> “ *Aquí yace el compañero Giuseppe Bottazzi que, en gran recogimiento, está escribiendo el histórico discurso de clausura. Habrá que ver si, después de haberlo escrito, lo sabrá leer.*

Naturalmente, por culpa del desconsiderado epigrafista, un asunto que —según la serena opinión de don Camilo— no merecía en absoluto ninguna mención, se convirtió en el tema principal de todas las habladurías de las lenguas sacrílegas.

Lenguas que afortunadamente en la Tierra Baja no son muy numerosas: considerando que cada habitante del pueblo sólo tiene una y no seis o siete como podría parecer por la cantidad de chafarderías que circulan.

Desconocedor de todo lo que pasaba en el exterior, Peppone seguía impertérrito escribiendo su histórico discurso.

Su mujer, fidelísima y calladísima, circulaba sigilosamente por la casa silenciosa, en zapatillas para no romper el hilo del histórico discurso.

Peppone no había sudado tanto en toda su vida. Sudó más que si hubiera hecho toda una verja de hierro forjado de cuarenta metros, con su puerta de entrada.

Pero era mucho lo que se jugaba: los otros querían conquistar el Ayuntamiento a toda costa, mientras que para Peppone y sus compañeros se trataba de hacerse elegir por tercera vez.

Y por eso, al tener que sopesar cada palabra y limar cada frase, acabó por resultar la labor más ardua y larga de lo que Peppone se había pensado y hasta la mañana del viernes no quedó terminado el histórico discurso que Peppone tenía que leer el sábado por la tarde.

Sucedió entonces, en cierto sentido, que la previsión del epigrafista había sido acertada: Peppone no podía leer lo que había garabateado en aquella pila de hojas.

Aunque también eso estaba previsto. *El Flaco* estaba allí esperando desde hacía dos días: tras hacérsele entrega del precioso manuscrito, se montó en la moto y salió disparado hacia la ciudad en donde una compañera mecanógrafa de toda confianza pasaría a máquina el mamotreto. Con copia, naturalmente.

Una para Peppone y otra para la Historia.

Era ya muy tarde y don Camilo estaba a punto de irse a la cama cuando llegó la vieja Carolina, una mujer pobre que rondaba recogiendo leña y pan enmohecido.

Llevaba un sobre grande que le entregó:

—Lo he encontrado a orillas del canal, cerca de la Pioppazza —explicó—. Está lleno de papeles. A lo mejor se trata de algo importante: mire de anunciarlo en la iglesia para ver quién lo ha perdido.

La vieja se fue y don Camilo, abriendo el sobre, echó una ojeada a los papeles.

Pegó un salto.

Tenía en sus manos el histórico discurso de Peppone: original y dos copias mecanografiadas.

Mientras, *el Flaco*, sentado bajo un chopo, a orillas del río, pensaba en la muerte.

Había perdido el sobre con el discurso. Se le había caído del bolsillo de la cazadora, mientras volvía en moto a todo gas.

El Flaco había vuelto a recorrer dos veces el camino buscándolo en vano como un loco y por fin se había refugiado a orillas del río.

«Si me presento con las manos vacías, el jefe me mata», no dejaba de repetirse *el Flaco*.

Y la verdad es que no andaba equivocado.

Peppone pasó una noche infernal: al ver que *el Flaco* tardaba había telefoneado a la ciudad y la mecanógrafa le había explicado que hacía cuatro horas que *el Flaco* había salido con los pliegos.

Entonces había llamado al estado mayor e inmediatamente se organizó un servicio de búsqueda.

A las cuatro de la mañana aún no se sabía nada del *Flaco*, y Peppone, que hasta entonces no había cesado de pasearse arriba y abajo furioso por el zaguán de su casa, se desmoronó.

Dijo: «¡Traición!», y se dejó llevar a la cama en la que se sumió en el más profundo sueño, con una fiebre de caballo.

El Flaco dio señales de vida a eso de las nueve. *El Pardo* se lo encontró, sin saberse a ciencia cierta cómo, en casa, y en cuanto supo que el sobre había desaparecido se sintió desfallecer.

Miró desconcertado *al Flaco* y le dijo:

—Te conviene emigrar a Venezuela.

Se repitieron las directrices a los equipos: que siguieran las pesquisas. Aunque ahora no se trataba de encontrar *al Flaco*, sino un sobre amarillo de tales características y perdido en tales circunstancias por *el Flaco*.

Semejante maniobra con tamaño despliegue de fuerzas no podía pasar desapercibida. La gente observó, indagó, preguntó, chafardeó, relacionó las palabras con los hechos y, por la tarde, pudo sacar conclusiones: el texto del famoso discurso de Peppone se había perdido y por eso, por la tarde, Peppone iba a encontrarse en serias dificultades.

Eso significaba que por la tarde el pueblo entero iba a estar en la plaza.

Iban a estar todos, hasta los enfermos, porque nadie quería perderse el espectáculo.

El mitin era a las nueve de la noche, pero a las ocho y media la plaza ya estaba atestada de gente.

Entonces fue cuando los hombres de Peppone se dieron ánimos y despertaron a Peppone.

Costó lo suyo hacer que abriera los ojos: Peppone tenía aún mucha fiebre y apenas podía mantener abiertos los párpados.

Le explicaron que la gente estaba esperando en la plaza, que había que decidir algo.

—*¿El Flaco?* —preguntó con voz ausente Peppone.

—Se le ha encontrado —le contestó *el Pardo*.

—¿El discurso? —resolló Peppone.

—Perdido —respondió *el Pardo* después de haber dado prudentemente tres pasos atrás.

Aunque no hacía falta: Peppone estaba derrumbado. Peppone estaba hecho un guiñapo.

Se limitó simplemente a volver a cerrar los ojos y suspirar.

—Jefe, ¿qué hacemos? —le apuró *el Pardo* angustiado.

—Iros todos al infierno —respondió como en sueños Peppone.

—¿Y la gente? ¿Y el Partido?

—Al infierno también la gente, y también el Partido —comunicó sosegadamente Peppone.

Era la catástrofe, los del estado mayor se miraron angustiados.

—No se puede hacer nada más —concluyó *el Pardo*—. Tan sólo nos resta explicar a la gente que el mitin queda suspendido porque el orador está enfermo.

Justo en aquel momento apareció don Camilo.

Don Camilo no se esperaba evidentemente encontrarse a Peppone en aquel estado y se quedó mirando perplejo el guiñapo que yacía en la cama.

No dijo nada, ni rozó la cama, pero al cabo de unos instantes Peppone abrió un ojo.

Después abrió también el otro.

—Aún no ha llegado el momento de los santos óleos —reguñó Peppone.

—Lo siento —respondió don Camilo.

—Ya puede irse, no le necesito para nada —añadió Peppone.

—¡Tú siempre me necesitas, compañero! —exclamó don Camilo. Y sacándose de la faltriquera un sobre grande amarillo, lo tiró encima de la cama.

Peppone alargó la mano, cogió el sobre, sacó el contenido y lo miró.

—Compruébalo bien, compañero —dijo riéndose don Camilo—. Está todo: manuscrito y copias. Recuerda que «imprescindible» se escribe con «m» y dale las gracias al párroco.

Peppone lentamente volvió a meter las hojas en el sobre, se incorporó con visible esfuerzo, se sentó en la cama, miró a los ojos a don Camilo, apretó las mandíbulas y luego profirió con voz dura:

—¡Prefiero no tener que darle las gracias!

Peppone tenía dos manazas tan grandes como dos palas: de un solo golpe partió el sobre por la mitad con lo que contenía y luego, como preso de una furia imprevista, rompió a pedacitos las dos mitades y con los restos del pliego hizo una bola que tiró por la ventana.

Luego, de un salto, bajó de la cama.

Eran las nueve en punto y la gente de la plaza estaba empezando a murmurar cuando en el estrado apareció Peppone.

Ya no tenía fiebre.

O mejor dicho: había cambiado el tipo de fiebre, se notó en cuanto se le oyó decir: «¡Ciudadanos!».

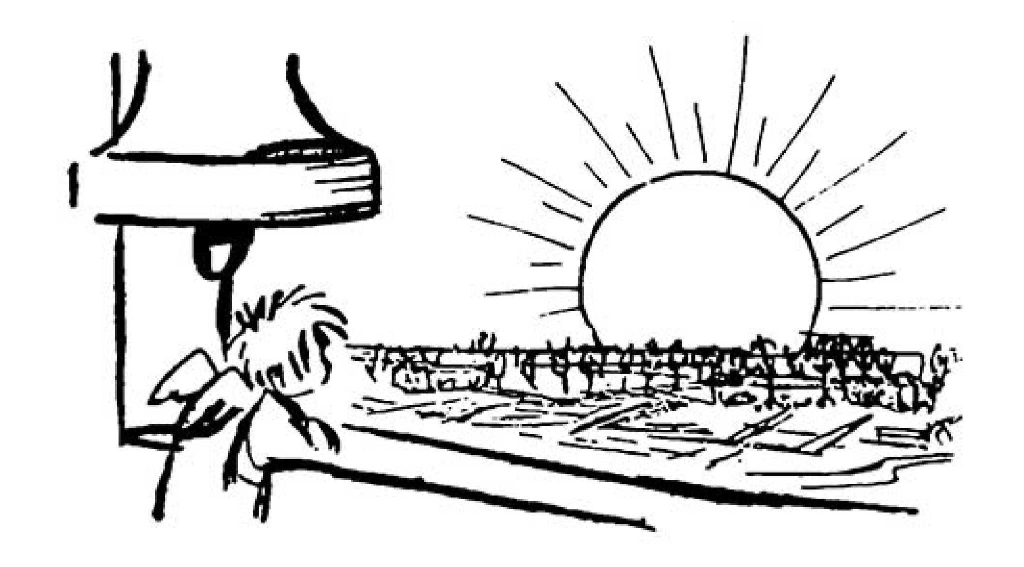
La gente se calló y Peppone empezó a hablar.

Improvisó: dijo mil veces «pudemos» en lugar de «podemos». Dijo «a mi parece» en lugar de «me parece», hizo alusión a la «némesis histórica» y a la «némesis geográfica»; pero se notaba que las palabras incorrectas salían de un corazón que no le cabía en el pecho y, al final, hasta los menos predispuestos tuvieron que reconocer: «Es una buena persona».

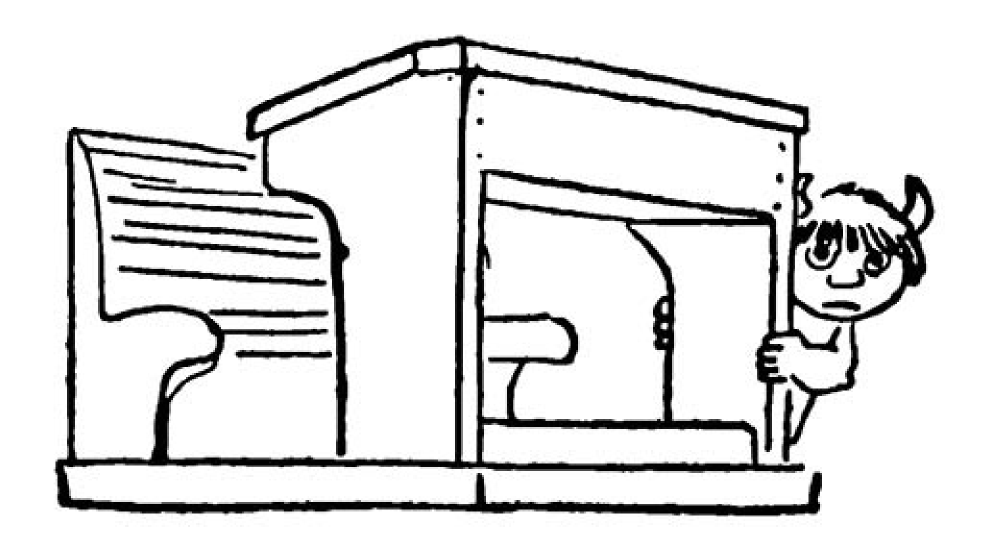
Así *el Flaco* no tuvo que emigrar a Venezuela y Peppone fue reelegido alcalde sin tener que agradecerle nada a don Camilo, teniendo que estar reconocido sólo a la divina providencia que le había impedido pronunciar un discurso histórico, pero cretino.

Y don Camilo, en el fondo, no se sintió demasiado preocupado porque sabía que a menudo en política se puede esperar mucho más de los enemigos que de los amigos.

VERANO



NOCHE DE JUNIO



Tras remontar la cortina negra de los álamos, la luna había cruzado el río, dejando en el agua una estela de destellos dorados, y ahora se levantaba lentamente en el límpido cielo.

Ascendía sin prisas porque tenía que contar, uno por uno, los montoncitos de gavillas de mieses esparcidos en los campos recién segados, y tenía que marcar cada montón con su pincelada de sombra negra.

Desde la ventana del cuarto de estar que daba al huerto, don Camilo contemplaba el espectáculo que desde el punto de vista de dirección e interpretación era impecable aquel año, aunque le producía una cierta morriña porque así como antaño el trigo lo significaba todo, ahora significaba bien poco o casi nada.

Reducir el cultivo de cereales. Cambiar de cultivo. La economía nacional estaba descompensada por la excesiva producción de cereales. Había demasiados excedentes: esto es lo que ponían los periódicos y lo que explicaban los oradores en los mítines.

Pero los viejos lugareños de la Tierra Baja que se habían afanado durante treinta años para aumentar la producción de trigo de ocho a quince y hasta veinte quintales por fanega, se negaban a creer a los técnicos y a los políticos, y seguían testarudos sembrando trigo.

Hierba en lugar de trigo. Carne en lugar de trigo. Saquen a los animales de los establos insanos y que dan tanto trabajo. Dejen de cultivar maíz. Reduzcan el cultivo de tomates. Reduzcan las acelgas. Saquen los olmos y los álamos de sus hileras. Arranquen las cepas. Acepten las máquinas. Tenemos demasiado vino. Tenemos demasiado azúcar. Tenemos demasiado concentrado de tomate. Tenemos demasiado queso. Tenemos demasiados cerdos. O más bien tenemos pocos cerdos, pero tenemos demasiada mantequilla hasta el momento en que dejemos de tener poca mantequilla.

El mercado exterior tiene demanda de fruta y hortalizas de calidad: más que calidad, la mercancía ha de tener buena presentación. Supriman los corrales de gallinas y críen las aves en batería. Utilicen los piensos compuestos, los forrajes, los abonos químicos, los desherbicidas, los desinfectantes. Envenenen la tierra y las plantas.

Corten los setos. Los chopos van bien porque si esperan diez años y luego venden los chopos, al echar cuentas verán que en lugar de diez veces diez mil, cada fanega les habrá reportado diez veces ochenta o noventa mil.

Los viejos lugareños de la Tierra Baja no tenían tiempo para esperar diez años y estaban acostumbrados a echar cuentas cada año, a la liquidación de la leche, y por eso insistían en sembrar trigo.

Y algunos, más viejos y testarudos, aún sembraban maíz y plantaban todavía garbanzos en medio del maíz.

Don Camilo, al pensar en los garbanzos, se acordó de los días ya lejanos de su infancia y le vino el gusto del sabor acídulo de la pela de los garbanzos, y en las manos y en las mejillas la rústica caricia de las plantitas aún tiernas recién arrancadas de la tierra árida y agrietada de los maizales.

Con el recuerdo de las endrinas recién cogidas, entre verdes y negro azuladas, se le hizo la boca agua.

Suspiró, cerró la ventana y encendió la luz.

A pesar de la oscuridad, había entrado en la salita de estar un maldito mosquito gigante. Se acordó de cuando su padre, antes de irse a la cama, en las noches de verano, inspeccionaba la pared blanqueada con cal del cuarto de los chiquillos: centímetro a centímetro a la luz de la vela.

Los mosquitos gigantes o las típulas son infernales y estúpidos a la vez: no podréis capturarlos jamás empleando la fuerza, y si —después de haberos dado manotazos en la frente, en las mejillas o en el cuello dos mil veces— conseguís darle a uno de esos mosquitos gigantes o típulas, hay que creer casi en un milagro.

El sistema consiste en cogerlos por la espalda, por detrás. Cuando se posan en la pared, hay que acercarse cuidadosamente para poner la llama detrás suyo: en cuanto sienten el calor, dan un salto hacia atrás y se queman.

El sistema funciona como si esos mosquitos fueran absorbidos por la llama: quizá es así porque, por una cuestión técnica, sólo pueden efectuar un determinado tipo de despegue. Lo cierto es que si se les coge justo de espalda, por detrás, es cuando se los atrapa.

Don Camilo no tenía sueño aquella noche, por lo que, sentándose delante de la chimenea apagada, se puso a repasar el periódico.

Siguió así durante media hora hasta que de repente prestó atención: *Ful* gruñía.

Un gruñido bajito, casi un lamento.

Don Camilo apagó la luz, salió de la salita y caminando despacio y cautelosamente atravesó el zaguán hasta llegar a la puerta que daba al patinillo del horno y ahí se paró.

Se había deslizado como una sombra, pero aun así *Ful* le oyó y gruñó algo más fuerte y lamentoso. Luego, con la pata rascó la puerta.

Ful era un perro como es debido y ni aun apuntándole en la nuca con una metralleta consentiría en tenderle una trampa a su amo: don Camilo no vaciló ni por un momento, giró la manecilla del interruptor de la luz y entreabrió la hoja de la puerta.

El perro estaba solo, pero no entró: se paró en el quicio, ladró quedamente, luego le dio la espalda a don Camilo y se dirigió hacia la entrada de la leñera. Al llegar al centro del patinillo, se paró, se volvió y entonces don Camilo salió y lo siguió.

Ful le llevó hasta la puerta de la leñera y gruñó. Don Camilo encendió la linterna y abrió la puerta de par en par. La luz de la linterna hizo brillar algo en un rincón del cuarto y, tal como vio inmediatamente después, se trataba de dos ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —gritó don Camilo.

Ful intentó explicar la situación, pero al ver que don Camilo avanzaba amenazador hacia el poseedor de los ojos anegados en lágrimas, de un salto se plantó en el rincón y poniéndose de cara gruñó enseñando los dientes a don Camilo.

Si se comportaba así con el amo, *Ful* debería de tener sus buenas razones y por eso don Camilo cesó su marcha:

—Está bien —refunfuñó—. Sígueme, hablaremos en casa.

La explicación tuvo lugar en el cuarto de estar, en presencia de *Ful*. El portador de los ojos llorosos tenía exactamente diez años, seis meses y dos días, y don Camilo lo recordaba perfectamente y no por haber bautizado él a aquel trasto, sino porque se había tratado de un bautismo totalmente excepcional.

—Deja de llorar y habla —intimidó don Camilo al chiquillo—. ¿Qué ha pasado?

—La semana pasada —balbuceó el crío cabizbajo— pasé el examen de ingreso de bachillerato en la ciudad… Esta mañana he ido a buscar el resultado…

El infeliz rompió a sollozar: *Ful* miró hacia arriba, a don Camilo, y gruñó enseñándole los dientes.

Don Camilo saltó:

—Tú —gritó volviéndose a *Ful*—, en lugar de montar tanto teatro tenías que haber cumplido con tu deber impidiendo que entrara en la leñera.

—Yo soy un perro, pero no tan perro como para echar a un amigo que viene a pedir auxilio en un momento difícil —respondió *Ful* a su manera—. No se puede dar con la puerta en las narices a un niño.

—¡Eso no es un hiño! —replicó don Camilo—. ¡Es el hijo del alcalde y yo no quiero problemas con aquel desgraciado!

—Si lo aceptaste en la iglesia para bautizarlo, bien lo podrás aceptar en tu casa ahora que está bautizado —determinó *Ful* con rígida lógica canina.

El chiquillo se había calmado un poco y don Camilo prosiguió el interrogatorio:

—Has ido a buscar el resultado del examen. Te has ido con el coche de línea esta mañana: ¿por qué no has vuelto a mediodía?

—He vuelto a pie —susurró el muchacho—. Hace media hora que he llegado y me he venido aquí.

—¿Y por qué precisamente aquí y no a otra parte?

—Quería entrar en la iglesia, pero estaba cerrada…

—¡No faltaría más! —voceó don Camilo—. La iglesia no es ningún hotel. ¿Pero no era más sencillo haberte ido a casa en lugar de venir aquí?

—No podía —contestó el chiquillo volviendo a ponerse a llorar desesperado—. Me han suspendido en lengua y en historia…

Ful miró interrogativo a don Camilo:

—¿Es grave? —susurró.

—¡Qué va a ser grave! —arguyó perdiendo la paciencia don Camilo—. Sólo le han cateado dos asignaturas que tendrá que repetir en octubre.

Por otra parte el niño debía de tener un hambre tremenda si había salido de su casa a las siete de la mañana. Don Camilo se fue a husmear en el aparador y sacó pan, queso y un trozo de salchichón y lo puso delante del infeliz:

—Come y olvídate de todo —le dijo.

El gesto generoso de don Camilo le gustó mucho a *Ful*, que se puso a ladrar alegremente y acompañó moralmente al amigo ayudándole a deshacerse de la piel del salchichón y de la corteza del queso.

También recibió el niño medio vaso de vino que le animó un poco.

—No sé qué tienen en el coco estos chicos de hoy día —exclamó don Camilo cuando el infeliz hubo recobrado su color natural—. Se presentan a un examen dificilísimo como es el de ingreso de bachillerato, salen magníficamente teniendo que repetir sólo dos pequeños exámenes en octubre, y en lugar de dar saltos de alegría, arman una tragedia. Ahora deja de hacer el mochales y vete a casa.

—¡No puedo! —gritó angustiado el chico.

—¿Por qué?

—Mi papá…

—¡Tu padre, por más alcalde y jefe de los comunistas que sea, bien tendrá algo de razonamiento!

El chiquillo meneó la cabeza.

—Mi papá ha dicho siempre que el hijo del primer ciudadano tiene que ser el primero de los colegiales. En cambio…

—¡Ahí está la equivocación! —voceó don Camilo—. Tú no eres el hijo del primer ciudadano, sino del primer imbécil del Ayuntamiento y eso lo explica todo… De todos modos, cálmate. Métete en la cama: en el primer cuartito de la izquierda lo encontrarás todo dispuesto. Mañana por la mañana ya iré yo a hablar con tu padre.

El niño se puso en marcha: *Ful* le siguió y, al llegar a la puerta del zaguán, se paró y se volvió:

—Sí —masculló don Camilo—. Ya te he entendido. En consideración del caso excepcional tú también puedes subir.

Eran ya casi las once de la noche y don Camilo, tras sacar los restos de comida y ordenar el cuarto de estar, decidió irse a dormir. Pero no pudo porque alguien llamó a la puerta. Naturalmente era Peppone.

Peppone estaba sombrío:

—Señor cura, espero que en un momento como éste consiga olvidar sus tendencias políticas y recordar que es un cura.

—¿De qué clase de momento se trata? —se informó don Camilo encendiendo un medio toscano.

—Mi hijo pequeño falta de casa desde las seis de la mañana. He visto como subía al coche de línea y después no se ha vuelto a saber nada de él. Hemos buscado como locos por todas partes y ya no sabemos dónde recurrir.

Don Camilo se encogió de hombros:

—¿Se ha ido con el autobús que va a la ciudad?

—Sí. Le han visto apearse en la ciudad.

—¿No había ido los días pasados a presentarse al examen de ingreso de bachillerato?

—Sí.

—Entonces es fácil de imaginar lo que ha pasado —explicó con descarada indiferencia don Camilo—. Habrá ido a buscar las notas del examen. Y como es hijo de un cabezón lleno de serrín, le habrán suspendido y, tal como se lee continuamente en la prensa, se habrá escapado a cualquier sitio. Esto pasa cuando los niños tienen un padre violento que los aterroriza.

Peppone pegó un salto:

—¿Aterrorizarlo yo? ¡Si jamás le he reñido! —gritó exasperado.

—¿Ah, no? ¿Y eso del hijo del primer ciudadano que tiene que ser el primer escolar del municipio?

Peppone se puso lívido:

—Yo —balbuceó— le decía eso… en parte en broma y en parte para estimularle…

—Los niños no entienden las chanzas —determinó don Camilo abriendo los brazos—. Hay que ir con cuidado con las palabras. Al hablar con su hijo, un padre que tenga la desgracia de ser comunista tiene que sustraer por un momento su cerebro del fregado del Partido e intentar razonar como un ser normal… Pero ya es demasiado tarde. Hasta podría ser que el pobrecillo se haya lanzado al Po o al tren…

Peppone se desplomó en la otomana; don Camilo temió por un momento haber exagerado demasiado.

—También podría ser —continuó apresuradamente— que esté en el pueblo, escondido en casa de alguien.

—¿Dónde? —gritó Peppone—. ¿Dónde, si he hecho buscar en todas las casas del pueblo, una por una? Padre, ¿por qué en lugar de atormentarme no me ayuda a buscarlo?

—Por la sencilla razón de que ya lo he encontrado —explicó don Camilo.

—¡Padre, deme algo de beber que estoy sin aliento! —resolló Peppone.

Don Camilo le alargó vergonzosamente la jarra de agua que había en la mesa.

—No —volvió a resollar Peppone—. ¡Algo de beber!…

Don Camilo se levantó a regañadientes y se fue al aparador:

—¡No entiendo —protestó— por qué tengo que gastar una botella de mi último lambrusco por el hecho de que el hijo de un condenado comunista tenga que volver a presentarse para repetir en octubre!

—¡Repetir! ¿No suspendido? —se informó.

—Repetir el examen de unas asignaturas en octubre.

—¿Cuántas asignaturas?

—Dos.

—¿Importantes?

—No. Italiano, que no le sirve para nada porque es hijo de uno que trabaja para los rusos. Historia, que aún le sirve menos porque es hijo de uno que, por ser comunista, se fabrica la historia según las directrices del Partido.

Peppone no tenía ganas de entrar en polémicas.

—Es de esperar que no se lo tome a la tremenda —dijo—. No quisiera que no levantara cabeza de los libros y que enfermara.

—Ya me encargaré yo de convencerle que se tome las cosas con calma —le tranquilizó don Camilo.

—Que Dios me proteja —comentó Peppone.

—Ya lo ha hecho —afirmó categórico don Camilo.

Y don Camilo le dejó marchar y vio que se perdía entre los campos.

DIARIO DE UN PÁRROCO RURAL



*E*l *Brusco* miró la pared y luego se encogió de hombros.

—¿Y bien? —inquirió don Camilo.

—No sé —respondió *el Brusco*.

—¡Si un maestro de obras no sabe si se puede o no abrir una puerta en una pared es preferible que cambie de oficio! —exclamó don Camilo.

—Se trata de una pared más vieja que Matusalén —aclaró *el Brusco*—. Y las paredes viejas te juegan malas pasadas. Si no me deja que antes saque el revoque y haga una prueba no puedo decirle si se puede o no.

Don Camilo le dijo al *Brusco* que hiciera la prueba.

—Ten presente que estás en una sacristía —le recordó—. Intenta trabajar con cuidado y ensuciar lo menos posible.

El Brusco sacó un martillo y un escoplo de la caja y empezó a picar la pared.

—Mal asunto, padre —murmuró al cabo de dos o tres martillazos—. El revoque es de cal buena, pero la pared es de piedras y tierra. Si fuera de ladrillo bastaría con hacer un boquete para empotrar el dintel de hormigón armado y cortar luego los laterales para las jambas. Pero así no va a poderse.

Don Camilo se hizo pasar el martillo y repicó el revoque en otro punto, pero también ahí topó en seguida con una mampostería de piedras con

argamasa.

—¡Increíble! —exclamó—. Fuera, todas las paredes de la iglesia son de ladrillo. ¿Será posible que hayan hecho con piedras la pared del interior?

El Brusco abrió los brazos.

—Pueden haber hecho de ladrillo los pilares y una capa exterior y luego haberlo rellenado de piedras —dijo—. De todos modos vamos a probar con calma, hagamos una prueba perforando un poco.

Con un grueso clavo empezó a sacar tierra de alrededor de la piedra que había dejado al descubierto y pronto pudo sacarla. Rascó la tierra que había detrás de la piedra extraída y apareció otra. *El Brusco* picó alrededor de la misma y, de repente, la piedra desapareció.

—Detrás de la pared de piedras no hay nada, está vacío —explicó *el Brusco*—. Es algo que no entiendo. Como mínimo las piedras deberían apoyarse en la pared de ladrillo.

El Brusco miró el techo, que no era de bóveda, sino que estaba sostenido por unas robustas vigas de roble, y las tres enormes jácenas se apoyaban por un lado en la pared de piedras.

El Brusco meneó la cabeza y, sacándose del bolsillo el metro, midió la distancia entre la pared de piedras y la pared de enfrente.

Luego, con una escalera de mano, subió al altillo que había encima de la sacristía, al que se accedía por una trampilla. Don Camilo le siguió. Al llegar arriba, *el Brusco* midió el suelo del altillo entre las dos paredes opuestas y comprobó que tenía un metro veinte más de lo que había medido abajo.

Entonces acercándose a la pared del lado que daba al exterior, allí donde la vertiente del tejado tocaba casi el suelo, sacó un par de ladrillos del suelo y, encendiendo una cerilla, miró por el hueco.

—Por fuerza tenía que ser así —murmuró retirándose hacia atrás para dejar sitio a don Camilo—. La pared que sostiene la carga es de ladrillo y las jácenas se apoyan en la pared maestra. La pared de mampostería se hizo para esconder algo.

Don Camilo ensanchó el agujero del suelo: efectivamente el tabique de mampostería había sido levantado para ocultar un enorme armario.

Naturalmente don Camilo se descompuso; al volver a bajar a la sacristía, dijo al *Brusco*:

—Gracias, de momento no te necesito.

—Creo que sí me necesita —replicó *el Brusco* tranquilamente—. Una pared de cinco metros de largo por tres de alto y cincuenta centímetros de

grosor, hace siete metros cúbicos y medio de piedras y argamasa. Y hay que derribarla toda si se quieren abrir las puertas del armario.

—¿Quién te ha dicho que quiero derribar la pared? —exclamó don Camilo—. No soy ningún loco.

—Peor: es don Camilo —respondió *el Brusco*.

Don Camilo pensó en los siete metros cúbicos y medio de piedras y argamasa y reconoció que incluso para él eran demasiado.

—Está bien —dijo—. Trae los hombres que hagan falta para echar abajo la pared y las carretillas para ir sacando el material. Pero que quede bien claro que una vez que hayáis acabado con vuestro trabajo os iréis. Para abrir ese armario me basto y me sobro yo.

Diez minutos más tarde todo el pueblo estaba delante de la iglesia y todos se habían formado ya su idea del asunto.

«Don Camilo ha encontrado un tesoro emparedado en la sacristía».

En seguida se empezó a entrar en detalles y a hablar de ollas llenas de luises de oro, de cuadros y objetos preciosos, y no hubo manera de mantener tranquila a la gente: todos querían ver.

Los ocho hombres del *Brusco* se convirtieron pronto en ochenta. Se formó una larguísima cadena de voluntarios que se pasaban los cubos llenos de piedras y argamasa.

La pared bajaba rápidamente, y a medida que lo hacía, el enorme armario de nogal cada vez parecía más imponente, majestuoso y fascinante.

Se había hecho de noche, pero nadie pensaba en interrumpir la operación hasta que, finalmente, la última piedra y el último cubo de escombros fueron sacados.

Don Camilo se plantó delante del armariote, y dirigiéndose al gentío que atestaba la sacristía, dijo:

—Muchas gracias por vuestra ayuda y buenas noches.

—¡Abra! ¡Abra! ¡También lo queremos ver nosotros! —gritó la gente.

—¡No se crea que es de usted! —gritó rabiosa una mujer—. ¡Los tesoros son de propiedad pública!

—¡Recordad que aquí no estáis en la plaza! ¡Aquí estáis en la iglesia! —dijo don Camilo—. Y todo lo que está en la iglesia pertenece a la iglesia; y de todo lo que hay en la iglesia tengo que responder yo ante las autoridades eclesiásticas.

El comandante de puesto y los demás carabineros se habían puesto a ambos lados de don Camilo, delante del armario del tesoro: pero la gente

estaba enardecida y nadie ni nada podía ya contenerla. Y además, la marea de gente que se había quedado fuera empujaba porque quería entrar a toda costa.

—Está bien —dijo don Camilo—. Echaos unos pasos atrás y abriré.

La gente retrocedió y don Camilo abrió la primera puerta.

El compartimiento estaba lleno a rebosar de gruesos libros, cada uno de los cuales llevaba un número en el lomo.

Abrió la segunda puerta y pasó lo mismo. Y también estaban atestados de libracos todos los demás compartimientos.

Don Camilo sacó uno de los libros y lo hojeó:

—Se trata de un tesoro —explicó en voz alta—, pero no el que creíais. Son los registros de los nacimientos, de las defunciones y de los casamientos de dos siglos y medio, hasta 1751. No sé qué pasaría en 1751: lo que sí está claro es que el párroco de entonces consideraría que los documentos podían ser destruidos y por eso los haría emparedar aquí.

Fue preciso organizar la cosa para que todos pudieran constatar con sus propios ojos la verdad de lo que había dicho don Camilo. Cuando todo el pueblo hubo acabado de desfilar por delante del armario, pudo finalmente don Camilo dar por terminada su tumultuosa jornada.

—Jesús —dijo cuando se quedó solo en la iglesia—, perdonadme si por culpa mía vuestra casa se ha transformado en un sacrílego campamento de frenéticos buscadores de oro. No se lo tengáis en cuenta a los otros, toda la culpa es mía. Yo he sido el primero en dejarme llevar por el frenesí. Y si el pastor se vuelve loco, ¿cómo puede comportarse cuerdamente el rebaño?

Los días siguientes le entró otro tipo de frenesí a don Camilo. Hubiera querido tener mil ojos para poder hojear en seguida todos aquellos volúmenes, que empezó a escoger tal como se le presentaban. Aunque no fue ninguna idea equivocada porque al llegar al legajo de 1650 encontró, como anexo de las actas oficiales de la parroquia, un cuadernito en el que el párroco de entonces había puntualmente anotado, de su puño y letra, todos los acontecimientos de alguna importancia sucedidos en el pueblo y sus alrededores.

Don Camilo se lanzó ávidamente a leer esas croniquitas del párroco y encontró un montón de cosas curiosas. Pero al llegar a las notas del día 6 de mayo de 1650, hizo dos descubrimientos extraordinarios. El primero era relativo a Giosué Scozza.

Hay que decir que Giosué Scozza era el orgullo de Torricella, cabeza de partido del municipio vecino. Y en el centro de la plaza de Torricella, Giosué Scozza, en mármol, se erguía en un alto pedestal que llevaba esta lápida:

Giosué Scozza
divino creador de armonías
hijo predilecto de Torricella
inscribió su nombre y
el de Torricella
en las páginas inmortales
de la Gloria
1650-1746

Torricella había dedicado a Giosué Scozza, además del monumento, la plaza, el teatrito, la calle principal, la banda de música, el parvulario y la escuela. Y el nombre de Giosué Scozza se sacaba ineluctablemente a relucir en todos los discursos de los de Torricella, en todos los artículos escritos por sus habitantes, y la prensa nacional, cuando hablaba de Giosué Scozza, lo denominaba «el cisne de Torricella».

La gente del pueblo de Peppone y de don Camilo sentía desde hacía siglos una fiera antipatía por los de Torricella y cuando se leía o se oía algo sobre Giosué Scozza y el «cisne de Torricella» lo pasaban fatal.

Pues bien, en el diario del párroco, don Camilo encontró algo que en lenguaje corriente decía así:

> “ *Hoy, Geremia Scozza, herrador, ha mudado su residencia de aquí a Torricella, al palacio de los condes de Sanvito, a cuyo servicio entra, y le acompañan su mujer Geltrude Bandelli y su hijo Giosué, nacido aquí el 8 de junio de 1647.*

El tomo de 1647 confirmó y documentó que Giosué Scozza no era de Torricella, sino que era un parroquiano de don Camilo. Y los volúmenes anteriores demostraron que los Scozza eran oriundos de la parroquia de don Camilo. Torricella había perdido su cisne, arrebatado tres años después de su nacimiento.

Mas la noticia de la mudanza de los Scozza iba precedida de otra noticia extraordinaria:

> “ *Hoy, día 6 de mayo de 1647, ha sido decapitado en la plaza pública Giuseppe Bottazzi, de 48 años, herrero, por haber agredido, el día 8 de abril, con armas al rector de Vigolenzo, don Patini, y haberle herido*

gravemente en la cabeza y haberle robado una bolsa llena de oro. El tal Giuseppe Bottazzi, buen herrero pero de ideas sacrílegas, no es de aquí, sino que vino hace veinte años y tomó por mujer a una del pueblo llamada María Gambazzi de la que tuvo un hijo bautizado Antonio que cuenta ahora con quince años. El tal Giuseppe Bottazzi ha resultado ser el jefe de una banda de maleantes que cometía asesinatos y robos en el territorio del marqués de Sanvito y que en diciembre del año pasado había asaltado y aniquilado a la guarnición del Castello de la Piana en donde residía el mismo marqués de Sanvito, salvándose dicho señor fugándose por el subterráneo secreto.

Don Camilo verificó los tomos de los años siguientes y el asunto se vio bien claro: el herrero Giuseppe Bottazzi, llamado Peppone, alcalde y cabecilla de los rojos, descendía en línea directa del herrero Giuseppe Bottazzi ajusticiado en 1647 como agresor de un cura y como cabecilla de una banda de maleantes.

«¡En las próximas elecciones lo tienes claro! —pensó don Camilo—. Haré reproducir la página del registro y la pondré en carteles en todas las esquinas. Y debajo escribiré: *La sangre no engaña: la historia se repite*».

Se trataba de algo que tenía que tener a buen recaudo hasta que se le presentara la ocasión; mataría dos pájaros de un tiro: reivindicación de los derechos del pueblo sobre el llamado «cisne de Torricella» y golpe bajo a Peppone.

Pero el asunto de Giosué Scozza era tan gordo y apasionante que a don Camilo se le debió escapar algo porque un buen día Peppone se le presentó en la rectoría.

—Señor cura —dijo Peppone—. Por ahí se comentan algunas noticias que debe de haber encontrado usted en los libracos del armario. Como no es nada político y lo que está en juego es el honor del pueblo ¿podría saber qué es toda esta historia?

Don Camilo se abrió de brazos:

—¿Qué es esta historia? —respondió don Camilo—. Historia. —¿Historia en qué sentido?

—Historia en el sentido de geografía —explicó don Camilo—. Siempre es la geografía la que hace la historia.

Peppone se rascó la testuz.

—¡No he entendido nada! —exclamó—. ¿Quiere explicarse?

—No sé si conviene.

—Ya entiendo, son las trolas de siempre de la propaganda reaccionaría —concluyó Peppone—. Se intenta tocar a la gente en su amor propio.

Don Camilo se puso rojo:

—¡Yo no cuento bolas! —gritó—. ¡Tengo a mi disposición los documentos que demuestran que «el cisne de Torricella» no nació en Torricella en 1650, sino que nació aquí en 1647!

Peppone se acercó a don Camilo:

—Señor cura, aquí sólo pueden pasar dos cosas: o que usted cuenta trolas, y es un infame; o que no cuenta trolas y entonces es aún más miserable porque, si puede demostrar que Scozza no es de Torricella, sino de aquí, y no lo demuestra, priva a todo un pueblo de sus sacrosantos derechos.

Don Camilo sacó del cajón de su escritorio el registro con la crónica famosa y se lo enseñó a Peppone.

—La verdad está contenida aquí. ¡Y no sólo aquí!

—¿Y por qué no lo divulga?

Don Camilo encendió su medio toscano y echó hacia el techo algunas bocanadas de humo.

—Para divulgarlo sólo hay un sistema: publicar en los periódicos y en carteles la reproducción fotográfica de toda una página entera de este registro. O si no se publica la página entera, estar dispuestos a presentar el registro a todo aquel que quiera comprobar mis afirmaciones.

—¿Y por qué no lo hace?

—No me siento capaz de tomar esa decisión. La nota que hace referencia a Scozza está precedida de otra nota que habría que publicar puesto que es ésta precisamente la que lleva la fecha concreta. Y como es una nota que afecta directamente a tu familia, el único que puede decidirlo eres tú.

Peppone miró desconcertado a don Camilo.

—¿Mi familia?

—Sí: el Giuseppe Bottazzi al que se refiere la nota del 6 de mayo de 1647 es el desgraciado que trajo a este pueblo la raza de los Peppones. He seguido todo el hilo y no cabe ninguna duda.

Don Camilo puso delante de Peppone el libróte abierto y señaló con el dedo la nota que interesaba.

Peppone lo leyó, lo volvió a leer, luego miró a don Camilo.

—¿Y bien? ¿Qué tengo yo que ver con un Bottazzi de 1647?

Don Camilo extendió los brazos.

—Ya sabes cómo es la gente: fundador de la dinastía de los Bottazzi locales, Giuseppe como tú, heredero como tú, bribón comecuras como tú y jefe de una banda como tú. La propaganda de tus adversarios puede utilizarlo magníficamente para hacer que la gente se ría a tus espaldas y para perjudicarte moralmente. Ya sabes que se aproximan las elecciones. Decide tú.

Peppone se volvió a leer dos o tres veces más la nota que hacía referencia a Scozza y al fundador de la dinastía de los Peppones locales. Luego devolvió el libro a don Camilo:

—No me importa en absoluto lo que puedan decir los cochinos reaccionarios. Lo que importa es recuperar a Giosué Scozza como gloria del pueblo. El interés del pueblo está por encima del mío. ¡Proceda!

Peppone se volvió para disponerse a salir. Pero dio media vuelta y se acercó a la mesita detrás de la cual se hallaba sentado don Camilo:

—Además —exclamó—, ¿sabe qué le digo? Que me siento orgulloso de tener como fundador de la dinastía a ese Bottazzi que se cita ahí. Porque eso significa que los Bottazzi tenían las ideas muy claras desde 1647: eliminar curas y señores. Aun a costa de perder la cabeza. Es inútil que suelte esa risita, señor cura: tranquilo, que ya le tocará el tumo.

—Mira que yo me llamo don Camilo y no don Patini —le amonestó don Camilo.

Peppone levantó solemnemente el dedo:

—La política nos separa pero el bien del pueblo debe unirnos —afirmó—. Volveremos a hablar de ello en su momento: ahora hemos de reconquistar a Giosué Scozza.

Don Camilo se lanzó como una fiera al abordaje del «cisne de Torricella»: tenía documentos para parar un tren y, sin necesidad de tener que sacar a relucir al fundador de la dinastía de los Peppones, publicó en el periódico provincial unos artículos que dejaron helados a los de Torricella.

Intervino después la prensa nacional: se relamían de gusto los periodistas porque además había de por medio el aventurero asunto del hallazgo del armario emparedado, y Torricella, tras una desesperada y vana defensa, tuvo que capitular.

E incluso a los de Torricella, cuando estuvieron seguros que Giosué Scozza pertenecía a la gente a la que ellos detestaban, les entró un furor anti-scozziano.

Se formó una especie de comité de sanidad pública que fijó un programa radical: purificar la contaminada Torricella destruyendo el monumento del «pseudo-torricellés» colocando en su lugar una fuente. Lavar la mancha.

Peppone intervino entonces con los rojos de Torricella y se llegó a un acuerdo: el pueblo de Peppone ofrecería a Torricella la fuente de mármol y Torricella como contrapartida les cedería el monumento marmóreo de Giosué Scozza.

Se fijó que el intercambio de las ofrendas marmóreas se celebraría con gran solemnidad. Un carro tirado por bueyes llevaría la fuente hasta la línea fronteriza y ahí se encontraría con el carro proveniente de Torricella portador del monumento. Una vez hecho el intercambio de los carros, cada uno se iría por su lado.

En seguida se encontró el dinero para la fuente y un mes más tarde los carros se pusieron en movimiento: Giosué Scozza llegó hasta la línea fronteriza de pie sobre su pedestal. Atado y apuntalado pero arrogante: estaba todo el pueblo para recibirlo con banda, autoridades y banderas.

Peppone pronunció un discurso que empezaba:

—Salud, ilustre hermano que vuelves entre los hermanos después de una secular ausencia…

Fue algo conmovedor; cuando los de Torricella recibieron el carro con su fuente y se hubieron marchado, Peppone se sacó del bolsillo un martillo y un escoplo y arrancó del pedestal la lápida que describía a Giosué Scozza como «hijo predilecto de Torricella». La lápida rota fue echada al otro lado de la línea fronteriza y el cortejo emprendió alegremente el camino del pueblo.

Estaba todo a punto: albañiles, marmolistas, cabrestantes, cimientos: el monumento a Giosué Scozza fue izado en el sitio previsto, en el centro de la plaza. Inmediatamente fue colocada en el pedestal la nueva inscripción.

Se echó una lona sobre el monumento y luego, en el momento oportuno, fue destapado. Don Camilo bendijo el monumento y pronunció un breve y conmovedor discurso en el que hablaba de «hijo pródigo».

El comité, un comité auténticamente apolítico, lo había preparado todo muy bien, y por la noche en la plaza tuvo lugar el último y más solemne número de los homenajes.

Peppone tomó la palabra para explicar el significado del acontecimiento:

—¡Hemos visto tus semblanzas, oh, hermano que has vuelto a los brazos de la madre, pero aún no hemos escuchado tu voz! ¡Aquella voz melodiosa y divina que llevaste a los cielos de la inmortalidad y de la gloria, oh, Giosué Scozza, creador de melodías sin par! Por eso ahora un prestigioso conjunto de

instrumentos de cuerda tocará un programa completo de música scozziana. Y todos podréis disfrutar de la extraordinaria belleza de las composiciones más célebres de nuestro Giosué Scozza…

La plaza estaba llena a rebosar; cuando Peppone hubo terminado su discursito, estalló un fuerte aplauso y luego reinó un religioso silencio.

El conjunto de instrumentos de cuerda era realmente excepcional: los mejores músicos de orquesta de la ciudad. Y la primera de las doce piezas scozzianas del programa, el *Andantino número seis*, lo bordaron.

El aplauso que coronó la interpretación fue colosal.

Siguió el *Aria en do diesis menor* con el mismo éxito y luego la *Sonata en re mayor*.

La gente aplaudió, pero cuando empezó el cuarto número, *Batalla en fa*, se alzaron entre el público voces:

—¡Verdi! ¡Verdi!

Los músicos pararon y el director de orquesta se volvió a mirar a la gente.

—¡Verdi! ¡Verdi! —gritaron quinientas voces—. ¡Verdi!

Peppone y don Camilo estaban en las butacas del centro en la fila cero: el maestro miró asustado a Peppone.

Peppone miró a don Camilo.

Don Camilo hizo ademán que sí.

—¡Verdi! —gritó tajante Peppone.

La gente parecía enloquecida de alegría. El maestro cuchicheó con los músicos y luego golpeó con la batuta en el atril y todos se callaron.

Se alzaron las notas del preludio de la *Traviata* y la gente parecía como encantada. Al final el aplauso fue tan rabioso que el maestro y los músicos se quedaron pálidos.

—¡Esto es música! —vitoreó Peppone.

—¡Verdi siempre es Verdi! —respondió don Camilo.

El programa continuó a base exclusivamente de música de Verdi y, al final, el director de orquesta fue sacado a hombros.

Al pasar por delante del monumento de Giosué Scozza, *él Flaco* miró al «divino creador de armonías» y luego dijo:

—Se ve que los aires de Torricella le han sentado mal.

—Si se hubiera quedado aquí hubiese hecho una música mucho mejor —añadió *el Pardo*.

—¡Lo histórico siempre es bello aunque sea feo! —afirmó severamente Peppone—. Estamos en el campo de lo histórico y el valor de Giosué Scozza sigue siendo enorme. ¿No le parece, reverendo padre?

—Naturalmente —respondió don Camilo—. Siempre hay que situar a los artistas en su época.

—Pero Verdi… —intentó objetar *el Flaco*.

Pero Peppone le acalló:

—¿Qué tiene que ver Verdi? Verdi no es un artista, Verdi es un hombre con un corazón así de grande.

Al abrir los brazos creó un vacío a su alrededor.

Don Camilo no tuvo la rapidez de separarse y recibió un tremendo golpe en pleno estómago.

Pero no dijo nada por respeto a Verdi.

REGRESO



Se paró delante de la rectoría uno de esos grandes baúles que parecen automóviles; llevaba matrícula USA y bajó un señor delgado que debería tener sus buenos años pero que se mantenía tieso como un ajo y pletórico de energía.

—¿Es usted el párroco? —preguntó el extranjero a don Camilo que estaba fumando su medio toscano sentado en el banco que había al lado de la puerta.

—Para servirle —respondió don Camilo poniéndose en pie.

—Tengo que hablar con usted —afirmó muy alterado el forastero. Y entró decidido en el zaguán.

Caminaba rápido y seguro, como los conquistadores; don Camilo, que mientras tanto también había entrado, se quedó mirándole extrañado; pero cuando vio que el forastero había llegado hasta el fondo del zaguán y que estaba a punto de meterse en el sótano, intervino:

—¡No, señor, por aquí!

El extranjero retrocedió, molesto:

—Ya no se da pie con bola —exclamó—. Ya no se entiende nada.

—¿Quizá ha estado en la rectoría en otros tiempos y encuentra algún cambio? —se informó don Camilo haciéndole pasar a la salita que quedaba no más entrar a la derecha.

—No, es la primera vez que entro aquí —respondió sin dejar de estar alterado el forastero—. ¡Pero eso no impide que siga sin entender nada! Palos hacen falta, padre, en vez de pláticas. ¡Con sus sermones esos condenados nos toman el pelo!

Don Camilo se mantuvo en las generalidades: extendió los brazos. En el fondo podía perfectamente tratarse de algún loco escapado de algún sitio: pero hasta un loco, cuando viaja en un coche con matrícula USA y con chófer uniformado, es una persona que hay que tratar con respetuoso miramiento.

El extranjero se secó la frente llena de sudor y tomó aliento. Don Camilo estudió aquel rostro de facciones duras y buscó afanosamente en el almacén de su memoria, pero sin sacar nada.

—¿Le puedo ofrecer algo? —preguntó don Camilo.

El extranjero aceptó un vaso de agua, que se tragó de un sorbo. Eso pareció calmarle.

—Usted no me conoce —dijo el forastero—. Yo no soy de aquí. Soy de Casalino.

Don Camilo lo miró con desconfianza. Don Camilo era un hombre civilizado y, si hacía falta, sabía reconocer sus yerros y humillarse como el primero. Don Camilo también tenía un gran corazón y un montón de sentido común; pero a pesar de ello seguía dividiendo a la humanidad en tres grandes categorías: hombres de bien que había que tratar con sumo miramiento para evitar que se volvieran unos infames. Infames que había que tratar aún con más miramiento para intentar que se volvieran hombres de bien. Y, finalmente, casalineses.

Para don Camilo, *los de Casalino* eran simplemente *los de Casalino*; es decir, los habitantes de un pueblo que hacía siglos estaba a matar con el suyo. Gente que parecía haber sido creada con la única finalidad de envenenar la sangre a los parroquianos de don Camilo.

Antiguamente la lucha entre los dos pueblos había sido dura y más de uno había salido mal parado; pero aunque hacía años que había cesado el conflicto abierto, la lucha se había transformado en guerra fría y por eso, en el fondo, las cosas no habían cambiado.

En Casalino había gente que tenía influencias en la administración provincial, en la Ingeniería Civil, en Roma, y en cuanto se perfilaba la posibilidad que una iniciativa pudiera recaer a favor del municipio de don Camilo, el municipio de Casalino inmediatamente empezaba a moverse, a hacer valer sus derechos de antigüedad, a proponer modificaciones a los proyectos. Y los de Casalino acababan siempre saliéndose con la suya.

Don Camilo dividía a la humanidad en tres grandes categorías, y así como se preocupaba en que los buenos no se volvieran malos y en que los malos se volvieran buenos, dejaba a los de Casalino bajo el exclusivo cuidado del Señor: «Jesús, si habéis puesto en el mundo también a los de Casalino, vuestras razones tendréis. Los aceptamos con cristiana resignación así como se aceptan las enfermedades y los cataclismos. Que vuestra infinita sabiduría los administre y que vuestra infinita bondad nos libre de ellos. Amén».

—Soy de Casalino —repitió el forastero—. Y usted comprenderá, padre, que si uno de Casalino se humilla a venir aquí es que verdaderamente debe de estar muy enfadado con los de Casalino.

Don Camilo rápidamente se hizo cargo del hecho, pero siguió sin comprender cómo uno de Casalino viajaba en un coche con matrícula USA.

—Soy de Casalino —afirmó el forastero—. Pero hace muchos años que falto de Casalino. Me apellido Del Cantone. Cuando tenía veinticinco años, con mi padre y mi madre llevábamos una finca de veinte fanegas. Era un trabajo bestial porque no teníamos trabajadores asalariados, pero tirábamos adelante y estábamos contentos. ¡Pero luego salieron aquellos condenados, que Dios los fulmine!

El forastero se había puesto rojo y se había puesto nuevamente a sudar.

—¿Aquellos condenados? —preguntó don Camilo—. No entiendo.

—¡Si usted aún no ha entendido que pueda haber en el mundo condenados que no sean rojos, quiere decir que usted va a ciegas por el mundo!

—Perdone —respondió amablemente don Camilo—. Usted me habla de hace tantos años…

—¡Los rojos siempre han sido unos condenados, desde que Garibaldi inventó el rojo! —le interrumpió el extranjero.

—No sé qué tiene que ver Garibaldi en todo esto —objetó débilmente don Camilo.

—¿Que qué tiene que ver? —gritó el otro—. ¿No era garibaldino aquel médico que trajo el socialismo aquí? ¿Acaso no fue él quien empezó a echar a perder a la gente, a inventar las ligas rojas y toda esa porquería?

Don Camilo le aconsejó que procediera con calma y el forastero prosiguió la narración:

—Cuando aparecieron aquellos condenados empezaron las huelgas agrícolas y otras cosas por el estilo. El hecho es que los de la liga vinieron a mi era y se metieron con mi padre. Entonces yo salté y con la escopeta le di a uno o a dos. No murió nadie, pero tuve que largarme, dejarlo todo y fugarme a América.

El forastero se secó el sudor.

—Empecé a trabajar como un negro —prosiguió taciturno—, pero me costó años abrirme camino. Mientras tanto murieron mi padre y mi madre. En la mayor miseria. Por culpa de aquellos condenados.

Don Camilo, con mucho tacto, le hizo observar que, según la lógica, la culpa, más que de los rojos, fue de la escopeta. Pero el forastero ni le hizo caso.

—Cuando en Italia se oyó hablar de Mussolini yo quise volver para ajustar las cuentas: pero estaba metido totalmente en la vorágine de los negocios, que cada vez iban tomando mayor envergadura. De todos modos envié a uno a Casalino para hacer un monumento a mi padre y a mi madre en el cementerio y siempre pensaba en regresar. Pero los negocios son una maldición, yo había implantado una gran empresa… y así han ido pasando los años. Ahora tengo casi setenta…

El viejo suspiró.

—Y héteme aquí después de tantos años —continuó—. Y con los días contados porque estoy condenado a trabajar mientras viva. No he regresado para volver a ver mi pueblo, sino porque quería hacer algo más por mis pobres viejos. Un monumento funerario en el cementerio es un trozo de piedra. Es algo aún más muerto que los muertos que están enterrados debajo de esa piedra. Yo quería hacer algo más: dar el nombre de mi padre y de mi madre a una institución útil que se perpetuara a lo largo de los siglos. Un gran edificio modernísimo, con todas las comodidades y con un gran parque. El parque único, pero el edificio dividido en dos partes: un hogar asilo para los niños pobres y residencia para los ancianos. Los niños y los viejos podrían encontrarse en el parque. Los ancianos podrían mirar jugar a los niños y podrían hablar entre ellos, los niños y los ancianos. El principio y el final de la vida. ¿No es algo hermoso?

—Hermosísimo —respondió don Camilo—. ¡Aunque desgraciadamente el parque y la casa no bastan!…

—¡No necesito venir desde América para que me lo enseñe usted! —replicó molesto el anciano—. ¿Qué se cree, que en América se piensa que se puede vivir del aire? El asilo-residencia tendría su dote: una finca de quinientas o mil fanegas de tierra de primerísima categoría. Entre asilo-residencia y finca estaba dispuesto a desembolsar al contado quinientos millones. No voy a vivir mucho más y no tengo a nadie. Cuando yo muera, mi dinero se lo quedará tres cuartas partes el fisco americano y el resto mis

administradores. Los quinientos millones para el asilo y la dote ya los tenía apartados. Los había transferido aquí. ¡Y ahora me los vuelvo a llevar a casa!

Don Camilo se olvidó completamente que aquello era un golpe que le perjudicaba a Casalino. Don Camilo dividía a la humanidad en tres categorías: buenos, malos y «casalineses»; pero ante quinientos millones para invertir en un asilo-residencia, consideraba que su deber era el de hacer entrar a los «casalineses» en las otras dos categorías anteriores.

—¡No es posible! —exclamó—. Dios le ha iluminado la mente dándole una idea maravillosa y noble: ¡rechazar esa inspiración significa desdeñar las sugerencias de Dios!

—¡Me vuelvo a llevar a casa ese dinero! —gritó testarudo el forastero—. ¡Casalino no tendrá ni un solo céntimo mío! ¡Nada mío! Hace dos horas estaba en Casalino: en cuanto me desembarcaron el coche partí hacia Casalino. Llego y me encuentro todo el pueblo repleto de banderas rojas. Banderas rojas por todas partes, hasta en lo alto de los pajares. Banderas rojas, guirnaldas y adornos rojos, carteles con la hoz y el martillo: muerte a esto, muerte a lo otro… En la plaza había un mitin: hago parar el coche para oír de qué se trata. Tienen altavoces y no se pierde ni una sílaba: «¡Y ahora cedo la palabra al compañero alcalde!», dice uno. Y el compañero alcalde empieza a hablar y dice cosas incendiarias. Le grito al chófer que nos vayamos: el coche se pone en movimiento y mientras paso aquellos condenados ven la matrícula y me gritan: «¡Vete a América! ¡Vete con Truman! ¡Lárgate de aquí! ¡Vuelve a tu casa!». Después uno de esos puercos le ha pegado un golpe al techo de mi coche. ¡Mire si es mentira!

Don Camilo se asomó a la ventana y miró melancólicamente la abolladura en el techo del vehículo.

—¡Claro que me vuelvo a América! —gritó rabioso el forastero—. ¡Pero me vuelvo con mi dinero! ¡Al hospital de perros de Nueva York prefiero regalárselo antes que dárselo a esos de Casalino!

Don Camilo intentó arreglar el asunto, pero era imposible.

—¡Ni un céntimo mío a un pueblo que tiene un alcalde y una administración comunistas! ¡Ni un céntimo para un pueblo de rojos!

—¡Pero no todos son rojos…! —protestó don Camilo.

—¡Son todos unos puercos! ¡Los rojos por ser rojos, y los otros por no ser capaces de echar a patadas a los rojos! ¡Claro que me vuelvo a América!

Don Camilo consideró que era inútil insistir. Tenía ahora más bien curiosidad en saber por qué el anciano había ido a contarle toda aquella historia a él.

—Comprendo su enfado —dijo al final don Camilo—. Estoy a su disposición en lo que pueda servirle.

—Ya, claro, me olvidaba de lo más importante —exclamó el forastero—. He venido aquí porque tengo necesidad de usted. No reparo en gastos: aunque cueste un millón, dos millones, no importa. Estoy dispuesto a todo: ¡a domiciliarme aquí, a organizar un golpe nocturno, a poner en danza hasta al demonio! Pero mis viejos no tienen que seguir de ninguna de las maneras en el cementerio de Casalino. Los quiero aquí, en su cementerio. ¡Y haré hacer un monumento nuevo, algo colosal! No me diga nada: encárguese usted, preocúpese usted. ¡Yo sólo quiero pagar!

El forastero dejó un paquete de billetes de banco encima de la mesa:

—Esto para los primeros gastos.

—Está bien —respondió don Camilo—. Haré todo lo posible.

—Tendrá usted que hacer lo imposible —afirmó el anciano.

Ahora que se había desahogado, el viejo parecía haberse vuelto razonable. Aceptó un vaso de vino y el sabor del lambrusco le recordó sabores lejanos de su juventud y le serenó el corazón.

—¿Y aquí, padre, cómo van las cosas? ¿Peor que andar de noche, no? Tengo la impresión de que esta zona está igual que Casalino.

—La verdad es que no —respondió don Camilo—. Aquí las cosas son muy distintas. Rojos también los hay, como en todas partes, ¡pero no lo mueven todo ellos!

El forastero le miró asombrado.

—¿Pero acaso no hay una administración comunista aquí también?

—No —respondió don Camilo descaradamente—. Sí que hay rojos en el Consejo, pero no constituyen la mayoría.

—¡Magnífico! —exclamó el viejo—. ¿Y cómo han podido resistir a esos condenados? ¡No irá a decirme que ha sido gracias a sus sermones!

—Se equivoca —respondió con calma don Camilo—. En algo han contribuido mis sermones. El resto ha sido cuestión de táctica. Se ve que aquí hay gente que tiene buena táctica.

El forastero le miró receloso:

—¿Y en qué consiste dicha táctica?

—Resulta difícil explicarlo con palabras —respondió don Camilo—. Me explicaré con un ejemplo.

Abrió un cajón y sacó una baraja de cartas.

—Mire —explicó—, cada una de estas cartas representa a un comunista. Incluso un niño de tres años puede con facilidad romper estas cartas una por

una, mientras que si juntamos las cuarenta resulta imposible romperlas.

—Entiendo —exclamó el forastero—. ¡La táctica consiste en presionar al individuo, vencer al enemigo mientras está dividido y no permitir que se una y forme un bloque!

—No —respondió don Camilo—, no es ésta la táctica. La táctica, en cambio, consiste en dejar que todos los adversarios se unan en bloque para valorar su fuerza efectiva. Luego, cuando se hayan unido en bloque, actuar.

Y mientras lo decía, don Camilo, agarrando la baraja de cartas entre sus dos enormes manos, la partió por la mitad.

—¡Hurra! —gritó el viejo, loco de entusiasmo—. ¡Es colosal! ¡Jamás había visto un espectáculo tan maravilloso!

Apretó durante un buen rato la mano de don Camilo y quiso que le diera la baraja de cartas firmada y dedicada.

Luego, cuando volvió a tranquilizarse, hizo una objeción:

—Magnífica táctica: ¡pero se requieren unas manos con una fuerza excepcional!

—Aquí tenemos gente con esas manos —respondió tranquilamente don Camilo—. Mientras la baraja siga siendo de cuarenta cartas no hay problema. Lo malo será cuando la baraja sea de sesenta o de ochenta. Los dominamos, pero siguen trabajando. ¡Y tienen armas formidables!

—¿Armas? —preguntó el forastero—. ¿Y no tienen ustedes? ¡Se las mando yo!

—No se trata de las armas que usted se imagina. El arma principal de los rojos es el egoísmo ajeno. El que tiene, sólo piensa en conservar su patrimonio y no da nada. Nunca nada. Jamás un gesto generoso, un gesto que significa comprensión, solidaridad humana. Están repletos de dinero, pero son de lo más tacaño: ¡no entienden que para conservar lo poco van a perderlo todo! Pero no nos entristezcamos: ¡bebamos a su salud, señor Del Cantone!

El forastero no bebió.

—¡Viejo mundo! —gritó—. ¡No ayudar a gente como vosotros sería un delito! ¡Quiero hablar con el alcalde! Mataré dos pájaros de un tiro: erigiré un monumento eterno para mis pobres viejos, haré un servicio a la causa común de la civilización y haré que se mueran de rabia aquellos puercos de Casalino. ¡El asilo-residencia lo haré aquí!

Don Camilo lo vio todo doble y hasta triple, luego se centró y recuperó la calma.

—Está bien. Ahora el alcalde se halla ausente: mañana por la mañana estará aquí a su disposición en la rectoría.

—Hasta mañana por la mañana. Tengo poco tiempo que perder: téngame ya listo el terreno para el edificio y el parque. El proyecto ya lo tengo yo. Poderes, mi agente ya tiene cuatro: no hay más que elegir.

—No —insistió Peppone—, yo no voy a interpretar una comedia tan sucia. Yo soy como soy y me siento orgulloso de serlo.

—No se trata de interpretar comedias sucias —explicó, pausadamente, don Camilo—. Simplemente tienes que fingir que eres una buena persona.

—Es inútil que se haga el bromista: yo no soy ningún polichinela. Mañana por la mañana iré a la rectoría: ¡pero con el pañuelo rojo al cuello y con tres insignias!

—Puedes ahorrarte el venir —suspiró don Camilo—. Le diré que se guarde sus quinientos millones porque el señor alcalde no los necesita. Y que él solo, con el dinero que le envían de Rusia, se compromete a construir una institución para los niños pobres y una residencia para ancianos. E imprimiré en un cartel toda esta historia para que el pueblo lo sepa…

—¡Esto es un miserable chantaje! —voceó Peppone rabioso.

—Sólo te pido que te calles. Hablaré yo. En esto no tiene que intervenir la política. Podemos obtener un beneficio para los necesitados y tenemos que lograrlo a toda costa.

—¡Es un fraude! —gritó Peppone—. Además, yo no me presto a estafar a ese desgraciado.

—Claro —reconoció don Camilo abriendo los brazos—. En lugar de enredar a un millonario es mejor estafar a un montón de pobres niños y de pobres viejos. ¿Y tú me hablas de estafas, tú que hablas de luchar contra el egoísmo de los ricos para un mejor reparto de la riqueza? ¿Es alguna estafa hacerle creer a un loco que no eres un alcalde comunista para inducirle a que cree el asilo-residencia? Bueno, me da igual, el tribunal de Dios ya me juzgará, y si tengo que pagar, pagaré. Pero, mientras tanto, los niños y los viejos tendrán un techo y un pedazo de pan. Y, además, ¿por qué es una estafa? ¿Qué quiere ese desquiciado? Quiere construir un monumento funerario que recuerde dignamente a través de los siglos el nombre de sus padres. Pues bien, ¿no vamos a hacérselo?

—¡No! —volvió a decir Peppone—. ¡Es una acción innoble y yo no lo quiero hacer!

Don Camilo abrió los brazos:

—Quinientos millones sacrificados al orgullo del Partido. ¿Qué te importa si mañana, mientras ordenas las armas que tienes escondidas para el día de la revolución proletaria, te explota en las manos una bomba y tu hijo se queda en la miseria?

—¡Antes reventará usted! —respondió Peppone—. Y además, si yo me voy al otro barrio, mi hijo no tendrá ninguna necesidad de la limosna de los reaccionarios.

—Pero tú, cuando estés viejo y chocho y no puedas trabajar, ¿qué harás sin tener un lugar que te acoja?

—¡Cuando yo sea viejo no habrá necesidad de ningún lugar que acoja a los viejos! Ya estará todo organizado y todo trabajador tendrá su techo y su pan. Yo no pienso hacer ninguna marranada.

Don Camilo dejó de insistir.

—Está bien, Peppone. En el fondo tienes razón y me has dado una lección de honradez. Por un momento el enorme beneficio que habrían podido sacar tantos pobrecillos me había confundido las ideas y tenías que ser precisamente tú, un sin dios, el que me recordara la ley de Dios: no pronunciar falso testimonio. La providencia puede servirse incluso de los enemigos de la fe para indicarnos el camino de la fe. Lo que importa es el principio: pasar por encima de un principio es aún peor que cualquier otro daño que se derive del no haber pasado por encima del principio. No pronunciar falso testimonio: éste es el principio. Yo he pronunciado falso testimonio y quería inducirte a ti a que lo hicieras. Pobre don Camilo, al hacerte viejo se te confunden las ideas. Ven de todos modos mañana por la mañana: le diré a aquel tipo cómo es, de verdad, la realidad. El que ha pecado que haga acto de penitencia.

Don Camilo no tuvo el valor de presentarse ante el Cristo porque se sentía avergonzado, y pasó una pésima noche. Pero esperó la mañana como una liberación.

El baúl con matrícula USA se paró delante de la rectoría y el forastero se bajó decidido y se dirigió rápidamente hacia la puerta. Peppone, que con *el Brusco, el Flaco* y *el Pardo* se encontraban en las inmediaciones, se puso en marcha y entró en la rectoría algunos instantes después.

—Aquí tiene al alcalde y a la representación del Consejo municipal —explicó don Camilo al forastero.

—¡Bien! —exclamó satisfecho el anciano, dando la mano a todos—. El párroco ya les habrá puesto al corriente.

—Sí —masculló Peppone.

—Perfecto. ¿De qué partido son ustedes? ¿Clericales?

—No —respondió Peppone.

—¿De cuál entonces? —insistió el forastero.

—Independientes —profirió *el Flaco*.

—Mejor que clericales —exclamó alegremente el viejo—. También hay que ir con cuidado con los curas. ¡Son independientes y por lo tanto libres y, por ende, enemigos declarados de esos malditos rojos! Perfecto. Para esos malditos descreídos no hay más que un sistema: ¡palos y aceite de ricino! ¿Tengo o no razón?

—Exacto —dijo Peppone.

—Exacto —aprobaron taciturnos *el Pardo, el Brusco* y *el Flaco*.

—Esos malditos rojos… —volvió a empezar el viejo. Pero don Camilo intervino porque no podía más.

—¡Basta! —gritó—. Basta con esta comedia.

—¿Comedia? —se asombró el viejo.

—Sí —aclaró don Camilo—. Ayer le vi tan soliviantado que para calmarle alteré la realidad: aquí pasa lo mismo que en Casalino. El alcalde es comunista y también son comunistas todos los del Consejo municipal.

El anciano se rió:

—¡O sea que queríais tomarme el pelo!

—No —respondió, tranquilo, Peppone—. Nosotros lo único que pretendíamos era ayudar a los pobres. Por amor de la pobre gente se puede apechugar con todo lo que haga falta.

El viejo se puso rojo.

—¿Y la famosa táctica? —le preguntó irónico a don Camilo.

—Sigue siendo siempre válida —respondió decidido don Camilo—. Sigue siendo tan válida hoy como ayer.

El viejo estaba lleno de malicia.

—Si sigue siendo tan válida hoy como ayer, ¿por qué no se lo explica hoy también al señor alcalde?

Don Camilo apretó los dientes, pero abriendo el mismo cajoncito, sacó otra baraja de cartas.

—Mire —explicó mostrando una carta—. Incluso un niño de tres años podría romperla. Pero cuando las cuarenta cartas están juntas nadie podría romper la baraja…

—Un momento —dijo Peppone interviniendo. Y, quitándole la baraja de las manos a don Camilo, la agarró y la partió por la mitad.

—¡Magnífico! —gritó el viejo—. ¡Extraordinario!

Después se sacó la pluma y le pidió a Peppone que firmara y le dedicara una de las dos medias barajas.

—¡Las pondré las dos en mi sala cuando vuelva a América! —gritó guardándose cuidadosamente la baraja rota en el bolsillo—. ¡A la izquierda la del párroco y a la derecha la del alcalde! En medio pondré la historia impresa.

El viejo estaba excitadísimo. Después, poco a poco se fue calmando.

—El hecho de que tanto el alcalde como el párroco sepan partir una baraja de cartas es muy importante —observó—. Y también es importante que tanto el párroco como el alcalde estén de acuerdo en timar a un tercero cuando se trata del bien de la comunidad. Sigo manteniendo la misma opinión sobre los rojos: maldita raza. Pero los de Casalino tienen que morirse de rabia: ¡el asilo-residencia lo voy a hacer aquí! Preparen el estatuto para que esté listo mañana por la mañana y creen un Consejo de administración. No quiero a ningún político en el Consejo. Toda decisión del Consejo tendrá que ser aprobada por dos presidentes, que conservarán su cargo vitalicio con el derecho y el deber de nombrar a su muerte a sus sucesores. Y los dos presidentes serán el aquí presente señor Giuseppe Bottazzi, si mis informaciones no están equivocadas…

El anciano encendió un cigarrillo.

—Antes de actuar, nosotros, la gente de negocios americana, nos hacemos preparar un informe exacto sobre los lugares y la gente que vamos a visitar. Siempre es de utilidad. Ayer, cuando el reverendo párroco me dijo que aquí no había una administración comunista, me divertí mucho. Hoy me he divertido menos. Pero he aprendido algo que desconocía y regreso a casa más tranquilo. Dense prisa porque mañana quiero que todo quede concluido. Hoy mismo compraré la finca.

Don Camilo se fue a arrodillar ante el Cristo del altar mayor.

—No me siento satisfecho de ti, don Camilo —dijo el Cristo severamente—. Estoy satisfecho de cómo se han comportado los demás: el viejo, Peppone y sus compañeros.

—Pero si yo no lo hubiera enredado todo un poco, nada hubiera funcionado bien —se excusó débilmente don Camilo.

—No tiene importancia, don Camilo. Pero aunque del mal, cometido por un bien, salga un bien, tú, ante Dios, eres responsable del mal que has cometido. El que no entiende esto, no entiende la voz de Dios.

Don Camilo agachó la cabeza, confundido.

—Dios me perdonará —susurró.

—No, don Camilo: no te perdonará porque tú, al pensar en el bien que a través de tu pecado ayudará a tantos infelices, no te arrepentirás nunca.

Don Camilo abrió los brazos y su corazón estaba lleno de tristeza porque comprendía que el Cristo tenía razón: no iba a arrepentirse nunca.

SABOTAJE



El viejo Basetti y Cagnola reunieron a los más importantes arrendatarios de la zona.

—Se aproxima la época de la siega —dijo Cagnola—. Volveremos a estar con el corazón en vilo. Volveremos como cada año con la consabida y maldita historia de los jornaleros que, a mitad del trabajo, nos plantarán y nos dirán que si no les damos tanto o tanto más nos dejan el trigo en los campos; en Italia ya hay dos máquinas segadoras trilladoras extranjeras nuevas de trinca: cuestan un ojo de la cara, pero si nos asociamos y las compramos a medias podremos segar y trillar nuestro trigo sin necesitar a nadie. Podemos hacerlas funcionar nosotros mismos para estar seguros de que ningún bribón nos va a hacer sabotaje.

Se empezó a discutir y, al final, se organizó la sociedad y se fijaron las contribuciones en función de la superficie de las varias fincas.

La sesión se había celebrado en gran secreto: a pesar de ello, al día siguiente, en el pueblo no se hablaba más que de las dos máquinas.

Peppone se fue inmediatamente a casa de Cagnola.

—Si hacen eso —dijo Peppone— le van a quitar el pan a un montón de gente. Van a agravar el problema del paro. Los braceros ya tienen poco trabajo y tiran adelante con grandes estrecheces: si les quitan hasta la campaña de la siega, ¿cómo se las van a arreglar?

Cagnola abrió los brazos:

—Lo siento —respondió—, pero a base de este principio tendríamos que descartar también las máquinas de cortar hierba, las sembradoras, las máquinas de coser y demás. El progreso adelanta, mi querido alcalde, y precisamente usted que exalta el progreso mecánico de Rusia, y la mecanización de la agricultura rusa, y los molinos itinerantes rusos, y los tractores rusos, etcétera, etcétera, debería ser el último en hablar.

—En Rusia es diferente —rebatió Peppone—. En Rusia la tierra es de todos y, por tanto, el problema consiste en hacerla rendir lo máximo posible esforzándose lo menos posible. En Rusia no hay el problema del paro y la gente come siempre. Aquí, al emplear una máquina le quita el pan a cien personas.

—No sólo los braceros del campo tienen que comer, también tienen que comer los obreros de las fábricas. Si hay que cerrar las fábricas, ¿de qué van a comer entonces los obreros de las fábricas?

Peppone no insistió más:

—Yo tan sólo le he comunicado la responsabilidad con la que van a cargar —concluyó—. Por lo demás, hagan lo que les parezca…

El ambiente empezaba a caldearse y don Camilo se fue a charlar con Basetti y con Cagnola.

—Me da la impresión que se han embarcado en un buen lío —dijo don Camilo—. Los rojos están furiosos. Les aconsejaría que sean prudentes.

Cagnola le miró asombrado:

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó—. ¡Precisamente usted, padre, que siempre nos ha dicho que los otros basan su fuerza sobre todo en nuestro miedo, precisamente usted nos viene con cuentos ahora que demostramos valor!

Don Camilo meneó la cabeza:

—No se trata de una cuestión de valor. Se trata de algo en lo que no tiene nada que ver la política: se trata del pan de un montón de pobre gente. Si el acto de valor va a dejar hambrienta a esa gente, ya no es un acto de valor, sino de prepotencia. No hay que confundir entre el derecho y el abuso.

Basetti observó que un razonamiento de ese tipo podía, en todo caso, hacerlo Peppone, que era el cabecilla de los comunistas, y no el arcipreste.

—¡Ejercer los propios sacrosantos derechos no es ninguna prepotencia! —gritó Basetti—. Intervienen la prepotencia y el abuso sólo cuando se ofenden

los derechos de alguien. ¿Qué derecho ofendemos?

—El derecho que tiene la gente a comer —respondió, pacífico, don Camilo.

—Padre, el progreso…

—El progreso es algo que acontece en el futuro, el hambre, en cambio, es algo que se produce en el presente.

Cagnola extendió los brazos:

—¡Si cada vez que el hombre ha inventado algo se hubiera razonado así, aún no existirían las máquinas!

—Dejando aparte que sería mucho mejor que no existieran máquinas —rebatió don Camilo—, no se trata aquí de una cuestión de progreso; ustedes compran las máquinas por amor propio y para afrentar a los otros.

—¡Pero qué afrentar! ¡Lo que pasa es que hay gente mal intencionada o mal aconsejada que quiere extorsionamos y las máquinas lo que hacen es servirnos de arma defensiva!

Don Camilo se sonrió.

—Ahí está el error. Ustedes han comprado un arma defensiva, pero la utilizan como arma ofensiva. Usted tiene una escopeta, colgada allí, y la tiene para defenderse de los ladrones. ¿Por qué no la dispara?

Cagnola se encogió de hombros:

—La dispararé cuando sorprenda a algún ladrón intentando robarme.

—Correcto: ¿por qué, entonces, utiliza el arma de las máquinas antes que alguien le haya puesto en la situación de tenerse que defender?

Basetti se puso a gritar:

—¿Y qué es lo que tendríamos que hacer?

—Podrían, por ejemplo, no emplear las máquinas. Convocar a los braceros y hablarles claro: o bien os comportáis como es debido y no intentáis chantajearnos o, si no, en lugar de daros trabajo, utilizamos las máquinas. Entonces estaríamos en el campo de la legítima defensa.

—¡Ésta sí que es buena! Nos habríamos gastado un montón de dinero para tener guardadas las máquinas. ¿Y los perjuicios, quién nos los paga?

—*Fate vobis* —suspiró don Camilo—. Yo tenía el deber de recordarles que, si actúan así, van a dejar hambrienta a una gran cantidad de pobre gente.

Cuando se supo que estaban a punto de llegar las dos segadoras trilladoras, empezó a crearse muy mal ambiente.

Los braceros estaban totalmente decididos: «En cuanto lleguen, las destrozamos y adiós problemas».

Y una mañana llegaron las dos máquinas a bordo de dos enormes camiones con remolque.

Un silbido bastó para que saliera la gente de todas partes: la carretera quedó bloqueada y los camiones tuvieron que detenerse.

Pero no ocurrió nada. Todos se quedaron mirando las máquinas con respeto, casi con miedo.

—¡Qué bonitas! —dijo Peppone rompiendo el silencio.

—Sí, muy bonitas, Rusia también en este tipo de máquinas es imbatible —añadió *el Flaco*.

Los dos camiones con remolque volvieron a ponerse en marcha. La gente se marchó.

—¡Malditos rufianes! —masculló Peppone—. ¡Han tenido que ir a comprar precisamente dos máquinas rusas!

—¡Si los rusos hubieran sabido para qué iban a servir no se las hubieran vendido a esos puercos!

—¡Claro! —exclamó Peppone—. ¡Pero de momento están aquí! Don Camilo se encontró con Peppone aquella misma noche.

—Buenas noches, señor alcalde —dijo don Camilo.

—Buenas noches, señor cura —respondió Peppone—. Suelte lo que le parezca conveniente, pero procure no exagerar.

—No tengo nada que decir. Sólo quería preguntarte cómo va a acabar este asunto.

—Concretamente, no lo sé. Sólo sé que alguien va a cometer alguna tontería.

—¡De ti depende que nadie cometa ninguna tontería!

—¡No depende de mí! —gritó Peppone—. Las mujeres, sobre todo, están soliviantadas. Han dicho que si mañana, como máximo, no se ha resuelto nada, le van a pegar fuego al trigo. Con las mujeres no hay forma de razonar. Si mañana por la mañana las máquinas empiezan a trillar, mañana por la noche el trigo que quede por trillar desprenderá humo.

—¡Y alguien irá a la cárcel! —añadió don Camilo.

—Eso les importa bien poco a las mujeres. Además, es difícil probar quién ha sido el que ha echado el fósforo.

Era la una de la madrugada, pero Peppone no dormía y en cuanto oyó el ruido de la piedrecita que había golpeado el postigo del dormitorio que daba al huerto se asomó; al ver de quién se trataba, bajó inmediatamente.

—¿Qué quiere? —preguntó con malos modos Peppone.

—Déjame entrar en tu casa —susurró don Camilo.

Entraron en la cocina. Don Camilo se sacó el breviario del bolsillo y lo puso encima de la mesa.

—Pon tu mano derecha encima de este libro —dijo don Camilo. Y Peppone, con su mano tan ancha como una pala, tapó el breviario.

—Jura que vas a hacer lo que voy a ordenar y que jamás le dirás a nadie lo que has hecho.

Peppone vaciló unos segundos y, luego, exclamó:

—Ha venido para enredarme en una de sus consabidas trapisondas clericales, pero juro igual. ¡Lo juro!

Las dos máquinas segadoras trilladoras estaban en el gran garaje de Basetti, que tenía la puerta del lado de la era y una ventanita que daba al lado de los campos. Peppone llevaba consigo la sierra especial y en dos segundos saltó la verja.

Don Camilo le ayudó a auparse y Peppone se introdujo por la ventana.

Don Camilo se ocultó detrás de un matorral y se quedó esperando. De vez en cuando salía la mano de Peppone por la ventanita y don Camilo se apresuraba a pescar al vuelo lo que la mano de Peppone iba echando. Lo pescaba y lo metía dentro del saco que llevaba.

El trabajo duró una hora como mínimo.

Al final, por la ventanita, además de la mano, salió también Peppone y entonces los dos emprendieron sigilosamente el camino de vuelta caminando entre las vides.

El saco lo llevaba Peppone y cuando llegaron al huerto de la rectoría, dijo don Camilo:

—Deja eso aquí, lárgate a tu casa y cierra el pico. ¿Estás seguro de haber hecho un buen trabajo?

—Incluso con la mitad de las piezas que he sacado, las máquinas no podrían segar ni una brizna de hierba.

Don Camilo agarró el saco y se fue a esconderlo en el sótano. Después se fue a dar una vueltecita por la iglesia.

—Jesús —dijo, al llegar delante del altar mayor—. He encontrado en el huerto un saco lleno de chatarra. ¿Quién puede haberlo dejado allí?

—Probablemente el demonio —respondió el Cristo—. Me parece que conoce muy bien tus señas.

Por la mañana don Camilo se acercó en bicicleta a la casa de Basetti.

—He oído malas noticias por ahí —le explicó a Basetti—. Se habla de prenderle fuego a los campos de trigo si no da trabajo a los segadores.

Basetti estaba taciturno:

—Me temo que vamos a tener que darles trabajo por fuerza. Esta noche alguien ha saboteado las máquinas destornillando y llevándose las piezas principales.

—No es nada grave —replicó don Camilo—. Mande un telegrama a Moscú y en pocas horas le harán llegar las piezas de recambio.

Basetti dijo que aquello no era como para bromear.

—La verdad es que no es para bromear —reconoció don Camilo—. Si los braceros se enteran del asunto, entonces sí que les van a extorsionar en seguida. Le conviene callarse. Diga sencillamente lo que le había aconsejado: como no queremos perjudicar a nadie ni que nadie pase hambre, empezaremos a segar con los braceros. Pero si los braceros empiezan a plantear pegas, sacaremos las máquinas y segaremos y trillaremos a máquina.

Los arrendatarios se reunieron y acordaron que don Camilo actuaría de mediador e iría él mismo a comunicar la decisión a Peppone.

Don Camilo fue y se encontró a Peppone que estaba vendándose un codo que se había rascado al salir por el famoso ventanuco.

—Vengo de embajador con buenas noticias —dijo don Camilo—. Cagnola, Basetti y todos los demás de la cooperativa me han hecho caso, y como no quieren que nadie pase hambre empezarán a segar empleando a los braceros…

—¡A la fuerza! —exclamó Peppone—. Las máquinas no…

—¿No serás un puerco perjuro? —dijo, sombrío, don Camilo.

—Se lo decía a usted…

—¡A nadie! ¡Ni a mí!

—Está bien, padre: avisaré a los braceros.

Don Camilo le apoyó una manaza en el hombro:

—¡Avísales y adviérteles que si no se comportan como es debido y empiezan a poner pegas, se segará a máquina!

Peppone se puso a reír.

—¡Qué bueno! ¿Y cómo van a hacer funcionar las máquinas sin aquellos trastos?

—La divina providencia ha querido que esta mañana yo me encontrara en el huerto un saco lleno de trastos de hierro. Si por casualidad fueran los que faltan a las máquinas, no creo que costara mucho volver a montarlos.

Peppone pegó un puñetazo sobre la mesa:

—¡Sabía que al final saldría con una de sus tretas de cura!

—¡En todo caso, de arcipreste! —puntualizó don Camilo.

Peppone le miró torvamente:

—Está bien. ¡Pero estos chantajes acabarán por pagarse el día de la revuelta proletaria!

—Pagaré —respondió don Camilo.

LA QUE QUERÍA SER RUBIA



Era ya casi de noche, pero don Camilo aún estaba trabajando repasando con un pincelito los dorados de los candelabros del altar mayor, cuando se oyó crujir el portal.

Entró una mujer con un gran velo negro en la cabeza y se arrodilló sollozando en el primer banco que encontró.

Don Camilo dejó su trabajo y fue corriendo a ver qué pasaba; cuando la mujer levantó la cara, se le escapó una exclamación de asombro.

—¿Es usted, doña Ernestina?

La mujer volvió a bajar la cabeza y se puso otra vez a sollozar aún más fuerte:

—¡Padre —gimió—, he cometido una gran locura!

Don Camilo extendió los brazos: hubiera podido esperar una locura, incluso de las gordas, de cualquier otra persona menos de doña Ernestina. No podía creer que doña Ernestina hubiera cometido alguna falta.

—Cálmese, señora —susurró don Camilo—. Confíese a mí: ante todo vamos a ver de qué se trata. ¡A lo mejor puede remediarse!

—¡Es algo irreparable! —exclamó la mujer—. Siempre he tenido esta tentación, desde joven, pero siempre tuve la fuerza de resistir. Y ahora, ahora, a los cuarenta y cinco años y con cuatro hijos, ahora es cuando he cometido la

locura… No tengo valor de volver a casa… He salido esta mañana… ¡Qué va a hacer Carlo cuando se entere!

Las últimas palabras de la mujer naufragaron en un mar tempestuoso de sollozos, y don Camilo tuvo que sacar del bolsillo su gran pañuelo amarillo porque tenía la frente llena de sudor.

La idea de que doña Ernestina hubiera cometido una gran locura le dejaba lleno de desconcierto y de dolor, pero el pensar en lo que podría llegar a hacer Carlo Daboni al enterarse del fallo cometido por su mujer le angustiaba mucho más.

Porque Carlo Daboni era una buena persona: pero una de esas buenas personas tan buenas personas, que son incapaces de admitir que el prójimo pueda equivocarse y que se sienten plenamente autorizados a pegarle un tiro al que les agravie. La verdad es que Carlo Daboni nunca le había disparado ningún tiro a nadie, pero don Camilo, que era un experto conocedor de los hombres, sabía que si no había pasado era sencillamente porque nadie le había hecho nunca a Carlo Daboni un auténtico agravio.

Don Camilo se inclinó sobre la mujer, que gemía con la cara tapada con las manos.

—Señora, no se desespere; confiésese: eso la aliviará.

—¡No necesito confesarme de nada! ¡La estupidez que he cometido la pueden ver perfectamente todos! —gritó la mujer—. ¡Mire, mire, padre!

La pobre mujer levantó la cabeza y dejó caer sobre la espalda el velo negro: pero don Camilo, a pesar de notar que algo no estaba como siempre, seguía sin entender nada.

Luego, cuando se dio cuenta, se volvió hacia el altar mayor y meneando la cabeza tristemente dijo:

—Jesús, ¿cómo es posible que el viejo peral que, honradamente, durante cuarenta y cinco años ha dado peras, se ponga de repente a dar castañas?

El Cristo no le respondió y don Camilo, dirigiéndose nuevamente a la mujer, le dijo severamente:

—Deje de sollozar y no vuelva a decir que ha cometido una gran locura. Lo que usted ha cometido entra en la categoría de las tonterías.

Pero la mujer no estaba de acuerdo:

—Si usted conociera bien a Carlo admitiría que tengo razón. Para usted y los demás esto es sólo una tontería. Para Carlo es una locura. ¡Una locura enorme!

Don Camilo no pudo quitarle la razón. Don Camilo conocía perfectamente a Carlo Daboni.

Sólo a guisa de ejemplo: en 1938 el edificio llamado el Palazzone se había rajado por la mitad como una sandía demasiado madura, y Carlo Daboni había mandado llamar al *Brusco*, que en aquel entonces era el mejor maestro de obras de toda la zona.

Al ver *el Brusco* aquella enorme grieta, había meneado la cabeza:

—No me siento capaz. Yo no intervengo si antes no viene el ingeniero y se responsabiliza él.

Carlo Daboni se había puesto a gritar que él respondía de todo y que el Palazzone no lo había construido ningún insensato, que lo había construido su bisabuelo Lodovico, que entendía de casas más que todos los ingenieros del mundo.

De todos modos, más tarde llegaba el perito ingeniero del Ayuntamiento, avisado por *el Brusco*, y que sin demasiados ambages ordenó a Carlo Daboni que hiciera desalojar inmediatamente el Palazzone porque el edificio peligraba.

Daboni había vuelto a empezar a contar que su abuelo Lodovico había sido el mejor constructor de la región y que, por eso, antes de que pudiera hundirse el Palazzone se hundirían primero todas las casas del mundo; pero el perito del Ayuntamiento no se dejó impresionar:

—Haga lo que le plazca: yo voy a avisar a los carabineros y desde este momento le considero responsable de todos los daños que puedan ocurrir.

Carlo Daboni, después de ser intimidado por la fuerza pública, procedió a desalojar el edificio: pero, tozudo como una mula, hizo venir de la ciudad a los tres mejores peritos para que estudiaran la grieta del Palazzone y demostraran que el perito ingeniero del Ayuntamiento era un burro.

Estudiaron los tres minuciosamente el caso y, efectuados todos los cálculos, llegaron a la conclusión que lo único que aún podía hacerse era apuntalar el edificio para intentar salvar las tejas, la armadura de las vigas y los marcos empotrados.

Daboni pagó *illico et inmediate* la minuta y les rogó que se marcharan. Los tres pobres desgraciados no sabían quién era Lodovico Daboni y en qué conceptos se había basado para construir sus casas.

Tampoco tomó en consideración el consejo de apuntalar la barraca. Se fue en busca de otro perito ingeniero y, cuando volvió de la ciudad, con el nuevo experto, se encontró con que el Palazzone se había derrumbado arrastrando tejas, vigas y todo lo demás.

No se inmutó.

—Usted —le dijo al nuevo ingeniero—, mientras yo me encargo de hacer sacar los escombros, estudie el proyecto de la nueva casa y hágame llegar un presupuesto exacto.

—Muy bien —se alegró el ingeniero—. Levantaremos una hermosa construcción sólida, moderna y con todas las comodidades. Ya que se construye de nuevo, hay que utilizar conceptos nuevos.

—Nada de novedades ni nada de fantasías —afirmó decidido Carlo Daboni—. Tiene usted que construirme una casa exacta al Palazzone. Tengo todos los croquis del plano. Hágamela exactamente igual y en el mismo sitio.

El ingeniero echó una ojeada a los croquis que Daboni inmediatamente le había facilitado e intentó salvar lo salvable.

—Hay habitaciones oscuras, desproporciones, corrijamos al menos los fallos más grandes.

—Mi bisabuelo Lodovico nunca ha cometido fallos —respondió Daboni —. Está todo bien así.

El ingeniero perdió la paciencia y exclamó:

—¡Me imagino que al menos me dejará poner el cuarto de baño!

—Ni soñarlo —replicó Daboni—. No quiero porquerías en mi casa. Si uno quiere bañarse se hace subir su buena tina. Y si uno precisa ir al excusado, sale de casa y usa el que todas las personas con buena crianza se hacen construir en el patio, a oportuna distancia de la vivienda. Estas locuras de los excusados en casa hay que dejárselas a los de ciudad.

Carlo Daboni volvió a tener su Palazzone exactamente tal y como lo había ideado el bisabuelo Lodovico y ubicado exactamente en el mismo lugar.

Carlo Daboni era un tipo así, y siempre había sido así: como si su cerebro hubiera sido diseñado y construido por el bisabuelo Lodovico.

Don Camilo conocía perfectamente a Carlo Daboni; al pensar en lo que había hecho doña Ernestina, sentía que la pobrecilla no se equivocaba al definir como gran locura aquella inocente tontería que había cometido.

—Desde jovencita —había dicho doña Ernestina— he tenido siempre esta tentación, y siempre he tenido la fuerza de resistir. Y ahora, a los cuarenta y cinco años pasados y con cuatro hijos…

La verdad es que la fuerza para resistir esa tentación, más que ella, habían sido los demás los que se la habían hecho tener. Porque a los once años Ernestina ya tenía esa idea fija en la cabeza. Ernestina era una hermosa jovencita de cabello castaño, pero que a base de oír contar cuentos en los que

se hablaba de hadas y de princesas con cabello de oro, y a base de ver imágenes de angelitos con rizos de purpurina, había acabado por convencerse que la máxima aspiración de una mujer era llegar a tener el pelo rubio.

Al hacerse toda una señorita y al residir en la ciudad para estudiar, aquella convicción aún le aumentó más al entrar en contacto con el cine y las revistas ilustradas. La idea de tener el pelo rubio cada vez la obsesionaba más. A los diecisiete años, tras largas y angustiosas luchas internas, se atrevió a decírselo a su madre:

—Me gustaría oxigenarme el pelo.

La madre la miró asustada y le contestó que ni se le ocurriera pensar en tal locura. Luego expresó su severa opinión sobre las mujeres que se pintan la cara y que se tiñen el pelo.

A los dieciocho años Ernestina volvió al asalto con más decisión, y su madre, al verla tan resuelta, hizo intervenir a su marido.

El papá de Ernestina miró a la hija como si se tratara de una mujer a punto de deslizarse por el camino de la perdición. Dejó de mandarla a la ciudad y la dejó en casa bajo la más estricta vigilancia. Luego, de vez en cuando, para recordarle que estaba decidido a mantenerla en el camino de la honradez, le decía con voz sombría:

—Ernestina, ve con cuidado: ¡si me entero que aún sigues pensando en hacer esa locura, cojo la maquinilla y te corto el pelo al cero!

Era un hombre capaz de hacer eso y más: pero Ernestina, a pesar de la amenaza de aquella maquinilla colgando sobre su cabeza, siguió intensamente soñando en oxigenarse el pelo.

Y como se dio cuenta que si seguía en su casa nunca iba a poder realizar su sueño, pensó en poderse evadir casándose.

Hacía ya un tiempo que estaba prometida con Carlo Daboni: le hizo entender que la vida en su casa se le había vuelto insoportable y que se podían casar perfectamente a pesar de tener tan sólo veintiún años cada uno.

Se casaron. Cuando, al regreso del viaje de novios, se fueron a instalar al Palazzone, Ernestina, segura de sí misma, disparó la andanada:

—Carlo, hace años que sueño con hacerme oxigenar el pelo… —empezó.

No acabó, porque Carlo la miró horrorizado y dijo con una voz de repente sombría y amenazadora:

—¡Pobre de ti, Ernestina!

Volvió a probar después de tener el primer hijo. Aprovechó la felicidad del marido y dijo:

—En cuanto me levante iré a la ciudad y me haré oxigenar el pelo.

El hombre no podía responder con violencia:

—Ernestina —le explicó—, haz lo que quieras. Pero no volverás a verme.

Pasaron algunos años más: nació el segundo hijo y, al tener un montón de cosas importantes que hacer, Ernestina durante un tiempo no tuvo tiempo de pensar en teñirse el pelo de rubio.

Pero llegó la ocasión y el marido le respondió con unos gritos que se oyeron incluso desde fuera.

A los veintinueve años Ernestina ya tenía cuatro hijos y se comportaba como una madre ejemplar: pero la idea del pelo rubio no la abandonaba. Y de vez en cuando volvía a aparecer la idea:

—Yo no pido nada, me contento con vivir siempre aquí, en casa: no me interesan las diversiones, no me interesan las joyas. ¡Sólo hay una cosa que deseo ardientemente y tú me la niegas! ¡Esto es una maldad por tu parte!

Carlo Daboni, en aquellos momentos, se ponía furioso y organizaba unas escenas que alborotaban el Palazzone durante una semana.

A los cuarenta años Ernestina tenía un hijo de diecisiete años, uno de quince, una niña de trece y un niño de once. Cuatro hijos que comprendían perfectamente todo lo que se oía en casa y que seguían cada gesto de los padres. Cuatro hijos que adoraban a la madre y que querían muchísimo al padre y que vivían felices en casa, menos cuando surgía el maldito asunto del pelo rubio.

A la menor alusión abrían los ojos desmesuradamente, asustados, en espera del inevitable huracán que se avecinaba. El padre siempre conseguía contenerse, pero los chicos se daban cuenta que el asunto se volvía cada vez más peligroso. La última escena ocurrió cuando Ernestina cumplió los cuarenta y dos años.

—Basta —dijo, desafiante, Ernestina—. Mañana me voy a la ciudad y haré lo que tengo que hacer. He vivido hasta hoy como una esclava sin encontrar la fuerza de rebelarme. Pero mañana la tendré.

Carlo Daboni rugió y el hijo mayor pensó, aterrorizado: «¿Qué voy a hacer, Dios mío, si mi padre pone las manos encima a mi madre?».

Intentó frenar a su madre con una mirada de imploración, pero Ernestina estaba resuelta.

—Iré mañana y nadie va a poder detenerme —repetía—. Antes de morir quiero darme este gusto.

El marido pegó unos gritos horrorosos. Rompió todos los platos que había en la mesa, se mordió las manos; pero Ernestina no cedió:

—Iré mañana, aunque se hunda el mundo.

El hombre se marchó, pero antes de salir le dijo a su mujer:

—¡Cuidado! —le dijo. Y lo dijo con un tono de voz que heló la sangre en las venas a los chicos.

Carlo Daboni estuvo fuera de casa una semana; cuando volvió, Ernestina seguía con el mismo pelo de siempre.

Al entrar en casa fue lo primero que miró: el cabello de Ernestina. Y cuando, como de costumbre, pasó la tempestad y volvió la calma y Ernestina se comportó como la más mansa criatura de la tierra, Carlo Daboni siguió observando el cabello de Ernestina.

Pasaron tres años y durante todo ese tiempo no se volvió a hablar del pelo rubio. Parecía como si a Ernestina se le hubiera pasado la manía. Cada cual tiene sus pequeñas locuras. No hay hombre sensato ni mujer sensata que no tengan algún tornillo un poco flojo. E incluso, cuanto más sensato es un hombre o una mujer, más flojo tienen ese tornillo, tan necesario para que la sensatez no se convierta en monotonía. Es el «desentono-entonado» que hace resaltar la perfección del concierto. Etcétera.

No volvió a hablarse de cabellos rubios en casa de los Daboni, pero de repente, sin decir nada a nadie, cumplidos los cuarenta y cinco años, Ernestina, una mañana, se fue a la ciudad y se hizo teñir el pelo de rubio.

No fue fruto de una reflexión: ni lo pensó. Cuando lo pensó ya tenía el cabello teñido. Teñido de rubio cobrizo. De un color nada despampanante, pero que no dejaba de ser una locura considerando el ambiente que se respiraba en su casa.

Ernestina se dio cuenta de la locura que había cometido cuando ya estaba a punto de subir al autobús para volver a casa. Pensó que en el autobús podía haber gente del pueblo y que la gente del pueblo se daría cuenta.

Metió el sombrerito dentro del bolso y compró un amplio chal negro que se puso en la cabeza. No se sintió satisfecha y volvió a casa al anochecer en un coche de alquiler. Lo hizo parar antes de llegar al pueblo y se encaminó a través de los campos. Cuando vio el Palazzone fue presa de terror: pensó en Carlo, pensó en los hijos. Se sintió avergonzada y llena de miedo.

Esperó, pero no tuvo el valor de entrar. Cuando la oscuridad fue total, vio las ventanitas de la iglesia iluminadas y corrió a refugiarse en la iglesia. Y ahí sacó fuerzas para confesarle a don Camilo su falta.

—¿No ve, padre, no ve?

Don Camilo se quedó unos minutos viendo llorar a doña Ernestina; luego dijo:

—Señora, aunque su marido juzgue que lo que usted ha hecho es una gran locura, no sigue siendo más que una soberana tontería. Y el que usted esté así de angustiada demuestra que la ha cometido sin pensarlo.

La mujer asintió con la cabeza.

—Pero, dígame —prosiguió don Camilo—, ¿cómo es que, así, de repente, a los cuarenta y cinco años, le ha entrado este capricho?

La mujer alzó la cabeza:

—Ha sido esta mañana —explicó—. Me he mirado en el espejo y de golpe me he dado cuenta que tenía el cabello gris, lleno de canas. De repente me he dado cuenta que he envejecido y me ha entrado la desesperación. No quería que también se dieran cuenta los demás.

Don Camilo pensó en hacerle un largo discurso lleno de sensatez. Pero se limitó en pensarlo:

—Vuelva a casa, señora —dijo simplemente—. Vuelva a casa y deje de llorar. Ya ha llorado bastante.

Ernestina le miró angustiada.

—Padre, ¿qué va a pasar?

—Rezaré a Nuestro Señor por usted —respondió, pausado, don Camilo—. Váyase y tenga fe en Dios.

Ernestina hizo la señal de la cruz y se marchó lentamente.

Llegó ante el Palazzone y vaciló antes de abrir la puerta de la verja. Aunque en realidad ya tenía ganas de acabar de una vez por todas.

El corazón le latía muy fuerte al entrar: los hijos aún estaban sentados alrededor de la mesa.

—¿Y papá? —se informó Ernestina sin quitarse el echarpe de la cabeza.

—Aún no ha vuelto —respondió el hijo mayor.

—No me encuentro bien, me voy a la cama —dijo Ernestina—. He perdido el autobús y me ha costado mucho volver.

Subió apresuradamente la escalera y cuando estuvo en su habitación se sacó el chal negro. Abajo no se habían dado cuenta de nada.

Se desvistió rápidamente, se metió entre las sábanas y apagó inmediatamente la luz. Pero no logró conciliar el sueño: pensaba que dentro de poco iba a llegar Carlo, que encendería la luz y que iba a descubrir aquella condenada cabeza rubia.

Sonaron unas horas. Sonaron otras.

Hasta medianoche no se oyeron los pasos de Carlo subiendo por la escalera. Supo que Carlo entraba en la habitación y esperó que encendiera la

luz. Oyó cómo Carlo giraba el interruptor, pero no se encendió la luz. Afortunadamente había un apagón.

Carlo se desnudó a oscuras y se metió en la cama.

Ernestina se quedó, así, despierta, y se dio cuenta que tampoco Carlo dormía.

De repente volvió la corriente y se encendió la luz sin que a Ernestina le diera tiempo de meter la cabeza debajo de las sábanas. El hombre y la mujer se miraron a la cara. Y Carlo vio que Ernestina ya no tenía los cabellos de color gris, sino rubio cobrizo.

Y Ernestina vio que Carlo ya no tenía el bigote gris, sino que se lo había hecho teñir de negro.

Entonces ambos se pusieron a llorar como unos tontos.

—¡Qué van a decir, mañana, ésos! —suspiró al final Carlo Daboni.

—Que sea lo que Dios quiera —respondió, suspirando, Ernestina.

Y Dios quiso que los hijos hicieran ver, al día siguiente, que no se habían dado cuenta de nada. Y luego, poco a poco, día a día, semana a semana, la nieve fue cayendo suavemente sobre el bigote negro de Carlo y sobre el cabello rubio cobrizo de Ernestina, que dejaron tranquilamente que cayera, casi con alegría, como si el gris fuera el color de la juventud.

EN EL PAÍS DEL MELODRAMA



Las gallinas, mientras esperaban que la campana diera las campanadas del mediodía, parecía que iban ensayándose para el consabido coro.

Aquel verano, el sol se estaba aplicando a fondo y hasta se oía hablar o se leía que había habido gente que al atravesar una plaza o que al andar por la calle había caído al suelo —como pera madura— muerta de calor.

Todos se mantenían lo más alejados posible del asfalto y en la carretera general sólo se veía a un desventurado que circulaba montado en una destartalada moto ligera. A medio quilómetro del pueblo, el motor dejó de zumbar: estornudó y se paró. El hombre se apeó del sillín y siguió el camino a pie, empujando la motocicleta.

Ni se agachó para mirar el motor porque sabía perfectamente en qué consistía la avería.

Avería grave, la peor de todas: se había acabado la gasolina y aunque hubiera estado allí la estación de servicio, junto a la carretera, el motorista hubiera proseguido *pedibus calcantibus* igual porque no le quedaba ni un céntimo.

Mientras caminaba sudando por la carretera desierta, el hombre iba mirando a su alrededor para ver si encontraba una sombra: pero no había ninguna planta a los lados de la carretera. Y aunque hubiera saltado la cuneta para entrar en los campos, del otro lado tampoco había más que rastrojos quemados.

Era aquél un condenado trecho de carretera porque, además, más adelante, donde empezaban los campos con árboles, habían puesto redes metálicas.

El hombre prosiguió; se sentía medio mareado (quizá por estar debilitado por la fiebre de los días anteriores y quizá también porque hacía quince horas que no había comido nada) y temía coger una insolación.

Arrancó desesperadamente y cuando, finalmente, consiguió alcanzar la primera capillita que se alzaba a cincuenta metros de las primeras casas del pueblo, le pareció haberse salvado milagrosamente de un grave peligro.

El templete daba una sombra mínima y para poder cobijarse en él había que quedarse pegado a la pared de lo estrecho que era: el hombre se adosó a la pared y eso le sugirió la idea de ser como un náufrago aferrado a una pequeña balsa.

Una balsa vertical.

Estaban a punto de sonar las doce del mediodía y empezaba a pasar gente por la carretera: el hombre pensó que no podía quedarse allí, que no podía dejar que la gente le viera en aquella extraña situación. Hasta los niños del parvulario entendían una barbaridad sobre motos ligeras, y de seguir allí, alguien se pararía para preguntarle qué le pasaba a la moto y darle consejos y ofrecerle ayuda.

Salió de la sombra, levantó la moto y continuó decidido el camino. Aunque, al cabo de unos pasos, se dio cuenta que agotado como estaba no podía ni soñar en llegar a pie hasta su casa. Vivía en la ciudad, a treinta y cinco quilómetros de distancia.

Tenía que ganar tiempo y, sobre todo, tenía que conseguir deshacerse de la moto. Aflojó la válvula del neumático delantero y cuando la cubierta quedó deshinchada continuó la marcha.

Daban las doce cuando el hombre llegó delante del taller de Peppone. Peppone estaba aún dándole al martillo: el hombre entró con la moto en la nave ennegrecida.

—Por favor —dijo—, se la dejo aquí. Cuando le vaya bien míreme el neumático delantero. No sé si se ha pinchado o si es la válvula que tiene un escape. Volveré por la tarde, a última hora, porque tengo cosas que hacer en el pueblo.

Sacó de la bolsa del portapaquetes una cartera de piel toda pelada y se fue.

Le parecía haber acertado: «Así hasta las cinco o las seis de la tarde estaré tranquilo. La moto está guardada, no me molesta, no me pone en evidencia y así puedo pensar tranquilamente en cómo agenciarme el dinero que me hace falta».

En realidad había agravado el asunto porque, si antes sólo le hacía falta dinero para gasolina, ahora también necesitaba el dinero que tendría que pagar al mecánico por la molestia de haberle guardado durante medio día la moto y de comprobar el neumático. De todos modos, se trataba de poca cantidad.

Lo importante, lo más urgente y necesario, ahora, consistía en pasar inadvertido a la curiosidad de la gente. Un forastero, en un pueblo pequeño, en seguida llama la atención, sobre todo si se le ve dar vueltas a la hora en que todos van a comer.

Salió del centro; en cuanto llegó al primer camino de carro, torció decidido y se tumbó a la sombra del seto.

Había una pequeña acequia con un poco de agua estancada: se lavó las manos y, mojando el pañuelo, se limpió la cara. Se atusó el pelo y, con un manojo de hierba, se quitó el polvo de los zapatos.

Por la mañana ya se había afeitado con la navaja que llevaba siempre consigo, dentro de la bolsa de la moto: ahora ya estaba más arreglado y podía presentarse dignamente en cualquier sitio. Cuando aún estaba polvoriento, despeinado, sudado y con aquella maldita moto que tenía que llevar a rastras como una cruz, seguro que lo peor consistía en su aspecto desordenado y en el estorbo que le producía la moto: arreglado su aspecto y suprimido el estorbo, seguro que todo iba a funcionar de nuevo a la perfección.

Pero ahora se daba cuenta que la situación había empeorado.

¿A quién presentarse así a mediodía?

¿A quién podía ir a ofrecer betún para el calzado y pastillas de jabón?

Además, aun en el caso que hubiera conseguido hacer firmar algún pedido, ¿quién iba a entregarle dinero anticipado por una mercancía de la que sólo había visto la muestra?

Hacía ya cuatro años que hacía aquel oficio. La guerra se lo había llevado a los veintidós años; luego, cuando al cabo de cinco años había vuelto, no había encontrado a nadie en su casa.

No había encontrado a nadie ni nada: ni la casa.

Un montón de meros escombros pelados porque la gente había robado todo lo que no eran escombros, hasta los ladrillos que habían quedado enteros.

Le habían dado cuatro cuartos como damnificado de guerra y con eso y con las otras tres perras chicas que recibió del distrito en concepto de indemnización por los años de prisionero en Alemania, se había comprado

ropa de vestir, algo de ropa interior y lo necesario para poder vivir en un cuartucho que ni sabía cómo había podido conseguir.

La moto no era suya; la alquilaba de vez en cuando y le hacían un buen precio: una empresa de quinta categoría lo había nombrado representante. Pateaba las plazas cercanas a las ciudades, en un radio de cuarenta quilómetros. Desde hacía cuatro años andaba dando vueltas ofreciendo un pésimo jabón y un pésimo betún a gente que tenía siempre las tiendas repletas de jabón finísimo y de betún excelente: les hacía unas óptimas condiciones sacrificando la mitad de su comisión con tal de conseguir vender algo. Al principio disponía de una pequeña existencia y entonces la maniobra le salía bien.

«Si hace este pedido —decía— recibirá una factura de mil ochocientas liras. Ya es un buen negocio, pero, como quiero hacerme una sólida clientela, pretendo trabajar sólo para hacer propaganda. De modo que para demostrar con los hechos que usted empieza ganando incluso antes de vender la mercancía, yo le doy ahora ya trescientas liras contantes y sonantes, con lo que usted, en lugar de pagar mil ochocientas, pagará mil quinientas».

La idea de recibir dinero por parte de quien vende algo resulta agradable a mucha gente, y por eso al principio el asunto funcionó. Luego, cuando se le acabaron las existencias, el trabajo se volvió mucho más duro; ahora, cada vez que paraba el trasto delante de un tenducho de pueblo, el hombre sentía que le fallaba la respiración.

Y cuando apretaba la manecilla de una puerta de cristales y sonaba el timbre, le entraban ganas de volver a montarse en la moto y de marcharse corriendo.

Mientras esperaba que apareciera alguien de la tienda, pensaba: «Esta vez no saldré bien parado. Cuando sepan quién soy y lo que pretendo me van a echar a patadas».

Aunque nadie le había echado nunca a patadas: nadie le había maltratado. Quizá porque era un joven de buena presencia y con modales de señor, aunque vistiera trajes baratos.

O quizá porque todos los tenderos ya estaban acostumbrados a recibir visitas de representantes y contestaban negativamente con la indiferencia que confiere la costumbre. Aunque él hubiera preferido que le insultaran, que le contestaran que podía tragarse su asqueroso jabón y su repugnante pasta para los zapatos. Quizá así hubiera conseguido tener la fuerza de plantarlo todo y empezar a buscarse otra cosa.

En cambio, seguía siempre la misma rutina: pero ahora le había sucedido algo excepcional. En Castelletto, hacía tres días, una fiebre de caballo le había hecho guardar cama en una fonducha; al levantarse, el poco dinero que llevaba apenas le había bastado para pagar el alojamiento y la comida.

La cuenta era de dos mil setenta liras y él sólo tenía dos mil; la dueña, al ver los dos billetes de mil, le había dicho que ya estaba bien.

Todo un milagro. Pero que no se había repetido cuando, a diez quilómetros de Castelletto, el depósito se había quedado vacío.

Y ahora estaba allí, sentado a la sombra del seto, junto a la pequeña acequia llena de agua estancada, pensando en la forma de llenar el depósito y de volver a casa.

De volver a casa sin una lira y sin haber ganado ni un céntimo de comisiones.

¿Vender algo? No tenía nada: la moto pertenecía al que se la había alquilado y sólo por empeñarla podía ir a parar a la cárcel. El remedio era peor que el mal.

Se acordó de los días de la guerra y de cuando estaba prisionero: qué hermosa era entonces la vida, aún llena de esperanzas.

Miró el agua muerta de la pequeña acequia, alzó la mirada y se acordó de algo muy importante: más allá del dique estaba el río. El río que allí se ensanchaba y parecía inmenso.

Pensó en aquellas aguas y le pareció que estaban esperándole. Casi sintió alegría.

El río ancho y profundo.

Se levantó y empezó a darle vueltas la cabeza. Se encaminó hacia el dique lejano, pero sintió como unas fuertes punzadas en el estómago que le impidieron moverse.

Era hambre. Un hambre desesperada. Y el hambre le mantenía sujeto a la vida.

«Mientras siga deseando comer como estoy deseándolo ahora, no tendré fuerzas para echarme al río. Quiero comer, atiborrarme de comida y de vino».

Sentía necesidad de comer, pero sobre todo de beber. De quedarse ahíto de vino.

Volvió a la carretera y se dirigió al pueblo.

El mesón de la Frasca estaba a doscientos metros de allí, una casita aislada con una pérgola delante.

«Comer y beber está bien, pero… ¿para pagar?». Ese pensamiento le dio risa: un hombre que, como máximo, va estar muerto dentro de una hora va y

se preocupa por ese tipo de cosas. Un moribundo va y se angustia en pensar: «¿Quién pagará mis funerales si no tengo a nadie en el mundo?».

Además, la aventura le divertía: nunca había hecho algo semejante, nunca se había lanzado ni desmandado así. Muchísima gente había corrido mil aventuras de ese tipo en la vida y se vanagloriaba de ello. También él se iba a correr su aventura conformándose con contársela a sí mismo antes de echarse al agua.

Entró en el mesón muy contento: le interesaba una barbaridad saber cómo iba a acabar esa historia de comer de balde.

Se sentó, pero no se sacó la chaqueta. Quería mantener un aspecto distinguido hasta el final.

—Quisiera comer —dijo con voz segura al mesonero—. Deme de todo lo que ya tenga preparado.

El mesonero de la Frasca era un hombretón de lo más desagradable. Un hombre que no se había reído en toda su vida; además, aunque hubiera querido no habría podido de lo duros y tirantes que tenía los músculos de las mandíbulas. Se llamaba Ganassa, aunque a veces le llamaban el morrudo, y era hombre de movimientos lentos y pesados. Las veces que lo soliviantaban y tenía que emplear las manos, no pegaba puñetazos como todos los cristianos: levantaba el puño y lo dejaba caer como un martillazo.

—Sopa con tocino, salchichón y tortilla de cebollas —explicó Ganassa con voz de pocos amigos.

—Está bien. Tráigame en seguida vino.

Llegó la sopa y, más que comerla, el joven la sorbió en un santiamén. Luego se lanzó a la tortilla y al salchichón. Hacía un calor horroroso y el vino estaba fresco: lo bebió como si fuera gaseosa y la borrachera le salió de golpe.

Le pareció al hombre como si se le fuera a partir la cabeza y se asustó pensando en que no iba a poder moverse de allí: después, dulcemente, se sintió desfallecer y se quedó dormido.

—¿Le ha pasado?

La voz áspera de Ganassa le despertó. Había dejado de darle vueltas la cabeza, pero sentía la boca seca.

Se tragó media jarra de agua.

—¿Qué hora es? —preguntó al mesonero.

—Las siete.

Se angustió: pensó en la moto sin gasolina, pensó en la comida y en el vino que tenía que pagar. La cara hosca de Ganassa y sus enormes manos le hicieron entrar miedo. Luego pensó en el río, en el gran río que esperaba, y de pronto se sintió tranquilo. Estaba todo arreglado.

Se hizo traer un vaso grande de *grappa* y se lo echó al coleto bajo la mirada de Ganassa.

—La cuenta —dijo el hombre.

Ganassa cogió un trozo de tiza y garabateó algo encima de una mesa.

El joven veía moverse aquella manaza que tenía unos dedos como bastones. Pero ¿qué más daba? Todo se acabaría en el agua del gran río.

—Seiscientas diez —dijo al final Ganassa levantando la cabeza.

El joven vaciló un momento y luego dijo:

—Lo siento.

Ganassa no le entendió.

—No es ni caro ni barato —replicó con tono amenazador—. Es el precio justo. Si quiere comprobarlo, compruébelo.

El joven suspiró.

—No hablo del precio. Digo que lo siento mucho porque no tengo las seiscientas diez liras.

Ganassa se acercó lentamente; al llegar a la mesa apoyó los puños mortíferos encima del mantel y se inclinó hacia el joven.

—¿No tiene las seiscientas diez liras?

—No.

—¿Y cuánto tiene?

—Nada —aclaró el joven.

La cosa le pareció descomunal a Ganassa, que se quedó durante unos instantes desconcertado.

—¡Y sin un céntimo en el bolsillo ha entrado aquí y se ha hecho servir todo lo que le he puesto! —bramó mientras los ojos se le iban poniendo cada vez más chicos.

El joven se abrió de brazos.

Ganassa estaba ahora jadeando.

—A mí no me ha tomado el pelo nadie —dijo Ganassa, apartando de una patada la mesa.

El joven ni se puso de pie. El asunto no le interesaba y se quedó esperando. Ganassa dio un paso hacia adelante, agarró con la izquierda al joven por la solapa y lo levantó.

El joven esperó que la mano derecha entrara en acción, pero en aquel instante se levantó una voz:

—Ganassa, no te compliques la vida por seiscientas liras.

Ganassa aflojó los dedos y se volvió:

—Yo le he dado de comer —dijo—. Yo no soy más que un desgraciado y tú lo sabes. ¿Por qué, si no tenía un céntimo, ha tenido que venir a estafarme justo a mí?

—He entrado en el primer mesón que he encontrado —explicó el joven y Ganassa apretó los puños.

—¿Por qué al entrar no ha dicho que no tenía dinero y que estaba hambriento? Algo le hubiera dado.

—No he pedido caridad en toda mi vida —aclaró el joven—. Además, tenía necesidad de vino, de mucho vino.

A Ganassa se le había acabado su repertorio de argumentaciones.

—¡Basta! —bramó—. No saldrá de aquí sin antes haberme dado algo para resarcirme del perjuicio.

En un rincón del mesón había tres o cuatro hombres sentados a una mesa jugando a las cartas. Dejaron de jugar y se quedaron a la expectativa. Ganassa estaba lanzado y seguro que iba a haber bronca.

El joven pensó en el gran río que estaba esperándole y sintió casi un malvado placer por lo que le estaba pasando. Como si le estuviera pasando a otro. Hurgó en los bolsillos y luego le enseñó a Ganassa las fruslerías que había sacado.

—No hay nada de valor —aclaró—. ¡Si quiere le dejo la chaqueta!

—¡No quiero harapos! —gruñó Ganassa.

—Tengo esta cartera, la pluma estilográfica.

—¡No quiero tonterías! —volvió a gruñir, aún más feroz, Ganassa.

El joven se miró y luego extendió los brazos:

—No sé qué darle —dijo—. Por más que lo pienso no sé qué puedo darle. No puedo ni firmarle una letra porque sé que no se la podría pagar nunca…

Su mirada fue a posarse en la pared que había al lado y vio unos cuadritos con las consabidas viejas oleografías de los mesones del campo: Otelo a punto de estrangular a Desdémona, Rigoletto que con el brazo levantado grita «Cortigiani, vil razza dannata» y otros por el estilo. Entonces se acordó de una vieja historia de la época en que estaba prisionero, de cuando para obtener de los alemanes un par de zuecos de madera había tenido que cantar *O solé mió!*, y se volvió a Ganassa:

—Oiga —dijo—, no sé qué darle. Si quiere puedo cantar.

Cuando se le ocurrió que decir algo semejante significaba darle luz verde al mesonero para que le triturara, ya era demasiado tarde: Ganassa ya había apretado los puños y se aproximaba implacable.

—¿Me quiere pagar cantando? —preguntó Ganassa, que ya estaba a dos pasos de él.

—Sí —explicó el joven—. Cuando estaba prisionero, un alemán me dio por un recital un par de zuecos, una rebanada de pan así de grande y un cigarrillo.

Ganassa se quedó unos instantes perplejo, luego hizo marcha atrás y se fue detrás del mostrador.

—Adelante —dijo Ganassa.

El joven asintió con la cabeza y se aclaró la garganta. Mientras, miró a su alrededor y descubrió, colgado encima de la puerta, un cuadro con la cara adusta de un notable de por allí.

Miró intensamente, desesperadamente, aquella imagen buscando los ojos y, al final, los encontró y no los perdió de vista ni un instante.

Eran dos ojos pequeños, pero que brillaban en la sombra como dos diamantes.

El joven esperó una indicación; cuando la recibió por un destello que salió de la sombra, atacó algo de Verdi.

Siguió cantando sin perder de vista aquellos ojos y sintió salirle de la garganta una voz que no parecía la suya, y, en los agudos, el aire que le faltaba en los pulmones lo sacaba del corazón.

¿El vino? ¿La *grappa*? ¿El espejismo del gran río que estaba esperándole?

Cantó, y cuando vio apagarse las dos gemas en la sombra, comprendió que había acabado de cantar.

Ganassa estaba allí, con los codos apoyados sobre el mostrador, con la cabezota apretada entre las peludas manazas, sin respirar. Y los tres o cuatro del grupito del fondo de la sala parecía como si se hubieran puesto de acuerdo con Ganassa.

El joven hizo ademán de moverse y de dirigirse hacia la puerta porque el río estaba esperándole. Cuando pasó por delante del mostrador, Ganassa se recobró: se incorporó, abrió el cajón, hurgó dentro y dejó encima del mostrador trescientas noventa liras.

—Señor, el cambio de las mil liras —dijo con voz sombría Ganassa.

El joven se volvió y se quedó como encantado por aquel gesto extraordinario. Luego la atmósfera del melodrama acabó por cautivarle a él también y, sonriendo, respondió:

—El cambio, de propina.

—Gracias, señor —contestó Ganassa.

Y en sus ojos brilló un destello de asombro, porque no había recibido jamás en su vida tan buena propina.

Fuera, el sol había terminado de agostar los campos y ahora se disponía lentamente a poner en escena un ocaso digno del cielo lírico de la *Forza del destino*.

El joven llegó hasta la orilla del agua. Pero el agua le rechazaba. Todo estaba igual, pero ahora todo había cambiado.

—Tenga la moto.

El joven se volvió: Peppone estaba detrás de él y aguantaba la motocicleta por el manillar.

El joven quiso decir algo, pero Peppone no le dio tiempo.

—Todo listo —explicó—. El neumático y la gasolina.

El joven abrió los brazos, pero Peppone meneó la cabeza:

—No se preocupe, me doy por pagado: yo también estaba en el mesón.

Se encaminaron hacia la bajada que llevaba a la carretera general.

—¿Cómo he cantado? —preguntó el joven.

—No lo sé —respondió Peppone—. Ni parecía una voz. No sé qué porras parecía. Son cosas que se sienten, pero que no se entienden.

El joven suspiró:

—Había bebido mucho vino…

—¡Qué va a ser el vino! —mascullό Peppone—. No diga tonterías. Ya me sé yo lo que puede dar de sí el vino.

El joven notó algo en la horquilla delantera de la motocicleta y se agachó.

—No me ha dado tiempo de pintarla —explicó Peppone—. Estaba rajada por los dos lados y la he soldado. Si hubiera hecho quinientos metros más, se hubiera pegado un buen porrazo. Se le ha acabado la gasolina en el momento oportuno.

El joven se quedó pálido y empezaron a temblarle las manos:

—¡Es imposible! —exclamó.

—Sí, pero parece que hoy quiera el destino que pasen sólo cosas imposibles —replicó Peppone.

Se calló un instante y concluyó:

—Joven, que digan lo que quieran, pero, política a parte, Dios es siempre Dios.

El joven montó en la moto y en cuanto recorrió los primeros tres metros de la bajada el motor ya zumbaba. Peppone se quedó allí escuchando el

zumbido del motor y le pareció como si fuera un poema sinfónico que, lentamente, se diluía y desvanecía en el aire.

LA HARINA DEL DIABLO



Don Camilo se fue a confiar sus penas al Cristo del altar mayor:

—Jesús —exclamó—, un granizo tan grande como huevos es lo que tendríais que mandar a esa gentuza. Verdaderamente es una lástima que les hagáis el bien.

—Hacer el bien nunca ha de saber mal —respondió el Cristo—. La lástima es no hacerlo cuando se puede hacer.

—Por eso. No han tenido nunca tanto trigo como este año y jamás como este año me está costando tanto recoger trigo para los niños del centro recreativo. Ocho quilos, diez quilos, cinco quilos: gente que ha sacado hasta dieciséis quintales de trigo por fanega. Filotti ha tenido el valor de ofrecerme treinta quilos: he estado a punto de echárselos a la cara. ¿No tengo motivos para enfadarme?

—No, don Camilo. El que se deja llevar por la ira siempre anda equivocado. Paciencia y humildad: éste ha de ser tu lema.

—Jesús, perdonadme, pero con la paciencia y la humildad no se hace pan.

—Claro, don Camilo: si paciencia y humildad no van acompañadas de fe en la divina providencia, para bien poco sirven.

Don Camilo entendió la lección:

—Jesús —afirmó—, voy a dejar que descanse el caballo y luego seguiré dando la vuelta.

Era una tarde de finales de julio y el bochorno cortaba hasta la respiración. Don Camilo dio de beber al caballo y luego volvió a montarse en la calesa y, tras abrir la sombrilla gris, se puso en camino.

Apenas salió del pueblo, desierto, giró en seguida para tomar la carretera de la Esclusa; en cuanto hubo hecho cien metros, oyó el zumbido de la trilladora en una era cercana.

«Señor —dijo don Camilo—, permitidme que empiece por una casa que no sea esta de los Tobazzi. Están trillando, están ocupados y podría molestarlos. Pasaré por aquí cuando hayan acabado de trillar».

En realidad don Camilo no tenía la mínima intención de pasar por casa de los Tobazzi, ni después de la trilla ni nunca. Los Tobazzi eran gente que era preferible olvidar.

Gente adusta y todos más rojos que el infierno.

Poco antes de pasar por delante de la era, don Camilo orientó la sombrilla gris de manera que quedara lo menos visible posible a la gente que estaba afanándose, blasfemando, en medio de la polvareda de la trilladora.

Incluso le dio al caballo con la punta del látigo para pasar más rápido, pero justo cuando don Camilo estaba a punto de alegrarse por haber burlado el peligro, una voz gritó desde lo alto de la trilladora:

—¡Ven a trabajar!

El caballo se paró de golpe y don Camilo, plegando la sombrilla gris, bajó de la calesa y se encaminó lento pero decidido hacia la máquina trilladora.

«Paciencia y humildad han de ser tu lema, don Camilo»: las palabras del Cristo crucificado le volvieron a la mente y sirvieron para que la marcha de don Camilo se volviera más tranquila y comedida.

Paciencia y humildad.

—Buenos días —dijo cordialmente don Camilo cuando hubo llegado hasta la trilladora.

El jefe de los Tobazzi estaba arriba, echando las gavillas de trigo dentro del escotillón de la trilladora, se paró un momento y miró hacia abajo.

—Estoy dando una vuelta para recoger un poco de trigo para los niños del centro recreativo —explicó don Camilo—. De todos modos si se trata de echaros una mano al trabajo, aquí me tenéis. ¿Qué hay que hacer?

Los que estaban trabajando se pusieron a reír.

—¡Aquí se suda! —respondió Tobazzi.

—Cuando hace calor, se suda en todas partes —aclaró don Camilo.

Delante había un gran montón de sacos llenos de trigo y hombres llenos de polvo, chorreando sudor, que se cargaban al hombro los sacos y los subían al granero; don Camilo se acercó y se quedó observando aquel vaivén infernal.

—¡Mala cosa para quien no tiene el lomo lubricado! —agitó Tobazzi haciendo desternillarse de risa a todo el mundo.

—¿Es difícil? —preguntó don Camilo a los dos hombretones que levantaban los sacos del suelo y los cargaban sobre los hombros de los que los acarreaban.

—Más difícil que decir misa —respondió en voz alta uno de los dos.

—Quisiera probarlo —exclamó don Camilo doblando el espinazo.

Los dos se quedaron extrañados un instante, pero luego levantaron un saco.

Cuando don Camilo tuvo sobre el hombro el saco, preguntó:

—¿Y ahora qué hay que hacer?

—¡Ahora viene lo difícil! —dijo, riéndose, Tobazzi—. Ahora hay que subirlo por la escalera hasta el granero.

Don Camilo se puso en marcha y al llegar al pie de la escalera empezó a subir y desapareció dentro del granero.

Pasaron unos minutos, al cabo de los cuales volvió a aparecer; aún llevaba el saco de trigo cargado al hombro:

—Perdonen —dijo asomándose por debajo de la máquina—, se me ha olvidado preguntar qué hay que hacer al llegar al granero.

Los del equipo se pusieron a reír de un modo algo distinto al de antes y eso molestó un poco a Tobazzi:

—Al llegar al granero —contestó, agresivo, Tobazzi— hay que vaciar el saco en el montón y luego, si uno puede, volver a bajar a repetir la misma operación con otro saco.

—Entendido —masculló don Camilo—. Puesto que he hecho en balde el primer viaje al granero, lo recuperaré en este segundo viaje.

Se acercó a los dos hombres que ayudaban a los que acarreaban el grano a cargar los sacos sobre los hombros.

—Por favor, échenme otro.

Todos pararon de trabajar y se quedaron mirando: los dos hombres, después de haberse mirado a la cara, agarraron un saco y lo izaron sobre el

hombro izquierdo de don Camilo.

—Antes me iba a la derecha y me resultaba más difícil —exclamó alegremente don Camilo—. Ahora que llevo el peso compensado voy mucho mejor.

Se puso en marcha con paso tranquilo y seguro y, tras subir por la escalera, desapareció en el granero.

Volvió a aparecer al cabo de unos minutos:

—¿Esto es todo? —preguntó a los encargados de los sacos.

Los dos abrieron los brazos.

—Es más difícil decir misa —afirmó don Camilo.

Nadie se rió a pesar de que todos lo habían oído perfectamente.

—¡Cuesta poco hacer una bravuconada! —gritó Tobazzi—. ¡Lo difícil es continuar!

Don Camilo se hizo cargar otros dos sacos a cuestas y partió hacia el granero.

Tras dos o tres viajes más se dirigió a Tobazzi:

—Tampoco es difícil continuar. Pero permítame una curiosidad: esos que suben los sacos, ¿trabajan gratis o reciben una paga? Si por subir sacos se cobra una paga, continuaré muy a gusto. Noto que me sienta bien.

Tobazzi bajó de la trilladora:

—Muchas gracias, pero nos las apañamos nosotros solos. No necesitamos ayuda.

—Bien. Puesto que estoy aquí voy a aprovechar la ocasión: estoy recogiendo trigo para los niños del centro parroquial. ¿Les sobra un poco?

Tobazzi meneó la cabeza:

—Soy colono y no puedo tocar el grano antes de hacer las cuentas con el amo. Tengo medio saco de harina del año pasado. Si quiere, se la puede llevar. Es mejor harina que la nueva.

Don Camilo le contestó a Tobazzi que le quedaba muy agradecido:

—¡Gracias a Dios que me he parado para algo!

Tobazzi llamó a uno de los hijos y masculló algo.

El jovenzuelo desapareció y al cabo de poco rato volvió con un saco que dejó a los pies de don Camilo.

Tobazzi abrió el saco y sacando un puñado de harina la olisqueó y se la mostró a don Camilo:

—Harina como ésta no la encontrará en ningún sitio.

Era una magnífica harina, fresca, fragante, y don Camilo agarrando el saco y echándoselo a cuestas se fue más contento que unas Pascuas.

Al volver a subir a la calesa, cambió de dirección: estaba chafado por el cansancio y no se sentía capaz de continuar.

Sentía urgente necesidad de tumbarse en una cama y dormir. Pero en cuanto llegó a la rectoría su primer pensamiento fue el de ir a dar las gracias al Cristo y, volviéndose a cargar el saco a la espalda, entró directo en la iglesia.

—Jesús —dijo al llegar delante del altar mayor—. Siempre tenéis razón. ¡Con paciencia y humildad, junto con la fe en la divina providencia, se puede hacer pan!

Mostró al Cristo el saco que había depositado en el peldaño de la balaustrada.

—Don Camilo —respondió el Cristo—, ¿estás seguro que es un acto de humildad apabullar con la propia fuerza física de uno para humillar al prójimo?

—Señor, no son las pruebas de fuerza física las que cuentan, sino las pruebas de fuerza moral. Yo creo que es un acto de profunda humildad tener la fuerza física suficiente como para aplastar contra la pared a un tunante y emplearla pacientemente para subir varios quintales de trigo hasta el granero.

El Cristo suspiró:

—Don Camilo, tu corazón está envenenado.

Don Camilo agachó la cabeza:

—Perdonadme, Señor. En el fondo Tobazzi tampoco es malo. Ha dado más que todos los demás. ¡Y yo que ni pensaba que fuera a darme algo! ¡Mirad, Señor, qué harina más hermosa, fresca y perfumada!

Don Camilo entreabrió el saco y tomó un puñado de harina mostrándoselo al Cristo. Pero de repente su sonrisa desapareció.

Volvió a ahondar otra vez con la mano dentro del saco:

—Jesús —exclamó con voz sombría—, esto no es harina. Encima hay cuatro dedos de harina, pero debajo sólo hay yeso. Yeso que se ha humedecido y que no sirve para nada.

—Don Camilo, si es así —respondió el Cristo— has recibido el premio que tu acto merecía. Un montón de yeso con una capa de harina por un montón de jactancia con una capa de humildad.

—Señor —gimió don Camilo abriendo los brazos de par en par, desolado—, que se me castigue por haber errado es justo. Pero al actuar de este modo, Tobazzi no me ha castigado a mí sino a los niños del centro recreativo. La harina era para ellos, no para mí… No, Señor, de todos modos no creo que Tobazzi sea tan malvado: evidentemente debe de haberse equivocado de saco.

Don Camilo volvió a tomar su saco, salió de la iglesia y volvió a montarse en la calesa, partiendo en dirección de la era de Tobazzi.

Seguían trillando y en cuanto don Camilo apareció en la era todos empezaron a reírse.

Tobazzi seguía aún encima de la máquina:

—Perdone —le preguntó desde abajo don Camilo—, ¿era de verdad harina lo que me ha dado o se ha equivocado de saco?

—No —replicó agresivo Tobazzi—. Era harina. ¿Por qué?

—Nada, por pura curiosidad.

—Mejor que sea así —masculló Tobazzi guiñando a los demás. Don Camilo se marchó. Al llegar delante de la iglesia, ató el caballo a la anilla que había cerca de la puerta de la rectoría y corrió hasta el altar mayor:

—Jesús —exclamó—, también me he vuelto a equivocar esta vez. Es harina. El cansancio me ha trastornado la cabeza.

Don Camilo estaba cansado de verdad y tras desenganchar el caballo de la calesa y descargar el saco, se fue inmediatamente a encerrarse en casa.

Entonces se arremangó las mangas, se puso un delantal grande y, destapando la artesa, echó dentro una buena paletada de la harina de Tobazzi. Tras mojarla, empezó a amasarla.

Pronto obtuvo una hermosa hogaza. La metió en el horno de la cocina económica.

Los Tobazzi estaban cenando, y alrededor de la mesa estaba toda la cuadrilla de los trilladores: don Camilo apareció de repente con su envoltorio en las manos y todos dejaron de comer.

—Perdonen la molestia —dijo don Camilo sonriendo—. Pero sentía el deber de agradecerle al señor Tobazzi su generosidad.

Abrió el envoltorio y mientras lo hacía explicó:

—He querido probar en seguida su harina, Tobazzi: es verdaderamente excepcional. Espero que querrá aceptar una hogaza de su pan. Aún está caliente: la acabo de sacar del horno.

Don Camilo puso delante de Tobazzi la hogaza de pan.

—Le ruego que la pruebe: dígame si soy buen panadero o no. Tobazzi tenía la mano derecha en el respaldo de la silla, dispuesto a saltar y ponerse de pie:

—¡Pruébelo y deme su opinión! —dijo don Camilo—. Perdóneme si insisto, pero es que sólo tengo tres minutos de tiempo.

Se sacó el reloj y miró la esfera.

—Uno —masculló.

Cuando dijo «dos», seguía manteniendo en la mano izquierda el reloj, pero en la derecha sostenía una pesada plancha que había cogido de la repisa de la chimenea.

Tobazzi arrancó de la gran hogaza un pedazo pequeñito, pero que aun así parecía enorme.

—Tres —dijo don Camilo mientras Tobazzi se llevaba el pan a la boca.

Don Camilo se quedó mirando cómo Tobazzi masticaba despacio.

—¡Si alguien lo quiere probar que no haga cumplidos! —exclamó don Camilo echando una mirada a su alrededor.

Nadie resolló.

Cuando Tobazzi hubo acabado de tragar y hubo bebido un gran vaso de vino, don Camilo le preguntó:

—Bien, ¿qué le ha parecido?

—Bueno —respondió Tobazzi, taciturno.

—Me alegro. ¿Cree que está bien para los niños del centro recreativo?

Tobazzi se alteró:

—¿Qué tienen que ver los niños del centro recreativo? ¿Qué historias está montando?

—Es para ellos que recojo el trigo, no para mí.

Tobazzi se levantó:

—¡Coja todo el trigo que quiera y váyase al infierno! —gritó.

Don Camilo saludó, salió, se cargó a la espalda dos sacos de grano y se marchó a casa.

Antes de caer profundamente dormido, sacó fuerzas para susurrar:

«Alabada sea la divina providencia. No siempre la harina del diablo o las malas acciones se vuelven contra uno si se hacen por fin de bien, ni hay mal que por bien no venga».

TRIPLE CONCENTRADO



Todo hacía prever que aquél iba a ser también un año extraordinario para los tomates. En cambio, de pronto empezó a llover sin cesar y los tomates que estaban madurando y necesitaban mucho sol se enmohecieron y estropearon.

En cuanto Cometti vio llegar a la fábrica los primeros cargamentos de tomates se mordió las manos.

Cometti era un hombre honrado y antes que enlatar porquería prefería perder todo lo cocido y lo crudo: no podía poner en conserva aquella mercancía y por eso dio orden que se hiciera una rigurosa selección.

Le quedó muy poco aprovechable que, además, una vez elaborado, daba casi ganas de llorar.

—Enlatar esa mercancía son ganas de desperdiciar latas y de perder la reputación —dijo al capataz de la fábrica—. Si la cosecha mejora, con el producto nuevo arreglaremos éste. Si la cosecha sigue igual, tendremos que tirarlo todo, lo que llegue nuevo y lo de ahora.

La fábrica la Bovara era pequeña, pero trabajaba mejor que todas las demás y el *Triple concentrado «Tres corazones»* gozaba de la confianza de una antigua clientela muy adicta y, por tanto, exigente: Cometti no podía cometer ningún fallo, y aquel año vivió los días más duros de toda su existencia.

A las cuatro de la mañana ya estaba en el coche; durante todo el santo día, hasta el último rayo de sol, se mataba yendo de una finca a otra para ir a controlar los tomates en los campos. Si el día hubiera sido de venticuatro mil horas en lugar de venticuatro, Cometti habría controlado el tomate planta por planta porque le parecía que, por el solo hecho de sentirse observado por el amo de la fábrica, un tomate no podía por menos que mejorar.

Parecía como si Cometti estuviera convencido de que la luz de su mirada pudiera dar a los tomates aquel calor que el sol les negaba.

Y además de los tomates había que vigilar a los cultivadores: todos ellos buena gente, pero que ante el dinero no razonaban. Y Cometti sabía por experiencia que aquél era un momento crítico.

Cuando el tomate va mal, todas las fábricas de conservas quisieran fruto sano para mejorar el nivel del producto del fruto enfermo: entonces pagan cualquier precio por el fruto bueno y el cultivador que está comprometido bajo contrato con la fábrica X tiende a suministrar el producto malo a la fábrica X y a vender de escondidas el producto superior a otra fábrica.

En los períodos críticos del tomate viajan de noche, por las carreteras secundarias de la Tierra Baja, camiones misteriosos que de pronto tuercen por un camino de carros y se pierden entre los campos hasta llegar al lugar en donde hay gente esperándoles para cargar cajas llenas de tomates.

Una vez cargado el contrabando, los camiones vuelven a salir a la carretera y se pierden en la oscuridad.

Cometti estaba con los ojos bien abiertos y, cuando llegó el momento crítico, se dio cuenta inmediatamente: el tomate, visto en los campos, daba indicios de notable mejoría, pero por la mercancía que llegaba a la fábrica parecía como si nada hubiera mejorado.

Entonces se puso a dar vueltas incluso de noche; mandó a inspeccionar a dos guardas jurados y consiguió pillar a varios viles traidores con las manos en la masa y recuperar grandes cargamentos de fruto seleccionado, ya a punto de evadirse.

Esto le valió cortar muchos escapes y fallos en la organización, aunque no todos. Y entre los escapes por cortar quedaba naturalmente el de Filotti.

Filotti era el cultivador más importante y por más que Cometti verificara en los cultivos de Filotti una notable mejoría del tomate, a la fábrica seguía mandándole producto de mala calidad.

A Cometti le sabía mal enfrentarse con Filotti e intentó por todos los medios hacérselo entender por las buenas. Pero como el asunto no daba

señales de solucionarse y esa sangría amenazaba con comprometer la producción entera, Cometti decidió actuar por las malas.

Llamó a los guardas jurados:

—Dejad todo lo demás y vigilad día y noche a Filotti.

Los dos pusieron una cara nada contenta.

—¿Pasa algo? —se informó Cometti.

Se miraron los dos, luego uno balbuceó:

—No tenemos ganas de meternos en problemas.

—¿En problemas? —gritó Cometti—. ¿Acaso Filotti no es igual que todos los demás?

—Él sí —respondió uno de los hombres—. Pero anda por en medio alguien al que le dispararíamos a gusto un tiro, pero que por motivos personales es mejor evitar.

—Está bien —exclamó Cometti—. Ya me encargaré yo. Seguid vosotros con el servicio como siempre.

En cuanto el sol se puso por detrás de los chopos del río grande, Cometti salió. No cogió el coche para pasar desapercibido, se montó en la moto del capataz y circuló por caminos transversales.

La finca de Filotti estaba donde Cristo dio las tres voces, completamente aislada, y para llegar a la era había que recorrer un camino de más de un quilómetro después de dejar la carretera vecinal.

Aquél era el único camino transitable para vehículos que tenía la era de Filotti; Cometti, al llegar a mitad del camino, escondió la moto en la zanja lateral y esperó apostado detrás del tronco de uno de los altos álamos que había a ambos lados del camino.

Tuvo que esperar cuatro horas enteras, pero no esperó en vano. Hacia medianoche un vehículo proveniente de la era de Filotti venía con los faros apagados.

Cometti lo dejó pasar para estar seguro de que se trataba de un cargamento de tomates; cuando lo estuvo, saltó a la moto y una vez alcanzado el camión, lo adelantó y gesticulando y gritando dio a entender al conductor que parara.

El camión con remolque paró y el conductor sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué pasa?

Cometti se acercó.

—¡Alto! —intimidó al conductor—. De noche no me gustan las confusiones.

El compañero del conductor estaba a la defensiva en la portezuela del otro lado del camión.

La luz de una linterna iluminó la cara de Cometti, que se había parado.

La luz se apagó y el conductor bajó de la cabina.

—¿Qué quiere usted? —preguntó amenazador.

—Quisiera saber a dónde va ese tomate.

—A donde me parece y me place. Es asunto mío.

—Es más asunto mío que suyo, porque ese tomate lo he comprado yo y me corresponde por derecho.

—Yo no sé ni quién es usted: deje el paso libre.

—En cambio yo sí que sé quién es usted, señor alcalde —respondió Cometti.

El hombretón se le acercó.

—El alcalde recibe mañana en la alcaldía. Aquí no hay alcaldes que valgan, ni alcaldes que mentar.

—Está bien, señor Bottazzi, hablemos de tomates.

Peppone se puso a reír.

—Hable de ello con los que comercian en tomates. Yo hago de chófer y trabajo para quien me da trabajo.

—Y como quien le da trabajo es Filotti…

—¿Qué tiene que ver Filotti?

—Sí que tiene que ver, por la sencilla razón que usted viene de casa de Filotti, donde ha cargado todo este tomate.

Peppone se carcajeó:

—*Flaco* —gritó—. ¡Aquí hay un tipo que dice que nosotros hemos cargado este tomate en casa de Filotti!

—¡Está loco! —contestó *el Flaco* asomándose—. Este tomate lo hemos cargado en Cremona y le estamos dando un paseo turístico para hacerle visitar las bellezas artísticas de nuestro municipio.

La salida divirtió a Peppone, que se partía de risa.

—Usted tiene ganas de bromear, pero yo no —replicó Cometti—. Este tomate es mío y tiene que llevarse a mi fábrica. Le advierto de lo que va a pasar: si el tomate no va a mi fábrica, también usted será responsable de los perjuicios que Filotti me ocasiona con su acción infame.

Peppone se bajó hacia la frente el ala del sombrero y, acercándose a Cometti, lo agarró de la pechera aplastándolo contra el tronco del gran álamo a cuyo pie se había parado el hombre.

—No meta los pies en mis asuntos, ni ahora ni nunca, porque si no, voy a aprovechar la ocasión para saldar aquella vieja cuenta pendiente entre los dos.

A Cometti, que era más seco que un clavo, se le había cortado la respiración.

—¡La política no tiene nada que ver! —balbuceó.

—Tampoco hubiera tenido nada que ver entonces, cuando usted era lo que era y me hizo aquella mala pasada. De modo que la política no tiene nada que ver. Yo no quiero volver a tener nada que ver ni con usted, ni con su familia, ni con los de su empresa.

No aflojó el apretón, al contrario, aún empujó con más fuerza al desventurado contra el tronco del árbol gritando:

—*Flaco*, arréglale la motocicleta. El tipo tiene ganas de dar un paseo andando hasta casa.

El Flaco bajó de la cabina, deshinchó los neumáticos de la moto y, desenroscando el tapón del depósito, tumbó la moto al suelo.

—Aquí no hay testigos —dijo, torvo, Peppone— y podría quitarle el pellejo y tirarle al fondo del Stivone. Me contento con advertirle que si usted, directa o indirectamente, vuelve a molestarme, le sacaré las tripas y se las pondré por corbata.

—Yo no le he hecho nada —jadeó el desgraciado—. Aquella vez sólo me limité a decirle lo que le tenía que decir.

—¡Es el tono lo que cuenta! —gritó Peppone—. Si yo fuera aún un empleado de su puerca fábrica, seguro que ahora usted no me hablaría en el tono de entonces.

—Si usted cumpliera mal con su trabajo, como entonces, le diría lo mismo.

—¡Basta! Se acabó la discusión —dijo Peppone soltando al desafortunado —. *Flaco*, pongámonos en marcha.

—Me sorprende que se haga cómplice del campeón mundial de esos a los que su partido llama «terratenientes explotadores».

—Me sirvo de un granuja para perjudicar a otro granuja. Cuidado con lo que hace, y diga a sus acólitos que no se me acerquen, porque si disparan, dispararé yo antes.

Se subió al camión y, cerrando de un terrible portazo, metió la marcha.

Cometti llegó a casa a eso de las dos de la madrugada; su mujer, que estaba esperándole levantada, nada más verle llegar se quedó helada.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada.

Cuando se les dice a las mujeres que no ha pasado nada es justo cuando quieren saberlo todo, de pe a pa.

Cometti tuvo que explicarlo todo con pelos y señales; al final la mujer exclamó:

—Deja estar a Filotti y a ese otro condenado. No te metas en problemas, no expongas a represalias a la fábrica ni a tu familia.

—Lo dejo estar todo —respondió Cometti con tristeza—. Estoy cansado, no puedo más. Estoy solo contra todos. Cierro el negocio. Algún santo me ayudará. Si en lugar de doce años Paolo tuviera veinte me embarcaría para irme a la Argentina sin pensármelo ni medio minuto. Me parece como si, en lugar de tener cincuenta y cinco años, tuviera un siglo. Pobre Paolino… Procura que no se entere de nada. Tiene toda la vida por delante para poder amargarse.

Pero Paolino empezó a amargarse justo en aquel momento porque lo había oído todo, palabra por palabra.

La noche siguiente Peppone volvió a la era de Filotti porque había otro cargamento preparado.

Una vez cargado el camión, emprendió el camino de vuelta: estaba seguro que Cometti había comprendido perfectamente el consejo. Por si acaso, además, estaba *el Flaco*, que esta vez no iba en la cabina, sino que iba de avanzadilla en motocicleta.

Todo parecía funcionar a la perfección, bajo la más deslumbradora luna de agosto que imaginarse pueda asomándose por la ventana del cielo. El Dodge de Peppone circulaba a toda vela por el camino de los álamos y pronto llegó al cruce con la carretera vecinal.

Allí, para no ir a parar a la cuneta, había que tomar la estrechísima curva muy muy despacio en primera y apretando también el embrague.

Y fue justo en esa curva donde sucedió: la portezuela de la derecha se abrió y alguien se introdujo en la cabina.

Peppone frenó el camión y se giró para agarrar al desconocido y triturarlo.

Pero no se encontró nada o casi nada entre las manos, y soltando la presa, preguntó:

—¿De dónde ha salido este macaco?

El desconocido no respondió.

—¿Bien? ¿Qué quieres?

—¿Me lleva a casa, por favor? —dijo una voz vacilante de niño. Peppone se encogió de hombros:

—¿Dónde vives?

—En la Bovara.

—No paso por allí —explicó Peppone.

—No es verdad, señor.

Al oírse llamar «señor» por una vocecita tan amable, Peppone se quedó parado.

—¿Por qué dices que no es verdad? —preguntó.

—Porque usted está llevando los tomates del señor Filotti a la fábrica, y la fábrica está en la Bovara.

Peppone encendió la lucecita del techo y miró a la cara al niño.

—¿Cómo te llamas? —masculló entre los dientes.

—Paolo Cometti.

Peppone apagó la luz.

—¿Quién te ha mandado aquí? —preguntó con voz queda.

—¡Nadie, señor! Se lo juro. Me he escapado sin que nadie lo sepa. Ayer noche, cuando mi papá hablaba con mi mamá, yo aún estaba despierto y lo oí todo.

—Son asuntos que no te interesan —gritó Peppone desabridamente—. Yo no sé nada. Sólo sé que no paso por la Bovara.

En aquel momento llegó *el Flaco*, que se acercó hasta la portezuela de la cabina.

—Jefe, ¿qué te pasa?

—*Flaco*, coge a este niño y llévatelo a la Bovara. Luego vuelve a alcanzarme.

El niño no se movió.

—¡Date prisa! —le dijo Peppone—. No tengo tiempo que perder.

El niño siguió inmóvil; entonces Peppone abrió la portezuela y, levantando al niño, lo pasó al *Flaco*.

Pero *el Flaco* no fue rápido en cogerlo y el chiquillo se escurrió y se alejó corriendo.

—¡Vete al infierno! —gritó Peppone—. Tú y los de tu raza.

El Flaco volvió a ponerse de avanzadilla y Peppone, poniendo nuevamente en marcha el Dodge, arrancó.

Al cabo de trescientos metros alcanzó al niño que caminaba rápidamente por el borde de la carretera.

Decir rápidamente es poco porque, por más que Peppone se esforzara, no conseguía adelantarle, quedando siempre detrás suyo, y la cosa duró sus buenos quinientos metros. El fenómeno fue aún más singular cuando el chiquillo se paró. Porque, entonces, también se paró el Dodge.

Eso hizo perder la paciencia a Peppone; bajándose del camión, se enfrentó con el niño y gritó:

—¡Si yo fuera tu padre te daría de bofetadas!

—¿Por qué? —preguntó el chaval, tímidamente.

Peppone no se esperaba una pregunta tan difícil y no supo encontrar ninguna respuesta decente.

—¿Por qué no vas en moto? —refunfuñó Peppone para salir del paso.

—Voy en bicicleta —aclaró el chiquillo—. La he dejado allí, detrás del seto.

El niño atravesó el puentecillo de un camino de carros y al cabo de un momento volvió a aparecer llevando de la mano una bicicleta.

—Buenas noches —dijo el crío montándose en el sillín y empezando a pedalear.

Peppone volvió a subirse a la cabina y puso en marcha el Dodge.

Peppone no conseguía entender qué le pasaba a aquel maldito Dodge. Lo bueno es que para alcanzar al chiquillo le costó casi cinco quilómetros y ni siquiera pudo adelantarle porque cuando estuvo a punto de conseguirlo el chiquillo se le escapó, desapareciendo por un caminito.

Y como Peppone se dio cuenta que se encontraba justo en la explanada de pesar de la fábrica de la Bovara, paró el Dodge. Bajándose de la cabina, empezó a gritar como un diablo que él no tenía tiempo que perder y que se dieran prisa en pesar todo aquel maldito tomate porque de lo contrario ponía en marcha el elevador del volquete y les echaba todas las cajas allí en el patio.

Llegaron corriendo diez para pesar la carga y descargar las cajas. Y cuando le presentaron el albarán de entrega, Peppone meneó la cabeza:

—Arreglaos vosotros con el Filotti: yo no tengo que volver a pasar por su casa.

Mientras Peppone se disponía a volver a montarse al camión que ya había sido descargado, apareció Cometti, que al oír todo aquel alboroto y aquellos gritos había saltado de la cama y se había vestido apresuradamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —le contestó Peppone sin volverse.

Una vez en el camión, se asomó y, en voz baja, le contó a Cometti:

—Antes me servía del granuja A para perjudicar al granuja B, ahora utilizo al granuja B para perjudicar al granuja A. Aunque se cambie el orden de los factores, el resultado es el mismo.

Partió a todo gas dando una vuelta vertiginosa y arremetiendo contra la estrecha puerta de la verja a toda velocidad.

—¡Jefe!

Justo al salir tuvo que frenar porque *el Flaco* le estaba llamando.

—Jefe —balbuceó *el Flaco*—, hace más de una hora que te ando buscando.

—¿Y me has encontrado?

—Sí, jefe.

—Bien. Pues entonces puedes dejar de buscarme.

Mientras, con todas estas historias, estaba amaneciendo y Peppone, al echar una mirada al caminito por el que había desaparecido el ciclista, se dio cuenta que el camino no tenía más que unos cinco metros de largo, como máximo, y que conducía a la entrada de una villa. Y también se dio cuenta que el famoso chiquillo estaba asomado a una de las ventanas del primer piso.

«¡No hay nada de qué reír!», refunfuñó Peppone metiendo la marcha.

En realidad el niño no se reía: sonreía. Pero Peppone era un extremista y lo exageraba todo.

El Dodge partió con un brinco digno de Alfa Romeo; *el Flaco*, visto que ni pensando conseguía entender nada, se volvió a montar en la moto y se fue a la cama murmurando: «Creer, obedecer y luchar. Donde no llega el razonamiento es donde ha de intervenir la fe en la sacrosanta causa de la Revolución Proletaria».

Y la fe intervino y acompañó a la cama *al Flaco*.

Que descanses, compañero.

LA CÓMODA



Rosa puso rumbo directo a la rectoría, se pegó completamente a la derecha y frenó exactamente justo delante de la ventana del saloncito.

Al oír el chirriar de los frenos, don Camilo levantó la cabeza y al ver a Rosa agarrada a la reja dejó estar todos los papeles y se fue corriendo a la ventana para oír las novedades.

—¡Están a punto de llegar! —le dijo Rosa—. Han acabado ya la vuelta por las fincas y están dirigiéndose ahora al Palazzetto.

—¿Quiénes son? —pretendió informarse don Camilo.

—No sé —respondió Rosa—. Yo no los he visto y Marchino sólo me ha dicho que son cinco: los dos sobrinos, sus dos mujeres y el notario.

Rosa se apartó de la reja, le dio a los pedales y salió a toda carrera.

Don Camilo se quitó el polvo de los zapatos, se cepilló la sotana y se puso a caminar a buen paso hacia el Palazzetto.

Tardó poco en llegar, pero alguien se le había adelantado y estaba esperando delante de la puerta de la verja.

—¡Oh, nuestro señor alcalde!

—¡Buenos días, reverendísimo!

Don Camilo encendió su medio toscano y luego, entre una y otra bocanada, se informó:

—¿Y qué hace por aquí, señor alcalde?

Peppone era más bien agresivo:

—¿Hace falta algún permiso especial del obispo para dar una vuelta por el pueblo?

—Aún no —respondió don Camilo—. Se lo he preguntado porque pensaba que a lo mejor tenía intereses comunes con los herederos de la pobre doña Noemi.

Peppone puso en seguida las cartas boca arriba:

—Padre, estoy aquí para defender los intereses del asilo de ancianos. ¿Y usted?

—Yo, para salvaguardar los intereses del hospicio infantil.

En aquel momento llegó un coche que se paró delante de la cancela: bajaron dos mujeres y tres hombres, los cinco tenían un aspecto muy distinguido. Se encaminaron por la avenida que conducía a la casa, conversando quedamente.

—Me parece gente tratable —observó Peppone.

—Para saber si una persona es tratable hay que tratarla —murmuró don Camilo—. Vamos a intentar pararles cuanto antes.

Don Camilo, seguido por Peppone, alcanzó rápidamente al grupo.

Se excusó, se presentó y presentó a Peppone.

Rosa, mientras, había abierto la puerta y entraron todos en el fresco zaguán, en la semioscuridad de la casa.

Se sentaron en las sillas de mimbre y cuando se terminaron todas las palabras de cumplido y se hizo un silencio algo embarazoso, don Camilo se armó de valor y expuso el espinoso tema.

Doña Noemi tenía una especial predilección y cariño, tanto por el hospicio infantil administrado por un comité presidido por el párroco como por el asilo de ancianos administrado por un comité presidido por el señor alcalde. Y había repetido y explícitamente asegurado al párroco y al señor alcalde que, en su testamento, iba a acordarse generosamente tanto del hospicio como del asilo.

Los herederos se miraron; luego, en nombre de todos, respondió la mujer del sobrino delgado:

—Desgraciadamente, como ustedes deben saber, la pobre tía Noemi ha muerto sin dejar ningún testamento.

La señora se volvió hacia el notario y el notario asintió gravemente con la cabeza:

—Se han hecho todas las averiguaciones pertinentes —explicó—. Queda descartado que la difunta haya dictado o escrito un testamento. Y los únicos que tienen derecho a la herencia son los aquí presentes señores Giorgio y Luigi Rolotti, sobrinos de la difunta.

«¡Sobrinos!».

¡Hijos de la hija del hermano de la pobre doña Noemi! ¡Gente que en vida de doña Noemi no se habían jamás dignado dejarse ver ni en foto!

A don Camilo le costó tragarse todas las palabras que tenía en la punta de la lengua.

—No ponemos en duda sus aseveraciones —dijo sonriendo a la mujer del sobrino más delgado—. Tan sólo nos limitamos a comunicar cuáles eran los deseos de la difunta.

Peppone dio a entender que aprobaba plenamente las palabras de don Camilo.

El heredero delgado dijo que él y su hermano harían un donativo tanto al hospicio como al asilo.

—¡En especial atención a usted, padre, y a usted, señor alcalde! —puntualizó la mujer del sobrino gordinflón—. No por la gente del pueblo.

Peppone y don Camilo se miraron extrañados: ¿qué podía haberles hecho la gente del pueblo a aquellos cuatro merluzos que acababan de aterrizar en el pueblo hacía sólo dos o tres horas?

La mujer del heredero flaco se lo aclaró:

—Hemos conocido sólo a dos familias de aquí y las dos han intentado enredamos. ¡Si me da tanto, tanto!…

Las dos familias que habían conocido los herederos eran la del colono de la finca Colombaia y la del colono de la finca Canaletto: una gente estupenda que sólo pensaba en trabajar.

Peppone se lo dijo amablemente a la esposa del sobrino delgado, pero ella meneó la cabeza, decidida:

—¡Buenas personas, dice usted! Pero han intentado engañamos con el ganado y los aperos. ¡Dicen que la mitad de ese capital es suyo!

—¡Claro! —exclamó Peppone—. El régimen de aparcería funciona así. No es ninguna novedad.

La señora le miró con poquísima simpatía:

—¡De todos modos —cortó— ya se encargarán nuestros letrados! Y en lo que se refiere al donativo al hospicio y al asilo, lo haremos cuando todo quede

liquidado.

Don Camilo se inclinó.

—Muchas gracias a sus señorías. Por mi parte me permito comunicar algo más. Tal como doña Noemi me ha dicho en repetidas ocasiones, ella deseaba acordarse generosamente también en el testamento de Rosa y de Marchino. Los dos han servido fielmente a la pobre doña Noemi durante quince años. Rosa vino a esta casa a la edad de catorce años y Marchino a los quince. La pobre doña Noemi los consideraba más como hijos que como personal de servicio.

Le respondió seca la mujer del sobrino gordo:

—No se preocupe, padre: se les liquidará según dictamine la ley. Rosa y Marchino estaban allí, en el hueco de la escalera, y asistían inmóviles y en silencio al espectáculo. La señora se dirigió a los dos:

—Hoy mismo, terminado el reparto de la herencia, serán despedidos con el normal preaviso. ¿Tienen los papeles en orden?

Rosa y Marchino se miraron:

—No tenemos ningún papel —explicó Marchino, asombrado. La señora del sobrino delgado alzó los brazos al cielo:

—¡Bendita vieja! —exclamó—. ¡Tiene durante quince años a dos personas a su servicio sin preocuparse de estar en regla con los sindicatos, y luego se va y nos deja los problemas a nosotros! ¡Espero que no pretendan aprovecharse de la circunstancia! —concluyó dirigiéndose a Marchino y a Rosa.

—¡No queremos aprovecharnos de nada! —contestó resentida la muchacha.

—Bien. Ocúpese de ello —dijo la mujer del sobrino delgado al notario—. Aquí hay que actuar con pies de plomo. Y ahora veamos de solventar el asunto de las fincas.

El notario resumió.

—La división me parece de lo más fácil. Las dos fincas tienen la misma extensión, la tierra es de la misma categoría, las construcciones son exactamente iguales y del mismo año, los capitales son del mismo valor. Cada finca vale lo mismo que la otra. Los dos hermanos se miraron encogiéndose de hombros.

—Echémoslo a suertes —propuso el gordo sacándose una moneda del bolsillo—. Si sale cara me quedo con la Colombaia, si sale cruz me quedo con el Canaletto.

La moneda pasó al notario que la lanzó al aire.

—Cara —anunció el notario—. La finca Colombaia al señor Luigi Rolotti.

La mujer del delgado saltó encolerizada:

—¡Ya! ¡Con los contratos bloqueados nos toca a nosotros el Canaletto, con un colono conflictivo, odioso y lleno de soberbia!

—¡No exageremos! —replicó la mujer del gordo—. ¡No vale más el uno que el otro!

La mujer del delgado se rebeló:

—¡Conozco bien a la gente! ¡No vas a tomarme por tonta! ¡Aquél es un hombre odioso!… ¡Dígalo usted, señor alcalde! ¡Usted que los conoce bien a todos!

«A bodas me convidan», pensó Peppone:

—¡La señora tiene razón! —afirmó Peppone—. ¡El colono del Canaletto es un demócrata cristiano falso y taimado, mientras que el colono de la Colombaia es simpático y buena persona!

—¡Es comunista! —añadió don Camilo—. ¡Un comunista que de tan rojo es casi negro!

Los dos hermanos intervinieron: no se tenía que sacar a relucir la política.

—Y además, lo hecho, hecho está —atajó el gordo—. La suerte me ha concedido la Colombaia y me la quedo.

—¡Si tu hermano no fuera un imbécil, seguro que no te la quedarías! —gritó la mujer del delgado—. ¡Os aprovecháis porque mi marido es un débil!

El ambiente se había caldeado y el notario tardó veinte minutos en restablecer la calma. Pero el argumento decisivo lo aportó don Camilo, que al igual que Peppone no pensaba irse en absoluto de tanto que le interesaba el espectáculo.

—Señora —dijo don Camilo—. No se preocupe: si su colono no se comporta como es debido, me comprometo personalmente a hacerle entrar en razón.

—Y yo respondo por el colono de la Colombaia —declaró Peppone—. Ustedes nos van a favorecer ayudando al hospicio y al asilo y nosotros les devolvemos el favor.

Al oír hablar del hospicio y del asilo los herederos recuperaron la calma. Pero se trataba de una calma aparente, porque ahora había que repartir en dos partes perfectamente iguales el ajuar y todo lo que había en el Palazzetto.

Todas las cosas habían sido inventariadas, desde los cubiertos hasta las toallas, y ante todo se procedió a un riguroso control.

Después se pasó a dividir la ropa de casa; eso fue algo relativamente fácil.

Lo mismo para los enseres de la cocina, la vajilla: tantos platos para ti, tantos vasos para mí. Tantos tenedores para ti, tantos tenedores para mí, y así sucesivamente.

Naturalmente se tenía en cuenta las piezas más desgastadas, así como lo mellado que estaban los cuchillos, o el peso de las cazuelas y de los calderos de cobre. Y las sábanas, fundas de almohada, toallas, etcétera, eran inspeccionadas a contraluz para clasificarlas como «nuevas», «seminuevas», «viejas, pero en buen estado», «gastadas», «remendadas», y así por el estilo.

Sillas y sillones resultaron relativamente fáciles de dividir; difícil el comedor. Tanto es así que se llamó al carpintero para valorar las varias piezas y para establecer qué objetos podían compensar las diferencias.

La división del dormitorio fue sencilla: dos cómodas, dos camas gemelas, dos armarios, dos mesitas de noche, dos alfombras de las que se ponen a los lados de la cama, dos orinales, dos cortinajes, dos imágenes religiosas del mismo formato y con el mismo marco.

La división del contenido de la bodega fue sumamente agradable para don Camilo y Peppone, que, con el carpintero, ya se habían agregado a la brigada como asesores técnicos, porque fue preciso catar muchos vinos embotellados, en garrafa y de barril para establecer dos lotes perfectamente equiparados.

Luego se pasó a la despensa y ahí funcionó perfectamente la balanza para dividir tocino, manteca, aceite, conservas en vinagre, embutidos, lomo.

Un salchichón que no estaba entero y que no tenía el cordel de colgar fue cortado en dos trozos iguales.

Una latita de salsa de tomate que resultó que no se podía partir fue regalada magnánimamente a don Camilo «para los niños del hospicio».

Peppone, en cambio, recibió el generoso obsequio de un embudo «para los viejos del asilo».

Y así es como le llegó el turno a la famosa cómoda.

Junto al dormitorio de la pobre doña Noemi había una pequeña habitación con chimenea, amueblada con dos sillones (uno para la señora y otro para el eventual visitante) y una vieja cómoda.

Un antiguo mueble de roble, largo y más bien bajo, con sólo dos grandes cajones: una pieza valiosa. Quizá el único objeto verdaderamente importante de todo el Palazzetto.

Liquidado el reparto (fácil) de los dos sillones y de las chucherías que había en los dos cajones del mueble, se consideró la cómoda en sí.

—Ésta me la quedo yo encantada —afirmó la señora del gordo—. Parece estar hecha a propósito para mi vestíbulo.

—Lo malo es que también parece hecha a medida para mi salón —replicó la mujer del delgado.

—¡Un recuerdo de la pobre tía Noemi me lo quiero quedar a toda costa! —rebatió la mujer del gordo.

—Y yo también, porque era tanto tía tuya como mía —rebatió la mujer del delgado.

—¡Quien se ha quedado con la mejor parte, con la parte del león, tendría el deber de retirarse! —afirmó la mujer del gordo.

—¡Más bien tendría que retirarse la que se ha quedado con la parte de la leona! —respondió la otra.

Intervino el carpintero:

—Sólo hay un sistema —dijo—. Venderla y partir en dos partes lo que se saque.

Ni le hicieron caso: cada una de las dos mujeres quería la cómoda y cada uno de los dos hombres, cosa natural, quería lo que quería la mujer propia.

El ambiente continuó caldeándose hasta ponerse al rojo vivo: volaban palabrotas e insultos fuertes y el asunto amenazó con convertirse en un furioso cuerpo a cuerpo.

Aunque, afortunadamente, la mujer del delgado encontró la solución acertada:

—Bien —gritó—, si hay que partirla, que se parta… Carpintero, ¡córtela en dos trozos iguales!

—¡Exacto! —gritó la mujer del gordo—. ¡Córtela por la mitad!

El carpintero miró a su alrededor para ver si bromeaban, pero al darse cuenta que hablaban en serio, sacó los dos cajones, cogió la sierra y delicadamente partió la cómoda en dos trozos.

Luego serró por la mitad el primer cajón. Y después serró el otro cajón.

Una vez partido el segundo cajón, el carpintero descubrió algo curioso: el cajón tenía un doble fondo.

El carpintero lo hizo observar a los presentes mientras sacudía los dos muñones de cajón para ver si había algo en el doble fondo.

Había un gran sobre amarillo lacrado que cayó al suelo.

El notario lo recogió y leyó:

> “*Al muy reverendo arcipreste don Camilo, y al ilustrisimo alcalde señor Giuseppe Bottazzi.*

El notario se encogió de hombros:

—Como los destinatarios se hallan aquí no me resta más que hacer entrega de la carta.

—Ábrala usted y léala en voz alta —dijo don Camilo al notario.

El notario abrió el sobre, sacó una hoja manuscrita y leyó:

> “*Yo, la firmante Noemi,* etcétera, *viuda…* etcétera *de 93 años, en pleno uso de mis facultades mentales, según el compromiso verbal contraído con los interesados, de plena voluntad y sin estar presionada por nadie, establezco que a mi muerte mis bienes sean así repartidos: A) Finca Colombaia, al hospicio infantil. B) Finca Canaletto, al asilo de ancianos. C) Palazzetto con todo lo que contiene y el terreno adyacente del jardín y el huerto, a repartir en partes iguales entre Rosa Tobini y Marchino Barocci como recompensa a su fidelidad y a su afecto. No reconozco ningún derecho a eventuales «parientes» que pudieran aparecer después de mi muerte. Nombro albaceas testamentarios al arcipreste don Camilo y al alcalde Giuseppe Bottazzi, a los que detesto porque soy anticlerical y anticomunista, pero que estimo por su honradez personal. Escrito de mi puño y letra el… etcétera.*

Durante unos instantes nadie dijo nada; luego, la mujer del delgado se recobró y gritó:

—¡Nos volveremos a ver en el juicio!

También la mujer del gordo y los dos herederos dijeron amenazadoramente que irían a juicio.

—Muy bien —respondió Peppone—. De momento váyanse.

Se marcharon en seguida porque se desprendía de los ojos de Peppone que si no se marchaban en seguida iban a salir inmediatamente por la ventana. El notario los siguió, pero don Camilo paró en la puerta a toda la comitiva:

—Usted, señor notario, antes de marcharse levante acta del hallazgo: el carpintero y los señores aquí presentes firmarán como testigos.

—Nosotros no vamos a firmar nada —chilló la mujer del delgado.

Pero acabaron firmando. Con pocas ganas, pero firmaron.

Después que hubieron firmado, don Camilo le dio a Peppone la señal de vía libre aunque, antes de que se fueran los ex herederos, se sacó del bolsillo la latita de salsa de tomate y se la devolvió a la mujer del delgado:

—De parte de los niños del hospicio.

Peppone aún tenía en la mano el embudo famoso; se lo devolvió a la mujer del gordo:

—De parte de los viejos del asilo.

Rosa y Marchino seguían aún allí con la boca abierta de lo confundidos que estaban.

—*El Palazzetto con todo lo que contiene y el terreno adyacente del jardín y el huerto, a repartir en partes iguales entre Rosa Tobini y Marchino Barocci…* —dijo en voz alta don Camilo haciendo bajar de las nubes a los dos pobrecillos.

Peppone rugió:

—¡Somos los albaceas testamentarios y tenemos que actuar! ¡Ahora se trata de partir todo lo que hay aquí dentro!

—¡Más partido de lo que está! —respondió don Camilo—. Hasta han partido la cómoda por la mitad.

Peppone se quedó mirando a Rosa y a Marchino, luego se quedó mirando los dos pedazos de cómoda y concluyó:

—A mi entender, creo que podrían juntarse… Con mucho gusto echaré una mano.

—Yo también —afirmó don Camilo.

Dos meses después Rosa y Marchino habían juntado la cómoda con la colaboración del alcalde y del párroco.

—Que seáis felices y tengáis muchos «cómodos» hijos —dijo don Camilo en aquella ocasión.

LA BANDA



El marqués siempre había tenido la manía de la música y por eso ya de antiguo se le había ocurrido la idea de la banda.

El marqués no llegaba entonces a los treinta años, pero estaba instalado en el Palazzone hacía diez, es decir, desde que murió el viejo y le dejó una finca descomunal. El joven, que estaba estudiando en la ciudad, había dejado los estudios y la buena vida para administrar sus tierras.

Lo había dejado todo a excepción del clarinete y de su pasión por la música: un maestro famoso venía de la ciudad dos o tres veces por semana para darle clases. Era algo que le costaba un ojo de la cara, pero era el único lujo que el marqués se permitía.

—No tengo nada más que enseñarle. Lo que ha de hacer es buscarse otro profesor mejor que yo.

—Para hacer de agricultor tengo más que suficiente —respondió el marqués.

Sin embargo, pronto se dio cuenta que con aquello no tenía suficiente: porque el clarinete es un instrumento magnífico, pero un clarinete no puede dar más de sí de lo que da. En cambio un piano lo cubre todo, y cuando se sabe tocar, al teclear un piano salen hasta las óperas completas, con tenor, soprano, barítono, coro y escenografía. Mientras que el que toca el clarinete es como un pintor en cuya paleta no está más que el rojo.

De acuerdo: también se puede pintar un cuadro no empleando más que el rojo y sus matices, pero no se puede vivir sólo de pollo.

En realidad el marqués no acababa de encontrar la salida; tras una larga meditación decidió que lo mejor sería olvidarse del clarinete.

Por eso se casó para olvidar el clarinete: pero aún no habían pasado veinte meses que sintió la necesidad de volver al clarinete para olvidar a la mujer.

El problema no estaba resuelto: al contrario, se había agravado. Entonces al marqués se le ocurrió crear la banda del pueblo.

El marqués tenía unos treinta años y por aquellas latitudes aquélla era la época dorada de las bandas.

Alguien había inventado la máquina para bailar, es decir, ese gran artilugio de madera y de lona que se ve aún en algunas fiestas de pueblo: el entoldado.

Un enorme barracón de forma rectangular fácilmente desmontable y transportable, cubierto por una lona blanquecina sostenida por altos palos de madera que cae sobre los costados, cerrados por una valla de unos dos metros y medio de alto.

El suelo está formado por un entarimado de madera y el barracón tiene un frontis todo de madera, adornado con pinturas a menudo de carácter alegórico. Dos ventanillas para vender las entradas y dos puertas, en una de las cuales pone *Mujeres* y en la otra *Hombres*.

El interior del entoldado, tanto por el entarimado del suelo como por los altísimos mástiles que se alzan en medio, en cuyas bases están enrolladas las cuerdas que sirven para levantar la lona que lo cubre, como por la misma lona de color blanquecino que parece una gran vela, recuerda vagamente la cubierta de un barco.

En aquellos tiempos, para aumentar la ilusión había incluso el puente de mando: el escenario que cubría todo el fondo, enfrente de la entrada, sobre el que se instalaba la banda.

Las bandas de entonces eran algo extraordinario y nadie puede imaginárselas porque aunque se diga que estaban compuestas por trompetas, trombones, clarinetes, flautas, cornetín y bajo, es como no decir nada. Al contrario, más bien se han dado los elementos necesarios para entenderlo todo al revés. Al oír hablar de trombones y de bandas de pueblo la gente se sonríe porque, como máximo, las bandas de pueblo son las que describen las postales «humorísticas» o los cineastas, cuya cultura se basa justamente en las

postales ilustradas, y llega, en el mejor de los casos, hasta los cromos de Liebig.

Bastaría para dar una idea de lo que eran, la historia de una sola de las bandas de aquellos tiempos. Cosas de la Tierra Baja: una de aquellas descomunales familias patriarcales de campesinos, en las que el viejo pensaba en todo y por todos.

El viejo había nacido con la música en la sangre: componía valses, mazurcas, polcas, marchas, luego las instrumentaba y las enseñaba al resto de la familia.

Porque todos en aquella casa, niños, hombres y mujeres, tocaban algún instrumento de viento.

Eran campesinos y sudaban para ganarse el pan de la tierra, pero no se preocupaban por la música sólo en la estación muerta, cuando en los campos no hay nada que hacer.

También en la estación del trabajo duro, cada día, el viejo, en un determinado momento, aparecía en la era y tocaba el cornetín para convocar a los demás.

Entonces, todos, dejando los aperos, corrían a casa y tomando los instrumentos ensayaban las composiciones del viejo.

Después volvían a trabajar los campos.

Ésa era una banda especial, claro está. Pero también lo eran todas las otras bandas. Pero ¿cómo se le puede explicar a la gente que no sabe bailar el vals?

Por la noche, cuando en el entoldado se encendían las llamitas azuladas del acetileno y en la oscuridad la gran carpa, iluminada por debajo, parecía suspendida en el vacío, la banda tocaba la «invitación».

La banda se colocaba delante de la hostería y ahí tocaba un vals que regularmente solía ser el del ruiseñor. Un vals que de pronto daba entrada al clarinete y dejaba que éste se lanzara a una de esas zarabandas de notas agudas que hacen contener la respiración.

Pero el clarinete no estaba allá abajo, delante de la hostería, con los demás. Se había desplazado lejos, sin que se supiera dónde. Cuando los instrumentos de viento-metal y el bajo habían terminado de ejecutar su potente acción y cuando, al quedarse por un instante solo, lanzaba el cornetín una llamada aguda a alguien oculto en la noche, entonces, desde lo alto del campanario, respondía el clarín. Y sus gorjeos bajaban al principio en remolinos como una densa formación de aviones en picado. Pero al cabo de poco la madeja sonora se iba desenredando: una nota fluía tras otra y todas se deslizaban rápidamente por el cielo rozando las tejas de las casas y luego,

alzándose para después volver a descender, revoloteando como un fino y luminoso hilo plateado, dibujaban un complicado bordado en el terciopelo negro de la noche que acababa por apagarse: aunque permanecía el surco en el aire.

El marqués se había propuesto crear una banda en el pueblo: no una banda para ir a tocar a los entoldados, claro está, sino una banda que en los días de fiesta animara a la gente tocando en la plaza.

El marqués, incluso de joven, conseguía siempre lo que se proponía, y eso lo sabían perfectamente todos los que trabajaban para él. Compró los instrumentos, montó una escuela de música y contrató a un maestro.

Encontró gente dispuesta a sacrificar sus horas de descanso aprendiendo solfeo y soplando en los brillantes artefactos metálicos. El maestro contratado trabajó tres años como un negro; al final, un buen día, anunció al marqués que la banda, sin ser nada extraordinario, podía interpretar dignamente un agradable programa musical en la plaza.

El marqués, que hasta aquel momento parecía haberse desinteresado del asunto, quiso asistir al ensayo.

Escuchó atentamente la ejecución y al final dio su opinión:

—No estáis en condiciones de actuar en la plaza. Como máximo podéis hacerlo en un estercolero. Desde ahora vuestro maestro se va a volver a su pueblo y me hago cargo yo de la dirección de todo. Atención, vamos a repetir el número cinco. ¡Miradme a mí!

Todos los componentes de la banda se sintieron molestísimos y muy a gusto la hubieran emprendido a patadas con aquel maldito bellaco que tan vulgarmente había despreciado su trabajo de tres años y el del pobre maestro. Dieron la vuelta a las páginas rechinando los dientes, luego atacaron el número cinco.

En un momento determinado, el número cinco preveía un solo de clarinete: pero al llegarle el turno el clarinete se equivocó. El marqués suspendió el ensayo.

—A partir de mañana empezarás a estudiar el bajo —le dijo el marqués al desventurado del clarinete—. Y tú dejarás el bajo y te ocuparás de la limpieza del local —concluyó categórico dirigiéndose al del bajo.

Luego se hizo traer un bulto que había dejado en el coche de caballos: era su clarinete.

En cuanto lo sacó del estuche ordenó que volvieran a empezar, desde el principio, el número cinco.

Todos sabían que el marqués era aficionado a tocar el clarinete: pero como el Palazzone quedaba perdido en medio del campo y cuando el marqués quería tocar se encerraba en la habitación más remota del viejo edificio, nadie tenía idea en realidad de cómo lo hacía. Los componentes de la banda se miraron de reojo entre sí como diciéndose con la mirada: «Si el desgraciado ese lo hace mal me va a dar una alegría». Volvieron a empezar el número cinco desde el principio y llegó el momento fatal del solo. Durante los primeros compases el marqués se atuvo a la música, pero luego se aburrió y empezó a improvisar unas variaciones tan complicadas y tan extraordinarias que cuando volvió a acordarse del número cinco y volvió al mismo, al dar la señal de atacar todos se quedaron allí pasmados mirándole boquiabiertos.

El hombrecillo del bajo pasó al ex clarinetista su instrumento y se fue a buscar la escoba, mientras el pobre maestro contratado salía precipitadamente sin atreverse siquiera a mirar atrás.

El marqués no se mostró en lo sucesivo demasiado cordial, pero al final, cuando al cabo de meses y meses de pesado trabajo la banda se presentó por primera vez en la plaza, fue todo un acontecimiento importante.

El marqués no se exhibió aquel día: la marquesa le había dicho tajantemente que si iba a hacer el ridículo en público ella se marcharía para siempre.

Tampoco el segundo domingo ni el tercero apareció en la plaza. Pero cuando llegó el día de la fiesta del pueblo, cuando la banda estaba en su estrado empezando a tocar, se vio llegar el coche de caballos del marqués.

En el coche del marqués iba el marqués, y el marqués llevaba consigo su clarinete. Mientras, la marquesa viajaba rumbo a la ciudad.

Volvió al cabo de un año, cuando acabó por convencerse de que su marido renunciaría antes a ella que al clarinete. En el fondo fue para bien porque el marqués se puso tan contento que se sintió inspirado y compuso aquella especie de poema sinfónico que luego se convertiría en una especie de himno nacional del pueblo.

Se titulaba *La canción del Po*, y describía el gran río, desde el amanecer hasta la puesta del sol.

Mejor dicho, la descripción empezaba a mediodía. Y en esto el marqués había acertado porque por la mañana un río no cuenta nada, es como si no estuviera. El río es algo que empieza a mediodía, cuando el sol parte las

piedras y las gallinas corean las campanas que llaman a la gente del campo para que regrese a las casas oscuras y frescas.

Entonces es cuando el gran río empieza a existir, porque necesita soledad y las voces le molestan.

La composición comenzaba a partir del mediodía y describía la majestuosa paz de las tardes veraniegas. Después llegaba la puesta de sol: el cielo se pone rojizo y el río adquiere el color del cielo. Si no fuera por la tira oscura de la orilla y de los álamos, río y cielo se fundirían en una sola cosa. La música se volvía cada vez más solemne e intensa. Luego, al ocaso, de repente se volvía más pausada y melancólica. Siempre hace fresco por la noche a orillas del gran río; siempre hace fresco incluso cuando hace calor.

Luego la luna le cantaba al agua su larga serenata llena de nostalgia. Después venía como una pequeña interrupción porque la noche ha acabado y empieza un nuevo día. El cornetín lanza de pronto el quiquiriquí del gallo. El sol está a punto de salir.

Sobre el agua plácida del gran río, como una tenue capa de sueño, se extiende aún la neblina ligera y azulada de la noche.

Luego el sol se asoma por detrás de la cortina lejana de los álamos y empieza a lanzar reflejos brillantes de oro sobre el agua.

Entonces la alondra se alza desde un prado y vuela directo hacia el cielo dejando detrás suyo un tenue surco de trinos.

Y llegaba el gran momento del clarinete que, destacándose de los demás instrumentos metálicos, lanzaba una larga ráfaga de notas al cielo y, cuando había alcanzado la cumbre del pentagrama, se quedaba allí dejando vibrar la última nota; entonces, desde abajo, todos los demás instrumentos atacaban conjuntamente en un *crescendo* que parecía la marcha triunfal de *Aida*, pero que, en cambio, era el himno del río.

En el pueblo todo eso gustaba una enormidad y *La canción del Po* era una pieza obligada en todas las ocasiones. Aunque el marqués no caía bien a nadie, cuando llegaba el trino de la alondra el marqués caía bien a todo el mundo. Al menos, mientras seguía lanzando ráfagas de notas al cielo se le perdonaba absolutamente todo. También influía el hecho de ser un gran terrateniente y persona a quien no se le podían dar duros de cuatro pesetas.

La banda siguió durante años y años y el marqués la mantuvo siempre. Cuando fallaba algún elemento, se buscaba otro.

Disuelta por la guerra del 1915, la banda volvió a formarse en los años veinte y continuó hasta la otra guerra.

Cada vez que la banda ensayaba en el salón, en el pueblo, el marqués iba hasta allí en coche. El chófer le abría la portezuela y luego le seguía, llevándole el estuche del clarinete.

Luego la guerra llamó a la gente a las armas y lo paró todo. La banda se disolvió, porque eran tiempos de otra música.

En julio de 1945, al acabar la guerra, estaba una mañana el marqués repasando unas cuentas cuando le comunicaron que habían venido los de la banda.

Les hizo pasar y se encontró a dos viejos y al *Halcón*, un tipo de unos veintidós o veintitrés años con una cara que asustaba y un pañuelo rojo al cuello.

—Hemos decidido volver a formar la banda —explicó *el Halcón* al viejo marqués— y hemos venido a buscar nuestros instrumentos.

—Tuyos precisamente no —replicó tranquilamente el viejo marqués—. Además, no me consta que formaras parte de la banda.

El Halcón se rió:

—Claro que no he podido formar parte de la banda. Toco el clarinete y al señor marqués siempre le ha molestado tener competencia.

El viejo marqués aguzó la vista:

—Ya —dijo—. Ahora me acuerdo. Tú debes ser aquel muchachito presuntuoso que tocaba la ocarina, o algo así.

—Es inútil que se haga el gracioso —replicó *el Halcón*—. Además, no hemos venido aquí para discutir. Devuélvanos nuestros instrumentos y muy buenas.

—Los instrumentos son míos porque los he pagado yo —replicó el marqués—. De todos modos, cogedlos y largaros con la música a otra parte.

Los instrumentos estaban diseminados y revueltos entre otras cosas en una habitación llena de muebles viejos. *El Halcón* y los otros dos los cogieron y en varios viajes los fueron sacando hasta donde habían dejado la furgoneta.

Se llevaron también todas las partituras, un montón de papeles:

—Os aconsejo que lo vendáis como papeles viejos —mascculló el marqués —. Es demasiado difícil de leer.

—Es asunto nuestro —respondió *el Halcón*.

Luego, cuando ya se lo habían llevado todo, echó una ojeada a su alrededor.

—Ah, también queda aquello —dijo *el Halcón* dirigiéndose hacia un arcón encima del cual había un estuche negro.

Mas el viejo marqués se interpuso:

—Aquello no te interesa ni podrá interesarte jamás —advirtió—. Aquello es mi clarinete.

El Halcón pensaba decir algo, pero se lo pensó mejor y dio media vuelta.

Cuando vio subirse a los tres a la furgoneta, el viejo marqués se asomó a la puerta:

—¡Eh, tú, moreno! —gritó *al Halcón*—. ¡Que sepas que las notas son las que están en negro!

Costó tres meses volver a organizar la banda. Cuando estuvo lista, *el Halcón*, que hacía de director y de mandamás, anunció:

—Entonces de acuerdo. ¡Esta noche vamos a darle la serenata al marqués!

Hacia las once de la noche la banda paraba el camión delante de la verja del Palazzone e inmediatamente atacó *Bandera roja*, y siguió tocando *Bandera roja* hasta que los hombres se quedaron sin aliento.

El viejo marqués lo encajó sin decir ni pío. Aquéllos no eran los momentos más adecuados para asomarse de noche a la ventana.

Antes de marcharse, *el Halcón* gritó:

—¡Ésta es la introducción! ¡El resto vendrá más tarde, cuando llegue el momento!

El marqués volvió a ver al *Halcón* dos años después, durante la huelga agrícola. El marqués se había encontrado con el heno en los campos y con los animales abandonados en los establos porque los empleados estaban muertos de miedo. Entonces había hecho venir de la ciudad un grupo de trabajadores y, como estaba solo, empuñando la escopeta, había seguido a los hombres al campo para defenderlos de cualquier posible mala treta por parte de los huelguistas.

En cierto momento llegó un piquete a cuyo frente iba *el Halcón*. El marqués, aunque viejo, aún conservaba el mismo arrojo que tenía a los treinta años; *el Halcón*, que se había acercado con aire bravucón, al ver al marqués cargar la escopeta se paró:

—¡Llévese a esos desgraciados o aquí va a pasar algo! —gritó *el Halcón*.

—Puede ser —respondió tranquilo el viejo—. Pero si los tuyos no dan media vuelta y se van te va a costar el pellejo. Tú quédate ahí quieto donde estás y los demás que se vuelvan a sus casas.

El Halcón se quedó lívido: con el viejo marqués no se bromeaba. Indicó a los demás que se fueran y se quedó mirando hosco los orificios negros de la

escopeta de dos cañones del marqués. Luego, al oír que llegaba la furgoneta de la policía, el marqués lo dejó marchar.

—Como revolucionario lo haces tan mal como cuando tocas el clarinete —le dijo por todo saludo el marqués—. Manténte apartado de mi casa porque soy capaz de enseñarte a solfear en clave *de profundis*.

La policía tuvo que proteger durante bastante tiempo el Palazzone porque los rojos estaban furiosos contra el marqués. Incluso cuando pasó la tempestad, corrieron malos vientos para el viejo. Pero el marqués no abandonó nunca su puesto.

—Cuando me llegue la hora de estirar la pata, la estiraré —decía—. Pero moriré aquí, donde nací.

Ya no tenía ni aliento para soplar en su clarinete: aunque la sinfonía del río la llevaba en el corazón y se la cantaba el río cada día y cada noche.

Pasaron más años y un día llegó al pueblo la noticia de que el marqués había muerto.

—¡Se me ha escapado, maldito puerco! —exclamó *el Halcón* al enterarse. Y estaba henchido de veneno y sentía que odiaba aún más al marqués una vez muerto de lo que le había odiado en vida.

Y resulta que un señor muy bien vestido llegó a casa del *Halcón* y le entregó un envoltorio lacrado.

—Antes de morir —explicó el hombre—, el marqués me ha hecho comprometerme a entregarle personalmente este objeto.

El Halcón rompió el envoltorio y se encontró entre las manos el estuche del famoso clarinete del marqués.

—No entiendo —balbuceó *el Halcón*.

—Yo aún menos que usted —respondió el hombre—. «Esto llévelo usted personalmente a aquel joven al que llaman *Halcón*», me ha dicho el marqués. Y yo no podía pedirle más explicaciones porque se estaba muriendo.

El Halcón dio vueltas al clarinete, miró si había alguna tarjeta. No encontró nada. Buscó en el envoltorio roto.

—He hecho yo el paquete y lo he lacrado en presencia de testigos —explicó el hombre—. Soy el notario.

El Halcón se fue a encerrar en el desván porque quería meditar tranquilamente sobre el fenómeno.

El marqués, que le había llamado flautista y que le había apuntado al pecho con la escopeta, aquel viejo maldito que debía de odiarle terriblemente, dos minutos antes de fallecer había tenido la fuerza de pensar en él, en *el*

Halcón, y dejarle en herencia su clarinete. Maldición: ¿qué significaba todo eso?

¿Qué quería de él el viejo marqués?

El clarinete estaba allí, nítido y brillante como una joya. Era un instrumento estupendo, una pieza única. *El Halcón* se lo llevó a la boca y salió un trino que le puso la carne de gallina.

Para llegar desde el Palazzone al pueblo había que pasar por la carretera del dique y por eso el marqués hizo su último viaje, durante un buen trecho, en compañía del río.

Don Camilo, que salmodiando precedía al coche fúnebre, al llegar a la altura del bosquecillo de Cabianca vio brillar algo a los pies del dique. Era la banda, que estaba a la espera; cuando el coche estuvo a punto de pasar, *el Halcón* dio la señal.

Don Camilo hizo parar el cortejo y se quedó inmóvil esperando.

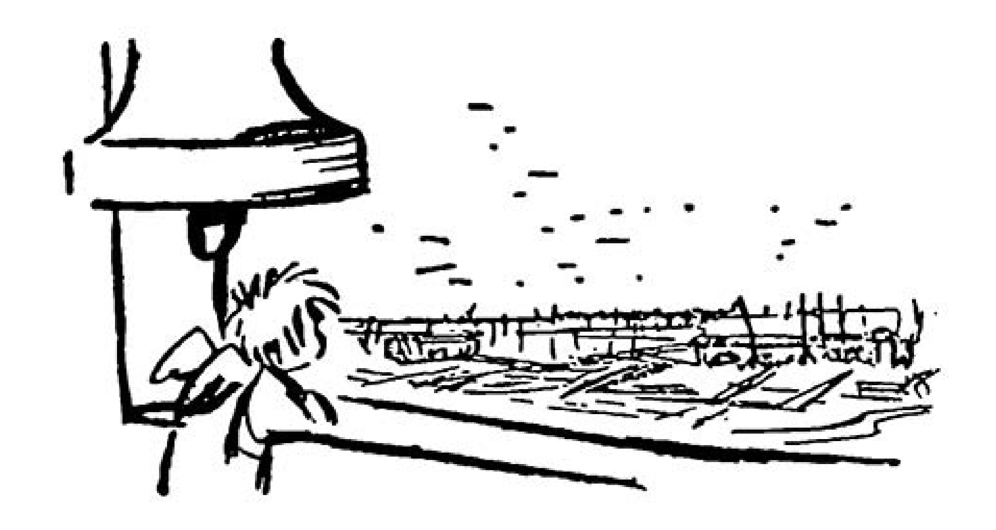
Empezaron a llegar de detrás del dique las notas de la *Canción del Po*: mediodía; la soleada y quieta tarde; el atardecer, la noche con la nostálgica serenata de la luna. El canto del gallo, el alba, y luego el canto de la alondra.

En aquel clarinete que sonaba al pie del dique estaba toda la maldita alma del marqués, toda la maldita alma del *Halcón*, toda la maldita alma de aquella condenada gente que vive allí, en aquel trozo de tierra entre la montaña y el río. Y la alondra ascendía al cielo dejando detrás suyo una estela de notas agudas, como un fino hilo de plata. Y al llegar a la última nota, se paraba haciéndolo temblar.

Y entonces, desde abajo, el cornetín daba la señal y los trombones y las trompetas se lanzaban al ataque; brioso, generoso e intrépido se alzaba el himno triunfal del río. Parecía como si allí en el dique estuviera dirigiendo la banda Giuseppe Verdi en persona, con la cara arrugada por esa expresión adusta que suelen tener las personas con un corazón que no les cabe en el pecho, tan grande como este pequeño mundo.

«Bien», dijo el alma del marqués. Y el coche fúnebre prosiguió su camino.

OTOÑO



TRAGEDIA



En otoño, cuando llueve, a las once de la noche los pueblos de la Tierra Baja de las orillas del río ya están muertos, y si uno saca la nariz fuera de la puerta es como si se asomara a un cementerio. Y si de repente se oye un grito de asesinato proveniente de la calle, la gente, si aún está levantada, se apresura a cerrar las ventanas a cal y canto; si está en la cama, mete la cabeza debajo de la almohada. Don Camilo estaba leyendo un grueso álbum en que estaban coleccionados viejos ejemplares de la *Domenica del Corriere*, llenos de desastres ferroviarios, de incendios y de inundaciones, cuando oyó rascar en el postigo de la ventana: al acercarse oyó que llamaban quedamente.

Fue a abrir. Tapado con el tabardo empapado de lluvia y enlodado hasta la pantorrilla apareció Peppone.

—Pero ¿qué te pasa?

—Me temo que he matado a uno.

—¿A qué uno?

—A un hombre. Si temiera haber matado a un caballo se lo confesaría al veterinario, no al cura.

—En estos casos es mejor ir a confesarlo al comandante de puesto. De todos modos habla si quieres.

Peppone se echó para atrás el cabello que la lluvia le había pegado a la frente.

—Hay poco que decir —masculló—. Volvía a casa cuando, al atravesar el Borghetto, me he encontrado con cuatro individuos que estaban arrancando los carteles que he hecho colocar esta mañana. Entonces les he dicho lo que les tenía que decir, por lo que los cuatro se han abalanzado sobre mí.

—Peppone —le interrumpió gravemente don Camilo—. Aquí no estás ante el juez, estás ante un confesor.

—Bueno —continuó Peppone—, he repartido alguna torta y entonces los cuatro se me han echado encima. Pero, como tenía un palo en las manos, me he defendido y tres se han escapado, mientras que uno ha quedado estirado en el suelo. He intentado levantarlo, pero no le he oído latir el corazón y he vuelto a dejarle en el suelo. Luego, como llegaba gente corriendo, me he escapado. He dado una vuelta muy larga por los campos y he venido hasta aquí.

Don Camilo meneó la cabeza.

—Mal asunto, señor alcalde.

—La culpa no es mía: ¡son ellos los que arrancaban los carteles, no yo!

—Pero tú les has sacudido. Bastaba con que hubieras agarrado a uno por la solapa y le hubieras llevado a los carabineros.

Peppone se encogió de hombros.

—¡Justo en esos momentos va a pensar uno en los carabineros!

—Bastaría simplemente con recordar que se es cristiano.

—Cuando anda por medio la política, olvida uno hasta ser cristiano. ¿Cree usted que estará muerto?

—Creo que si no le latía el corazón es porque ha muerto. De todos modos pronto se sabrá.

Peppone extendió los brazos.

—¿Y qué hago ahora?

Don Camilo le apuntó con el dedo debajo de las narices.

—Tenías que habérmelo preguntado antes, no ahora que le has sacudido el golpe en la cabeza. Ahora lo único que puedes hacer es arrepentirte del delito cometido.

Peppone pegó un salto.

—¡Delito! ¡Yo no he cometido ningún delito! ¡No soy ningún delincuente! Yo soy un hombre de bien.

—Ya, y por ser un hombre de bien es por lo que tienes la conciencia tranquila. De modo que no es necesario que te arrepientas. Tienes razón. El

que se ha confundido es el que ha inventado el quinto mandamiento.

Peppone alzó los ojos.

—Creía que era más humano —dijo—. Más cristiano. Entonces fue cuando don Camilo se enfadó.

—¿Cómo puede pretender encontrar comprensión y consuelo un hombre que mata a otro hombre y que ni quiere reconocer que ha cometido un delito?

—Si le hubiera querido matar, habría cometido un delito. Ha sido el bastón el que le ha matado, no yo. La ley podrá decir que lo he matado yo. Pero mi conciencia, no. Además, ¡tampoco es seguro que lo haya matado! ¿Por qué quiere a la fuerza que lo haya matado? ¡Si fuera un cura buena persona estaría rezando y rogando a Dios que no haya muerto!

Don Camilo suspiró.

—Lo que yo simplemente puedo desear y esperar es que no esté muerto. Y rogar a Dios para que, si ese desgraciado aún no ha muerto, le conserve la vida.

Peppone se dirigió hacia la puerta. Pero se volvió.

—¿Adónde voy? —dijo—. Seguro que los otros tres me han reconocido. Si salgo van a arrestarme. Irán a buscarme a casa, delante de mi mujer y de mi hijo. No puedo esconderme en casa de nadie, no puedo confiar en nadie.

Peppone, tan empapado y lleno de barro, daba pena.

—Peppone —le dijo con dulzura don Camilo—. ¡No pretenderás que te esconda yo! Yo no puedo ocultar de la justicia a un homicida.

—¿Y si no está muerto? Cuando sepamos que está muerto me iré yo solo: mientras, tenemos tiempo para hablar. Si ahora me arrestan, me encerrarán sin haber entendido nada. Lo importante es comprender las cosas, comprender lo que pasa. Cuando uno ha entendido, nada le importa aunque lo ahorquen. He visto en el cine un hecho histórico en que uno hablaba con el cura y luego se iba sonriendo a que lo fusilaran. Porque había comprendido. Yo ahora no entiendo nada. Ahora, si vinieran los carabineros a buscarme hasta podría ser capaz de sacar la escopeta y disparar. ¿Quién sabe lo que puedo hacer?

Don Camilo encendió una vela.

—Quítate los zapatos y ven conmigo arriba sin hacer ruido.

—Me acuerdo de cuando me escondió aquí en la época en que los alemanes me buscaban. Por más que se tire y afloje, por más que se cambie esto y aquello, a fin de cuentas seguimos siempre bajo los alemanes.

—La cosa ahora es distinta: entonces trabajabas por una causa justa.

—¿Y ahora no? Si no estuviera seguro de trabajar por una causa justa, ¿cree que iría por ahí de noche bajo el aguacero para descubrir quiénes son

los bribones que arrancan mis carteles?

Don Camilo le agarró por la solapa.

—¡Criminal empecinado! ¡Cuando tengas que presentarte ante el tribunal de Dios no vas a encontrar ningún don Camilo que te esconda en el desván!

Don Camilo volvió a aparecer al día siguiente, a eso del mediodía.

—¿Bien? —preguntó Peppone incorporándose de golpe en la cama.

Don Camilo puso sobre la silla una botella y unas cazuelitas.

—Fractura de la base del cráneo, conmoción cerebral. Dicen que ha sido un golpe con una barra de hierro.

—¡No es verdad! —protestó Peppone—. Son los mal intencionados de siempre que inventan contra nosotros las infamias más asquerosas.

—Sea hierro o sea madera, lo cierto es que aquel desgraciado aún no ha recobrado el conocimiento.

—¿Me buscan?

—Claro que te buscan.

Peppone volvió a tumbarse en el camastro.

—Maldita sea la política —exclamó Peppone.

Llegó la noche y don Camilo volvió con más cazuelitas.

—¿Qué se sabe?

—Se espera que pase la noche. Aunque el doctor no garantiza que llegue hasta mañana a mediodía. Temen que haya una hemorragia interna. ¿No has comido?

—¡Como si me importara comer! —exclamó Peppone—. ¿Y sobre mí no hay nada nuevo?

—Han ido a buscarte a tu casa, lo han revuelto todo, desde el sótano hasta el granero. Han interrogado a tu mujer durante dos horas. No ha dicho nada porque no sabe dónde estás.

Peppone alzó los ojos hacia don Camilo como para pedirle algo. Luego volvió a bajarlos.

—No, no han encontrado *nada* —dijo don Camilo recalcando el nada—. Pero ya verás como lo encontrarán. Creo que estaban esperando precisamente esta ocasión para echar una ojeada en casa del señor alcalde.

—¡No tengo nada escondido! —exclamó Peppone.

—Es cosa tuya. Te lo digo porque, si encuentran algo, la que irá a la cárcel será tu mujer. No es que lo sienta: me sabe mal por el desgraciado de tu hijo. Bebe, esto te animará.

Don Camilo salió y, dos horas más tarde, mientras subía para ir a la cama, oyó que Peppone, asomado al último descansillo, le llamaba.

—¡Eres un imbécil! —le dijo don Camilo cuando entró en el cuartito—. ¡No tienes que salir de tu guarida para nada o vamos a acabar mal!

—¿Qué tiene que ver mi mujer? —preguntó Peppone—. No pueden meterla en la cárcel.

—Bien —observó don Camilo—. Entonces puedes dormir tranquilo. Buenas noches.

—Don Camilo.

—¿Qué?

—En el fondo del taller hay dos bidones de aceite lubricante con una marca roja en el tapón. Habría que hacerlos rodar hasta la orilla y luego echarlos al río.

—¿Por qué?

—Es un aceite de procedencia digamos poco legal. Ya le explicaré.

—Lo intentaré —masculló don Camilo—. Pero si la casa está vigilada ni lo intentaré. Mira que lo que me haces hacer es algo muy sucio. Lo hago sólo para evitar que un pobre niño se encuentre abandonado en la calle. Dios me lo perdonará.

Don Camilo no volvió a aparecer hasta la noche del segundo día y se encontró a Peppone descompuesto.

—He estado allí hasta este momento. Le he dado la extremaunción. Si llega a mañana será un milagro.

Peppone se agarró la cabeza entre las manos.

—Con los bidones no hay nada que hacer —explicó don Camilo—, la casa está vigilada día y noche. He visto a tu mujer.

—¿Qué dice?

—Que cuando se tienen hijos no hay que perder la cabeza por la política.

—¿Y el niño?

—Está siempre sentado en el puente esperando que tú vuelvas.

Peppone se levantó.

—¡Me voy! —dijo decidido.

—Muy bien: los carabineros están ansiosos esperándote. Peppone volvió a sentarse.

—Don Camilo, ¿es éste el consuelo que quiere darme?

Peppone daba pena: no había comido y tenía ojeras y los ojos cansados. Don Camilo no se dejó conmover.

—La iglesia no es ninguna máquina distribuidora en que se meten tres padrenuestros, se gira la manivela y sale consuelo. El consuelo se paga con el sufrimiento. Y hace falta mucho. Tú mismo lo sabrás cuando hayas sufrido bastante. Yo sólo puedo ayudarte haciéndote sufrir más intensamente para abreviar así tu sufrimiento.

Peppone estaba agotado y se quedó dormido: le despertó a eso de las diez de la mañana siguiente un lúgubre tañido de campanas. Parecía como si las campanas estuvieran colgadas del techo del cuartito, encima de su cabeza.

—Se ha ido —dijo don Camilo asomándose a la puerta al cabo de media hora—. Además, los carabineros han encontrado los bidones.

—¿Y mi mujer?

—Arrestada: en el calabozo.

—¡No pueden hacerlo! —gritó Peppone—. ¡Ella no tiene nada que ver! ¡Ella no sabía nada! ¿Y el niño?

—Sigue aún en tu casa, con tu madre. Está bastante tranquilo. Peppone se levantó.

—Mi mujer no tiene por qué estar presa. Voy a entregarme: explicaré los hechos. Pero antes quiero ver al niño.

—En el fondo es justo: espera entonces que anochezca porque si no te cogerán en seguida. Te convendría ir primero a ver a un abogado para que te aconseje. Quizá sea mejor que sigas escondido.

—¡Mi abogado es Nuestro Señor! —respondió Peppone—. Él conoce los hechos y me ayudará. ¡Dios sabe lo que he sufrido durante estos días!

—Te conviene afeitarte y comer algo —dijo don Camilo, que estaba conmovido aunque no excesivamente—. Así asustarías a tu hijo. Debes dejarle grabada en el corazón una imagen serena: en la que pueda pensar en espera de que vuelvas.

Al caer la noche, don Camilo acompañó a Peppone hasta el seto del huerto. Peppone saltó el seto y luego se volvió y se quedó allí parado. Entonces don Camilo le alargó la mano derecha; fue un apretón de manos que hubiera podido triturar al mundo.

El hombre se alejó en la noche y don Camilo corrió a arrodillarse ante el Cristo.

—Jesús —dijo don Camilo—, ha sido algo desgarrador y aún tengo los ojos anegados en lágrimas.

—Pobre Peppone —suspiró el Cristo—. Y ahora entrará en su casa por el lado de los campos y se encontrará a su mujer que le dirá tranquilamente: «Ah, ¿has vuelto? ¿Te ha ido bien el negocio?». «¿Qué negocio?», preguntará

Peppone. «El que me has descrito en la carta que me has mandado desde la ciudad». Y después le dirá: «Sabes, ha venido don Camilo a llevarse aquellos dos bidones de aceite lubricante tal como habíais quedado». Y después le contará las novedades: «Hace dos o tres noches aquel imbécil de Piletti ha recibido un porrazo en la cabeza de uno de los tuyos que lo ha sorprendido arrancando un cartel. No ha sido nada, un chichón como una nuez y nada más. Decían que habías sido tú, pero cuando les enseñé tu carta de la ciudad se callaron. Ha muerto esta mañana el abuelo de los Corini. Don Camilo, como es habitual en él, ha insinuado que no habías ido a la ciudad, sino que, por el contrario, habías ido a Belgrado a recibir órdenes del demonio y otras tonterías»… Don Camilo, ¿qué piensas haber ganado con toda esta vergonzosa comedia?

—Muchas cosas, Jesús.

—¿Como cuáles?

—De momento dos bidones que, en lugar de estar llenos de aceite, estaban llenos de ametralladoras, pistolas, municiones y otras porquerías. Segundo, que le he enseñado a un hombre lo que puede pasarle a quien hace uso de la violencia. Tercero, que le he regalado a un hombre una familia y una vida que él creía haber perdido. Jesús, no se trata de ninguna artimaña de cura, se trata de una honrada acción de un sacerdote que salva a las almas antes de que se pierdan. Se trata de alguien que difícilmente volverá a atacar a ningún hombre. Jesús, no ha sido ninguna artimaña de cura, Vos lo sabéis: porque Vos sabéis lo que yo sentía al ver sufrir tanto a ese desgraciado.

El Cristo suspiró.

—Don Camilo siempre tiene razón. Los ojos de don Camilo son pequeños, pero ven lejos. Que Dios te conserve la vista.

Peppone y don Camilo se encontraron algunos días después.

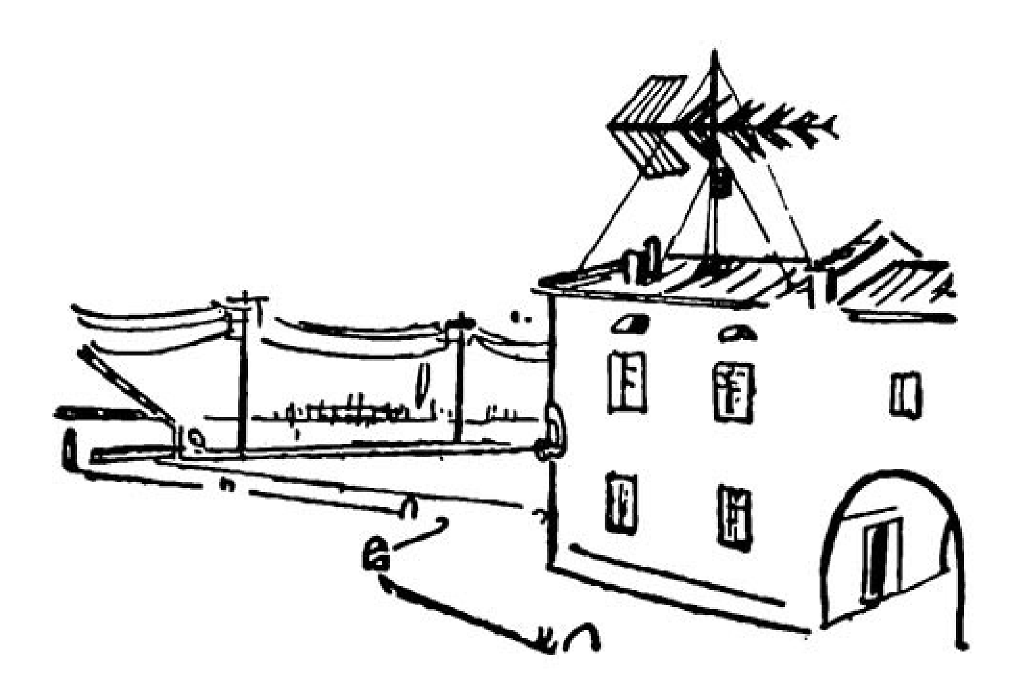
—Voy a matarle —dijo, hosco, Peppone.

—Piénsatelo bien. Puede ser, pero no lo creo.

—Ni yo —refunfuñó Peppone—. Pero seguro que algo gordo va a pasar.

No hablaron de los famosos bidones que, reventados, yacían en el fondo del río junto con su ya oxidada mercancía.

EL CAMPEÓN



Giobà era aquel que, desde hacía veinticinco años, todas las mañanas, hiciera el tiempo que hiciera, se montaba en su bicicleta de carreras e iba a la ciudad a comprar el periódico la *Gazzetta dello Sport*, porque la *Gazzetta dello Sport* que vendían en el pueblo no le ofrecía las suficientes garantías de seriedad.

El tragarse diariamente esos treinta quilómetros entre ir y venir de la ciudad era su único trabajo fijo y serio. Por lo demás, echaba el bofe en cualquier lado si le ofrecían un trabajo que le permitiera ir a la ciudad a comprar la *Gazzetta* y leer la sección que le interesaba: el ciclismo.

Giobà no es que fuera ningún chalado en el auténtico sentido de la palabra ni ningún tipo caricaturesco de esos con que se meten en las tertulias de los cafés o de los mesones, porque Giobà sólo atendía cuando se le hablaba de ciclismo. De ciclismo lo sabía todo.

Porque, además de la *Gazzetta*, se leía toda letra impresa que tratara de biciclos y de corredores.

Giobà tenía cuarenta años, y hacía veinticinco, desde que le había entrado aquella manía, que la gente no daba un duro por él. Pero, de repente —gracias

al plan Marshall para la ayuda intelectual a Occidente—, llegó a las pantallas el concurso americano de las adivinanzas y todo cambió.

Porque Giobà, cuando le dijeron que iba a participar en el concurso una persona que había elegido como tema el ciclismo, fue también a plantarse ante el televisor de la hostería del Molinetto.

Cada vez que el presentador sacaba del sobre las preguntas y las leía, Giobà, instantáneamente, daba en voz alta la respuesta acertada.

La primera noche la gente sintió curiosidad. La segunda vez, al oír que Giobà acertaba todas las respuestas, se sintió interesada.

Luego, a la semana siguiente, cuando el concurso se puso más difícil y el concursante no supo acertar las tres famosas preguntas finales, mientras que Giobà, en cambio, había soltado las tres respuestas exactas, la gente miró a Giobà con respeto.

«¡Es un hombre que vale cinco millones!», dijeron todos.

Mas la cosa no acabó ahí: continuó y se agrandó porque un tipo llegó a ganar los cinco millones y el alcalde comunista de su pueblo le organizó una formidable recepción, con la banda en la plaza y con el discurso de rigor de bienvenida al ganador del concurso por haber dado notoriedad y proporcionado un gran honor al municipio de Reggello, y otras cosas por el estilo.

Entonces fue cuando Peppone decidió actuar urgentemente y convocó a su estado mayor.

—¡El partido que consiga hacerse con Giobà hará un buen negocio! —afirmó Peppone—. Porque Giobà puede ganar el concurso y hacerse popular. Las elecciones administrativas se acercan y la popularidad de Giobà puede sernos muy útil. ¡Cueste lo que cueste, Giobà ha de ser de los nuestros!

Discutieron hasta altas horas de la noche; a la mañana siguiente *el Brusco*, *el Pardo* y *el Flaco* pararon a Giobà cuando iba a montarse en la bicicleta para ir a la ciudad a comprar la *Gazzetta*.

—Giobà —le dijeron—, ¿por qué no te sacas el carnet comunista? Si lo haces te daremos un puesto de peón caminero municipal y un traje nuevo.

Giobà se montó de un salto en la bicicleta:

—A mí no me interesa la política —respondió.

Era inútil insistir y por eso se fueron. Pudo así Giobà ir tranquilamente a la ciudad, comprar su consabida *Gazzetta* y volver tranquilamente al pueblo.

Pero en la Pioppaccia le esperaba otro equipo, esta vez el de los clericales.

—Giobà —le dijeron—, tú eres un hombre temeroso de Dios y tu deber es el de afiliarte al partido de Dios. Si vienes con nosotros te daremos un puesto

de vigilante en la AGIP[6] y un traje nuevo.

Giobà meneó la cabeza:

—Al partido de Dios ya estoy inscrito desde que me bautizaron —contestó.

Pero se trataba de algo importante y era gente cabezota. Los rojos volvieron al ataque y aumentaron la oferta: un puesto de inspector de obras públicas, un traje completo, un abrigo y doce pañuelos.

Los clericales dieron otro paso: un puesto en la AGIP, un traje completo, un abrigo, una gabardina, doce pañuelos y seis pares de calcetines.

Peppone se jugó el todo por el todo y añadió a lo anterior una bicicleta de carreras flamante, por estrenar. Los clericales, dispuestos a ganar, añadieron a lo anterior un escuter.

—Escoge la marca que quieras —le dijeron a Giobà—. Nosotros te lo compramos.

—No —respondió Giobà.

Entonces perdieron la paciencia y el jefe del equipo se puso a gritar:

—Pero ¿puede saberse qué pretendes? ¿Un coche?

—No pretendo nada —explicó Giobà—. A mí no me interesa la política. Ya voy bien en bicicleta y no necesito abrigos ni gabardinas.

Pero los servicios de espionaje y de contraespionaje ya habían funcionado: los rojos estaban al corriente de lo que habían hecho los clericales, y los clericales de lo que habían hecho los rojos.

Al ver que Giobà no cedía y que el concurso de los acertijos cada vez se hacía más popular, Peppone se olvidó de que era comunista y se acordó de que era alcalde.

Convocó en el Consistorio una asamblea de los representantes de los partidos demócratas y cuando los tuvo en su presencia pronunció un importante discurso.

—¡Ciudadanos! —dijo Peppone—. Cuando está en juego el interés moral y material del pueblo, los partidismos tienen que pasar a segunda fila. Estamos aquí reunidos en calidad de ciudadanos preocupados por el interés común, y os hablo como ciudadano. La prueba luminosa dada por el campeón de Reggello y las nobles palabras de aquel alcalde nos hacen ver lo necesario que es constituir urgentemente un comité apartidista independiente para hacer que nuestro campeón participe en el concurso cultural de la televisión y

conquiste para nuestro glorioso municipio la primacía de todos los municipios de la Tierra Baja.

Todos aplaudieron sin reservas y el comité fue constituido inmediatamente; resultó compuesto por diez personas: cinco comunistas y cinco clericales.

Aquella misma noche el comité se puso manos a la obra y al final pudo concluir sus trabajos con un cómodo orden del día.

Al día siguiente, el comité en pleno fue a casa de Giobà y le comunicó la situación:

—Giobà: no se trata de partidos ni de política. Se trata de interés personal y del de la comunidad. Tienes que participar en el concurso televisivo. Tocaremos todos los miles de resortes que hagan falta, pero conseguiremos inscribirte. Y como se trata del buen nombre de nuestro pueblo, vamos a vestirte con ropa nueva de pies a cabeza, vamos a mandarte a Milán en coche y también te daremos dinero. Así tú podrás ganar los cinco millones y nuestro municipio ganará honores y popularidad. ¡Y eso sin contar que la *Gazzetta dello Sport* se imprime en Milán y así podrás ir a buscarla directamente a la imprenta!

Giobà meneó la cabeza:

—La que consigo en la ciudad también es buena —rezongó—. No hace falta ir hasta Milán.

Le miraron como si fuera un fenómeno y le preguntaron si se había vuelto loco.

—¿Y los cinco millones? —le dijeron—. ¿Pasas de los cinco millones?

—Yo he dicho que no me interesa la política —explicó, testarudo, Giobà.

—Pero ¿qué diantre tiene que ver la política? ¡No se trata de afiliarse ni de sacarse el carnet de ningún partido!

Giobà meneó la cabeza:

—Vosotros cinco sois los que me ofrecíais un puesto en el Ayuntamiento y vosotros cinco los que me ofrecíais un puesto en la AGIP. No me fío.

Era lógico: Peppone con sus cinco rojos y Piletti con sus cinco negros se fueron a la rectoría.

Cuando don Camilo los vio aparecer se quedó mirándolos muy extrañado.

—Padre —dijo Peppone—, le hablo como primer ciudadano y en nombre de todos los ciudadanos de cualquier idea y de cualquier clase. Sólo usted puede convencer a Giobà de que la política no tiene nada que ver en esto y

que sencillamente se trata de dejar bien alto el pabellón de nuestro pueblo. Giobà puede ganar la competición de la televisión: es necesario, por tanto, que acepte participar en el concurso.

Don Camilo miró desconcertado a Peppone:

—¡Y pensáis mandar al concurso, como campeón municipal, al tonto del pueblo! —balbució.

—¿Y a quién deberíamos mandar? ¿A usted? —replicó Peppone—. ¿Sabe usted en qué mes, qué día, y en qué carrera Girardengo tuvo calambres en la pierna izquierda?

—No —admitió don Camilo.

—Por eso ha de ir al concurso uno que sepa esas cosas. Y Giobà las sabe todas. Y puede ganar el premio de cinco millones.

—¿Giobà puede ganar un premio de cinco millones? —se asombró don Camilo.

Intervino Piletti, el jefe de los clericales:

—Padre —con voz más bien molesta—, me sabe mal recordarle algo que tendría que saber porque no consta en el reglamento del concurso de la televisión: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos».

—¡Sé hacer la distinción! —replicó don Camilo—. En las Sagradas Escrituras no está escrito «bienaventurados los tontos».

—No vamos a ponernos quisquillosos por estos detalles —exclamó Peppone—. Las cosas son así y su misión consiste en explicarle a Giobà que la política y los partidos no tienen nada que ver en esto.

Don Camilo extendió los brazos:

—Que se haga la voluntad del pueblo.

Giobà llegó escapado: sentía un gran respeto por don Camilo y estuvo escuchándole con gran atención.

—Giobà —le dijo tranquilamente don Camilo—, si yo te garantizo bajo mi palabra que la política no tiene nada que ver en el asunto de la televisión, ¿me creerás?

—Sí, padre —respondió Giobà.

—Y si te garantizo bajo mi palabra que te ayudarán sólo para que tú ganes cinco millones y para que el pueblo gane notoriedad y honores, ¿me creerás?

—Sí, padre.

—Pues entonces, acepta lo que te ofrecen e inscríbete en el concurso.

—No, padre.

Don Camilo lo miró desconcertado.

—¡No quieres participar en el concurso de las adivinanzas, Giobà! ¿Cómo es eso?

—Porque tengo mi dignidad.

Don Camilo no insistió. Paseó arriba y abajo por la habitación y luego se plantó con las piernas abiertas delante de Giobà:

—Giobà, si tú renuncias así a cinco millones, es justo que recibas un premio: te empleo como campanero.

Aquello le gustaba mucho a Giobà. Probablemente era el oficio ideal para él. Se quedó pensándoselo sus buenos cinco minutos, pero luego meneó la cabeza.

—No puedo, padre. Por la mañana hay que tocar y yo tengo que ir a la ciudad a buscar la *Gazzetta*.

—¡Pero si la *Gazzetta* que venden en la ciudad es igual que la que venden aquí! —gritó don Camilo.

Giobà se puso a reír:

—No, padre: la de la ciudad es otra cosa…

LA MEDICINA



La gente no conseguía perdonarle a don Camilo que estuviera en aquel estado por culpa de *Ful*.

—¡Vamos! —decía la gente casi indignada—. ¡Un perro no deja de ser un perro!

También un gorrión no deja de ser un gorrión: pero si un gorrión se posa en una viga de cemento que puede soportar como máximo tres mil quintales y siete gramos, y ya tiene una carga de tres mil quintales y siete gramos, la viga se parte.

Cuando pasó la historia del perro, don Camilo se encontraba precisamente en la misma situación de la viga de cemento: eso es todo.

El día antes de abrirse la veda, *Ful* salió de casa a eso del mediodía y por la noche no volvió. No dio señales de vida tampoco a la mañana siguiente, y don Camilo estuvo dando vueltas como un loco para localizar al perro. Dio vueltas hasta la noche y al regresar a casa con las manos vacías estaba tan afligido que ni tocó nada de la cena.

«¡Me lo han robado! —pensaba—. ¡Me lo han robado y ahora quizá ya está en el Piamonte o en Toscana!».

Oyó de repente crujir la puerta y al volverse vio a *Ful*.

Se notaba por la mirada compungida de *Ful* que sabía que se había portado mal y por eso no se atrevía a entrar del todo, quedándose allí quieto en el quicio enseñando sólo un poco el hocico.

—¡Entra! —dijo don Camilo.

El perro no se movió.

—¡*Ful*, aquí! —gritó don Camilo.

La orden era categórica y *Ful* entró lentamente con las orejas gachas. Al llegar a los pies de don Camilo, se paró y esperó.

En aquel momento fue cuando el gorrión se posó en la viga de cemento, porque fue cuando don Camilo notó que alguien había pintado de rojo el trasero de *Ful*.

No toquéis el perro de un cazador. Si le queréis hacer una afrenta a un cazador no hay como hacerle una afrenta a su perro. Es algo enorme, la peor mala pasada. Don Camilo sintió como un rechinar por dentro y tuvo que levantarse para ir a respirar aire a la ventana.

La ira se le había pasado en seguida y ahora sólo sentía una gran tristeza. Volvió a sentarse: se secó la cara llena de sudor. Tocó el lomo de *Ful*: el minio ya se había secado. Se lo habían hecho el día anterior. *Ful* no había vuelto por vergüenza.

—Pobre *Ful* —dijo resollando don Camilo—. Te has dejado pescar como un vulgar cachorro…

Después pensó que *Ful* no era el tipo de perro que dejan que se les acerquen los demás, ni de los que ceden atraídos por un trozo de carne. *Ful* no se fiaba de nadie. Era un perro de raza. Se fiaba sólo de dos personas: y una era don Camilo.

El asunto estaba claro: don Camilo se levantó y salió. Hizo que *Ful* le siguiera, y *Ful* le siguió lleno de vergüenza. Peppone estaba aún trabajando en el taller y don Camilo se le apareció como un fantasma.

Peppone siguió martilleando y don Camilo se puso del otro lado del yunque.

—Peppone —dijo don Camilo—. ¿Tienes idea de cómo se ha podido poner *Ful* así?

Peppone echó una ojeada a *Ful*, luego se encogió de hombros:

—¿Y yo qué sé? ¡Se habrá sentado encima de algún banco recién pintado! —masculló.

—Puede ser —respondió, tranquilamente, don Camilo—. Pero a mí me parece que se trata más bien de algo que tiene que ver directamente contigo. Por eso te lo he traído.

Peppone se rió:

—Yo soy mecánico: la tintorera está al otro lado de la plaza, debajo de los soportales.

—¡Pero el tipo que el otro día me pidió que le prestara el perro y que para vengarse de mi negativa ha pintado al perro de rojo está aquí! —afirmó don Camilo.

Peppone soltó el martillo y se puso en jarras plantando cara a don Camilo.

—¿Qué pretende decir, señor cura?

—¡Que has cometido la mayor marranada que puede cometer un hombre! —respondió don Camilo.

Don Camilo estaba jadeando: oía gritar a Peppone, pero no entendía qué decía. Le daba vueltas la cabeza. Tuvo que agarrarse a la rueda del taladro para no caerse.

—¡Si está ebrio vaya a despejarse a la sacristía, donde se está más fresco que aquí!

Ahora entendía las palabras de Peppone: se recobró y se dirigió hacia la puerta. Se encontró en la sacristía sin saber cómo había llegado.

Media hora más tarde, atraído por los ladridos desesperados de *Ful*, bajó el campanero: la ventana de la planta baja de la rectoría estaba abierta y la luz estaba encendida; el campanero al asomarse dio un grito porque descubrió a don Camilo caído en el suelo, como un muerto, y a *Ful* ululando a su lado.

Don Camilo fue cargado en una ambulancia y llevado inmediatamente al hospital de la ciudad; la gente, sin querer acostarse, esperó que volvieran los enfermeros de la ambulancia para tener noticias.

—No se sabe qué tiene —dijeron los enfermeros—. Es algo de corazón, de hígado, del sistema nervioso. Debe haberse dado también un golpe en la cabeza al caer. Durante el viaje deliraba: no dejaba de lamentarse porque le habían pintado el perro de rojo.

La gente se fue muy triste a la cama, murmurando: «¡Pobre don Camilo!». Al día siguiente, cuando se supo que verdaderamente le habían pintado el perro de rojo y que las palabras de don Camilo no eran los desvarios de un hombre delirante, la gente observó que enfermar por un perro era algo inconcebible: «Un perro no deja de ser un perro, ¡qué caramba!».

Sin embargo, era la historia del gorrión que hace que se hunda la viga de cemento.

Cada noche alguien traía el boletín informativo de la ciudad; y siempre era el mismo: «Está mal. No quieren que vea a nadie ni que hable con nadie».

Y cada mañana, puntualmente, *Ful* se iba hasta el taller de Peppone, se acurrucaba en el umbral y se quedaba allí quieto mirando a Peppone.

Se quedaba allí al menos dos horas cada mañana: a las ocho, cuando empezaba a llegar gente, *Ful* se iba.

Peppone no le había hecho nunca caso, pero después de repetirse lo mismo durante veinticinco días, Peppone perdió la paciencia y en cuanto vio llegar a *Ful* le gritó:

—¡Deja de partirme el corazón! Está mal, eso es todo. ¡Si quieres saber más vete a verlo!

El perro no se movió ni un milímetro y Peppone reanudó su trabajo, pero seguía sintiendo sobre él aquellos dos malditos ojos.

A las siete no pudo más y se fue corriendo a casa. Se arregló, se puso el traje de vestir y montándose en la moto de sidecar partió.

Al cabo de dos quilómetros paró la moto porque quería ver cómo iba de gasolina. El depósito estaba completamente lleno. Comprobó el aceite y la presión de los neumáticos. Luego escribió algunos apuntes en la libreta porque se había acordado de algo importante.

Finalmente, llegó *Ful* con medio metro de lengua fuera y saltó al sidecar.

—¡Así revientes, tú y tu amo! —le dijo con rabia Peppone al volver a ponerse en marcha.

A las ocho, ya delante del hospital, ordenó a *Ful* que se quedara vigilando la moto.

En la portería le explicaron que era demasiado pronto para visitar a los enfermos. Luego, cuando supieron de qué enfermo se trataba, le explicaron que era inútil que esperara. Estaba muy grave y no podía ver a nadie ni hablar con nadie.

Peppone no insistió: volvió a montarse en la moto y se fue directo al obispado.

Allí tampoco querían dejarle entrar de ninguna de las maneras, pero como se quedaron impresionados por su decisión y por sus enormes manos, le dijeron que esperara un momentito.

El viejo obispo, cada vez más viejo, cada vez más encogido y cada vez más blanco y menudo, estaba deambulando por el jardín deleitándose con los vivos colores de las flores.

—Hay un energúmeno que dice ser amigo personal de su excelencia —le explicó el secretario al llegar sin aliento ante él—. ¿Tengo que avisar a la policía?

El viejo obispo extendió los brazos:

—Hijo mío —contestó—. ¿Por qué avisar a la policía? ¿Tienes en tan poca estima a tu obispo que crees que escoge a sus amigos personales entre los criminales buscados por la policía? Hazlo pasar.

Un minuto después Peppone llegaba como un bólido; el viejo obispo, emergiendo de detrás de una mata, lo paraba apuntándole contra el pecho el ligero bastón.

—¡Excelencia! —balbució Peppone frenando—. Perdone la molestia, pero se trata de algo grave.

—Hable, señor alcalde. ¿Qué le pasa?

—A mí nada, excelencia: le ha pasado a don Camilo. Hace más de veinte días…

—Lo sé, lo sé todo, ya he ido a visitarle, pobre don Camilo —le interrumpió con un suspiro el viejo obispo.

Peppone dio vueltas al sombrero entre las manos.

—Hay que hacer algo, excelencia.

—¿Algo? —dijo el obispo extendiendo los brazos—. Sólo Dios puede hacer algo por don Camilo.

Peppone tenía su idea:

—¡También usted, excelencia, puede hacer algo! ¡Una misa especial, por ejemplo!

El viejo obispo le miró con curiosidad.

—Excelencia —balbució Peppone—, intente comprenderme. ¡Fui yo quien le pintó el perro de rojo!

El viejo obispo no respondió y se encaminó a lo largo de la avenida del jardín. Llegó el secretario para anunciar que el desayuno estaba a punto.

—¡No!… ¡No!… —respondió el obispo—. ¡Váyase! ¡Váyase!

En el fondo de la avenida estaba la capilla. Al llegar allí el obispo se paró:

—Vaya hasta allí abajo y diga que me manden un monaguillo —dijo el obispo a Peppone.

Peppone abrió los brazos:

—Excelencia —balbució—, si quiere puedo hacerlo yo… De niño no lo hacía nada mal…

—Misa especial con monaguillo especial —comentó el obispo—. Entre y cierre la puerta con cerrojo. Esto es algo que tiene que quedar entre usted y

yo. Y el buen Dios, naturalmente.

Al salir del obispado, Peppone encontró a *Ful* en su puesto de guardia, dentro del sidecar de la moto. Se montó, partió y poco después se paró delante del hospital.

No querían dejarle pasar de ninguna de las maneras, pero Peppone acabó por entrar.

—Declinamos toda responsabilidad —dijeron—. Si sucede algo el responsable será usted.

Le acompañaron al primer piso de un pabellón, y al llegar delante de la puerta le dejaron:

—Por nosotros ha entrado por la fuerza.

La pequeña habitación estaba llena de luz; al abrir la puerta, Peppone se impresionó porque lo primero que vio fue el rostro de don Camilo.

Peppone jamás hubiera podido imaginar que un hombre como don Camilo pudiera, en veinticinco días de enfermedad, quedarse en aquel estado.

Entró de puntillas y se paró a la cabecera. Don Camilo tenía los ojos cerrados y parecía muerto.

Cuando entreabrió los ojos pareció vivo.

Su voz era como un soplo:

—¿Has venido a buscar la herencia?… Sólo tengo a *Ful*… Te lo dejo… Cada vez que lo veas, así, manchado de rojo, te acordarás de mí…

Peppone agachó la cabeza:

—El rojo ya casi se le ha ido del todo —explicó en voz baja—. Todos los días lo hago lavar con aguarrás.

Don Camilo sonrió:

—Tenía razón al llevártelo a ti y no a la tintorera…

—No me lo recuerde, padre… *Ful* está abajo: ha querido venir también a verle. No le han dejado entrar.

Don Camilo suspiró:

—¡Qué gente más rara: te dejan entrar a ti y no dejan entrar a *Ful* que es menos perro que tú!…

Peppone hizo señal de aprobación.

—Veo que empieza a mejorar, padre. Le noto el ánimo muy levantado.

—Dentro de pocos días verás cómo se levanta y sube a las nubes. Estoy acabado. Ya no tengo fuerzas… No tengo fuerzas ni para estar enfadado contigo.

Entró una enfermera con una tacita de alimento.

—Gracias —susurró don Camilo—. No tengo hambre.

—¡Pero si sólo hay que beberlo!

—No tengo sed.

—Tiene que esforzarse y tomarlo.

Don Camilo bebió a sorbitos. Luego, al salir la enfermera, hizo una mueca:

—Calditos, purés, cremas: siempre lo mismo hace veinticinco días. Me siento como si me hubiera vuelto un canario…

Se miró las manos, secas y blancas.

—¿Quieres que echemos un pulso?

Peppone agachó la cabeza:

—No se angustie —dijo.

Don Camilo cerró lentamente los ojos y pareció adormilarse. Peppone se quedó unos minutos esperando, luego hizo intención de irse. Pero una mano le tocó el brazo.

—Peppone —susurró don Camilo—, ¿eres un caballero o el peor de los hombres?

—Soy un caballero —respondió Peppone.

Don Camilo le hizo una señal para que se agachara y le habló al oído.

Debería decirle algo horrible porque Peppone se incorporó de golpe exclamando:

—¡Padre! ¡Pero es un delito!

Don Camilo le miró fijo a los ojos:

—¿O sea que también tú —jadeó—, también tú me traicionas?

—Yo no traiciono a nadie —replicó Peppone—. ¿Usted me lo pide o me lo ordena?

—¡Te lo ordeno! —resolló don Camilo.

—Que se cumpla su voluntad —susurró Peppone mientras salía.

La moto de Peppone podía, apretándola al máximo, alcanzar los ciento diez por hora: aquella vez se puso a ciento treinta. La vuelta, más que una carrera, fue todo un vuelo.

A las tres de la tarde, Peppone estaba de nuevo ante el hospital. Se había hecho acompañar por *el Flaco*, y cuando en la portería le quisieron parar, explicó:

—Es una cuestión grave, una cuestión de herencia. ¡Me he traído hasta al notario!

Consiguió llegar arriba, y cuando estuvo delante de la puerta de la pequeña habitación de don Camilo, le ordenó *al Flaco*:

—Tú quédate aquí y no dejes entrar a nadie: di que está confesándose.

Don Camilo estaba durmiendo, pero su sueño era de lo más ligero y en seguida abrió los ojos.

—¿Y bien? —jadeó.

—Todo como usted ha querido —respondió Peppone—. Pero es un delito.

—¿Tienes miedo acaso? —dijo don Camilo.

—No.

Peppone se sacó de debajo de la chaqueta un paquete y lo abrió. Lo dejó todo encima de la mesita y ayudó a incorporarse a don Camilo arreglándole los almohadones detrás de la espalda.

Después puso en el regazo del enfermo una servilleta y encima todo lo que había traído: una hogaza de pan reciente y un plato de lomo embuchado cortado a lonchas.

Don Camilo se puso a comer el pan y el lomo.

Luego Peppone descorchó la botella de lambrusco y el enfermo se bebió el vino. Comió y bebió despacio, más que nada para degustar mejor los sabores de su tierra.

Cada bocado y cada sorbo le producían una sensación de aguda nostalgia: sus campos, sus árboles, su río, su niebla, su cielo. Los mugidos de los animales en los establos, el sonido lejano de los tractores arando, el zumbido de la trilladora.

Todo eso le parecía lejano, como si perteneciera a otro mundo: eran los sabores falsos de los purés y de las cremas y los venenos de las medicinas los que le habían hecho perder el contacto con su tierra.

Comió y bebió despacio. Al terminar dijo a Peppone:

—¡Medio toscano!

Peppone sudaba y estaba lleno de miedo; miraba a don Camilo como si de un momento a otro fuera a quedarse allí seco de repente.

—¡No! —respondió—. ¡El puro no!

Tuvo que acabar cediendo. No obstante, después de dos o tres bocanadas, don Camilo dejó caer al suelo el puro y se quedó profundamente dormido.

Al cabo de tres días don Camilo era dado de alta y salía del hospital, pero no volvió al pueblo hasta al cabo de dos meses: quería que le vieran totalmente restablecido.

Ful le hizo un recibimiento espectacular y no dejaba de dar vueltas sobre sí mismo para que don Camilo se diera cuenta que ya había vuelto completamente a su estado natural, incluso en lo relativo a la parte trasera.

Peppone —que, casi por casualidad, había pasado por delante de la rectoría y que se había acercado, atraído por el alboroto de *Ful*— hizo observar a don Camilo que el perro ya no tenía ni la más mínima manchita roja.

—Ya —respondió don Camilo—, él ya está limpio. Ahora hay que limpiar para sacarles el rojo a todos los otros perros que circulan por el pueblo.

—Está curado del todo —rezongó Peppone—. Incluso demasiado.

SITUACIÓN ECONÓMICA DE LA TIERRA BAJA



El joven se había presentado en la rectoría sonriente y cordial, con una magnífica cartera de piel amarilla bajo el brazo, e inmediatamente había explicado que deseaba simplemente conocer personalmente al cura más célebre de toda la Tierra Baja.

Don Camilo aún tenía, debajo del hueco de la escalera, ciento quince cajas de Ceratom y no se dejó engatusar:

—Gracias por venir, pero no necesito nada.

El joven meneó la cabeza:

—Padre, usted me confunde con un viajante. Yo no tengo nada que ver con los viajantes: yo soy un funcionario de la Libélula.

Don Camilo lo miró aún con menos simpatía:

—¡Ya veo, seguros! —rezongó.

El joven volvió a menear la cabeza:

—No, padre. Usted se confunde con otra organización. La Libélula es algo totalmente distinto: usted mismo puede comprobarlo.

Eso significaba que el joven había conseguido abrir con toda celeridad la cartera de piel y poner en manos de don Camilo un grueso catálogo con atractivas ilustraciones en color.

—Motocicletas, bicicletas, máquinas fotográficas, radios, aparatos de televisión, máquinas de escribir, neveras —iba explicando el joven—. La Libélula compra directamente los productos de las mejores fábricas obteniendo unos descuentos que después le permiten volver a vender los mismos productos a largos plazos y sin ningún aumento del precio oficial de venta.

Don Camilo intentó devolver el catálogo al joven, pero el joven le tranquilizó:

—No se preocupe, padre. No estoy aquí para vender: sólo quiero que se dé cuenta de la variedad de nuestro surtido. Así, si el día de mañana necesita algo, seguro que se dirigirá a nuestra organización. Por ejemplo, dado que inevitablemente usted tendrá que comprar en su momento un buen televisor, me permito aconsejarle que eche una ojeada a nuestro amplio surtido de aparatos de televisión…

El joven sonriente y cordial debería de ser el mismísimo diablo disfrazado de funcionario de la Libélula: si no, ¿cómo hubiera podido imaginarse que don Camilo se moría de ganas de tener un televisor?

Por otra parte no pasaba nada: mirar reproducciones fotográficas de aparatos de televisión no significa comprometerse a comprar un televisor.

Incluso hasta el joven se lo dijo:

—Aquí tiene usted, padre, un surtido verdaderamente excepcional porque abarca todos los tipos, desde el más económico al más lujoso, y las mejores marcas del mercado. Como ve, los precios son los marcados de fábrica y el pago puede hacerse en cómodos plazos. Una pequeña cantidad de entrada y un tanto al mes. Nuestra organización se llama precisamente Libélula para dar una idea de la inconsistente ligereza de las cargas que el cliente adquiere al firmar un contrato con nosotros. Aun en el caso de considerar que el cliente hubiera contraído una deuda con nosotros, se trata sólo de una deuda que prácticamente se paga sin darse cuenta.

Don Camilo, ante las fotos de los televisores, se había olvidado del Ceratom, pero aún no se había embalado tanto como para olvidarse de la desesperada situación de sus finanzas particulares.

Por eso, después de haber mirado y remirado los televisores, devolvió el catálogo al joven.

—Tendré en cuenta la oferta —concluyó.

—Muchas gracias —contestó sonriendo el joven volviendo a guardar el catálogo en la cartera—. Le ruego tan sólo que no se preocupe por el dinero. El día que decida comprar el aparato avíseme: yo mismo vendré a retirar la

entrega a cuenta y a hacer el contrato de los plazos. Claro que si piensa comprar el televisor ahora y dispone de cinco mil liras, todo sería aún mucho más sencillo.

Evidentemente el joven sonriente y cordial debería de ser el mismísimo demonio disfrazado de funcionario de la Libélula porque, si no, ¿cómo hubiera podido saber que don Camilo, además de unas ganas locas de comprar un televisor, tenía en la cartera, a su disposición, justo esas cinco mil liras?

Al salir de la rectoría, el joven llevaba en la cartera de piel amarilla las cinco mil liras de don Camilo, un contrato firmado por don Camilo y un cierto número de letras firmadas por don Camilo.

Naturalmente el asunto de las letras no era más que una mera formalidad: don Camilo no tenía por qué preocuparse.

Y don Camilo no se preocupó: y por un tiempo siguió pensando con simpatía en el joven cordial porque el televisor era verdaderamente un aparato excelente y funcionaba perfectamente.

Pero un buen día surgió el primer problema.

Llegó el vencimiento del cuarto mes y don Camilo no pudo pagar el cuarto plazo.

El televisor era un lujo suyo totalmente personal y don Camilo tenía que pagárselo con sus cuartos personales. Cuartos que siempre eran de lo más escasos y que en aquella ocasión brillaban por su ausencia.

Dieciocho mil liras no son una cantidad excesiva, seguro, pero si un pobre cura rural no las tiene, ¿de dónde puede sacarlas?

No va a hacer horas extraordinarias ni a dar clases particulares de catecismo.

Don Camilo no podía pedírselo a los benefactores: don Camilo sólo podía pedir a los benefactores en el caso de tratarse de ayudar a algún pobre o para mantener el hospicio u otras cosas por el estilo.

Don Camilo estaba pelado, pero tenía su dignidad y su orgullo: nunca se hubiera dignado aceptar dinero prestado para pagar los plazos de un televisor. Los televisores son algo accesorio. Sólo hay que comprarlos cuando se tiene el dinero.

Escribió a la Libélula: le contestaron que lo sentían, pero que la letra estaba ya en el banco y que, a pesar de darse cuenta de las especiales circunstancias de don Camilo, no podían hacer nada para ayudarle.

Conclusión: pagar o el protesto.

El asunto se complicó porque también al vencimiento del siguiente plazo don Camilo se encontró con dificultades; entonces ya ni tuvo el valor de escribir: se encomendó a Dios y esperó asustado el terremoto.

La situación era, en realidad, especialmente grave porque, aunque don Camilo hubiera podido con posterioridad solventar el asunto, nadie iba a poder retrasar las elecciones municipales. Y en la actual situación podía suceder que, justo antes de la votación, se publicara el nombre de don Camilo en las largas listas del RAI o Relación de Asuntos Impagados.

Don Camilo no figuraba entre los candidatos, claro está, ni pertenecía a ningún partido político: pero, fatalmente, sobre el cura se descargan los rayos lanzados por los adversarios del escudo cruzado.

Además, a decir verdad, don Camilo había desplegado bastante actividad para las municipales. Y las cosas más importantes de los cruzados habían sido discutidas en la rectoría.

A don Camilo le entraba un sudor frío sólo de pensar en la que se podía armar si caía en manos de Peppone y de sus compinches la Relación de Asuntos Impagados con el nombre de don Camilo incluido.

Pasó unos días sombríos y unas noches horribles. Finalmente llegó el día de la publicación del RAI y don Camilo fue a propósito a la ciudad a buscarlo.

Una vez que lo tuvo, lo abrió ansiosamente y lo primero que le saltó a la vista fue su nombre.

Asustado, volvió al pueblo y se encerró en la rectoría. No quería ver a nadie. Le parecía como si ya lo supieran todos.

No cenó aquella noche y en vez de irse a la cama se quedó paseando arriba y abajo por el zaguán de la rectoría, consumiéndose en tristísimos pensamientos.

Peppone y sus secuaces tenían un arma formidable: a don Camilo le resonaban ya en el oído las frases que sobre el tema Peppone y compañía pronunciarían en los mítines. Le aterraba pensar en cómo iba a reírse la gente.

Había que actuar, hacer algo.

Y don Camilo actuó.

Peppone estaba aún martilleando en su taller y al ver aparecer a don Camilo se sobresaltó.

—Se ve que no tienes la conciencia tranquila —observó don Camilo.

—Un cura, de noche, siempre impresiona, incluso a los hombres de bien —le respondió, seco, Peppone—. ¿Qué quiere?

No era momento de andarse con rodeos:

—Quiero hablar contigo de hombre a hombre —expuso don Camilo.

—¿Sobre qué tema?

—La letra.

Peppone tiró el martillo a un rincón.

—También yo quisiera aprovechar para hablar de hombre a hombre —dijo Peppone—. Y quiero recordarle que, aunque soy adversario suyo, yo nunca me he rebajado a explotar, con fines de propaganda política, sus desgracias personales.

—Lo mismo puedo decir yo —afirmó don Camilo.

—No lo sé —exclamó Peppone—. Pero una cosa es cierta: ¡si tiene usted el valor de bromear sobre lo de mi letra, le destornillo la cabeza!

Don Camilo creyó no haber oído bien.

—¿Qué tiene que ver tu letra? —preguntó.

Peppone se sacó del bolsillo un folleto arrugado que tendió bruscamente a don Camilo.

—Pues tiene que ver —bramó— porque si no lo ha visto o si no se lo han dicho, lo verá o se lo dirán: entre las letras protestadas hay una a nombre del aquí presente, señor Giuseppe Bottazzi.

Entre los protestos de la letra «b» figuraba también el de una letra de cambio de veinte mil liras librada por Peppone. Don Camilo no se había dado cuenta porque al revisar la lista del RAI se había preocupado sólo de comprobar si estaba o no su nombre.

—¿Y no has encontrado nada más interesante aquí? —le preguntó don Camilo mostrándole la relación.

—A mí sólo me interesan mis propios asuntos —respondió Peppone—. Sólo he mirado si estaba yo. Y estaba.

Don Camilo le puso delante el boletín abierto señalándole un nombre. Peppone leyó la línea que le marcaba, la releyó y luego miró a la cara a don Camilo.

—¡No!

—Sí —exclamó don Camilo—. También estoy yo. ¡Al infierno la Libélula!

Peppone dio un salto:

—¿Libélula?… ¿Un joven simpático con una gran cartera amarilla?

—Sí.

—¿Una nevera, usted también?

—No: un televisor.

Peppone se puso a despotricar contra las ventas a plazos: era algo peor que la bomba atómica. Das una pequeña cantidad ahora, otra pequeña cantidad cada mes, la deuda se paga sola, etcétera, etcétera. Y luego, cuando no tienes dinero para el plazo, te das cuenta que la deuda la tienes que pagar tú y que la estupidez la has cometido al no pensar que, aun repartida en tantos plazos, una deuda de doscientas mil liras sigue siendo una deuda de doscientas mil liras.

Luego se calmó:

—En el fondo, puesto que la nevera funciona bien y que no habrá consecuencias políticas porque también usted está pillado, no hay por qué hacerse mala sangre. ¿No cree, padre?

—Es lo que yo digo —respondió don Camilo.

Pero luego se acordó de algo y palideció.

—¡La tercera lista! —gritó.

La tercera lista era la compuesta por las derechas. Que eran adversarios tanto de los rojos de Peppone como de los cruzados de don Camilo.

Los de la tercera lista tenían ahora un magnífico argumento contra unos y otros: la gente se iba a partir de risa. Porque había que tener en cuenta que Pietro Follini, que encabezaba la lista de las derechas, era un tipo espabilado que sabía explicarse formidablemente:

También Peppone se quedó lívido:

—¡Sólo al pensar que ésos, por culpa de estas cochinas letras, me puedan poner al mismo rasero que a un cura clerical, me enciende y me hace verlo todo rojo! —gritó.

—¡Sólo el pensar que puedo ser comparado con un disoluto descreído, me hace verlo todo negro! —replicó don Camilo.

Se quedaron allí meditándolo en silencio unos diez minutos; al final, Peppone se puso la chaqueta y dijo, decidido:

—Yo voy por los campos, vaya usted por el dique. Nos encontraremos en la Pioppetta. El que llegue primero que espere al otro. Vamos a hablar con ese desgraciado de Pietro Follini. Primero le habla usted e intenta hacerle entrar en razón. Si no se aviene a razones, ya se lo haré entender yo, y sin palabras.

Follini estaba ya en la cama, pero se levantó en seguida al oír que le llamaba don Camilo. Después de bajar y abrir la puerta, se extrañó de que,

además de don Camilo, estuviera también Peppone.

—¿Han hecho un pacto de acción en común? —inquirió—. Era de prever; clericales y bolcheviques tienden al mismo fin: la dictadura.

—Follini —le aconsejó Peppone—, guárdate tus chascarrillos para los mítines e intenta comprender lo que va a decirte el señor cura.

Entraron en el salón y se sentaron.

Don Camilo abordó en seguida el tema: sacó la Relación de Asuntos Impagados del bolsillo y la puso delante de Follini:

—¿Ya lo has visto? —le preguntó.

—Sí, ya lo he visto —contestó Follini—. Esta mañana he ido a propósito a la ciudad a comprarla. Al principio al ver sólo mi nombre me he sentido muy mal. Pero luego, al ver también el nombre del párroco y del alcalde, me he consolado…

Don Camilo agarró la maldita relación y se puso a consultarla frenéticamente: y en la F encontró el nombre de Pietro Follini con una letra de cuarenta mil liras.

Se miraron en silencio, luego don Camilo explicó:

—Yo, Libélula: un televisor. Él, Libélula: una nevera. ¿Y tú?

—Libélula: un televisor y una nevera. Funcionan la mar de bien.

—También la mía —dijo Peppone.

—También el mío —dijo don Camilo.

Follini abrió una botella. Bebieron. Luego, don Camilo, antes de irse por el camino del dique, refunfuñó:

—Menos mal que no hay una cuarta lista.

Antes de marcharse por el camino de los campos, Peppone masculló:

—Lucharemos con las mismas armas: nevera contra nevera, televisor contra televisor. ¡Será una manifestación democrática ejemplar!

OPERACIÓN SAN BABILAS



San Babilas siempre le estorbaba a don Camilo, pero don Camilo no sabía cómo sacárselo de encima.

El día en que, *temporibus lilis*, había llegado don Camilo como párroco al pueblo se había encontrado a san Babilas en la sacristía y allí lo había dejado.

Se limitaba a trasladarlo, de vez en cuando, de uno a otro rincón: pero san Babilas estorbaba en todas partes porque se trataba de una estatua de terracota de casi dos metros de altura, más pesada que el plomo.

Al principio, la estatua debería estar muy bien vestida, decorada y adornada, y las manos y la cara debían de estar muy bien pintadas: pero, con el paso del tiempo, toda esa buena apariencia se había ido perdiendo y quedaba sólo la terracota despintada. De modo que si en el pedestal no hubiera quedado visible el letrero S. *Babilas, v*.[7] nadie a primera vista se hubiera dado cuenta que se trataba de una imagen sacra.

A ese desgaste habían contribuido varias generaciones de monaguillos que, al encontrar como algo natural utilizar a san Babilas como percha, habían conseguido que la cabeza, la cara y los hombros de san Babilas hubieran

quedado borrados como con papel de lija. Por lo que la parte inferior de la estatua parecía haber sido esculpida con cincel y la superior, del pecho para arriba, con una pluma de gallina.

Hacía años que don Camilo estaba harto de san Babilas y más de mil veces había pensado en deshacerse de él: pero una imagen sagrada, aunque sea de terracota, no es ninguna cazuela.

No se la puede romper a martillazos, no se la puede echar a los escombros. Ni tampoco se la puede guardar en el trastero ni en la leñera.

Don Camilo había pensado en llevar la estatua al granero, pero un peso tan grande hubiera hundido el suelo.

De haber sido de bronce la habría hecho fundir para hacer una campana. Mas ¿cómo puede eliminarse limpiamente, sin ofender al santo, una imagen sacra de terracota?

Al fin encontró don Camilo la solución al grave problema. Entonces se fue corriendo a la sacristía a hablar con san Babilas.

San Babilas seguía allí, en su rincón. Los hombros y la cabeza, limados por el desgaste, emergían de la rústica vestimenta, que con sus pliegues modelados por un alfarero de hacer tinajas parecía una plancha ondulada.

—Ya está —dijo don Camilo a san Babilas—, todo se va a solucionar de la mejor de las maneras, para ti y para mí…

Un monaguillo descarado había colgado del cuello de san Babilas el incensario; don Camilo lo quitó y luego continuó:

—¿Ves? Éste no es tu lugar: aquí cualquier desaprensivo te puede tocar con sus manos sucias, te puede faltar al respeto. Te llevaré a un lugar donde jamás nadie podrá tocarte y te quedarás allí hasta los siglos de los siglos… No, no te quiero enterrar bajo tierra. Bajo tierra está la muerte y tú seguirás con vida. Porque el agua es algo vivo…

Le pareció a don Camilo como si una mueca hubiera alterado las desgastadas facciones de san Babilas y entonces añadió perdiendo la paciencia:

—¿Y el *Cristo de los abismos*? ¿No es una estatua del Redentor bajada al fondo del mar? ¡Venga, no nos andemos con remilgos!…

San Babilas no opuso dificultades y don Camilo actuó aquella misma noche.

Fue un trabajo tremendo porque san Babilas pesaba más de un quintal y medio: pero al fin don Camilo consiguió sacar la estatua de la sacristía y cargarla en la calesa sin ser visto por ningún alma.

Luego se tapó bien, cubriéndose hasta los ojos, se montó en el carruaje y emprendió el camino del río.

Una noche como aquélla parecía hecha a propósito para la «operación san Babilas»: hacía un frío crudo y no rondaba ni un perro.

Al llegar al río, don Camilo convenció al caballo para que se acercara hasta la orilla del agua; allí, ayudándose con dos largos tableros que había cargado en el carruaje, hizo deslizar a san Babilas desde la calesa hasta una barcaza.

Soltada la amarra de la barcaza y agarrando el largo remo, don Camilo comenzó a navegar.

Sabía perfectamente a dónde se dirigía: el gran río se ensanchaba en aquel lugar y parecía un mar; en medio de aquel mar había el pozo famoso donde iba a encontrar su ubicación definitiva san Babilas.

La verdad es que san Babilas no se portó demasiado bien en el último momento, porque antes de bajar de la barca creó tantas dificultades que don Camilo estuvo a punto de caerse al agua.

Pero al final se tuvo que sumergir, y así fue cómo se sumergió y desapareció.

Al volver a la base, don Camilo dejó el caballo en la pequeña cuadra y antes de irse a la cama se fue a saludar al Cristo del altar mayor.

—Señor —dijo—, os doy las gracias por no haber permitido que san Babilas acabara por hacerme caer en el agua del río. ¡Estoy muy contento de que san Babilas esté por fin colocado *per omnia saecula saeculorum*!

—*Amén* —susurró el Cristo sonriendo—. Pero recuerda, don Camilo, que todo es relativo en los actos humanos.

La operación san Babilas se había efectuado entre las once y media y las dos menos cuarto de una gélida noche de noviembre en la que no circulaba ni un alma; además, don Camilo había actuado con extrema prudencia, de modo que podía estar de lo más tranquilo.

Pero como en los actos humanos todo es relativo, sucedió que a las dos menos trece de aquella misma madrugada el compañero Peppone se despertó sobresaltado al oír golpear con un palo contra los postigos de su habitación.

Y el compañero Peppone, saltando de la cama y acercándose a la ventana, entreabrió con cautela los postigos y descubrió que a la extremidad inferior del palo estaba aferrado *el Flaco* tiritando de frío y muy alterado.

—Jefe —jadeó *el Flaco*—. ¡Es gravísimo!

Peppone bajó e hizo pasar *al Flaco*, que en cuanto entró gritó:

—¡Sacrilegio!

—¿Sacrilegio? —murmuró Peppone—. ¿Sacrilegio, quién?

—¡El cura! —chilló *el Flaco*.

Peppone lo agarró por el pecho y lo zarandeó:

—¡*Flaco*, estás borracho!

—¡No, jefe! ¡Sacrilegio! ¡El cura! Lo he visto con mis propios ojos, le he seguido paso a paso… La estatua de santa Babilas, aquella oscura que estaba en el rincón de la sacristía, ¿te acuerdas?

Peppone se acordaba. Recuerdos de infancia: «Santa Babilas, virgen»: lo había leído cientos de veces en el pedestal de la gran estatua que siempre tenía la cabeza cubierta de ornamentos sacerdotales.

—La estatua de santa Babilas —prosiguió *el Flaco*—, lo he visto yo: la ha cargado en la calesa, la ha llevado al río, la ha cargado en una barca y ha ido a tirarla al agua… Estoy seguro: no he visto dónde la ha echado, pero he oído el ruido al caer al agua y luego, cuando ha vuelto a la orilla, la estatua ya no estaba en la barca… ¡Jefe, esto es un sacrilegio!

¡Claro que era un sacrilegio! Si no, don Camilo hubiera actuado abiertamente a la luz del sol. Si había hecho algo así en solitario, en plena noche, quería decir que se trataba de algo malo.

Corrían por aquellos días los aires de una política llamada de «apaciguamiento» y los rojos habían cambiado de actuación y se preocupaban en aparentar ser unos bonachones que sólo querían la paz, que respetaban las opiniones de los demás y que sentían el máximo respeto por todo lo relativo a la religión y otras cosas por el estilo.

De modo que Peppone no perdió ni un minuto. Se vistió a toda prisa y, haciéndose acompañar por *el Flaco*, inició las comprobaciones.

Espiando por la ventanita de la sacristía constató que la estatua había desaparecido. Observó las huellas de la calesa y del caballo delante de la iglesia y también las volvió a ver a la orilla del río.

Allí encontró incluso una prueba importantísima: durante el traslado del carruaje a la barcaza, la estatua se había descantillado y había quedado un pequeño fragmento allí que ratificaba la veracidad de cuanto había contado *el Flaco*.

Tenía Peppone cuanto precisaba: así pues, mandó *al Flaco* a convocar al estado mayor.

Y por ende, a las once de la mañana siguiente, la gente se encontró la localidad cubierta de carteles cuyo texto era de lo más significativo:

> “ *¡Ciudadanos!*
> *Una mano sacrílega, aprovechándose de las tinieblas de la noche, ha entrado en el templo sagrado y ha robado la venerada imagen de santa Babilas, virgen.*
> *Tras lo cual, con desalmada perversidad, ha ido a tirarla a las aguas del río para sustraerla a la veneración y recuerdo de los fieles.*
> *Ante tan nefasto acto, la sección comunista local —dejando de lado todo justificado resentimiento político hacia los intrigantes clericales— se solidariza con la unánime repulsa de los buenos cristianos y organiza espontáneamente el rescate de la sacra imagen de santa Babilas para devolverla al amor y a la veneración de los fieles.*
>
> GIUSEPPE BOTTAZZI

Todos los que leyeron el cartel se fueron a la iglesia a todo correr, y como todo el pueblo leyó el cartel, todo el pueblo se fue a la iglesia corriendo, de modo que pusieron a don Camilo en un buen aprieto.

Todo el mundo quería saber el porqué y el cómo, y don Camilo no podía contestar: «Nadie ha robado nada. No se ha cometido ningún sacrilegio: yo mismo he tirado al río la estatua».

No podía contestar eso porque, de repente, ahora que la imagen de san Babilas había sido robada y ahogada, resultaba que todos, hasta los que ignoraban incluso su existencia, descubrían que era la imagen más venerada, más querida e importante. Y todos estaban indignados contra el desconocido que se había manchado con tamaño sacrilegio.

Don Camilo no se rindió: se limitó a abrir los brazos y refugiarse en la rectoría para meterse en la cama con fiebre.

Entonces todos dijeron al unísono:

—Pobrecillo, ha sido por el enorme disgusto… Es como si le hubieran destrozado el corazón…

Mientras tanto, el «apaciguamiento» se puso en acción con todos sus batallones y al día siguiente todo el pueblo se reunió en el dique.

Bajo la dirección de Peppone, que desde una barca a motor tenía toda la pinta de un almirante, con su ceño y su autoridad, los hombres de la sección

comunista habían comenzado a dragar el río.

No quedó ni un solo centímetro del fondo del río por explorar en la zona indicada por *el Flaco*; a mediodía, cuando la brigada naval regresó a puerto para comer, Peppone dijo solemnemente al gentío:

—Si no lo conseguimos nosotros, haremos venir a los compañeros buzos. Pero encontraremos a santa Babilas: ¡se trata de un compromiso moral que hemos adquirido con el pueblo y con Dios!

Fue una gran frase, que circuló por todo el pueblo durante la comida.

Por la tarde se reemprendieron los trabajos de dragado del río y pronto la búsqueda se circunscribió al hondo pozo del mismo.

De pronto se fue anunciando de boca en boca entre la gente que esperaba en el dique:

«¡Parece ser que lo vamos a conseguir!».

Y al cabo de media hora de ansiosa espera se oyó un grito de repente:

—¡Santa Babilas ha sido hallada!

Don Camilo seguía aún en cama con fiebre e intentaba desesperadamente no pensar en nada, aunque desgraciadamente, a un cierto momento, tuvo que pensar en algo.

Su cuarto, de repente, quedó inundado por un montón de hombres y mujeres excitadísimos:

—¡Padre, han rescatado la estatua!…

—¡Padre, se ha formado en el dique una gran procesión!…

—¡Se dirigen hacia aquí para hacerle entrega de la estatua!…

—¡Está todo el pueblo e incluso gente de los pueblos cercanos!…

—Padre, haga un sacrificio y levántese: ¡tendría que bajar para recibir la estatua!…

La gran procesión estaba efectivamente aproximándose y don Camilo, incorporándose en la cama, echó una ojeada desde la ventana y vio el inmenso gentío que se acercaba y oyó cantar «Mira por tu pueblo, Hermosa Señora…», y hasta estaba la banda municipal de música.

Tuvo que levantarse, vestirse y bajar.

Una vez abajo, abrió de par en par el gran portón de la iglesia, se quedó en el umbral y esperó a san Babilas.

Y san Babilas llegó: habían puesto la estatua en unas angarillas que llevaban en hombros los ocho facinerosos más fornidos de la banda de

Peppone; Peppone marchaba, rodeado de su estado mayor, al frente de la comitiva, delante de san Babilas.

Detrás de la estatua seguía la banda de música y detrás de ésta dos mil o tres mil personas.

Desde las ventanas, todas engalanadas, la gente echaba flores.

Llegó la presidencia de la procesión ante la iglesia; cuando los portadores se encontraron en el umbral de la puerta, tras una indicación de Peppone, depositaron delicadamente la estatua en el suelo.

La procesión se dispersó y la gente se agolpó delante de la puerta.

Entonces, cuando todos estuvieron allí concentrados, Peppone se adelantó y, dirigiéndose a don Camilo, dijo con voz tonante:

—¡Padre, las manos callosas y honradas del pueblo le hacen entrega de la venerada imagen de santa Babilas, profanada por las manos infames de un desconocido sacrílego delincuente, más purificada por las aguas del río más grande de la patria! ¡Padre, al devolverle esta venerada imagen, el pueblo le dice: custódiela y rece por el alma desgraciada del criminal sacrílego!

Don Camilo hubiera deseado tener en lugar de ojos dos ametralladoras cargadas: pero al no poder hacer otra cosa, inclinó ligeramente la cabeza como diciendo: «¡Muchas gracias, señor alcalde, y que el cielo haga que así te parta un rayo!».

Otro equipo de feligreses reemplazó al equipo de Peppone, y san Babilas entró triunfalmente en la iglesia.

Naturalmente no se podía volver a poner la estatua en la sacristía y por eso, tras sacar de una capillita a san Lucio, patrón de los granjeros, san Babilas ocupó su lugar.

Una hora más tarde, restablecida la calma en la iglesia, llegó la mujer del *Pardo*; venía a bautizar a su último retoño. Era una niña, y de no haber sido hija de un maldito descreído, hubiera podido calificársela como la niña más bonita.

—¿Qué nombre vamos a ponerle? —preguntó don Camilo a regañadientes.

—Babilas —contestó la madre con un cierto aire desafiante.

—¡No! —dijo don Camilo.

—¡Vaya! —se rió, sarcástica, la mujer—. ¿Por qué no quiere ponerle Babilas? ¿Quizá porque a santa Babilas la hemos recuperado nosotros?

—¡No! —exclamó torvo don Camilo—. ¡Porque Babilas es un nombre de hombre!

La mujer meneó la cabeza y se volvió; la estatua de san Babilas estaba allí y el letrero grabado en la peana era la mar de legible: S. *Babilas*, *v*.

—Santa Babilas virgen —se carcajeó la mujer—. ¡Ahí lo pone!

—No —bramó don Camilo—. Ahí está escrito «san Babilas, *vescovo*»**[8]**

La mujer del *Pardo*, la madrina y los demás acompañantes se miraron desilusionados.

—¡Un obispo!… —murmuró malhumorada la mujer del *Pardo*—. ¡Para eso hubiera sido preferible haberlo dejado en el fondo del río!…

Don Camilo apretó los dientes:

—Bueno —preguntó, sombrío—, ¿qué nombre le ponemos, entonces?

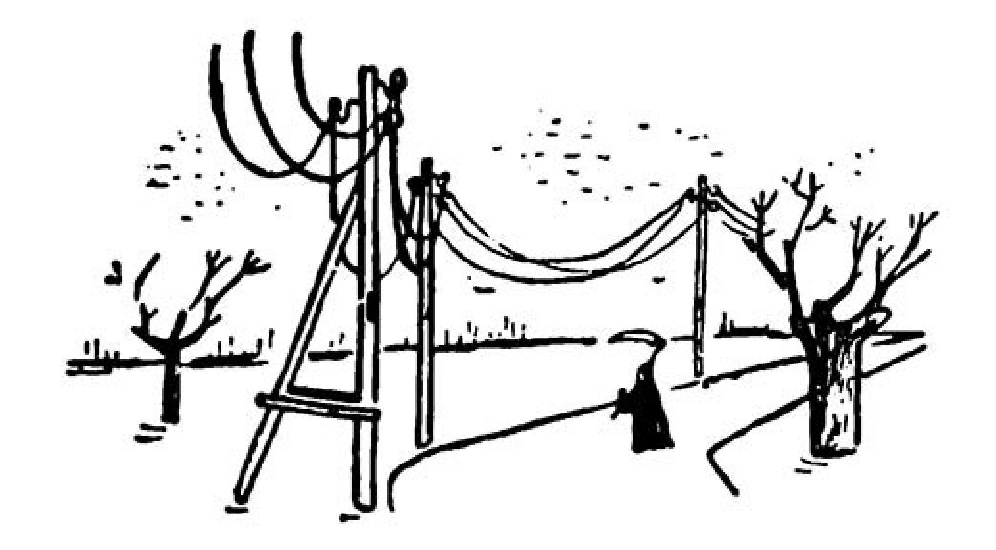
Los del grupo se miraron consultándose.

—¿Palmira? —propuso uno.

—Es preferible Topazia —propuso la madrina, que era una apasionada lectora de fotonovelas.

Y Topazia se llamó.

EL SILBIDO



Como siempre que salía a cazar, don Camilo salió por la parte del huerto. En el prado que estaba justo detrás de la iglesia se encontró con un chico que parecía estar esperándole, sentado sobre un tocón.

—¿Puedo venir? —preguntó el chico levantándose y acercándose.

—¿Venir a dónde?

—A cazar con usted —aclaró el muchacho.

Don Camilo se lo quedó mirando y reconoció al tipo.

—¡Vete! —respondió, brusco, don Camilo—. ¡Cómo voy a querer conmigo a uno de la banda de esos desgraciados descreídos! ¡Fuera!

El chico se quedó impasible y, volviéndose a sentar sobre el tronco, se quedó mirando cómo don Camilo y *Ful* se alejaban caminando entre los campos.

Pino de los Bassi no tenía más que trece años, pero ya era de la banda de los rojos: lo habían afiliado a la sección de los jóvenes y lo utilizaban cuando querían repartir octavillas o cuando se trataba de ensuciar las paredes con las consabidas tonterías contra el uno o contra el otro.

Venía a ser como el mensajero de la banda, porque así como todos los demás chicos tenían ocupaciones en sus casas, Pino de los Bassi estaba todo el santo día en la calle. Su madre, la viuda de Cino de los Bassi, seguía con el oficio del marido: cada mañana enganchaba el caballo al carro y se iba por los pueblos a vender cacharros de cocina, cerámica, ropa para la casa y otras cosas por el estilo. Una vida dura que el chico no podía hacer por sus

pulmones delicados: por eso se quedaba en casa a hacer compañía a la vieja. Aunque al final resultaba que la vieja apenas lo veía a mediodía, a la hora de comer.

Don Camilo había parado en una ocasión a la vendedora ambulante y le había dicho que se ocupara más de su hijo si no quería verlo metido en líos. Pero la viuda le contestó:

—Si va con ésos debe de ser porque se divierte más que en la iglesia.

Y don Camilo había comprendido que era inútil insistir. Por otra parte, tampoco se veía capaz de hacer sermones a aquella pobrecilla, que de la mañana a la noche, bajo el sol o bajo la lluvia, echaba el bofe en el carro para ganarse el jornal.

Y cuando veía pasar el carro se acordaba del pobre Cino de los Bassi que había sido quizá su mejor amigo y a quien había visto morir con sus propios ojos.

Don Camilo pensaba siempre en el pobre Cino de los Bassi cada vez que iba a cazar en compañía de *Ful*: si Cino hubiera llegado a conocer a *Ful, se* habría vuelto loco de contento. Cino llevaba la caza en la sangre: era el tirador más famoso de toda la región; un tirador que no fallaba nunca y que llegaba donde ningún otro podría llegar jamás. Cuando Cino iba a alguna competición de tiro de pichón o de tiro al plato, medio pueblo le seguía, como si fuera un equipo de fútbol. Cino era el compañero de caza de don Camilo. Una vez resbaló al saltar una acequia y sólo el demonio sabe cómo pasó, pero al caerse se le disparó la escopeta y un tiro le perforó el vientre.

Murió entre los brazos de don Camilo. Era el trágico destino de la familia de los Bassi: porque el padre del padre de Cino, también un gran cazador, había muerto al estallarle una escopeta en las manos; al padre de Cino, otro tirador extraordinario, le habían matado por equivocación en una cacería. Y Cino había acabado sus días igual.

La escopeta de Cino la tenía ahora él, don Camilo; se la había regalado Cino antes de cerrar los ojos.

—Quédatela tú, don Camilo —había susurrado Cino—. Hazla quedar bien…

Al ver ante él al hijo del pobre Cino, don Camilo se había acordado del amigo muerto; al oír que le pedía que le dejara acompañarle a cazar, le habían entrado unas ganas locas de emprenderla a patadas con aquel pequeño haragán descreído que deshonraba la memoria de su padre.

—*Ful* —había decretado don Camilo—, la próxima vez que nos tropecemos con ese vagabundo vamos a ponerle en vereda a base de buenos

pescozones. ¿No ves que ese desgraciado es un pequeño agente provocador que ha venido a tomarnos el pelo?

Ful no se inmutó: se limitó a emitir un ligero gañido.

Pasaron cuatro o cinco días y hete aquí que al salir don Camilo del lado del huerto para ir a cazar, se encontró en el prado que había detrás de la iglesia de nuevo a Pino de los Bassi que estaba allí esperándole.

—Me he salido —dijo el chaval acercándose—. ¿Puedo ir?

Don Camilo no lo entendió.

—¿Salido, de qué?

—Ya no estoy con ésos —explicó el muchachito—. Me he dado de baja.

Don Camilo lo miró, perplejo: el chico tenía un morado en el ojo izquierdo y la cara en general bastante mal parada.

—¿Qué has hecho? —preguntó don Camilo.

—Los de la banda me han pegado. Pero ya no estoy con ellos. ¿Puedo ir?

—¿Qué quieres venir a hacer?

—Me gusta mirar.

Don Camilo se puso en camino y el chico le siguió en silencio. Parecía una sombra. No estorbaba, apenas hacía ruido al andar.

Estuvieron caminando horas y horas: el chaval llevaba los bolsillos llenos de pan y no le hacía falta nada. Don Camilo tiró bastante y, sin hacer ningún alarde digno de campeonato, no tiró nada mal. Sólo pocas veces *Ful* se mostró molesto.

Porque *Ful* era un perro muy exigente en su trabajo. *Ful* cumplía su trabajo concienzudamente, y cuando don Camilo fallaba algún tiro, *Ful* gruñía. Una vez que don Camilo, en los primeros tiempos, falló una liebre más fácil de dar que un ternero, *Ful* se plantó delante de don Camilo y le enseñó los dientes gruñendo.

De todos modos don Camilo había tirado ya bastante y nada mal. Emprendió por ello el camino de vuelta, dando por finalizada aquella jornada, pero de repente *Ful* se puso alerta.

—¿Me deja probar? —preguntó el chiquillo en voz baja a don Camilo señalando la escopeta de dos cañones.

—¡Imagínate! Si no puedes ni tan siquiera aguantarla.

Ful dio unos pasos muy cautelosos y luego apuntó algo.

—¡Deme! —susurró el muchacho con tono de mando.

Don Camilo obedeció y puso la escopeta en manos del chico. Aunque ya era demasiado tarde: en medio del campo ya se había levantado un pájaro y sólo uno de esos desgraciados que van a cazar por el mero gusto de oír el estruendo de los tiros hubiera sido capaz de disparar. Tan sólo un desgraciado o bien un fenómeno como el pobre Cino de los Bassi.

El muchacho apuntó y disparó. Y el pájaro cayó fulminado porque el muchacho era el hijo de Cino de los Bassi y estaba disparando con el arma de su padre.

A don Camilo se le empapó la frente de sudor. Un sutil estremecimiento le encogió el corazón. Se horrorizó al pensar que el muchacho tenía entre sus manos la escopeta que había matado a su padre.

Se la quitó casi violentamente.

Mientras, *Ful*, que había salido disparado a toda velocidad, volvía con la codorniz entre los dientes y la depositaba a los pies del chico, que al agacharse a recogerla acarició la cabeza del perro.

Entonces *Ful* volvió a ponerse a correr hacia el prado para demostrar al chico la clase de patas y olfato que tenía. Al llegar al final del campo, se paró y esperó.

El chico emitió un silbido especial, un silbido que don Camilo sólo había oído, en toda su vida, cuando salía a cazar con el pobre Cino. Y eso también le produjo un escalofrío en la espalda.

Ful volvió corriendo y al instante se paró ante el chico.

El chaval alargó la codorniz a don Camilo.

—¡La has matado tú, quédatela! —le dijo desabridamente don Camilo.

—Mi madre no quiere que tire —murmuró el chico. Luego se puso a correr y al cabo de dos minutos ya había desaparecido.

Don Camilo metió la codorniz en el morral y se puso en camino precedido por *Ful*. Caminaron un rato hasta que de repente *Ful* se paró en medio del camino. También don Camilo se paró.

Se oyó lejano aquel silbido famoso que sólo Cino sabía hacer. Y *Ful* partió cual centella.

—¡*Ful!* —gritó don Camilo.

El perro se paró y volvió el hocico.

—¡*Ful*, aquí! —ordenó don Camilo.

Pero volvió a oírse el silbido. *Ful*, tras un breve gruñido a guisa de explicación, salió como un rayo dejando allí plantado a don Camilo.

Don Camilo no siguió recto por el camino; al llegar a la acequia no la cruzó, la fue costeando y se paró al cabo de medio quilómetro.

Se levantaban ya las primeras brumas del atardecer que iban tapando los agujeros que dejaban en el cielo las ramas yertas de los despojados árboles.

Junto a la acequia habían puesto una cruz de madera negra donde Cino había caído y la escopeta le había atravesado el vientre.

Don Camilo hizo la señal de la cruz y, luego, tras sacar la codorniz del morral, la puso a los pies de la cruz negra.

—Cino —susurró don Camilo—. He visto que sigues siendo el mejor. Pero conténtate con esto. No lo hagas más.

Don Camilo no volvió a tener ganas de ir a cazar. Aquello le había estremecido tanto que sólo al mirar la escopeta colgada del clavo en el cuarto de estar, le entraban escalofríos. Y *Ful* se quedó a hacerle compañía.

Ful se había ganado una reprimenda mayúscula de don Camilo y parecía haberlo comprendido todo muy bien, desde la primera hasta la última palabra, de tan gachas que tenía las orejas. Si don Camilo salía a tomar el aire, le seguía, sí, pero con el rabo entre las patas. Mas una tarde en que *Ful*, tumbado en el suelo, estaba observando cómo don Camilo se fumaba su medio toscano paseando arriba y abajo, se oyó el famoso silbido.

Don Camilo se paró y miró a *Ful*. *Ful* no se movió.

Se volvió a oír el silbido y *Ful* se quedó acurrucado en el suelo: pero movía la cola, el infame. Y sólo dejó de hacerlo cuando don Camilo le gritó.

Volvió a resonar por tercera vez el condenado silbido y entonces don Camilo se agachó hacia *Ful* decidido a agarrarlo del collar y meterlo dentro de casa. Pero *Ful* se le escurrió y, saltando el seto del huerto, desapareció.

Al llegar al prado situado detrás de la iglesia, *Ful* se paró en espera de directrices. Llegó un nuevo silbido y *Ful* volvió a ponerse a correr.

El chaval lo esperaba detrás de un olmo. Se pusieron juntos en camino y llegaron al Molino Viejo. El Molino Viejo había sido antaño un molino, pero hacía cincuenta o sesenta años que era sólo un montón de piedras a orillas de un canal sin agua. Cuando hicieron el dique, el río había sido desviado y adiós molino.

El chico anduvo entre las ruinas seguido por *Ful*. Al llegar a una especie de pequeño soportal, el chico retiró algunas piedras de la pared y detrás de las piedras salió una caja larga y estrecha.

De la caja sacó el chico algo envuelto en unos trapos untados. Maniobró bajo la mirada sorprendida de *Ful*. Aunque pronto comprendió de qué se trataba.

Era una vieja escopeta de las que se cargan por el cañón con la baqueta: vieja, pero tan brillante como si hubiera acabado de salir de la armería.

—La he encontrado en el desván —aclaró el chico—. Era de mi bisabuelo. Un gran cazador. Cuesta un poco cargarla porque primero hay que poner la pólvora, luego el taco que se aprieta con la baqueta y luego el pistón, pero dispara bien.

Cargó la escopeta, se puso en el bolsillo el cuerno con la pólvora y lo demás; luego, escondiéndolo todo debajo de la capita, se puso en camino.

A decir verdad, a *Ful* no le inspiró ninguna confianza el artilugio que le había enseñado el chico. Y cuando oyó algo, se puso alerta sin la más mínima convicción.

Pero cuando vio que la chocha caía fulminada, *Ful* se empleó a fondo porque se dio cuenta que valía la pena.

El chico tiraba como *Ful* jamás había visto tirar: al atardecer, cuando volvieron al Molino Viejo para guardar la escopeta, los bolsillos del cazador estaban llenos de aves.

—No puedo llevarlas a casa porque si mi madre y mi abuela se enteran que voy a cazar puede organizarse una tragedia —explicó el chico—. Las piezas cobradas se las doy a uno de Castelletto que vende pollos, patos y demás y él me da pólvora, tacos, pistones y perdigones.

La opinión de *Ful* sobre ese tipo de comercio no quedó claramente manifiesta. Pero tanto *Ful* como el chico eran dos bohemios a quienes les gustaba la caza por sí misma, no eran de esos que van a cazar para pegarse comilonas a base de caza, ni por el gusto bárbaro de matar a los pobres animales.

Comenzó para *Ful* el período de la clandestinidad. Se quedaba tranquilo y portándose bien durante días y días; pero en cuanto oía el famoso silbido salía como un rayo hacia el prado de detrás de la iglesia sin que nadie pudiera retenerle.

Al final don Camilo había acabado por ofenderse y había echado a *Ful* de la casa:

—No volverás a poner los pies en mi casa hasta que dejes de comportarte tan vergonzosamente —le había dicho propinándole una patada. En el fondo, *Ful* se había alegrado porque esa independencia le facilitaba muchísimo las cosas.

Ahora el chico se había metido en la cabeza la idea de derribar un faisán.

—Estoy harto de estas piezas pequeñas —le explicaba a *Ful*—. Quiero apuntar a algo serio. Hay que encontrar un faisán. Si un cazador no se hace con un faisán, no es un cazador.

Ful había hecho lo imposible por husmear un faisán; pero aunque se sea el campeón mundial de los perros de caza, si no hay ningún faisán, ¿cómo se puede rastrear un faisán?

Y sin embargo, había faisanes. Y no demasiado lejos. Bastaba con llegarse a la reserva, hacer un agujero en la alambrada y entrar. Allí los había a centenares.

Pero en la reserva había tres guardas jurados forestales y con ésos no se pueden gastar bromas.

Pero la idea de cobrar un faisán era demasiado tentadora y por eso un día (un día bien elegido porque había esa media neblina que basta para no ser vistos y que amortigua los disparos de escopeta) el muchacho y *Ful* se encontraron ante la alambrada del coto de caza.

El chico tenía unas tenazas: se tumbó en el suelo y rompió justo el trozo de alambrada que les permitiría entrar a *Ful* y a él.

Entraron, se escurrieron entre las plantas y no tuvieron que andar demasiado. El chico disparó y el faisán cayó como un plomo, aunque en cuanto hubo tocado tierra sacó fuerzas para levantar un poco el vuelo e ir a caer en medio de un matorral.

Ful estaba a punto de lanzarse en su busca cuando oyó que el chico le llamaba.

Alguien llegaba corriendo entre la vegetación y se oyó el alto. El chico salió disparado como una flecha, agachado, y *Ful* lo siguió.

El nerviosismo y la niebla hicieron perder un poco el sentido de la orientación al chiquillo, que llegó a la alambrada algo más a la derecha de donde se encontraba el hueco. Se dio cuenta de ello demasiado tarde. Cuando encontró el agujero y quiso escabullirse, el tiro del guarda jurado lo traspasó.

Cayó sin un grito. A pesar de sentirse desfallecer, intentó introducirse por el agujero y salir.

En aquel momento apareció el guarda jurado con la escopeta en las manos.

Ful se puso delante del chico y gruñó enseñando los dientes al hombre. El hombre se detuvo: al ver al chiquillo en el suelo lleno de sangre se quedó lívido.

Mientras, el muchachito seguía intentando arrastrarse para salir arañando la tierra con las manos. El perro, sin perder de vista al guarda, salió del

agujero y ayudó al chico a salir agarrándole con los dientes la solapa de la chaqueta y tirando de él como un tractor.

El guarda se quedó allí como atontado y luego se dio a la fuga desapareciendo en medio del bosque.

El chico estaba ya fuera de la alambrada, pero yacía inmóvil y parecía incluso haber dejado de respirar.

Entonces *Ful* empezó a correr a lo ancho y a lo largo y a aullar como un condenado. Pero no acudía nadie y entonces *Ful* se fue como una saeta hasta el pueblo.

Don Camilo estaba en la iglesia bautizando a un niño. *Ful* entró, y agarrándole por la sotana, se lo llevó a rastras hasta la puerta.

No parecía un perro, parecía un león, y don Camilo tuvo que seguirle para no dejar entre sus dientes toda la sotana.

En la puerta *Ful* soltó la presa, se alejó corriendo, luego se paró y ladró. Regresó, volvió a agarrar a don Camilo por la sotana y volvió a tirar de él. Después le dejó y se alejó corriendo.

Esta vez don Camilo lo siguió, sin quitarse los ornamentos sacerdotales y con el libro en la mano. A medida que don Camilo pasaba corriendo por la calle principal, la gente salía y lo seguía.

Don Camilo llevó al muchacho en brazos hasta el pueblo; un largo cortejo le seguía en silencio.

Fue a depositar delicadamente al chiquillo en su cama mientras la vieja miraba desesperada al nietecito moribundo y susurraba: «¡Es el destino! ¡Es el destino! Todos igual…».

El médico dijo que sólo se podía dejar que muriera en paz. Todos se retiraron contra la pared y se quedaron allí como petrificados.

Mientras tanto, *Ful* había desaparecido. De repente apareció: entró como un rayo y se detuvo en medio de la gran habitación.

Llevaba entre los dientes el faisán. Había ido a buscarlo allí donde lo había visto caer, en la reserva.

Se acercó a la cama, se aupó apoyando las patas en el larguero de la cama y dejó el faisán en la mano derecha del chico, caída sobre la colcha, y que parecía de mármol. Entonces el chiquillo abrió los ojos, vio el faisán, movió los dedos, lo acarició y murió sonriendo.

Ful no hizo ningún drama: se quedó allí acurrucado en el suelo. Cuando al día siguiente fueron para poner al chico en el ataúd, tuvieron que ir a llamar a

don Camilo porque *Ful* no dejaba que nadie se acercara.

Fue don Camilo el que puso al chico dentro del ataúd; entonces *Ful* comprendió que si el amo actuaba así seguramente era lo que se debía hacer.

Todo el pueblo acudió al entierro. Don Camilo iba delante bendiciendo al difunto. De repente algo a sus pies le llamó la atención: era *Ful* que caminaba a su lado con el faisán entre los dientes.

Ful también estuvo en primera fila cuando bajaron el ataúd a la sepultura. Y cuando echaron sobre el féretro las primeras paletadas de tierra, *Ful* dejó caer el faisán en la fosa.

Todos se asustaron al ver actuar así a un perro y se fueron en seguida del cementerio. El último en salir fue don Camilo, seguido de *Ful* con la cabeza gacha. Luego, en cuanto salieron del cementerio, desapareció.

Los tres guardas jurados de la reserva fueron sometidos a interrogatorio durante dos días y dos noches por los carabineros; pero la respuesta de los tres era la misma: «No sé nada. No he visto nada ni he oído nada porque había niebla. Estaba haciendo la ronda de servicio. Habrá sido algún cazador furtivo».

Los tuvieron que soltar porque no había ninguna prueba contra ellos.

Ful permanecía acurrucado en la rectoría durante todo el día; luego, cuando se hacía de noche, se marchaba, para regresar al amanecer.

Durante veinte noches seguidas ocurrió lo mismo, y durante veinte noches seguidas, debajo de las ventanas de uno de los guardas, un perro siguió aullando. No paraba nunca y no se conseguía saber dónde estaba escondido.

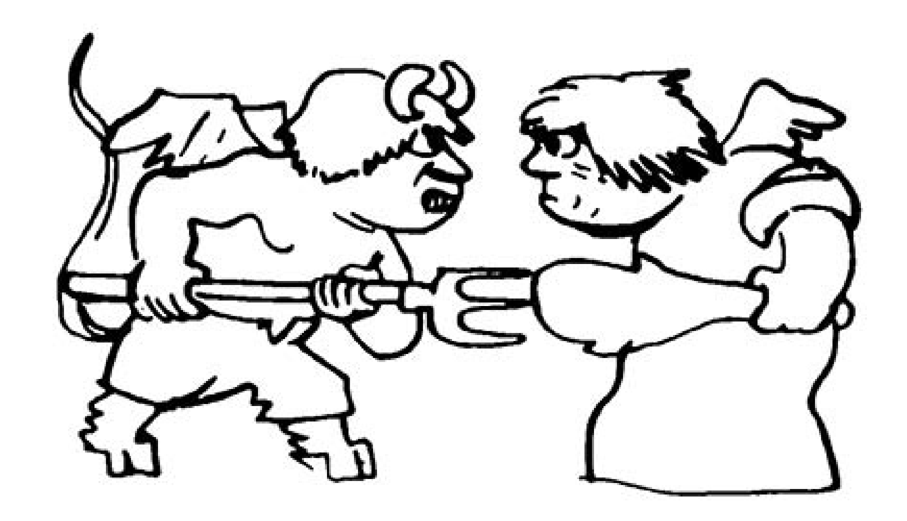
En la mañana siguiente de esas veinte noches, uno de los tres guardas jurados se presentó ante el comandante de puesto y dijo:

—Vengo a entregarme. No quería matarlo, pero he sido yo. ¡Deténgame, no quiero seguir oyendo aullar al maldito perro!

Todo volvió a ser como antes. Don Camilo fue de nuevo a cazar con *Ful*. Pero de vez en cuando, de repente, cuando se encontraban en algún llano desierto y lejano, *Ful* se detenía.

Y en el silencio se oía el famoso silbido que sólo sabía dar el pobre Cino.

EL DIÁLOGO



—El auténtico diálogo con los trabajadores católicos debería hacerse a base de darles en la espalda con un palo: pero órdenes son órdenes y por eso tendremos que utilizar el sistema de la pluma.

Así se lo comunicó Peppone al estado mayor, añadiendo que los discursos tienen su importancia, pero que para sacar algo positivo de los trabajadores, católicos y no católicos, es preciso tocarles la cartera.

—Cuando está en el púlpito, el cura es imbatible porque, si le faltan argumentaciones, saca a relucir el dogma, los mandamientos, el infierno, el paraíso y demás. Pero cuando el cura está detrás del mostrador de su cooperativa, las cosas cambian —concluyó Peppone—. Ahí es donde le tenemos que ganar.

La Cooperativa del Pueblo era como una espina clavada en el corazón de don Camilo: una espina que la cooperativa blanca, organizada por don Camilo, no había podido sacarle porque los rojos, además de despachar comestibles y «artículos varios», disponían de degustación de vino, de bar, de estanco, de televisión y hasta de un surtidor de gasolina.

Se trataba de un asunto de envergadura que, además, funcionaba bien en cada sector, y don Camilo sabía perfectamente que nunca llegaría a poder transformar su barca en un buque de aquel tonelaje.

Por eso se consumía y cada vez que le informaban de alguna novedad sobre la cooperativa roja era como si le pegaran un palo en la espalda.

Naturalmente, en cuanto el plan para el diálogo entró en su fase ejecutiva, los palos empezaron inmediatamente a caer sobre don Camilo. Era un palo tras otro, porque un día los rojos rebajaban el tocino, otro el queso, otro el aceite, etcétera, etcétera.

Don Camilo no podía seguir a Peppone y a sus socios en aquella carrera loca de reventar los precios; sencillamente, procuraba hacer lo que podía y mantenerse a flote.

Ya se había acostumbrado a recibir palos y, cuando estaba bajo de moral e iba a consolarse con el Cristo crucificado del altar mayor, se limitaba a abrir los brazos, desconsolado.

—Señor —decía—. Vos sabéis lo que sucede. Yo no os pido que intercedáis por mi tenducho: sólo os ruego que me ayudéis para que no pierda la calma.

Dios le ayudó y, durante un tiempo, don Camilo consiguió controlarse. Pero el día que se enteró de la nueva «sección», el gato que le arañaba las entrañas se transformó en una leona furiosa.

No se contentó con la descripción: quiso verlo con sus propios ojos. Por eso se fue hasta la cooperativa y lo vio.

El escaparate de los «artículos varios» había sido vaciado de la consabida mercancía y ahora servía para presentar la gran novedad.

Un cartel explicaba que la cooperativa, para atender todas las exigencias de los trabajadores, había creado la «sección especial» con un amplio surtido de telas, velos, puntillas, tejidos varios y modelos para la confección de trajes para bautizos, confirmaciones, primera comunión, bodas.

Además, cirios finamente decorados.

> “ *Comparen precios y calidad y luego dígannos quién es el que especula con el profundo sentido religioso de los proletarios católicos.*

Así terminaba el letrero, colgado en medio del escaparate, a los pies de «san José Obrero».

Otro cartel explicaba cómo también la Cooperativa del Pueblo ponía a disposición de los clientes estampas para la primera comunión y la confirmación y cómo se comprometía a suministrarlas, sin aumento de precio, con el texto de imprenta deseado.

El Flaco apareció como por casualidad a la puerta del establecimiento y confidencialmente le aconsejó a don Camilo:

—Padre, aproveche: son cirios especiales. A los párrocos en servicio activo les hacemos un quince por ciento de descuento. Perdemos, pero no nos importa: hay que ayudar a la Iglesia.

Delante del escaparate se había reunido gente y don Camilo no podía perder los estribos: se limitó a apretar entre el dedo índice y el pulgar de la mano izquierda la visera de la gorra del *Flaco* y a bajarla, dejándole tapado, completamente tapado hasta la barbilla.

—¡No tiene nada que hacer, señor cura! ¡Los tiempos del oscurantismo medieval han acabado! —dijo fieramente la gorra del *Flaco*.

A la mañana siguiente, don Camilo encontró ardiendo ante el altar de la Virgen tres cirios «finamente decorados». Al día siguiente encontró seis y no le cupo la menor duda: sólo podía ser una treta de los rojos. Los habían puesto allí para afrentarle.

De todos modos quiso estar seguro y se apostó dentro de un confesonario. No tuvo que acechar demasiado rato; aquella misma tarde entró en la iglesia un hombre entrado en años que, después de santiguarse, se dirigió decidido hacia el altar de san Antonio. Cuando llegó, se detuvo y sacó de debajo del tabardo uno de los celebres cirios «finamente decorados».

Don Camilo se presentó ante él cuando, tras haber encendido el cirio, estaba el hombrecillo poniéndolo en un candelabro: pero no era uno de los rojos, era Marchetto Frossi, uno de los más fieles a don Camilo.

—¡Marchetto —exclamó don Camilo, indignado—, no me hubiera esperado jamás de usted semejante porquería!

—¿Porquería encender un cirio a san Antonio? —se asombró el viejo.

—¡Porquería encender en la iglesia ese cirio!

Frossi se encogió de hombros:

—Padre, si puedo darle las gracias a san Antonio ahorrándome treinta liras y quedando bien, ¿por qué me lo quiere impedir? La cera de esta vela y la cera de las suyas salen de la misma fábrica.

Frossi se marchó y don Camilo, al quedarse solo, se desahogó con el Cristo del altar mayor:

—Jesús —dijo—, la humanidad cada vez vale menos: ¡Judas os traicionó por treinta denarios, éste os traiciona por treinta miserables liras!

—¿De quién hablas, don Camilo? —preguntó el Cristo con voz lejana.

—De Frossi; del que le ha puesto el cirio a san Antonio.

—Don Camilo, ¿no me habías dicho que no ibas a pedirme que intercediera por tu tenducho? ¿Has perdido la memoria?

—No, Señor, he perdido la calma —susurró humildemente don Camilo inclinando la cabeza.

Don Camilo recuperó la calma. Le costó mucho tiempo, pero lo consiguió. Dijo, desde el púlpito y fuera del púlpito, lo que pensaba que tenía que decir sobre los ridículos sistemas empleados por cierta gente para enredar a las personas temerosas de Dios.

Explicó que el demonio se sirve de todos los medios con tal de granjearse la simpatía y la confianza de los hombres. Que hay que desconfiar del demonio especialmente cuando da algo. El demonio da diez para sacar mil y explota astutamente nuestra avaricia y nuestra pereza.

Don Camilo no le hacía el juego al demonio: con tal de no comprar en la Cooperativa del Pueblo, un día había comido la sopa sin sal, y una noche, bajo un diluvio infernal, había hecho sus buenos ocho quilómetros de ida y sus buenos ocho quilómetros de vuelta, en total dieciséis, para ir a comprar un puro toscano a Torricella. Pero con tal de boicotear a Peppone y su establecimiento estaba dispuesto a mucho más.

Y, efectivamente, lo hizo el día que fue a hacer la consabida vuelta para visitar a los benefactores del hospicio. Tras hacerse prestar, como siempre, la camioneta de Filotti, y acompañado de un robusto muchachote, don Camilo inició la vuelta por las eras. Una vez cargada la camioneta con trigo, maíz, patatas, manzanas, leña y otros productos, emprendió el camino del pueblo.

Todo había ido a las mil maravillas y don Camilo conducía alegremente: todo había funcionado como un cronómetro, el vehículo a la perfección, la gente había dado sin hacerse rogar, el día era agradable y el sol era tibio.

Al llegar al pueblo tomó por la calle ancha, la que pasaba por delante de la Casa del Pueblo y que doscientos metros más allá pasaba junto a la plazoleta de la iglesia; y justo a treinta metros de la Casa del Pueblo, el motor empezó a hacer el tonto.

Parecía algo montado por el mismísimo demonio porque el vehículo se paró justo delante del surtidor de gasolina de la cooperativa.

Dejando el volante, don Camilo se bajó, levantó el capó del vehículo, desenroscó el tapón del depósito.

—La gasolina —le dijo don Camilo al muchachote.

—¡Hemos tenido suerte! —se alegró el muchacho—. El surtidor está justo aquí delante…

Un rugido de don Camilo le hizo callar. Aunque el enemigo ya se había dado cuenta.

El enemigo estaba precisamente en la puerta de la cooperativa disfrutando del sol del otoño y, además de buen oído, tenía buen olfato en lo tocante a motores.

—Buenas tardes, señor cura —dijo alegremente el enemigo.

—Buenas tardes, señor alcalde —respondió a regañadientes don Camilo, poniéndose a confabular con el muchachote.

Segundos después, todo el estado mayor y un buen puñado de otros compañeros salieron de la cooperativa y rodearon a Peppone.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó *el Flaco*.

—¡Parece ser que falta gasolina! —respondió Peppone.

—Lástima que no le haya pasado en medio del campo —exclamó *el Flaco* —. Aquí con poco más de cien liras se sale del paso.

—¡Imagínate! —masculló *el Pardo*—. ¿Quieres que tenga la cara de comprar sólo un litro?

—¡Ése es capaz de hacerse poner sólo medio litro! —se carcajeó *el Flaco* —. ¡No sabes qué cara tienen los curas!

Los de la banda hablaban entre sí sin prestar atención a don Camilo, pero de manera que sus palabras se oyeran de punta a punta en todo el municipio. Era lógico, por tanto, que a don Camilo empezaran a hinchársele las venas del cuello. Pero resistió y siguió parlamentando con el muchachote: él apeado y el muchacho dentro de la cabina.

Intervino Peppone:

—¿Medio litro? —dijo—. ¡Ni una gota! No puede: se trata de gasolina del diablo. Con sólo una gota que usara la AGIP lo proscribiría *a divinis*.

—Entonces, ¿cómo saldrá del paso, jefe? —se informó *el Flaco*.

—¡Fácil! —aclaró Peppone al gentío que poco a poco se había ido acercando—. Los coches de los curas son de doble uso: pueden ir con gasolina y con padrenuestros. Ahora él lo llena de padrenuestros, luego le da al arranque y el Espíritu Santo pone el motor en marcha.

La banda se carcajeó estentóreamente y don Camilo tuvo que sacar, por fuerza, la cabeza por la ventanilla y mirar al enemigo a los ojos.

Respiró hondo, apretó los puños y dirigiéndose a Peppone comentó:

—No es preciso molestar al Espíritu Santo, lo puedo hacer yo solo.

El Flaco encontró en seguida la réplica precisa:

—Es un decir. ¡Para ello no hace falta un don Camilo, hace falta un don *Bulldozer*!

Don Camilo perdió la calma:

—¡Sujeta el volante! —gritó al muchachote.

De un salto se puso detrás del camión y se apuntaló contra el mismo.

Empezó a crujir algo: quizá los huesos de don Camilo, quizá la carrocería de la parte trasera del camión. Puede que todo.

Don Camilo no era un hombre, era un tanque; todos los de la banda contenían la respiración porque podían pasar dos cosas: o que el camión se moviera o que don Camilo se partiera.

Gracias a Dios se movió el camión y empezó su lenta marcha.

Peppone y su banda parecían encantados con el espectáculo y seguían al camión en mudo y solemne cortejo.

Después de haber recorrido cincuenta metros, don Camilo sintió necesidad de pegar un respiro; se enderezó y se volvió:

—Si hay cuatro fanfarrones que, juntos, sean capaces de hacer lo que he hecho yo solo, que vengan —invitó don Camilo.

Naturalmente no se presentaron cuatro: se adelantó, lento y potente, sólo Peppone.

Indicó a don Camilo que saliera de en medio y apoyó el hombro allí donde lo había apoyado don Camilo.

Volvieron a oírse unos crujidos, pero tampoco en esa ocasión se rompió nada y también bajo el empuje de Peppone el camión se movió y reanudó la marcha.

Diez, veinte, treinta, cuarenta metros: Peppone no cejó a los cincuenta metros. Ni tampoco cuando llegó a los cien metros.

A medida que el camión adelantaba, la banda de los rojos se exaltaba: pronto se pusieron todos a gritar y rápidamente la calle estuvo repleta de gente que había llegado de todas partes.

Peppone parecía un tractor de oruga de ochenta caballos: alcanzó los ciento diez, los ciento veinte. Se paró sólo cuando el camión hizo los doscientos, en la plazoleta de la iglesia.

El triunfo de Peppone fue saludado con vítores.

Don Camilo se quedó impertérrito: dejó que Peppone dejara de jadear y que la algarabía cesara. Luego levantó el brazo y pidió la palabra.

—Bien —explicó don Camilo cuando vio que estaban dispuestos a escucharle—. Precisamente necesitaba a un incauto que cayera en la trampa y me empujara gratis el camión hasta casa.

Peppone se recobró inmediatamente:

—¡Incauto hasta cierto punto! —gritó.

En seguida le entendieron; *el Flaco* se montó en la cabina y echando a un lado al muchachote se puso al volante: los otros se lanzaron como bueyes contra el radiador del camión y, gritando, lo empujaron hacia atrás hasta llegar al surtidor de gasolina. Allí se pararon y cuando llegó don Camilo, Peppone le puntualizó la situación:

—Hasta los más astutos a veces se pasan de listos. El camino a la rectoría es ése: adelante, reverendo padre.

Don Camilo no se inmutó: encendió su medio puro toscano y echó un par de bocanadas.

—¿Le pongo gasolina, señor cura? —le preguntó *el Flaco* acercándose a la bomba.

—No, gracias, ya tengo —respondió don Camilo.

Luego subió a la cabina, abrió la espita de la reserva, tiró del botón de arranque y el camión inició por sus propios medios la marcha triunfal hacia la plazoleta de la iglesia y la rectoría.

Se quedaron todos mirando boquiabiertos, Peppone echó el sombrero al suelo con rabia y empezó a vocear:

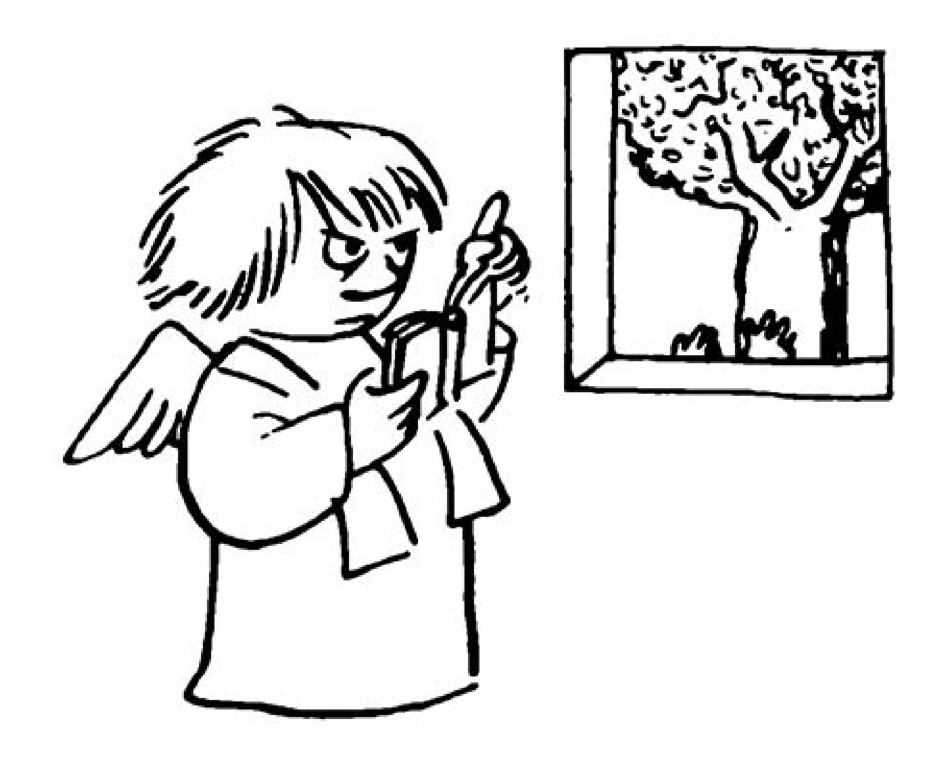
—¡Ya es la segunda vez que ese condenado me la juega con lo de la espita de la reserva!

El Flaco puntualizó:

—Jefe, tú has hecho ciento cincuenta metros, pero él se ha tenido que tragar sus buenos cincuenta. Has perdido por tres a uno: el honor queda a salvo.

Se consolaron de esa forma y procuraron no volver a hablar del asunto. Pero la gente sigue hablando de ello y parece ser que piensa seguir haciéndolo.

EL CABECILLA CAÍDO DEL CIELO



Mientras don Camilo estaba celebrando la misa, la banda trabajaba en su plan delictivo.

Habían llegado del lado de los campos, caminando bajo las filas de los árboles, y una vez llegados junto al seto del huerto de la rectoría, lo habían atacado por su base, con podaderas, para abrirse camino entre los endrinos y demás frutales.

Seis tipos con cara de presidiarios, conducidos por un desvergonzado con un gran mechón de pelo rizado que le colgaba sobre el ojo izquierdo y con una camisa de gamberro, de rayas blancas y rojas; las piernas llenas de arañazos y los calzones desgastados y con un jirón a través del cual se veía parte del trasero, demostraban que se trataba de un bandolero profesional.

En la parte del ábside, entre los sitiales del coro, se abrían dos altas ventanas con vidrieras azules y amarillas; como las dos estaban abiertas del todo, la hazaña del trepador resultaba altamente arriesgada porque don Camilo, desde el altar, volviendo la mirada a la derecha, podía controlar la

parte superior del objetivo. Justo la que le interesaba a la banda, puesto que las manzanas que querían hurtar estaban allí arriba.

Una vez abierto el paso en el seto, a una señal del cabecilla, uno de los facinerosos se escurrió dentro del huerto y, arrastrándose entre las coles, llegó hasta el manzano y trepó con la misma agilidad que un mono. Al llegar a la parte superior del tronco, donde el árbol se bifurcaba en cuatro grandes ramas, se asomó a explorar e inmediatamente volvió a bajarse para ir a informar a los cómplices que se habían quedado al otro lado del seto.

—No hay nada que hacer —explicó—. Hasta la horqueta va bien porque cubre el tronco, pero luego hay que trabajar al descubierto y el cura lo puede ver.

El jefe escupió la endrina que estaba masticando:

—¡Que lo vea, ese macaco! —dijo con voz cargada de desprecio—. Iré yo y os las echaré. Quedaos vosotros alrededor del árbol y pescadlas al vuelo. Ni un ruido, ni una sola manzana ha de caer al suelo. Ojo: si alguno se equivoca, lo machaco.

Entraron todos en el huerto menos el centinela, y el jefe repartió a sus hombres bajo el manzano.

—A la primera alarma —concluyó—, que cada uno se largue por su lado. Nos encontraremos en el Molino Viejo. Yo me las arreglaré por mi cuenta.

—Si el cura te ve —objetó uno de la banda— te reconocerá y, aunque consigas escapar, tendrás complicaciones.

El jefe se rió. Sacándose de la faltriquera el pañuelo, se lo puso tapándose la cara atándolo detrás de la cabeza. Teniendo en cuenta el mechón que le caía sobre el ojo izquierdo, prácticamente sólo le quedaba al descubierto el ojo derecho, así que el desvergonzado murmuró:

—Ahora, que me reconozca si puede.

Don Camilo estaba celebrando la santa misa, cuando de pronto oyó en voz baja la voz del Cristo:

—Don Camilo, te has equivocado, no es la página correcta.

—Perdonadme, Señor —respondió don Camilo pasando las páginas del misal.

—Tampoco es esa página —volvió a decir el Cristo.

—Perdonadme —se dolió don Camilo—. No sé qué me está pasando.

—A lo mejor es porque, mientras vas dando la vuelta a las páginas del misal, en lugar de mirar el misal estás mirando por aquella ventana.

El desvergonzado enmascarado, una vez alcanzada la zona donde parecían haber acordado reunirse las manzanas más grandes y hermosas, se había

puesto a horcajadas sobre una rama y trabajaba tan tranquilo como si estuviera en el balcón de su casa. Arrancaba las manzanas y las echaba a los cómplices, rápido, seguro, sin ninguna vacilación.

—Don Camilo —volvió a amonestarle el Cristo—, ¿por qué sigues mirando fuera?

—Señor —gimió don Camilo—, hay alguien en el manzano del huerto.

—Don Camilo —susurró con voz severa el Cristo—, ¿te hacen olvidar cuatro manzanas a tu Dios?

—¡Cuatro no, Señor! —resolló don Camilo—. ¡Más bien cuatrocientas o cuatro mil! Parece que tenga cien manos ese demonio.

—Te comprendo, don Camilo —suspiró el Cristo—. El hecho es bastante grave y no tienes más que interrumpir la misa para ir corriendo a defender tus manzanas.

Don Camilo se rebeló:

—Señor —dijo—, no interrumpí la santa misa cuando se rompió el dique y el agua entró en la iglesia. Nada ni nadie en el mundo podrían hacerme interrumpir la santa misa. No me importan mis manzanas. Me ha ofendido el gesto provocativo de ese pequeño bandido.

—¿Pequeño, dices?

—Cuando digo pequeño es una forma de decir: tendrá sus ocho o nueve años.

—Entonces yo no le llamaría bandido, don Camilo. Sé de alguien que, de niño, cogía manzanas de aquel árbol y luego…

—*Orate fratres!* —cortó don Camilo desinteresándose de lo que pasaba en el manzano.

El manzano que abría su gran copa sobre el huerto de la rectoría era más viejo que Matusalén. Era un manzano casi milagroso puesto que cuarenta años atrás daba tres grandes canastos de manzanas fragantes cada otoño y ahora cuatro y seguía tan sano como antes.

También cuando el manzano del párroco era joven andaban por el campo bandas de ladronzuelos de fruta que salían por la mañana, con un pedazo de pan en el bolsillo, y que por la tarde volvían con las camisas a punto de reventar de la cantidad de fruta que habían metido dentro.

En aquellos tiempos, incluso, eran mucho más numerosas las bandas que andaban por ahí hurtando fruta y en numerosas ocasiones hasta cortaban las plantas y se las llevaban con toda la fruta.

Salían del pueblo —cuando llegaba la estación— docenas y docenas de bandas que invadían los campos y que por donde pasaban no dejaban ni las hojas en los árboles. Una de las más tremendas era la llamada de la Esclusa Grande porque tenía su base junto al muro de contención del Stivone: una docena de pillastres a cada cual peor, de unos nueve o diez años, pero tan peligrosos como si tuvieran dieciocho.

La fruta les interesaba bastante, pero incluso más que la fruta les interesaba el «trabajo» en sí. Actuaban allí donde se presentaba la ocasión propicia, intentando ganar a las bandas rivales, aunque lo que más les apasionaba era trabajar en su propia reserva. Es decir, poseían un sector reservado en el que ninguna banda se atrevía a penetrar porque los de la Esclusa Grande sabían hacerse respetar y, sobre todo, porque incluía los diez puntos más peligrosos de toda la zona. Hacían de ello una cuestión de prestigio, hasta de honor, y cuando los dueños de los árboles se enfadaban e intentaban incrementar la vigilancia y la defensa, más les interesaba el asunto a los chicos de la Esclusa Grande.

Entre los diez objetivos estaba el manzano del párroco. Objetivo de lo más arriesgado porque se hallaba cerca de la población, porque lo vigilaba un maldito campanero que no se hacía el remolón en disparar perdigones y, finalmente, porque, cuando el manzano era despojado, el viejo párroco, durante el sermón, se quejaba tanto que hacía nacer en los padres el ardiente deseo de despellejar a pescozones los cogotes de sus retoños.

La banda de la Esclusa Grande era una organización de número cerrado y funcionaba mejor que las demás porque mandaba uno solo y los demás se limitaban a ejecutar las órdenes.

Al cabo de tres años de actividad, la banda de la Esclusa Grande perdió de repente a uno de sus hombres. Desapareció y nadie volvió a saber nada más de él.

Eso pasó cuando los pequeños bribones tenían siete años. Durante tres años el socio no dio señales de vida.

Volvió a aparecer un verano, tres años después, pero les costó reconocerlo porque, aunque la cara seguía siendo la misma de antes, todo lo demás no encajaba.

El socio, en efecto, iba vestido de cura.

Había entrado en el seminario y le habían permitido pasar en casa con los suyos las vacaciones de verano.

Todos los de la Esclusa Grande estuvieron de acuerdo con el cabecilla: no tenía que atreverse ni a mirarlos a la cara. Le habían esperado durante tres

años. Había vuelto vestido de cura y para ellos era como si hubiera muerto. Por eso aceptarían en su lugar a Rossetto de la Casa Quemada.

Llegó el momento de las cerezas y la banda se puso a trabajar.

Una mañana, los once se encontraron en la esclusa para estudiar la primera hazaña de la nueva estación, y llevaban un cuarto de hora discutiendo cuando el centinela dio la alarma: «Enemigo a la vista».

Se apostaron entre las acacias; al cabo de poco rato, apareció el curita en el camino del dique.

Al silbido del cabecilla, le rodearon y le llevaron hasta la esclusa.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó, amenazador, el jefe al curita—. ¿Vienes a espiar?

—No —respondió el curita—, me han dicho que vais a aceptar al Rossetto de la Casa Quemada en mi lugar. Esto no es justo: mientras yo viva el puesto es mío.

Se le rieron a la cara.

—Vete a rezar el Rosario con el párroco —le respondió el cabecilla—. Nosotros no tenemos necesidad de curas. Los curas son enemigos del pueblo.

Eran palabras fuertes para un mocoso de diez años, pero eran palabras que el chico había oído más de un millón de veces en su casa, o en los mítines de los rojos, y por eso tenían importancia hasta un cierto punto.

—Los curas son ministros del Señor y por lo tanto amigos sobre todo de los pobres —respondió compungido el curita.

Le lanzaron una lluvia de insultos y, a una señal del jefe, se abalanzaron sobre él y le inmovilizaron.

—Ahora —explicó el cabecilla— te vuelves a tu casa y, si te encuentras con uno de nosotros, bajas la mirada. Aunque tu traje de cura nos será de utilidad, así que, sin rechistar, desvístete y vete en paños menores.

La idea entusiasmó a los de la banda, pero el curita no estuvo de acuerdo con ello. Debatiéndose como un tigre caído en una trampa, consiguió zafarse de las garras de sus agresores y escapar.

Corría como un condenado arremangándose la sotana con las dos manos. Desgraciadamente corría hacia el río; los otros, al perseguirle, se esparcieron para bloquearle en la orilla. Lo atraparon y el curita no tuvo escapatoria porque estaba ya con los pies en el agua.

El cabecilla ordenó a los demás que se quedaran quietos y avanzó hacia la víctima.

—Dejádmelo a mí —decretó con aire feroz—. Lo mandaremos al pueblo desnudo y, si quiere llegar, tendrá que nadar.

Pero el gran río sintió compasión del curita y con carácter de urgencia le mandó sobre una ola un tronco de robinia de un metro de largo por un par de pulgadas de diámetro.

El cabecilla se había formado un criterio equivocado de los curas y no se imaginaba con quién iba a tenérselas que ver a orillas del agua. Porque el curita, para despistar al adversario, puso una cara aún más asustada y, luego, en cuanto la cabezota del cabecilla se le puso a tiro, se agachó, pescó el madero y le sacudió un palo mayúsculo.

El cabecilla cayó, pero el curita no perdió de vista a los otros diez tunantes, y antes incluso que se dieran cuenta de lo que estaba pasando, se vieron atacados por un obseso que hacía revolotear en forma tremebunda su mortífero bastón sobre sus cabezas.

Se dispersaron entre los chopos y el cabecilla, al volver en sí, se encontró con un chichón de campeonato en la cabeza y a merced de un curita que parecía la mar de dispuesto a seguir el baile.

—Hagamos las paces —murmuró el cabecilla levantándose.

—Hagamos las paces —respondió el curita.

Los otros fueron apareciendo poco a poco y, cuando llegaron todos, estuvieron de acuerdo con el jefe: el puesto en la banda seguía siendo del curita.

Partieron en seguida para alcanzar el objetivo establecido; el curita les siguió, llevando siempre consigo su palo de acacia.

A la vista del árbol que había que «trabajar», el jefe se volvió al curita y murmuró:

—El traje te estorba: ¿cómo vas a arreglártelas para subir?

—No subo —explicó el curita—. Yo pertenezco a la banda, pero no participo. Mientras vosotros hacéis el trabajo yo rezaré.

La banda se lanzó sobre los cerezos, mientras el curita, arrodillado del otro lado del seto, rezaba.

Volvieron a la base, cada uno por su cuenta, para la equitativa distribución del botín.

—Él no ha hecho nada —dijo uno de la banda señalando al curita— y no tiene derecho a nada.

—Yo no quiero nada —respondió el curita—. Yo no puedo transgredir los mandamientos. El séptimo, no robar.

—Entonces, ¿qué vienes a hacer con nosotros?

—Rezo para que Dios os perdone.

El cabecilla hizo once montones y, al final, masculló:

—Pero no es justo que a él no le toque nada.

—No me corresponde nada —insistió el curita—. Claro que si cada uno hace una ofrenda espontánea yo no puedo rechazarla.

Cada uno dio un puñado de cerezas al curita y todo quedó solventado.

La banda de la Esclusa Grande hizo aquel año una campaña brillantísima y se reservó, como última operación de prestigio, el saqueo del manzano del párroco.

—Esta vez no puedo venir con vosotros —explicó el curita—. Yo me quedaré rezando en la iglesia.

Y, puntualmente, a la una y media de la tarde, mientras la banda asaltaba el manzano del huerto, el curita se arrodillaba delante del altar mayor.

De repente oyó una voz lejana:

—¿Qué haces?

El curita comprendió inmediatamente que aquélla era la voz del Cristo del altar mayor e inclinó humildemente la cabeza:

—Señor —respondió—, rezo.

—¿Por quién?

—Por los chicos que no comprenden la importancia de los mandamientos y roban fruta.

—¿Por todos los chicos que roban fruta?

—Sí, Señor. Pero especialmente por mis amigos que están robándola ahora. Señor: ellos no han estudiado y no pueden razonar como es debido. No son malos. ¡Perdonadles!

—Si tus amigos tienen el feo vicio de robar fruta, ¿por qué no les convences para que no la roben? ¿No quieren hacerte caso, quizá?

—No, Señor: me hacen caso. Pero si les convenzo que no roben fruta, ¿cómo pueden darme después mi parte?

El Cristo sonrió:

—Aprecio tu sinceridad y tu inocencia, pero no puedo aprobar tu forma de actuar. No es así como se lleva a los pecadores al camino del bien.

Al curita se le saltaron las lágrimas:

—Lo sé, Señor. Pero me gusta tanto la fruta y en el seminario me dan tan poca…

—El camino que tú quieres recorrer es duro y está lleno de sacrificios…

Se oyó en el huerto un gran alboroto y el curita, subiéndose a un sitial del coro, se asomó a una de las dos ventanas del ábside: el campanero había descubierto a la banda en plena acción y ahora estaba bajando dando gritos. Los chicos de la banda descendían a toda prisa del manzano y escapaban. El cabecilla, que trabajaba en la cima, no podía darse tanta prisa como los demás porque arriba las ramas eran pequeñas y frágiles; desgraciadamente, con el nerviosismo se apresuró y de repente una rama se rompió bajo sus pies. No se cayó porque consiguió agarrarse a otra rama, pero se quedó colgado en el vacío y también la rama a la que se había agarrado parecía que iba a romperse de un momento a otro.

—Señor —exclamó el curita—. Mientras hablaba con Vos he dejado de rezar y mirad lo que le ha pasado al pobrecillo. Señor, perdonadme: ¡pero cuando uno está rezando no hay que distraerle!

La rama a la que estaba agarrado el chico crujió; el curita, encaramándose al alféizar de la ventana, de un salto se puso en el huerto.

Era una locura lo que había pensado hacer, pero el Cristo le había distraído mientras rezaba, haciéndose en parte responsable de la desgracia, y a la fuerza tenía que ayudar al curita.

El curita llegó bajo el manzano justo cuando la rama se rompía y el chico caía.

Lo agarró al vuelo antes que llegara al suelo y los dos acabaron en medio de las coles.

El curita tuvo que quedarse en cama quince días porque estaba muy magullado y con un montón de huesos descoyuntados, y sólo Dios sabe cómo no se fracturó los brazos, o la nuca o la columna vertebral.

Cuando el curita pudo levantarse se fue a arrodillar ante el Cristo del altar mayor.

—Señor —dijo—, gracias por habernos salvado a mi amigo y a mí. En cuanto a la fruta, comprendo…

—No te preocupes —le interrumpió el Cristo—. Volveremos sobre el tema de la fruta más adelante. Tenemos tiempo…

Don Camilo seguía celebrando la misa y hacía un esfuerzo tremendo en no tomar en consideración que un bribón le estaba saqueando el manzano, allí ante sus narices. Estaba viéndolo.

No se sabe cómo fue: la gente que estaba en la iglesia aquella mañana recordó toda la vida lo que pasó. De repente, don Camilo desapareció del altar

como si hubiera sido absorbido por una ráfaga de viento: en un abrir y cerrar de ojos estuvo en el huerto bajo el manzano, y el desventurado cabecilla que había quedado —como el otro cabecilla de nuestra historia— colgado de una rama que estaba rompiéndose, le cayó entre los brazos.

Lo dejó en el suelo y le arrancó el pañuelo de la cara.

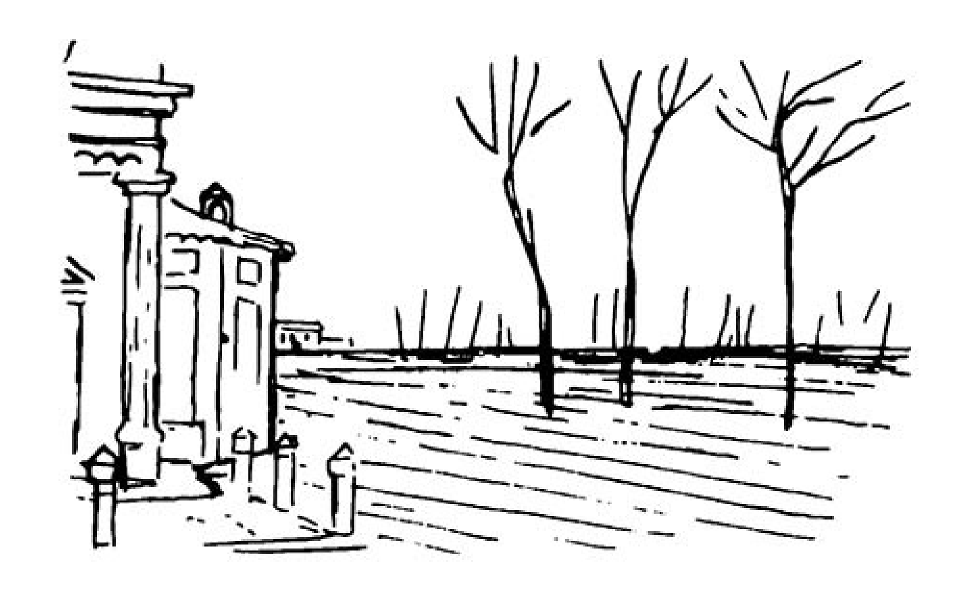
—Al menos pesas menos que tu padre —rugió propinándole al chiquillo una patada atómica.

Después volvió a la iglesia y acabó de celebrar la misa.

No le hizo ver al Cristo crucificado que el hijo de Peppone, al caerle encima, le había roto una costilla.

Pero el Cristo lo sabía perfectamente.

EL VOTO



No se había conocido jamás un otoño tan desagradable y tan traicionero: cuando no llovía a cántaros, lloviznaba. Y si, por milagro, por la mañana salían algunos resquicios de sol, por la tarde se formaba una niebla tan espesa que se podía cortar con un cuchillo. Una niebla que mojaba más que el agua.

La tierra estaba empapada, completamente encharcada, y todos estaban como locos porque no se podía sembrar el trigo.

Los animales se hundían hasta la panza en las tierras de cultivo, los tractores giraban en vacío porque las ruedas se llenaban de tierra y acababan por pesar una tonelada cada una.

Sólo a los locos podía ocurrírseles andar por los campos. A los locos y a los cazadores, porque los cazadores, a fin de cuentas, no son más que locos que andan sueltos.

Aquella tarde de mediados de noviembre, a lo largo del Canal Grande caminaba un cazador: llevaba botas altas de goma y, de vez en cuando, tenía que pararse y lavarlas en el agua del canal a causa del barro tan molesto que no cesaba de pegarse a la goma.

El cazador no había podido disparar aún ningún tiro: probablemente no tendría ocasión de hacerlo, pero a pesar de todo seguía dando vueltas.

El perro le acompañaba sin ningún entusiasmo: más bien molesto, en realidad. Tanto es así que, a un cierto momento, dio media vuelta y emprendió el camino de vuelta.

—*¡Ful!*

El perro se paró, se volvió a mirar al amo, y luego reanudó su camino.

—*¡Ful!* ¡Aquí!

La voz del cazador presagiaba tormenta y por eso el perro, gruñendo, volvió sobre sus pasos.

—¡Si yo persevero, también has de perseverar tú! —gritó el cazador cuando el perro volvió a estar de nuevo a su lado.

Si *Ful* hubiera podido hablar le habría contestado:

—Padre, el que tú seas tonto, no es una buena razón para que deba serlo yo también.

El cazador refunfuñó aún un rato y luego, al ver que empezaba a bajar la niebla, pensó que la idea del perro no era tan descabellada y, tras una adecuada pausa de silencio, dijo:

—Si quieres irte a casa, vete. Estoy harto de tenerte entre los pies.

Descargó la escopeta y se la colgó, con el cañón boca abajo, del hombro derecho, debajo del tabardo.

Pero, justo en aquel momento, *Ful* tensó los nervios y después de dar tres pasos se quedó alerta.

—¡Precisamente ahora, desgraciado! —murmuró el cazador procurando desembarazarse del tabardo para preparar el arcabuz.

Pero en cuanto tuvo expedita la escopeta, se dio cuenta que no se trataba de caza normal: en efecto, *Ful se había* puesto a gruñir en tono sombrío hacia un bosquecillo de acacias.

Don Camilo le dijo al perro que callara y esperó apostado detrás del tronco de una morera.

Vio movimiento de ramaje entre la maleza y, pocos segundos después, apareció entre la vegetación el negro fantasma de un hombre altísimo y sin cabeza.

El tenebroso gigante sin cabeza avanzaba hacia la morera tras la cual estaba temblando don Camilo con *Ful*.

De pronto, *Ful* dio un salto y se lanzó hacia el monstruo ladrando alegremente; entonces don Camilo también se dio cuenta que no se trataba de un fantasma descabezado, sino de un hombretón que caminaba con el tabardo sobre la cabeza.

Mejor dicho: con el tabardo sobre la cabeza del niñito que el hombretón llevaba a horcajadas sobre los hombros, sujetándolo por las pantorrillas.

El hombretón se paró ante don Camilo.

—Te había confundido con un hombre sin cabeza —dijo don Camilo—. Considerando que la cabeza te sirve para bien poco, no andaba del todo desencaminado.

El hombretón abrió la cortina que le tapaba y sacó la cabeza por entre el tabardo:

—Señor cura —afirmó—, si no fuera por la estima y el respeto que siento por su perro, le contestaría tal como se merece.

—Peppone, no te enfades —se carcajeó don Camilo—, no tengo ninguna intención de ofenderte.

—Pues yo, en cambio, si no se sale de en medio, sí que voy a tener deseos de ofenderle —respondió, hosco, Peppone—. Deje que sigan su camino los hombres de bien.

—En realidad tú no vas por un camino, sino a través de los campos de los demás: de todos modos, nadie te impide que prosigas tu camino.

—Entonces apártese del camino: no tengo ningunas ganas de hundirme en el campo de cultivo. Y en lugar de hacerle perder inútilmente el tiempo a su perro sería mejor que estuviera en la oficina rezando a su jefe para que haga salir el sol.

Don Camilo se apartó del caminito:

—Mi jefe no precisa consejos: él sabe cuándo tiene que hacer llover y cuándo tiene que hacer salir el sol.

—Me parece a mí que no —replicó Peppone encaminándose por el sendero—. Su jefe se dedica demasiado a la política y por eso descuida la administración.

Don Camilo no se molestó en contestarle y, volviendo a guardar la escopeta bajo el tabardo, se puso en camino a su vez, detrás de Peppone.

Pasado el Canal Grande, Peppone dijo sin volverse:

—¿Puede saberse cuándo va a dejar de seguirme los pasos?

—Yo sigo mi camino —respondió don Camilo—. Y es mi camino porque los campos son el camino de los cazadores. Eso tú, más bien, ¿adónde vas?

—Voy adonde me parece —gritó sin dejar de andar Peppone—. ¿O es que sólo usted tiene derecho a circular en medio de los campos?

—No: yo sólo tengo el derecho de encontrar extraño que un hombre que quiere pasear por entre los campos, en un día tan asqueroso como éste, lleve

consigo a un niño de cinco años que estaría muchísimo mejor calentito en su casa.

Peppone bramó:

—De mi hijo dispongo yo. Métase en sus asuntos.

—Por eso: como al pobrecillo lo he bautizado yo, está bajo mi responsabilidad y por eso tengo el deber de decirte que hay que tener una cabeza de chorlito para llevarlo por ahí de ese modo.

Peppone no pudo responder porque resbaló al terreno enlodado y habría acabado en el suelo si don Camilo no le hubiera sujetado.

—¿Ves como tengo razón? —dijo don Camilo—. Podías haberle partido la cabecita.

—¡Usted tiene la culpa! —gritó Peppone mientras pateaba para intentar sacarse la plasta de barro que se le había pegado a la suela de las botas—. Me hace enfurecer y no puedo fijarme en dónde pongo los pies.

Don Camilo abrió el tabardo, se sacó la escopeta y la apoyó contra un cerezo.

—Dámelo mientras te limpias las herraduras de las pezuñas —refunfuñó cogiendo al niño y tomándolo en brazos.

Blasfemando, Peppone cogió un rastrojo y se puso rabiosamente a limpiarse las botas.

Era un trabajo difícil. El niño, al ver que aquello tenía pinta de durar, susurró a don Camilo:

—A caballito.

—¡Silencio! —le contestó don Camilo, adusto.

El niño empezó a hacer pucheros y a hipar.

Entonces, para evitar escenas molestas, don Camilo se puso al mocoso a horcajadas sobre los hombros. Al levantar los brazos el tabardo se le resbaló de los hombros y don Camilo apenas tuvo tiempo de apoyarse en el árbol que había detrás de él, impidiendo de ese modo que el tabardo acabara por caer al suelo.

—¡Cógelo! —gritó don Camilo.

—¿El qué? —preguntó agresivo Peppone, volviéndose.

—¡Coge mi tabardo porque si no se caerá al barro!

Peppone interrumpió su labor y se fue a recuperar el abrigo.

Desde arriba, el niño hizo gestos a Peppone y se tocó varias veces la cabeza.

—No —le respondió Peppone—. Después, cuando te vuelva a coger yo. Él no quiere.

—¿Qué no quiero? —rugió don Camilo.

—Que el niño se ponga en la cabeza su tabardo.

—¡Échaselo encima y procura apresurarte! —gritó don Camilo sujetando con sus manazas las piernecitas que le colgaban delante del pecho.

Peppone puso el tabardo encima de la cabeza del niño y don Camilo se encontró por un momento a oscuras.

Cuando el telón se corrió, don Camilo vio cómo Peppone, tras balancear durante unos instantes en un solo pie, se caía hacia atrás yendo a parar con el trasero dentro de un charco.

—¡Buen golpe! —exclamó, entusiasmado, don Camilo—. Si los *mandos* están *como* la base, la revolución proletaria es cosa de pocos días.

—Si tuviera usted el trasero mojado como yo lo tengo —gritó Peppone, levantándose— razonaría con algo más de caridad cristiana.

Peppone se acercó para volver a coger al niño, pero don Camilo dio un paso atrás:

—Déjalo aquí: yo llevo botas de goma y puedo andar, mientras que tú no. Agarra mi escopeta. ¡Luego, cuando estemos en la carretera, te devolveré al macaco!

—Yo no voy a la carretera —explicó Peppone, hosco.

—¿No vas a la carretera? —se extrañó don Camilo—. ¿Adónde te diriges, entonces?

—¡Me dirijo adonde quiero! ¡Devuélvame al pequeño y déjeme en paz!

Don Camilo entreabrió un momento la cortina del tabardo para mirar a la cara a Peppone:

—Oye, loco de atar: este niño está ardiendo y, si no lo llevas a casa inmediatamente…

—¡Aunque lo llevara a casa no iba a cambiar nada! —gritó, enfurecido, Peppone—. ¡Hace dos meses que todos los santísimos días, al atardecer, le sube la fiebre y el doctor no sabe qué hacer! ¡Devuélvamelo y no me envenene más el alma!

Don Camilo meneó la cabeza:

—¿*Quo vadis*, Peppone?

—¡*Quo vadis* adonde quiero y *quo vienis* una maldición a usted y a todos los clérigos del universo! —rugió Peppone—. ¡Voy al lugar que tengo que ir!

—Está bien: ¿pero no puedes ir por la carretera?

—¡No! ¡No! Tengo que ir campo a través. No puedo ir por la carretera. ¡Puedo humillarme ante Dios, pero no ante los curas y sus cómplices!

Don Camilo miró la cara desencajada de Peppone.

—No diré nada más —murmuró—. Vamos.

—Tengo que llevar yo al niño.

—No hace falta; cárgate al hombro ese cepo: pesa más que el niño y aunque te caigas no puede hacerse daño. Yo llevo botas de goma y el niño va más seguro.

Peppone recogió el cepo que había junto al camino y se lo cargó al hombro.

—La escopeta, déjala: la recogeremos a la vuelta —dijo don Camilo poniéndose en marcha—. *Ful* se quedará de guardia.

La niebla se hacía cada vez más espesa y la tierra cada vez estaba más empapada, pero los dos hombres siguieron caminando en medio del barro. Durante medio quilómetro pasaron cerca de la carretera provincial, pero ninguno de los dos habló de cambiar de itinerario.

¡Qué largos se hacían aquellos quilómetros!

Tuvieron que recorrer sus buenos quince antes de llegar.

Finalmente, cuando la niebla se había vuelto opaca, apareció la mole oscura.

Una construcción de ladrillos ennegrecidos por los años, una construcción maciza y alta que se erguía junto a un camino desierto y solitario y a su alrededor sólo había campos pelados. Prados que antaño habían sido arrozales.

Una gran construcción que hacía trescientos años había sido sólo una capillita y que, luego, se había transformado en el santuario de la Virgen de los Campos.

Peppone tiró el cepo y cogió al niño.

—Usted —le dijo, ferozmente, a don Camilo—, quédese fuera. No quiero que entre a espiar.

Don Camilo se quedó esperando fuera, delante de la puerta, y Peppone entró llevando al niño a cuestas, a horcajadas.

La iglesia estaba fría y en semioscuridad y no había ni un alma.

Lo único vivo que había era la Virgen de los Campos, y sus ojos miraban con dulzura desde lo alto del altar.

Don Camilo se quedó haciendo guardia en el exterior. Luego, para estar más cómodo, se arrodilló encima de una piedra y le dijo a la Virgen de los Campos las cosas que Peppone no iba a saber decirle.

Se levantó cuando oyó abrirse la puerta.

—Si ha de decirle algo, puede entrar —murmuró Peppone.

—Ya lo he hecho —contestó don Camilo.

Volvieron a tomar el camino de los campos: don Camilo recuperó al niño, se lo puso sobre el cuello y le colocó el tabardo sobre la cabeza.

Peppone recuperó su cepo y se lo cargó al hombro.

La niebla era cada vez más densa: llegó un momento en que don Camilo tuvo que pedir auxilio. Silbó y, desde lejos, *Ful* le contestó.

Ahora, guiados por *Ful*, ya no resultaba difícil encontrar el camino para volver a casa.

Cuando llegaron, ya había caído la noche. Peppone descargó el cepo delante de la puerta de la rectoría:

—Cambio de mercancía —murmuró.

Sacó el tabardo y vio que el niño había reclinado la cabeza sobre el cabezón de don Camilo.

—¡Duerme! —susurró Peppone.

—Sí, pero no todo él —respondió, sombrío, don Camilo.

—¿En qué sentido, padre?

—Si tuvieras el cuello tan mojado como yo, no tendrías necesidad de preguntármelo —aclaró don Camilo, devolviendo el niño a Peppone.

—Convendría que no fuera por ahí diciendo que nosotros nos hacemos los bravucones y que luego, cuando tenemos necesidad de algo… Y todo eso —le amonestó Peppone.

—Lo que sí convendría es que no fueras tan tonto —replicó don Camilo, seco… dentro de lo posible.

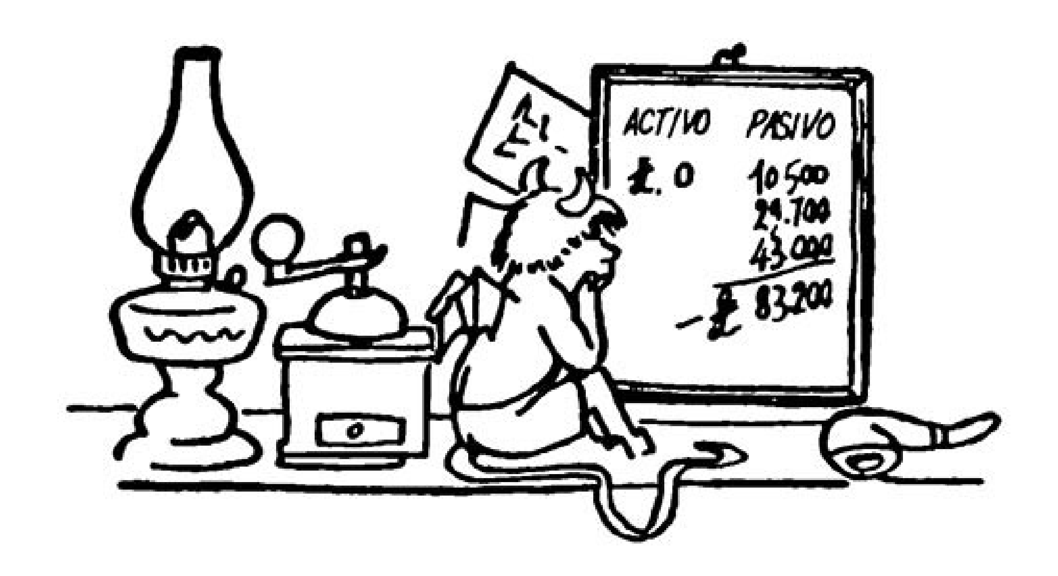
—Lo mejor es enemigo del bien —afirmó Peppone con autoridad.

Don Camilo se fue corriendo a la iglesia a postrarse ante el Cristo del altar mayor:

—¡Jesús! —exclamó desolado—. Perdonadme por no haber estado en el oficio de la tarde.

—Ausencia justificada —respondió, sonriendo, el Cristo.

PEPPONE SE FINGE ENFERMO



Éstas no son horas de cristianos —dijo don Camilo al encontrarse delante a la mujer de Peppone.

—Creía que los curas y los médicos no hacían horario de oficina —replicó la mujer.

—Habla, pero sin sentarte —masculló don Camilo—. Así te irás antes. ¿Qué quieres?

—Se trata de la casa nueva. Tendría que bendecirla.

Don Camilo apretó los puños.

—Te has equivocado de puerta —exclamó con voz dura—. Buenas noches.

La mujer se encogió de hombros:

—Reverendo, es agua pasada. Estaba lleno de problemas.

Don Camilo meneó la cabeza. La cosa había sido demasiado gorda como para poderla olvidar, incluso a pesar de haber transcurrido seis meses.

Peppone se había embarcado en una gran aventura: había cerrado el viejo taller destartalado y, empeñándose hasta el cuello, había levantado una casa nueva a la entrada del pueblo, junto a la carretera comarcal. Una hermosa construcción con un taller tan bien dotado como los de la ciudad, con la vivienda en el primer piso.

Había conseguido la concesión de un surtidor de gasolina y aquello había de facilitarle el trabajo con la carretera principal, la que discurría por el dique

y quedaba fuera del pueblo.

Desde luego, don Camilo no había podido resistir la tentación, y una buena mañana había ido a meter las narices en el nuevo taller. Peppone estaba intentando dilucidar lo que le pasaba a un maldito motor y se veía que no tenía demasiadas ganas de charlar.

—Muy bonito —dijo don Camilo mirando a su alrededor.

—Ya lo sé —respondió Peppone.

—La vivienda en el primer piso, el patio, el surtidor de gasolina: lo tiene todo —continuó don Camilo—. Sólo falta una cosa.

—¿Qué es lo que falta?

Don Camilo extendió los brazos:

—Antes, cuando se inauguraba una casa nueva se solía llamar al cura para que la bendijera…

Peppone se enderezó y se secó con la mano el sudor de la frente:

—¡El agua bendita de nuestros días es ésta! —afirmó, agresivo—. Bendecida por el trabajo y no por el cura.

Don Camilo se había marchado sin rechistar y aquello le había impresionado enormemente, porque había notado en las palabras de Peppone algo que no había advertido nunca. Y, ahora, la mujer de Peppone, al venir a decirle lo de ir a bendecir la casa, había hecho que volviera a sentir la misma desagradable sensación de aquella vez.

—No —respondió don Camilo a la mujer.

Pero la mujer de Peppone no se desanimó:

—Tiene que venir; en la casa no vive sólo mi marido: también vivo yo, también viven mis hijos. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que Peppone le tratara mal? Si Cristo hubiera…

—¡Cristo no tiene nada que ver! —la interrumpió don Camilo.

—Pues yo creo que sí —replicó, convencida, la mujer.

Al final, don Camilo, tras haber paseado un buen rato por la habitación, respondió:

—Está bien. Mañana iré.

La mujer meneó la cabeza:

—Mañana, no. Tiene que venir ahora, inmediatamente, mientras mi marido no está: no quiero que se entere ni que la gente lo vea.

Entonces, don Camilo explotó:

—Vaya: ahora me va a tocar hacer de cura clandestino; hasta puede que tenga que disfrazarme de guarda forestal para ir a bendecir una casa. Como si

se tratara de un delito, de algo malo que ocultar. Eres aún más blasfema que tu marido.

—Don Camilo, intente comprenderme: si la gente le viera, empezaría a murmurar sobre nosotros diciendo que si ahora nos hacemos bendecir la casa es porque nos encontramos en apuros.

—Claro, la gente murmuraría que estáis en apuros… Mientras que tú quieres que vaya a bendecir la casa por una razón totalmente distinta… ¿Por cuál?

—Porque estamos en apuros —explicó la mujer—. Desde que estamos en el taller nuevo no hay nada que nos salga bien.

—Entiendo: y por eso, al no saber qué hacer ni adónde recurrir, te acuerdas de Dios.

—Claro, no voy a acordarme del farmacéutico.

—En cambio, si todo hubiera funcionado bien, no se te hubiera ocurrido nunca venirme a pedir que fuera a bendecir la casa.

—Claro: cuando las cosas funcionan bien uno se las apaña por su cuenta y no nos hace falta Nuestro Señor.

Don Camilo sacó un palo grueso de la fajina que estaba apoyada contra la pared, al lado de la chimenea:

—Si en dos minutos no estás como mínimo en la plaza, te lo parto en la cabeza.

La mujer salió sin decir nada. Pero volvió a asomar la cabeza.

—Me voy, y no porque me asuste su palo, lo que me asusta es su maldad.

Don Camilo tiró el palo al fuego y se quedó mirando cómo se encendía y ardía. Luego, de repente, se echó el tabardo sobre los hombros y salió.

Caminó entre la oscuridad de la noche; una vez llegado ante la puerta de la casa nueva de Peppone, llamó.

En seguida le abrieron la puerta:

—Sabía que iba a venir —dijo la mujer de Peppone—. Estaba esperándole.

Don Camilo se sacó del bolsillo el breviario, pero no tuvo tiempo de abrirlo.

Peppone había entrado como un torbellino en el zaguán.

—¿Qué hace aquí a estas horas, señor cura?

Don Camilo no supo qué responder; entonces, intervino la mujer:

—He ido yo a llamarle para que bendiga la casa.

Peppone, hosco, se volvió hacia su mujer:

—Tú y yo arreglaremos cuentas después. En cuanto a usted, señor cura, ya puede marcharse: ¡no le necesito a usted ni tampoco a su Dios!

A don Camilo le pareció oír esta vez una voz totalmente desconocida. La verdad es que Peppone ya no era el de antes.

Peppone había estirado más el brazo que la manga: se había lanzado totalmente a aquella aventura empeñando todo lo que tenía y lo que no tenía. Pero ya no podía resistir más: estaba con el agua al cuello y le empezaban a fallar las fuerzas para salir a flote. Aquella noche había acabado por darse por vencido y por primera vez en su vida tiraba la toalla.

Apenas hubo salido don Camilo, Peppone desahogó su ira con la mujer:

—¡Conque ahora me traicionas!

—No te traiciono: esta casa está maldita y yo he intentado romper la maldición. No he hecho nada malo.

Peppone entró en la gran cocina y se sentó a la mesa.

—¡Bendecir! —gritó—. ¿No comprendes que no viene aquí a bendecir, sino a espiar? Para ver cómo van las cosas. Para poder encontrar alguna prueba de la asquerosa situación en que nos encontramos. Si hubiera conseguido entrar en el taller se habría dado cuenta de que ya no está el torno nuevo…

Se le acercó su mujer:

—¿Cómo ha ido?

—Bien: lo del torno ya está arreglado. Nadie se ha dado cuenta que me lo he llevado.

La mujer suspiró.

—Se darán cuenta mañana. El primero que entre en el taller descubrirá que ya no está el torno.

—No van a descubrir nada —aclaró Peppone—. Con el dinero que he sacado del torno he acallado a los dos acreedores más peligrosos y mañana no abriré las puertas. También me he cuidado de eso.

La mujer le miró, desconcertada.

—He hecho reunir urgentemente el Consejo municipal y les he explicado que estoy enfermo y que necesito una larga temporada de descanso. Me quedaré en casa encerrado y no me dejaré ver.

—De nada servirá —replicó la mujer—. Las letras vencen lo mismo, aunque estés encerrado en casa.

—Las letras vencen dentro de un mes, el torno ha salido hoy y hay que tapar en seguida el agujero del torno. En el pueblo no han de enterarse. Hay un montón de granujas que se pondrían la mar de contentos si se enteraran de que estoy en aprietos.

Peppone se hizo traer una hoja grande de papel y se puso a escribir a pluma en letra de imprenta:

CERRADO POR ENFERMEDAD DEL DUEÑO

—Vete a pegarlo en seguida en la puerta metálica del taller —dijo a la mujer alargándole la hoja.

La mujer buscó el bote de la cola y ya se iba a pegarlo cuando Peppone la volvió a llamar.

—Así no está bien —se dolió—. *Dueño* es una expresión demasiado burguesa.

Buscó afanosamente algo menos reaccionario y al fin tuvo que contentarse con algo más general:

CERRADO POR ENFERMEDAD

Y la verdad es que toda la empresa estaba enferma, no sólo Peppone.

Peppone no volvió a asomar la nariz fuera de casa y su mujer no paraba de contar a todo el mundo que Peppone estaba agotado y que había que dejarle tranquilo hasta que no se hubiera recuperado. Pasaron así diez días, pero el undécimo día trajo una mala noticia: en el periódico de los terratenientes, en la página de la provincia, salía una nota que hacía referencia al pueblo:

> “ *Conciudadanos que se honran. Nos complacemos en comunicar que la popularidad de nuestro alcalde Giuseppe Bottazzi va en aumento: la Relación de Asuntos Impagados incluye tres veces el nombre del compañero Giuseppe Bottazzi. Le felicitamos por su merecida notoriedad.*

A Peppone le subió la fiebre de verdad y se metió en la cama diciendo a la mujer que pasara lo que pasara que no le dijera nada:

—No quiero ver ninguna letra, ni quiero leer ningún diario. Déjame dormir.

Pero, al cabo de tres días, su mujer entró sollozando en la habitación y lo despertó:

—Tengo que decírtelo —gimió—. Han venido a embargar todas las máquinas nuevas del taller.

Peppone metió la cabeza debajo de la almohada, pero ya lo había oído.

Sudó todo lo que humanamente es posible sudar. Luego se decidió de pronto y saltó de la cama.

—No hay más que un remedio —exclamó—. Me voy.

La mujer intentó hacerle razonar:

—Déjalo estar todo. Que lo embarguen y que lo vendan todo. Maldito sea todo. Nos quedan la casa vieja y el antiguo taller. Empecemos de nuevo.

—¡No! —gritó, asustado, Peppone—. No puedo volver al antiguo taller ni a la vieja casa. No puedo. Es una tremenda humillación. Tengo que irme. Diré que he tenido que irme a curar a la montaña: mientras, procuraré arreglarlo todo. Aquí no puedo pensar. No tengo a nadie que pueda aconsejarme. No rompo con nada aquí: lo dejo todo en suspenso… Si las cosas van mal, dirán que ha sido a causa de mi enfermedad… No puedo echarme atrás, darles un gusto tan grande a todos esos granujas que están en contra mía.

La mujer no insistió:

—Tú mismo.

—Me queda el camión —explicó Peppone—. Me será de utilidad. No sé adónde voy a ir a parar, pero tendrás noticias mías. No digas nada a nadie, aunque te amenacen con retorcerte el cuello.

A las dos de la mañana, Peppone puso en marcha el camión y partió: nadie le vio, pero a aquellas horas había gente que seguía hablando de él.

—Se le han echado encima como unos canallas aprovechando que está enfermo —decían unos.

—La enfermedad es una excusa para disimular la quiebra —decían los de la parte contraria.

—Es una marranada.

—Le está bien empleado.

—Lo importante es que se cure y que vuelva a su cargo en el Ayuntamiento.

—¡Si tiene un mínimo de pundonor tendrá que dimitir como alcalde!

Cientos de bocas seguían hablando de Peppone, mientras Peppone huía en su viejo camión perseguido por el terrible *complejo del burgués*, que siega en los pueblos víctimas de toda clase y condición social, incluso entre el proletariado.

Pasaron días y llegó al pueblo, después de la noticia del embargo, la notificación de la subasta de las nuevas máquinas de Peppone.

—¡Jesús —dijo don Camilo al Cristo, enseñándole el comunicado en el periódico—, como veis hay un Dios!

—Que me lo digan a mí —respondió, sonriendo, el Cristo.

Don Camilo agachó, confundido, la cabeza:

—Perdonad mi necedad —murmuró.

—La necedad proferida por tu torpe lengua se te puede perdonar, don Camilo. Pero no la otra, la que nace de tu profundo convencimiento. Dios no se interesa por los embargos ni por las subastas. Lo que le está pasando a Peppone es independiente de sus culpas. Así como no depende de ningún designio oculto que hombres poco honrados tengan fortuna en los negocios.

—Jesús, él ha blasfemado contra Vos y es justo que reciba un castigo. Toda la buena gente del pueblo está convencida que le han caído todas estas adversidades por haberse negado a hacer bendecir la casa.

El Cristo suspiró:

—¿Y qué diría la buena gente del pueblo si, por el contrario, le hubieran ido bien las cosas a Peppone? ¿Que era así porque se había negado a hacer bendecir la casa?

Don Camilo se abrió de brazos:

—Jesús: *relata fero…* La gente…

—¿La gente? ¿Qué significa «la gente»? En el paraíso no entrará nunca la gente porque Dios juzga a cada uno según sus propios méritos y sus propias culpas y no existen méritos o culpas de masa. No existen los pecados de grupo, existen sólo los personales. No existen almas colectivas. Cada uno nace y muere por su cuenta y Dios considera a los hombres uno por uno y no rebaño por rebaño. Hace mal quien renuncia a su conciencia personal para abrazar una conciencia y una responsabilidad colectiva.

Don Camilo agachó la cabeza:

—Jesús, la opinión pública tiene su valor…

—Lo sé: fue la opinión pública la que me crucificó.

Llegó el día de la subasta pública y recalaron en el pueblo los buitres de la ciudad: estaban perfectamente organizados y, por cuatro chavos, se repartieron los despojos de Peppone. Don Camilo, que al igual que los demás había asistido al gran espectáculo, regresó más bien taciturno.

—¿Qué dice la gente, don Camilo? —le preguntó el Cristo—. ¿Está contenta?

—No —respondió don Camilo—. Encuentran mal que se arruine así a un pobrecillo aprovechándose de que está enfermo, lejos, y que no se puede cuidar de sus negocios.

—Don Camilo, sé sincero, ¿qué dice la gente, exactamente? Don Camilo se abrió de brazos:

—Dice que si hubiera un Dios estas cosas no pasarían.

El Cristo sonrió:

—Se pasa rápido del hosanna a la crucifixión, don Camilo…

Aquella misma noche hubo una borrasca en el Consejo municipal; el único concejal de la oposición, Spiletti, tocó el tema del alcalde:

—Hace más de dos meses que no se tienen noticias del alcalde. Muestra con ello un total desinterés por todo lo que pasa en el pueblo e incluso por lo que le atañe directamente. ¿Dónde está? ¿Cómo está? ¿Qué hace? Interpretando a un amplio sector de la población, exijo una respuesta concreta.

El Brusco, que actuaba de teniente de alcalde, se levantó:

—Me reservo el contestarle más detalladamente mañana.

—¡Me parece que no he pedido que se me revelen secretos de Estado! —replicó Spiletti—. Exijo una respuesta inmediata: ¿dónde está el alcalde?

El Brusco se encogió de hombros:

—No lo sabemos.

La gente que asistía a la sesión rumoreó que era algo increíble.

—¡No se sabe dónde está el alcalde! Pues entonces habrá que poner un anuncio en los periódicos: *Se dará una buena gratificación al que entregue un alcalde de color rojo perdido hace dos meses*.

—¡No es para bromear! —gritó *el Brusco*—. Nadie sabe dónde está el alcalde: ni su mujer.

—Yo sí lo sé —dijo una voz. Era don Camilo.

La gente enmudeció. *El Brusco* empalideció:

—Dígalo, si lo sabe.

—No —respondió don Camilo—. Pero puedo acompañaros mañana por la mañana.

En una triste barriada de Milán, en una obra de un gran edificio por derribar, Peppone, sombrío, estaba dándole a la pala al lado de su camión que

iba llenando de cascotes y escombros.

Sonó la sirena del mediodía y Peppone, dejando la pala, sacó de la chaqueta colgada en la cabina del camión un pan grande relleno de mortadela y el diario *Unità*, se fue a sentar apoyando la espalda contra la empalizada, al lado de los otros obreros, y se puso a comer leyendo el periódico.

—¡Señor alcalde!

La voz aguda de Spiletti le despabiló y le hizo ponerse de pie. Se vio delante suyo a todo el Consejo municipal en pleno.

—¡Aquí no hay alcaldes! —respondió.

—Lo malo es que tampoco los hay en el pueblo —replicó Spiletti—. ¿Quiere decimos dónde podemos encontrar uno?

—Son asuntos que no me interesan —afirmó Peppone volviendo a sentarse.

—Me da la impresión que ya se ha curado del todo —dijo Spiletti—. Y que al menos ya está en condiciones de escribirnos una postal despidiéndose.

—¿A quién? ¿A usted? —exclamó Peppone—. ¿Al representante de la camarilla clerical? No puede imaginarse lo bien que estoy sin acordarme de usted.

—El suyo no es lenguaje de alcalde —protestó Spiletti.

—¡El mío es un lenguaje de hombre libre!

—¡Bien! —dijeron los obreros que habían dejado de comer y que se habían agolpado alrededor de Peppone y del Consejo.

—¡Si quiere ser libre presente su dimisión! —gritó Spiletti.

—¡Ya, para darte gusto a ti! —comentó, irónicamente, la masa de los obreros—. No aflojes, compañero.

—¡Si no quiere presentar su dimisión, quisiéramos saber qué intenciones tiene!

Peppone se encogió de hombros.

—¡Si en lugar de cumplir con su deber en el pueblo prefiere divertirse en Milán, diviértase! —gritó Spiletti—. ¡Y presente su dimisión!

—¡Al que vamos a hacer dimitir es a ti! —comentó la masa. Pero Peppone se volvió:

—Silencio, muchachos —dijo con voz autoritaria—. Estamos en una administración democrática y no valen las amenazas.

El Brusco, el Pardo y el resto de la banda se habían sentado alrededor de Peppone y le miraban en silencio.

—Jefe —dijo *el Brusco* sombríamente—, ¿por qué nos has abandonado?

—¡Yo no he abandonado a nadie!

—¿Qué hacemos con lo de la carretera nueva? Aquí está la contestación del Ministerio.

El Brusco alargó un papel a Peppone, que lo cogió y lo leyó.

—¡Mientras siga cierta gente en el Gobierno no se hará nada bueno! —afirmó Peppone.

—¡No politice la administración! —voceó Spiletti—. Es mejor que haga una propuesta concreta.

—Ya la hicimos en su momento —dijo *el Pardo*.

—¡Con las andanadas demagógicas no se concreta nada! —chilló Spiletti.

El Flaco replicó.

Intervino Peppone y se enzarzaron a discutirlo.

Así es como se celebró, entre los cascotes de una casa milanesa por derribar, la sesión más extraordinaria del mundo de un pleno municipal.

Y fue larga porque, cuando dieron las cinco y el vigilante dijo que no quería saber nada y que tenía que cerrar la obra, el Consejo —incluida la oposición— se trasladó a la parte trasera del camión, y Peppone, tras montarse en la cabina, puso en marcha el motor.

—Vamos a buscar un sitio más tranquilo —dijo.

No se sabe muy bien cómo fue, quizá por el escaso conocimiento de la topografía de Milán: pero lo cierto es que llegó un momento en que el camión se encontró circulando por el asfalto de la Via Emilia.

Peppone conducía con los dientes apretados: hacía un montón de tiempo que quería decir algo y no lo conseguía.

De golpe y porrazo pegó un brusco frenazo.

Uno de esos consabidos autostopistas que tanto abundaban se le había parado delante y le indicaba con el pulgar que quería que le llevara también en aquella dirección.

En la mano izquierda tenía un *panettone* de los grandes almacenes La Rinascente. En la cabeza llevaba un sombrero de cura.

El Flaco, que estaba sentado al lado de Peppone, bajó y se sentó detrás con el Consejo.

Don Camilo subió y Peppone metió la marcha y arrancó con una aceleración digna de un tanque.

—¡Y pensar que siempre tengo que encontrarme a según qué gente en mi camino! —refunfuñó.

El camión parecía como si fuera un dieciséis cilindros de carreras y daba la impresión que dentro del capó, en lugar de motor, llevara toda la orquesta de Toscanini.

De repente, lejano, tras el dique apareció el río.

El río seguía siendo el mismo, igual que cien mil años atrás. También el sol: se estaba poniendo, pero, al día siguiente, volvería a salir por el lado opuesto. Peppone, quién sabe por qué, se puso a pensar en ese hecho extraordinario y acabó concluyendo para sus adentros que, para ser sinceros, había que reconocer que Dios sabía hacer las cosas.

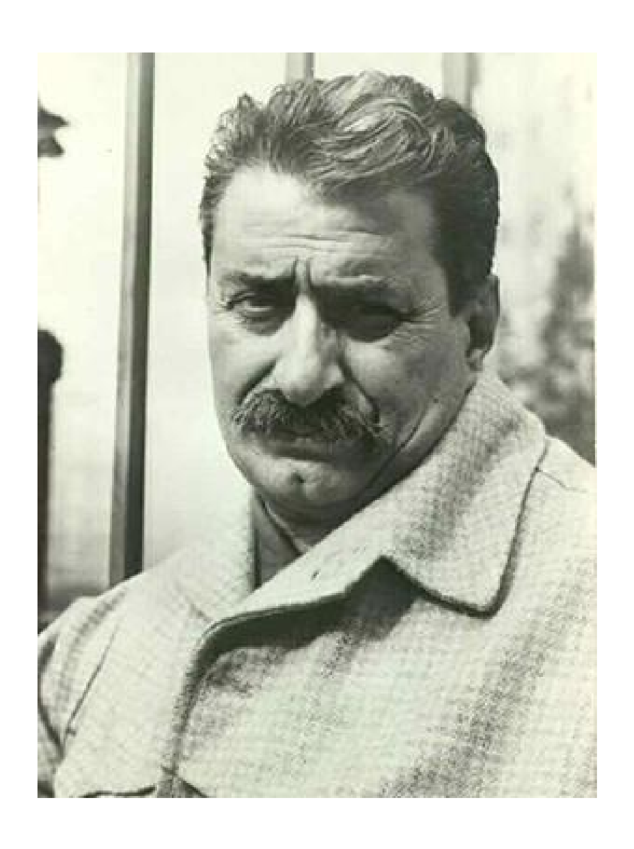
—Pues mira… —suspiró.

—Ya ves… —respondió don Camilo abriendo los brazos.

El gran río, lleno de agua limosa, brillaba entre los álamos y, tras oír todo aquel razonamiento, susurró complacido: «Hay que ver qué bien habla esta gente».

Cosas que pasan en aquel pueblo a orillas del río, en aquel pequeño pueblo tan grande como el mundo.





GIOVANNI GUARESCHI (Roccabianca, Parma 1 de mayo de 1908 - Cervia, Ravenna 22 de julio de 1968). Su nombre completo era Giovannino Oliviero Giuseppe Guareschi, fue un dibujante de humor, escritor y periodista italiano. Su padre tenía una tienda pequeña y su madre era profesora; tuvo una infancia feliz hasta que su familia se vio afectada por la crisis económica de los años 1926 y 1927 y Guareschi se vio obligado a abandonar sus estudios en la Universidad de Parma. Antes de dedicarse al periodismo ejerció todo tipo de profesiones, desde portero a docente, hasta comenzar a colaborar en un periódico local. En 1929 fue nombrado editor de la revista «*Corriere Emiliano*», llegando a ser editor jefe en 1936 de la publicación humorística «*Bertoldo*». En 1940 se casó con Ennia Pallini, quien se convirtió en el tema de sus columnas autobiográficas.

Al llegar la Segunda Guerra Mundial Guareschi se unió al ejército italiano, en parte para escapar de las denuncias que había recibido al burlarse de Mussolini. Cuando los aliados firmaron su armisticio con los italianos, Guareschi fue arrestado por los alemanes, y enviado a un campo de concentración en Polonia y después a Alemania otros dos años junto a otros soldados italianos: los «IMI» (Internados Militares Italianos). Todas sus experiencias las describió en su *Diario clandestino*. Ya en 1945 pudo fundar la publicación satírica «*Candido*», en la que seguía usando su tono burlón y

crítico, lo que condujo a varios encarcelamientos que contribuyeron a debilitar su salud. *Candido* incluyó las primeras apariciones del personaje que haría famoso a Guareschi, don Camilo.

Notas

[1] *Agnolotti*: pasta rellena de carne trinchada y otros ingredientes. *(N. de la T.)* <<

[2] El nombre del perro. *Fulmine,* significa «rayo». *(N. de la T.)* **<<**

[3] ACLI: Associazioni Cristiane Lavoratori Italiani (Asociaciones Cristianas de Trabajadores Italianos). *(N. de la T.)* **<<**

[4] *Omertà*: Vocablo que proviene del dialecto siciliano. Forma de solidaridad en la delincuencia por la que se mantiene un pacto de silencio. *(N. de la T.)* <<

[5] El apodo significa rayo en italiano, como el nombre del perro de don Camilo, y de ahí el juego de palabras en el original. *(N. de la T.)* **<<**

[6] AGIP: compañía explotadora del monopolio de la gasolina en Italia, equivalente a la CAMPSA española. *(N. de la T.)* **<<**

[7] V. es la abreviatura de *vescovo*, obispo, en italiano, que dejo según el original por el equívoco que crea luego en la obra. *(N. de la T.)* **<<**

[8] *Vescovo*; obispo en italiano, como se indica al comienzo del capítulo. *(N. de la T.)* <<